
LA MALDICIÓN DE BLACK ISLE
SANADORAS DE LAS HIGHLANDS 1
KEIRA MONTCLAIR

LA MALDICIÓN DE BLACK ISLE

SANADORAS DE LAS HIGHLANDS

LIBRO UNO

KEIRA MONTCLAIR

TRADUCIDO POR

L. M. GUTEZ

KEIRA MONTCLAIR

Traductora: L. M. Gutez

Correctora: Cinta PLUMA

Diseño de portada por The Killion Group

http://thekilliongroupinc.com

ÍNDICE

1

P*rimavera de 1292, Highlands de Escocia*

Este paso, este acto que estaba a punto de cometer, cambiaría su vida de forma irrevocable.

Marcas Matheson se disponía a saltar la cortina. Hacerlo era infringir las puertas del clan Ramsay, un movimiento que le haría ser perseguido y condenado por todos los guerreros de las Highlands hasta que lo atraparan, pero no le importaba.

Tenía que salvar a la persona más importante para él, pero sabía que haciéndolo también se salvaría a sí mismo. Salvarla le daría a su vida el giro que siempre había deseado, la única cosa que llevaba mucho tiempo esperando conseguir pero que no sabía cómo.

Paso a paso. Lo que siguiera ya llegaría. Escaló la muralla y vaciló en la cima, contemplando el paisaje de la gran fortaleza, confirmando que estaba solo y que no lo pillarían.

Si lo hacían, sabía que la reputación de los Ramsay le garantizaba no volver a Black Isle. De hecho, su cabeza sería exhibida en una pica en las puertas principales. Su cuerpo se estremeció al pensarlo, pero no podía permitir que eso lo frenara.

Por el momento, la infracción en los fríos muros de piedra de la fortaleza le permitiría localizar y robar a la mejor sanadora de todas las Highlands, a quien rezaba para salvar la vida de su hija Kara. A la corta edad de tres inviernos, ver sufrir a Kara era más de lo que podía soportar.

Había fracasado en salvar a todas las demás personas importantes. Ahora estaba determinado a salvar la vida de un inocente, una de las dos personas a las que adoraba más que a la vida misma, sin importar las repercusiones. Diría lo mismo de su hijo, Tiernay, de casi un año, pero Tiernay estaba ahora a salvo en su torre. Kara estaba allí también, pero lejos de estar sana.

Kara necesitaba una sanadora, desesperadamente.

Como ya le había fallado a su clan al enviar lejos inadvertidamente a la única sanadora que tenían antes de la maldición, los demás tenían

poca fe en él. Pero él reclamaría su honor. Este acto era la única forma que se le ocurría para hacerlo. Había jurado mejorar las cosas en su clan, y necesitaba una sanadora poderosa para hacerlo.

Rezó por su éxito y el de sus dos hermanos, y luego maldijo rápidamente. ¿Por qué iba a rezar a un Dios que no se preocupaba por él? El Todopoderoso había lanzado una maldición sobre su patria, que casi había sido destruida. Y ahora el título de laird era suyo si lo quería.

No estaba seguro de poder asumir ese papel.

Marcas era conocido como uno de los cazadores más sigilosos, capaz de moverse sin ser visto ni oído, lo que lo ayudaría a entrar en los muros de la fortaleza Ramsay antes de regresar a Black Isle.

Black Isle de la Muerte.

Volvió a escudriñar la zona desde lo alto de la cortina y luego saltó hacia abajo, aterrizando silenciosamente en la pasarela peatonal detrás de un guardia Ramsay. Cogió su garrote atrofiado, un arma que había mandado fabricar especialmente para él, y se acercó sigilosamente por detrás del guerrero, blandiendo el garrote en un arco practicado que derribó al hombre de un solo golpe.

Cómo amaba esta arma. Al verlo fabricarla, otros se habían burlado y lo habían llamado débil. Pero Marcas prefería herir, no matar.

Una vez que encontró la escalera trasera que conducía al tercer piso de la torre, entró y dejó que sus ojos se adaptaran a la oscuridad, con el arma aún en la mano. Su fuente le había dicho dónde dormía la sanadora, así que subió la escalera y atravesó el pasadizo, sin despertar a nadie en la oscuridad de la noche.

Para garantizar el éxito de esta misión, su fuente le había ofrecido la información más valiosa de todas: las mejores sanadoras de la tierra eran Brenna Ramsay y Jennie Cameron.

Quería a las dos. Él estaba aquí para encontrar a Brenna; sus hermanos estaban fuera para secuestrar a Jennie de la tierra Cameron, a unas dos horas de distancia. Utilizarían el mismo método: entrar a hurtadillas, salir a hurtadillas, esperar que el rey nunca identificara a los culpables. Unas risitas lo sorprendieron y se quedó inmóvil, inclinándose sobre el balcón para escuchar su origen desde el suelo donde el gran salón se situaba bajo él.

Su fuente le había dicho que Brenna y Jennie tenían grandes

recámaras de curación junto al gran salón, dentro de la fortaleza principal, a diferencia de la mayoría de los clanes, quienes tenían a sus sanadores en la aldea. Las hermanas vivían en diferentes fortalezas, pero Brenna y Jennie hacían casi todo igual. Debido a sus talentos y a su valor, todo el mundo en la tierra oiría hablar de sus capturas, sobre todo porque las dos estaban casadas con jefes o antiguos jefes de sus clanes. Pero era el hermano de ellas quien garantizaba que eso no pasarían desapercibido. Tanto Jennie como Brenna eran hermanas menores del gran Alexander Grant, del clan Grant, que contaba con más de mil guerreros. Su única preocupación era asegurarse de tener a la mujer adecuada, algo que podía resultar difícil en la oscuridad de la noche.

Los Grant no empezarían a seguir a los captores hasta pasado un día, pero Logan Ramsay, conocido por sus habilidades de rastreo, iniciaría la persecución en cuanto supiera que Brenna había desaparecido. ¿Y los Cameron? Marcas no tenía ni idea de su capacidad de rastreo. Suponía que Cameron pediría ayuda al clan Ramsay y al clan Grant. La desaparición de las dos sanadoras no pasaría desapercibida. Supuso que necesitaría una hora de ventaja sobre los rastreadores de Ramsay para estar seguro. Ellos tenían una reputación, pero la suya era mejor.

No lo atraparían. Había demasiado que dependía de su éxito.

Se apresuró a bajar la escalera y se acercó a la puerta, escuchando una conversación entre dos mujeres, cuyas voces indicaban un respeto y una camaradería que muchos desconocían. Una hablaba de un bebé que acababa de nacer en el pueblo. Él supuso que era la voz de Brenna Ramsay. Marcas abrió un poco la puerta y comprobó rápidamente que solo había dos mujeres dentro, ambas reponiendo provisiones en un gran saco, atando paños y llenando viales mientras hablaban. Ambas eran morenas, una un poco más clara que la otra, y de estaturas claramente diferentes. Todo lo que tenía que hacer era determinar cuál de ellas era la sanadora. No había esperado encontrar dos. Esperaba que sus hermanos no se enfrentaran al mismo dilema. Aunque ambas mujeres podían ser sanadoras, solo una podía ser la renombrada sanadora. Aparte de que tenía el pelo castaño, él no sabía nada de la mujer que pretendía capturar. Ahora, buscando pistas, supuso que podría ser alta, ya que era hermana de Alex Grant.

Pelo castaño era lo que le habían dicho, aunque una era casi rubia

y la otra tenía tonos rojos en el pelo. Pero todavía se podía decir que eran castañas.

De repente, tuvo un pensamiento extraño. ¿Estas podrían ser las dos hermanas? Tan rápido como lo pensó, lo olvidó. Su fuente acababa de salir de la tierra Cameron y le había dicho que Jennie estaba en casa. Tendría que tomar una decisión, pero ¿y si se equivocaba?

Ambas se congelaron cuando él entró.

—¿Estás enfermo? —preguntó la más alta.

—No. —Cogió a la muchacha y le puso el cuchillo en la garganta mientras hablaba con la más baja de las dos—. Necesito una sanadora, así que me la llevo conmigo. Cierra ese saco. Nos llevaremos tus herramientas de sanadora. Ni un ruido —les dijo a ambas—. O le cortaré la garganta.

La mujer más baja dijo:

—Las dos somos sanadoras. Llévame a mí también.

—Me parece bien. Vendréis las dos. —Señaló a la más baja—: Coged vuestros mantos y el saco.

—Pero…

—Basta de peros —siseó Marcas—. Dejad de parlotear, las dos. Más tarde sabréis por qué se os necesita.

Las dos muchachas se miraron, en silencio, y afortunadamente para ellas.

Las empujó hacia la puerta y susurró:

—Guíe por el camino trasero, lady Ramsay.

Y se fueron.

Brigid Ramsay maldijo en silencio el momento en que cometió su error. ¿Por qué le había dicho que ambas eran sanadoras? Debería haber intentado convencerlo de que la llevara a ella y dejara a Jennet atrás. Pero había soltado la verdad sin pensar. ¿Cómo había podido cometer un error tan tonto?

Pero sabía por qué, y estaba segura de que Jennet también lo sabía. Brigid no se consideraba una sanadora sin Jennet a su lado. Había tenido un rápido temor de que el hombre solo la llevara a ella y dejara atrás a Jennet, y que la descubrieran. En lugar de eso, había

arrastrado a Jennet a su mala suerte.

Jennet nunca se lo perdonaría.

Congelada por la sorpresa del ataque, Jennet obedeció ciegamente. Por supuesto, la daga en su garganta podría haber tenido algo que ver con su obediencia. Brigid casi esperaba que Jennet se negara a ir, pero, para su sorpresa, aceptó voluntariamente.

¿Comprendería alguna vez a su prima?

Mejores amigas desde que Brigid podía recordar, Jennet y ella habían acompañado a la tía Brenna en muchas de sus aventuras curativas, que ambas encontraron muy interesantes. Pero Jennet, con su mente inteligente, era mucho más hábil que Brigid. Brigid creía que su prima tenía una mente más fuerte que la de cualquier hombre que conocieran, incluso su padre, aunque había vacilado en ese pensamiento a lo largo de los años. Ahora mismo, Brigid estaba convencida de que Jennet era más lista que nadie en el clan.

Si alguien, pensaba Brigid, podía ser más inteligente que Jennet, sería su madre Brenna, pero creía que, con el tiempo, incluso la inteligencia de Brenna quedaría eclipsada ante la de su hija.

Una vez que salieron por la entrada trasera, el hombre subió a Jennet a un caballo, cogiendo las riendas con sus propias manos, luego subió a Brigid a otro y trepó detrás de ella. Espoleó a las bestias y se alejaron de la tierra Ramsay, del hogar que Brigid rara vez había abandonado, de su verdadera familia.

No había señales de que alguien hubiera descubierto su ausencia. Brigid rezó en silencio para que su padre fuera avisado de su ausencia, o para que alguien en las puertas se enterara pronto de la infracción.

¿Cómo había eludido este hombre a los guardias del castillo Ramsay? Era conocido por tener el mejor grupo de guardias entrenados, aparte de los Grant, más al norte. Pero en el sur de las Highlands, nadie podía rebatir su excelencia.

Sin embargo, a Brigid y a su prima las habían robado en mitad de la noche, igual que habían hecho con su madre hacía muchos años.

Brigid miró a Jennet, quien tenía la mirada perdida. Su querida prima pensaría en algo, seguro que lo haría. Pero entonces Brigid se recordó a sí misma que tanto su padre como su madre saldrían tras ellas dos en cuanto se percataran de su desaparición. O la otra posibilidad era la hermana mayor de Brigid y su marido, quienes trabajaban para la Corona. Seguramente serían capaces de encontrarla

si su padre fallaba.

La noche era tranquila, pero hermosa, el único sonido era la respiración de los caballos, sus cascos golpeando el suelo blando por la lluvia reciente, y el ulular ocasional de un búho. No había viento ni lluvia, y las nubes ondulaban sobre la luna, permitiendo suficiente luz para ver. Brigid supuso que su captor había planeado el acontecimiento para una noche de luna llena, pues esta proporcionaba la luz suficiente para facilitar su viaje.

Avanzaron a un ritmo incesante durante unas tres horas. Entonces, él aminoró la marcha de su caballo, buscó un sitio entre los árboles y siguió un camnio que encontró hasta un pequeño claro. Desmontó, puso las manos en la cintura de Brigid y la bajó al suelo, señalando los árboles circundantes.

—Haz tus necesidades. Tú irás primero, antes que tu amiga. Esperaremos aquí hasta que se nos unan dos caballos más. Esta será vuestra única oportunidad en lo que queda de noche, así que aprovechadla.

Brigid se adentró en la maleza y pensó brevemente en huir, pero desechó la idea. No tenía caballo ni idea de dónde estaba. Tampoco podía dejar atrás a Jennet después de haber garantizado tontamente el fatal destino de ambas.

Cuando terminó, volvió al claro. Su captor le dijo a Jennet, con un empujón en la parte baja de la espalda:

—Tú sigues.

Jennet se dirigió en silencio hacia la maleza de la que acababa de salir Brigid.

—¿Tienes un nombre? Me gustaría saber quién me ha secuestrado. —Brigid se cruzó de brazos y miró fijamente al hombre. Era apuesto, algo a lo que ella rara vez prestaba atención, ya que su padre mataría a cualquier hombre que se atreviera a mirarla. Nunca encontraría marido como sus hermanas.

Su captor no habló, encontró una torta de avena en su alforja y se la comió groseramente delante de ella.

—¿Por qué importa mi nombre?

Jennet se les unió desde la maleza y dijo:

—Para saber qué nombre poner en tu lápida después de que nuestros padres te despellejen vivo y te dejen para que los buitres te saquen los ojos.

Brigid estuvo a punto de sonreír ante los bruscos comentarios de su prima, pero recordó una ocasión anterior en la que las dos habían estado cautivas cuando eran mucho más jóvenes. Jennet no había mostrado miedo, sino que había utilizado su agudeza para molestar a sus captores. Por el trabajo de su madre, Jennet había sabido que uno de los bastardos que las había robado tenía un fuerte miedo a la sangre, tan fuerte que a menudo se desmayaba al ver el líquido rojo corriendo por la piel pálida.

Así que Jennet utilizó ese miedo en su contra para escapar, algo que Brigid nunca habría pensado hacer. Había sido un acto brillante, aplaudido y repetido muchas veces. Jennet decía ser una bruja con la habilidad de hacer que alguien se durmiera con solo una mirada. Luego, se cortó intencionadamente, mostrándole al tonto su sangre, y él se desplomó en el suelo en un segundo.

¿Podría Jennet pensar ahora en algo que funcionara contra este captor?

El hombre lanzó a Jennet una mirada divertida.

—Me parece justo. Si me atrapan, prefiero la muerte, y quiero que mis hermanos sepan que soy yo quien está debajo de las cavidades oculares vacías y llenas de picotazos. Marcas es mi nombre. No soy conocido por estos lares, así que nunca adivinaréis mi clan. —Dio un mordisco a su torta de avena y sonrió.

—¿Por qué esperamos, *Marcas*? —preguntó Brigid, resaltando su nombre—. ¿Quién viene con los dos caballos?

—Mis hermanos.

Él no dijo nada más, así que Jennet caminó por la periferia del claro, mirando las hojas de las plantas circundantes, arrancando las raíces de un par para inspeccionarlas.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó Marcas, lanzando una mirada molesta a ambas.

—Buscando algo que pueda usar cuando te lance un hechizo. —Jennet sonrió con suficiencia, y siguió buscando plantas, ignorando su mal humor.

Marcas casi escupió la comida con una carcajada.

—¿Crees que me da miedo la brujería? No lo tengo, así que no pierdas el tiempo.

Jennet lo fulminó con la mirada y puso los ojos en blanco.

—No tiene sentido, entonces.

Brigid estuvo a punto de reír, pero contuvo la risa. Marcas había sido más astuto que Jennet, adivinando exactamente qué buscaba y por qué. Pocos de los que conocía habían sido más listos que su prima. Pero Brigid seguía creyendo en ella. Era consciente de lo rápido que funcionaba la mente de Jennet, de lo rápido que probablemente encontraría una solución para liberarlas. Por ahora, si conocía a Jennet lo suficiente, estaba esperando su momento mientras consideraba el propósito de este secuestro. Las habían robado en mitad de la noche y, hasta este momento, Marcas se había salido con la suya.

Jennet obtendría toda la información posible.

Pero no tuvieron la oportunidad de preguntarse mucho más, ya que el sonido de los cascos de los caballos apareció, silenciando a los tres. El caballo de Marcas lanzó un pequeño relincho, su aliento salió en un resoplido, un saludo hacia un caballo familiar, y Marcas sonrió, acariciando su cruz en agradecimiento, o eso supuso ella.

—Sí, yo también sé quién viene, pero te agradezco la información.

Dos caballos irrumpieron entre los árboles, un hombre en cada uno, uno con una mujer frente a él.

Era su prima, Tara Cameron.

2

Marcas se quedó mirando a sus dos hermanos y a la muchacha que cabalgaba con ellos. Era realmente una belleza, con pecas salpicando su nariz respingona, pero no parecía lo bastante mayor para ser una sanadora. Tenía casi el mismo color de pelo que las mujeres que iban con él, lo que indicaba que eran parientes, pero esta nueva muchacha tenía unos ojos marrones que parecían diferentes, como si tuvieran oro en su interior. Miró a las dos primeras que había cogido y pensó que ambas tenían los ojos marrones.

Pero, ¿lo eran?

Entonces, se detuvo a mirar a la que ahora tenía los ojos verdes como el bosque. En efecto, eran de un verde intenso, y apenas se había dado cuenta. Esos ojos lo llamaban, pero prefirió ignorar la llamada de la sirena.

En su lugar, se dedicó a observar las expresiones de las tres muchachas para ver si se conocían. Eso le diría la verdad del asunto.

Si realmente eran hermanas, como se decía, entonces se reconocerían. La que decía que era Jennie se sentó frente a su hermano Shaw. Sus ojos se abrieron de par en par y estuvo a punto de hablar cuando vio a la que se llamaba Brenna y a su amiga, pero no dijo nada.

Una de las mujeres con él movió la cabeza para hacer callar a Jennie, y luego las tres miraron inmediatamente al suelo.

Se conocían. Ese pequeño movimiento de cabeza fue toda la confirmación que él necesitaba para saber que habían cogido a las correctas. Considerando una pregunta para formular, pensó cuidadosamente, pero Ethan ladró:

—Hay patrullas Ramsay no muy lejos de aquí. Tenemos que movernos.

Vio una sonrisa burlona cruzar el rostro de Brenna, pero tuvo que ignorarla. Volvió a subir a las dos mujeres que estaban cerca de él a sus caballos y se preparó para dirigirse hacia Black Isle. El tiempo apremiaba. Su hija ya estaba bastante enferma, aunque no tanto como los otros lo habían estado.

No tanto como su mujer, a la que ya había enterrado, o el marido de su hermana. O su madre y su padre.

Cada uno de ellos había empeorado y deteriorado tan rápidamente que temía que su hija estuviera muerta para cuando él regresara. Estaba a punto de subir a su caballo cuando algo lo detuvo. Una rosa blanca en un arbusto al borde del claro llamó su atención, la flor brillaba en el aire nocturno y parecía llamarlo. Caminó hacia ella, se inclinó hacia abajo y, complacido al ver que no estaba sola, sino que estaba rodeada de otras flores escondidas en el matorral, arrancó dos de ellas, se apresuró a regresar y las metió en su alforja.

Percibió las miradas que fueron intercambiadas entre las mujeres, pero las ignoró y habló al grupo:

—Debemos darnos prisa. No os demoréis por ningún motivo. Nos instalaremos cuando estemos cerca de nuestra tierra. Entonces no tendremos problemas para perderlos.

Los jinetes mantuvieron un ritmo brutal, volando a través de la campiña. La agotadora ruta dio a Marcas la oportunidad de contemplar a todas las muchachas frente a él.

No estaba seguro de por qué, pero había pensado que Brenna sería una mujer mayor, mucho mayor que esta muchacha. Llevaba mucho tiempo sin estar con su mujer, Freda. Había sido una buena esposa durante la mayor parte de su tiempo juntos y una madre cariñosa para sus hijos, pero nunca habían compartido la amistad y el carácter juguetón de muchas parejas que él conocía. Otros se casaban por amor, pero el suyo había sido un matrimonio concertado para unir a sus dos clanes. Le gustaba Freda lo suficiente, pero nunca había conocido los sentimientos de los que hablaban los demás, el tipo de amor y devoción eternos que una vez había deseado y que nunca le habían llegado. Otros habían dicho que tuviera paciencia, pero su amor nunca había florecido. Solo respeto.

Las tres muchachas eran hermosas, cada una a su manera, pero especialmente la morena frente a él. Llevaba el pelo sin trenzas, y los largos y sedosos mechones le caían por la espalda. Tuvo una visión de enterrar su cara en los gruesos mechones, luego saborear su cuello y deslizar su mano por la parte delantera de su vestido, desatando las cintas para liberar los dos bultos que ataban, dándoles la libertad que merecían.

Avergonzado por sus vulgares anhelos, se recordó a sí mismo que

no había estado con su esposa, ni con ninguna otra mujer, desde que ella había dado a luz a su hijo, Tiernay. Un año sin liberarse era suficiente para que se volviera sensible a una mujer tan cercana. Tal vez la haría ir con Ethan el resto del viaje para que no se enfrentara a la tentación de tener una muchacha tan cerca.

Pero a Ethan no le gustaba ser tocado por extraños.

Se obligó a concentrarse en cualquier otro pensamiento que no fuera la mujer frente a él antes de hacer algo de lo que se arrepentiría, como ponerse lo bastante duro como para que ella se diera cuenta.

—Marcas, ¿quieres parar, por favor? —gritó Ethan.

—Como quieras —respondió. Casi había transcurrido la mitad de la noche. Decidió que a cada uno le vendría bien un descanso para hacer sus necesidades.

Detuvo su caballo y les hizo señas a sus hermanos para que lo siguieran. Señaló una zona apartada del sendero principal, y los caballos se dirigieron en esa dirección, pasando por debajo de los árboles y rodeando una colina hasta llegar a un lugar invisible para cualquiera que estuviera en el sendero.

—¡Tonto imbécil! —gritó Ethan.

—¡Cierra el hocico, Ethan! —le gritó él, saltando del caballo y persiguiendo a su hermano—. ¿O quieres explicarme tu problema? Siempre tienes un problema con mi forma de manejar las cosas.

—Ni de coña, pero sí tengo un problema con tus decisiones cuando vas en la dirección equivocada. Los mapas nunca han sido tu fuerte, ¿verdad?

Marcas ayudó a bajar a la mujer que creía que era Brenna y luego hizo lo mismo con la muchacha más alta.

—¿De qué demonios estás hablando, Ethan? Esta es la dirección correcta —dijo, empezando a preguntarse si su hermano tenía razón. Ethan solía ser el mejor siguiendo instrucciones, pero Marcas ya había hecho este viaje antes. ¿Se había equivocado?

Shaw dijo:

—En lugar de gritaros el uno al otro, ¿por qué no le dices amablemente tu punto de vista, Ethan? Enfadarlo no servirá de nada.

Las muchachas habían desaparecido entre los arbustos, pero Marcas las ignoró. El grupo estaba demasiado al norte como para pensar en huir.

—Él no escucha, Shaw.

Shaw dirigió su comentario a Ethan.

—Después de toda la gente que ha perdido por la maldición, creo que es razonable que tenga la mente ocupada con otros pensamientos. Solo di a qué te refieres.

Marcas cogió la camisa de Shaw y dijo:

—No anunciarás todos mis problemas a todo el mundo. A las mujeres solo les he dado mi nombre de pila. El resto es privado, y te pido respetuosamente que lo mantengas así. —Luego prestó atención a Ethan—. Perdona mi arrebato. Dime en qué me he equivocado.

Ethan, el hermano de en medio, asintió, aceptando las disculpas de Marcas, y dijo:

—Esa bifurcación del camino, hace una hora. Deberíamos haber cogido el otro camino.

La alta muchacha Ramsay de ojos marrones salió del bosque y dijo:

—Si pensáis ir a algún lugar cerca de Inverness, definitivamente habéis seguido el camino equivocado. Os dirigís a la costa oeste de Escocia.

—¡Mierda! —Marcas lanzó su enfado al grupo, aunque no iba dirigido a nadie más que a sí mismo—. ¿Por qué no me detuviste entonces?

—Lo intenté, pero me ignoraste. Estabas perdido pensando en algo. ¿Qué te tenía tan ciego a todo? —Ethan miró de su hermano a las muchachas, lo que Marcas sabía que incomodaba a Ethan. A Ethan no le gustaban los extraños, especialmente las mujeres. Pero Marcas se alegraba de haber traído a Ethan, ya que era el que mejor sabía orientarse, como acababa de demostrar.

Marcas no podía admitir la verdad del asunto, que el suave y redondo trasero de la mujer frente a él lo había distraído. Y el aroma de su pelo. Y la curva de su cuello.

—¿Estás de acuerdo en que nos dirigimos hacia el noroeste? —le preguntó a la alta muchacha, porque parecía conocer bien las direcciones. Ahora que había salido el sol, se dio cuenta de que su pelo era más claro que el de las demás, con reflejos dorados serpenteando por él.

—Sí.

—¿Tu nombre?

—Jennet.

—Dile a Brenna que se dé prisa.

Jennet se atragantó con el agua que estaba bebiendo del odre.

—¿Brenna? Brenna es *mi* madre, y no está aquí. ¿Es a ella a quien buscabas?

Marcas sintió como si alguien le hubiera dado un puñetazo. ¿Brenna era su madre? No podía ser verdad. Había demasiado en juego. ¡No podía haberse equivocado! Le temblaron las manos al pensar que no había traído sanadoras.

Su clan se reiría de su error. Algunos llorarían. No podía equivocarse. Simplemente no podía. Se pasó la mano por el pelo, tirando de las puntas como si alisar las ondas fuera a arreglar el desastre frente a él.

Ethan resopló.

—Bien hecho, Marcas. Has cogido a la persona equivocada. Menos mal que hemos cogido a Jennie para tener una sanadora entre las tres.

—¿Jennie? —preguntó Tara—. ¿Cuál creéis que es Jennie? Es mi madre. ¿Así que es a ella a quien buscabais en mi castillo? ¿A mi madre?

Ethan miró fijamente a las muchachas, con una expresión de asombro en el rostro. Shaw se echó a reír, y el sonido resbaló de su lengua, haciendo que las ardillas saltaran por las ramas al transformarse en un estruendoso rugido de frustración.

—Hemos hecho un maldito buen trabajo. ¡Los tres! —Señaló a la morena—. Entonces, si no eres Brenna, ¿quién eres?

—Brigid.

Jennet, la alta, sonrió con satisfacción.

—Mi madre es la famosa sanadora, Brenna, y su hermana Jennie es la otra renombrada, y su madre. —Señaló a su prima más bajita con pecas en la nariz—. Se llama Tara.

Marcas maldijo tan fuerte que los pájaros volaron de los árboles, graznando una maldición hacia él.

—¿Qué demonios hacemos ahora? Estamos demasiado lejos para regresarlas. —Miró al cielo, preguntándose cómo los dioses podían ir en su contra tan a menudo. Pero cuando su mirada volvió al grupo, ocurrió algo extraño.

Solo la vio a *ella*.

Algo había sucedido con él mientras cabalgaban juntos, un despertar o una toma de conciencia, algo que la hacía destacar sobre las demás. Cinco personas estaban ante él, pero sus ojos se clavaron en

ella, la belleza, esa cuya aura brillaba. Había creído que se llamaba Brenna, pero era Brigid. Un nombre que le sentaba mucho mejor: más regio, majestuoso, noble. El nombre de alguien que podía hacer frente a todo lo que la vida le deparara.

No como él. En su momento de fracaso, se sentía desesperado por alguien así en su vida.

—Te diré qué hacer. Llévanos con vosotros de todos modos. —La mirada de Brigid se clavó en la suya, sus ojos verdes lo cautivaron. Donde había esperado juicio y odio, él encontró los ojos más sinceros que jamás había visto. No solo sinceros, sus ojos eran cálidos, compasivos, del color del follaje del bosque con motas doradas en su interior. Sus ojos sostenía una promesa.

No pudo evitar dar un paso más hacia ella. En ese instante, supo que nunca la abandonaría.

Pero lo que ella dijo a continuación selló su destino.

—Todas somos sanadoras.

Brigid había escuchado la charla de Marcas con sus hermanos.

—¿A quién has perdido por la maldición? Y la mejor pregunta es, ¿a quién temes perder por esta maldición?

—No necesitas saber la respuesta a ninguna de esas preguntas —respondió él mientras volvía a guardar las pocas cosas que llevaba en la alforja—. Tienes que responder a mis preguntas. Dame una buena razón para llevaros a las tres con nosotros. No tengo tiempo que perder en cuestiones femeninas. Puedo elegir a cuál llevar conmigo y enviar a las otras dos a casa.

—¿Cuestiones femeninas? Vaya, bastardo arrogante… —le espetó Jennet, con los ojos encendidos de una furia que no había sentido en mucho tiempo.

Brigid apoyó la mano en el hombro de Jennet, deteniendo su breve diatriba.

—Llévanos contigo, Marcas, porque ahora tienes tres sanadoras en lugar de dos.

Miró de una muchacha a las otras dos, con las manos en las caderas mientras las evaluaba.

—¿Cómo sé que decís la verdad?

—No lo sabrás hasta que nos veas en nuestra vocación, pero Jennet y yo hemos trabajado con su madre desde que ella tenía seis años y yo cinco. Hemos visto casi de todo. Las dos hemos aprendido a suturar y tenemos las mejores cataplasmas para combatir la fiebre. Por suerte, estábamos haciendo la maleta de curación cuando nos robaron, así que tenemos una reserva completa de todo lo que podríamos necesitar. Y Tara es la hija de Jennie Cameron. Ha aprendido de su madre casi tanto como nosotras. Cualquier sanadora Grant tiene abundantes cataplasmas, ungüentos, pócimas y agujas listos en todo momento; probablemente Tara ha traído los suyos.

Ella miró a su prima, quien sonreía y asentía.

—Las sanadoras somos más felices cuando curamos. Si de verdad necesitas nuestras habilidades, iremos de buena gana, siempre y cuando prometas regresarnos cuando ya no nos necesites.

Marcas pensó un momento y luego dijo:

—Estoy de acuerdo.

Ethan dijo:

—Así que tenemos la descendencia de las dos mejores sanadoras. ¿Creéis que tendremos la suerte de tener una con talento en el grupo?

Jennet habló arrastrando las palabras:

—Creo que vale la pena arriesgarse. Os costaría mucho conseguir que mi madre montara a caballo durante tanto tiempo. Ya no es joven.

—Podréis demostrar vuestra valía cuando lleguemos allí. Me habéis convencido para manteneros a las tres juntas, al menos hasta que averigüemos quién es la más hábil. —Marcas bajó la mirada y dio la espalda al trío.

Jennet dijo:

—Soy la más hábil cuando tengo un buen ayudante, así que sería una tontería dejar a alguna de nosotras atrás.

—Bien. Montad entonces. Tenemos muchos pacientes para vosotras.

Montaron y partieron, volviendo sobre sus pasos con la esperanza de llegar a Inverness para la noche siguiente.

Brigid no pudo evitar preguntarse si había cometido un gran error al admitir sus identidades, pero la tía Brenna siempre había predicado la honestidad. Su padre nunca lo había hecho, pero él no solía encontrarse en este tipo de apuros. Era más bien un toro que actuaba sin pensar, confiando siempre en la intuición. Ella deseaba

perfeccionar esos poderes, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo. Él también carecía de otro aspecto que era inherente a sus dos tías y sus primas.

Logan Ramsay no entendía la necesidad de una sanadora de ayudar siempre que pudiera, la forma en que pocas sanadoras se alejarían de un enfermo.

Ella había oído a Marcas hablar de una maldición que había matado a gente de su clan. ¿A qué clan se dirigían? El clan Ross era bien conocido por estar cerca de Inverness, pero no vestían los colores de Ross, ni ningún color. En su lugar, llevaban ropas oscuras, probablemente para ayudar a ocultar sus identidades.

Brigid no tenía ni idea de quiénes podían ser.

Pasaron la primera noche no muy lejos del camino, pero bien escondidos de cualquier transeúnte. Las muchachas se acurrucaron junto al fuego mientras los hombres cazaban. Brigid susurró:

—Creo que conozco este lugar. Creo que ya nos habíamos detenido aquí antes cuando íbamos a la tierra Grant. Jennet, ¿lo reconoces?

Jennet asintió lentamente, escudriñando la zona mientras se envolvía las piernas con su prenda de lana.

—Creo que sí. Ojalá hubiera viajado más a menudo, pero yo solo iba en verano por los festivales.

Brigid miró la prenda de Tara, notando algunas rasgaduras en su ropa.

—Eso no estaba rasgado antes.

Los ojos de Tara se iluminaron con suficiencia.

—No, ¿no recuerdas que tu padre es el mejor rastreador de todos? Le he dejado pistas en todos los sitios en los que nos hemos detenido y, a veces, mientras cabalgábamos. Cuando hago mis necesidades, corto un trozo de tela con mi daga y lo arrojo mientras avanzamos.

Los ojos de Jennet se abrieron de par en par, pero cubrió su sorpresa rápidamente por si los hombres volvían.

—Tengo una idea. ¿Recuerdas cuando viajamos con Bearchun, Brigid?

—Sí, ¿qué hay de eso? —respondió. Pensó en ese horrible momento en que habían sido secuestradas a tan corta edad. Ella y Jennet habían sido raptadas por un grupo de hombres enloquecidos en represalia contra su clan. Un recuerdo repentino surgió en su mente: Jennet rayando mensajes en la corteza de un árbol. Jadeó y se cubrió

rápidamente la boca con la mano—. ¡La corteza de árbol!

—Sí —dijo Jennet—. Cada vez que paremos, tienes que cubrirme para que pueda rayar mensajes en la corteza.

—Y debes poner el mismo mensaje cada vez.

Jennet asintió.

—Inverness.

Se reposicionaron para que el grupo de tres estuviera un poco alejado del fuego. Jennet se sentó en la base de un árbol. Sacó su pequeña daga, que usaba sobre todo para cortar vendas, y empezó a rayar la corteza.

—Tara. Tienes que dejar un trozo de tu tela cuando nos vayamos. No antes.

Tara asintió y cortó algunos trozos más en un lugar oculto para no ser descubierta. Los metió en un bolsillo interior.

Las voces de los hombres llegaron rápidamente, gritando:

—Caballos. ¡Subid a los caballos!

Jennet se levantó de un salto y subió a un caballo mientras Tara corría hacia el suyo, aunque Brigid no tenía ni idea de por qué. Brigid no estaba dispuesta a moverse hasta saber qué era lo que hacía gritar así a los hombres.

No tuvo que esperar mucho. Instantes después, un gran jabalí se abalanzó sobre ella, con la boca llena de espuma y saliva. Gritó y corrió hacia el caballo. Debería haber escuchado la advertencia y no haber interrogado a los hombres. Demasiado tarde. En cuanto se dio cuenta de que no había montura para ella, cambió de táctica y corrió hacia un árbol al que pensó que podría trepar rápidamente.

Saltó hacia el fuerte roble, con la esperanza de poder llegar a la primera rama y balancearse hacia arriba como hacía para los puestos de tiro con arco, pero la bestia intentó cornearla, fallando apenas con el colmillo y clavándolo momentáneamente en el árbol. El jabalí baló y forcejeó con furia para liberarse, pero con tanta fuerza que sacudió el árbol tirando de su colmillo para liberarlo, y Brigid perdió el equilibrio, cayendo al suelo. Tirada sobre su espalda, lo único que vio fue una cara ancha y moteada con los orificios nasales abiertos muy cerca.

Demasiado cerca.

Se puso en pie de un salto y se dirigió hacia otro árbol, pero llegó demasiado tarde. La bestia cargó contra ella y la alcanzó por un

costado, lanzándola por los aires, y aterrizó con un fuerte golpe.

Impulsándose lo más rápido que pudo para ponerse de pie, apenas estuvo fuera de su alcance cuando Marcas saltó sobre el jabalí por detrás, clavándole su daga en la garganta y haciendo que la sangre brotara por todas partes. Sus hermanos lo siguieron, y Shaw clavó su espada en el vientre del animal.

Brigid cayó sobre su trasero al sentir por fin el dolor en el costado. Se desplomó sobre el musgo blando e intentó recuperar el aliento, con el cuerpo agitado por el miedo. Una vez que su jadeo disminuyó, se incorporó y sus ojos recorrieron la zona para asegurarse de que no hubiera más bestias en su dirección. Los jabalíes rara vez viajaban solos.

Buscó sangre en su piel, pero no vio nada. Se había torcido el tobillo al caer y ya se le estaba hinchando, pero tampoco había señales de una herida grave.

Ethan y Shaw arrastraron a la bestia muerta mientras Marcas se arrodillaba junto a ella y le apartaba el pelo de la cara.

—¿Estás herida? ¿Qué te ha pasado?

—El tobillo. Me lo he torcido. —Deseaba llorar y que su tía la atendiera, pero no era probable que eso ocurriera.

—Creí que te había corneado en el costado —dijo Marcas, con evidente preocupación.

Brigid se quitó el manto de los hombros y lo dejó caer al suelo.

—No veo sangre, así que no me ha perforado la piel, pero me duele un poco. —Volvió a tocarse el costado y lo miró, pero seguía sin haber sangre.

Jennet bajó de un salto y miró el pie de Brigid, su bota torcida.

—Te quitaré la bota, a ver qué tal está. No veo sangre cerca de tu tobillo. ¿Y tú?

Brigid negó con la cabeza, el dolor en el tobillo ahora palpitante.

—Agua fría. Voy a caminar hasta el arroyo y ponerlo bajo el agua fría para adormecer el dolor. Me lavaré a la bestia de la pierna.

—No, no caminarás a ninguna parte. —Marcas la levantó y empezó a llevársela. Jennet lo siguió, pero él le gritó—: ¡Quédate con los demás! Yo cuidaré de ella. No necesito que huyas mientras estoy concentrado en ella.

—Estaré bien, Jennet. Lo revisaré yo misma.

Marcas encontró un peñasco sobre el cual acomodarla, se enjuagó

las manos en el agua y luego la ayudó a bajarse las medias de lana.

—No preguntaré porque no podemos perder más tiempo. Lo siento si sientes que estoy violando tu dignidad, pero esto es necesario. Por favor, no te ofendas.

Brigid se encontró diciendo palabras que ella misma no había esperado.

—Confío en ti, Marcas. —No sabía por qué, pero después de decirlo sintió que era verdad.

Marcas arqueó una ceja y sus ojos grises la miraron. Su mirada era gris acero, con una fuerza detrás que le decía que nunca tendría que preocuparse con él cerca, que la protegería. Sus largas pestañas se agitaron cuando volvió a enfocarse en sus medias y ella estudió su rostro. Sus pómulos prominentes le daban un aspecto llamativo y su boca era, bueno, irresistible. Marcas era un hombre apuesto, pensó, con el pelo castaño cayendo en ondas desordenadas que le sentaban muy bien.

Al posar los ojos en sus labios, Brigid se preguntó qué sentiría al ser besada por este hombre. Imaginó que la besaba en el cuello y en otros lugares que ningún hombre había tocado. Estaba tan cerca de él que imaginó sus largas pestañas alzándose para mirarla, una mirada de deseo y necesidad tan expresiva que, si no le estuviera sujetado firmemente el pie, a ella se le habrían curvado los dedos. Su imaginación se disparó ante este hombre que le quitaba suavemente las medias y le miraba el pie, girándolo con cuidado.

—¿Te duele? —Su voz salió en un tono ronco que la deshizo. Supuso que la mente de Marcas había viajado a pensamientos casi tan carnales como los suyos. Como tenía poca experiencia con hombres, había tenido que depender de su imaginación. Su padre tenía una forma de ahuyentarlos a todos.

No quería que él se detuviera. Sacudió la cabeza para negar el dolor, incapaz de hablar inteligiblemente en ese momento, temiendo que su voz traicionara sus pensamientos más íntimos.

Su deseo.

Su deseo puro y desenfrenado de que este hombre la deseara de la misma manera que ella descubrió que lo deseaba a él.

La levantó para llevarla a la orilla del agua, deteniéndose un momento cuando algo tangible pasó entre ellos. El brillo de necesidad era evidente en el rostro de Marcas, las palabras de los sentimientos

de Brigid se detuvieron en el borde de su lengua, ambos aparentemente curiosos por saber si el deseo sería aceptado o rechazado. Los ojos de Marcas se clavaron en sus labios, y luego en sus ojos. Abrió la boca para hablar, su cabeza se acercó a la de ella, tan cerca que Brigid deseó que terminara y la besara, pero no lo hizo.

—¡Deprisa, Marcas! —gritó Shaw.

Una vez roto el hechizo, la sentó en un lugar cubierto de musgo junto a la orilla del agua y le dijo:

—Adelante, sumérgela.

Ella obedeció y se apartó rápidamente con un jadeo al sentir el frío en la piel, pero él le cogió la pantorrilla y la volvió a sumergir en el agua.

—Te acostumbrarás. —Le echó agua en la pierna por debajo de la rodilla, quitándole la suciedad que se había colado entre el tejido de la lana.

Brigid ansiaba su tacto.

—Mis disculpas. No debería haber permitido que esto sucediera —dijo con seriedad.

—No puedes impedir la embestida de un jabalí.

—Pero la única razón por la que estás aquí es por mí. Eso te convierte en mi responsabilidad. No deberíamos habernos retrasado. Me aseguraré de que no te lastimes más el tobillo.

Ella miró sus ojos grises, donde motas azules oscuras se mezclaban con el gris, y supo que hablaba en serio. Su sincera disculpa no se parecía a ninguna otra que ella hubiera oído antes.

—Estás perdonado. —Así de cerca, Brigid percibió algo más—. Masticas hojas de menta.

—Sí. —Sus labios se movieron como si tuviera algo más que decir, pero ella nunca lo sabría porque ya no estaban solos.

Ethan apareció y llamó:

—¿Está lo suficientemente bien? Porque no creo que deseemos quedarnos aquí junto al animal muerto por mucho tiempo.

—Iremos en un momento. —Lo que había pasado entre ellos, fuera lo que fuera, desapareció, y su exterior brusco regresó cuando dijo—: Será mejor que volvamos.

Le entregó las medias y le permitió un momento para ponérselas, luego la levantó y regresó al grupo. La acomodó en un tronco con instrucciones.

—Vuelve a ponerte la bota y nos moveremos. No quiero esperar aquí donde el olor de la sangre atraerá a otros animales. —Se volvió hacia Ethan—: Apaga el fuego y partiremos. Shaw y yo cortaremos un trozo del jabalí para cocinarlo para nuestra cena. Buscaré un palo para llevarlo.

Varios minutos después, se pusieron en marcha, esta vez con Ethan a la cabeza dirigiéndolos hacia Inverness. Se detuvieron una hora más tarde, se dieron un festín de carne de jabalí asada al fuego y durmieron. Las muchachas se acurrucaron en el centro mientras los hombres se tumbaban en círculo lejos de ellas.

Brigid se durmió con imágenes de hombros fuertes y labios suaves que la llamaban. Esta podría ser la aventura que había estado buscando.

3

Después de un día agotador en el que hubo poca conversación, los viajeros se detuvieron a poca distancia de Inverness.

—¿Hacia dónde nos dirigimos, Marcas? Sé que hemos dicho Inverness, pero ¿piensas atravesar el burgo o ir a casa? —preguntó Shaw, después de hacer sus necesidades y regresar al claro. Los seis se sentaron alrededor del fuego cuando terminaron de comer.

—¿Puedes decirnos algo más sobre lo que estamos buscando? ¿Qué clase de enfermedad ha azotado a tu clan? —preguntó Brigid.

—Si lo supiera, no os necesitaría. Lo sabréis cuando llegue el momento —dijo Marcas, contestándole con la comisura de los labios antes de volverse hacia sus hermanos—. La razón por la que viajo primero a Inverness es para despistar al grupo Ramsay que viene detrás de nosotros. —Luego metió la mano en su alforja y arrojó unos trozos de tela—. He recogido esto de una de vosotras —dijo, escudriñando lentamente a las muchachas—. He oído que Logan Ramsay es un gran rastreador, pero decidí que no había razón para que lo ayudarais.

Tara se quedó mirando la tela, con la mirada entrecerrada.

—Puedes creerte muy sabio, pero solo la mitad de los restos que dejé están ahí. El tío Logan encontrará los demás.

Entonces Marcas se volvió hacia Shaw.

—¿Creéis que alguno de vosotros podría empezar a confiar en mí? En este punto, vamos a necesitar unirnos. Hemos dejado el clan, así que otros pueden intentar apoderarse del castillo. No sabemos cuántos de nuestros guardias habrán sobrevivido a la maldición. Si trabajamos juntos, tendremos más posibilidades de volver a ser fuertes.

—Podríamos si nos consultaras tus decisiones antes de tomarlas. Acabas de decidir venir a Inverness y ahora no nos explicas por qué —dijo Ethan—. Es una decisión tonta porque alarga nuestro viaje.

Marcas se pasó la mano por la frente para no maldecir a sus hermanos. Como el mayor, estaba acostumbrado a tomar decisiones, pero Ethan era muy sensible y Shaw tenía una sabiduría de la que él dependía. Era el momento de compartir sus pensamientos.

—Decidí que tendríamos más posibilidades de perder a los Ramsay si viajamos por un extremo de Inverness y salimos por el otro. No sabrán por dónde hemos salido. —Luego fulminó a Tara con la mirada —. Cierto, puede que no los haya encontrado todos, pero tengo suficientes. Aunque el gran Logan Ramsay consiga rastrearnos hasta aquí, no lo hará a partir de aquí. Dormiremos aquí, entraremos en la ciudad por la mañana, compraremos algunas provisiones y partiremos. No esperaré mucho, pero me pareció importante que intentáramos despistar al contingente Ramsay.

Shaw inclinó la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro, rascándose la áspera barba incipiente de la barbilla.

—Es cierto que es fácil que nos sigan hasta aquí. Estoy de acuerdo con tu razonamiento, pero ¿por qué no consultas con tus hermanos antes de tomar una decisión? No lo sé. ¿Podrías replantearte tus estrategias la próxima vez?

Marcas no podía estar en desacuerdo con su hermano. De hecho, Shaw tenía razón: tendía a tomar decisiones rápidamente sin considerar las repercusiones. Normalmente, tenía suerte. ¿Seguiría teniéndola? No estaba seguro.

—Estoy de acuerdo en que tienes un punto —dijo, sentándose en el tronco—. Intentaré mejorar.

—¿Cuántos más hay en vuestra familia? —preguntó Brigid—. ¿Y de qué clan sois?

Shaw empezó a hablar, pero Marcas lo detuvo.

—Cierra la boca, Shaw. No tienen por qué saberlo.

Shaw dijo:

—Tal vez si lo supieran, entenderían las terribles circunstancias en las que nos encontramos y estarían más dispuestas a ayudar.

Ethan dijo:

—Puede que él tenga razón. —Miró a Marcas, esperando su respuesta. Marcas se levantó y se paseó en círculo alrededor del grupo, arrancando hojas nuevas de los árboles y lanzándolas al aire.

Jennet frunció los labios y se cruzó de brazos.

—¿Por qué tienes que estropear el nuevo crecimiento del árbol?

—¿Qué? —Marcas detuvo su movimiento para mirarla fijamente —. ¿Eres tonta o qué?

—No, estoy lejos de ser tonta. Apuesto a que soy más inteligente que tú. —La barbilla de Jennet se levantó y su mirada lo desafió—. Es

primavera, cuando los árboles están a punto de florecer, los tonos verdes claros y vibrantes muestran lo joven y delicado que es el follaje que tan cruelmente arrancas y tiras al suelo.

—¡Son *hojas!* —Marcas alzó la voz mientras señalaba la rama del árbol que había asaltado.

—Volviendo al tema. Creo que si nos dijerais cuál es la maldición tal vez estaríamos más preparadas para ayudaros en cuanto lleguemos. —Jennet cruzó miradas con Marcas por un momento, claramente nada intimidada por él.

—No creo que sea necesario deciros nada antes de tiempo. —Marcas apoyó las manos en sus estrechas caderas y siguió caminando.

Shaw volvió a abordar el tema.

—No veo en qué puede perjudicarnos, hermano. Necesitamos ayuda. Las has traído hasta aquí, y no nos queda mucho por recorrer. Dudo que huyan pronto, ya que no tienen caballos para regresar.

—Marcas —dijo Brigid—, si supieras algo sobre sanadoras sabrías que, contándonos contra qué luchas, es más probable que atraigas nuestro interés. A todas nos atrae ayudar, sobre todo cuando se trata de curar enfermedades y elaborar remedios. La madre de Tara tiene un hermoso volumen que muestra por dónde fluye la sangre a través del cuerpo, una imagen virtual de cómo son nuestras entrañas. Todas lo hemos estudiado.

—Ella intenta decirte amablemente que si revelas y compartes lo que sabes, es más probable que nos quedemos contigo de buena gana —dijo Tara—. Es como un rompecabezas para nosotras. Y tener la posibilidad de consultar este rompecabezas con mis dos primas es una especie de regalo.

—Estoy de acuerdo con ella —dijo Shaw, Ethan asintiendo a su lado—. Diles. No quiero morir.

Marcas levantó las manos. Sus hermanos ahora estaban del lado de las sanadoras, aunque dado que todas eran bellezas por derecho propio y mostraban un valor que rivalizaba con el de muchos hombres, comprendía por qué sus hermanos se sentían atraídos por ellas.

Tampoco podía negar lo atraído que se sentía por Brigid. La miró y finalmente asintió con la cabeza tras considerar detenidamente la cuestión. Shaw tenía razón. ¿Qué daño podía hacer contarles lo que había sufrido su clan?

Brigid añadió:

—Si necesitamos hierbas especiales, quizá solo podamos conseguirlas en el bosque o en Inverness.

—¿No lleváis hierbas especiales siempre con vosotras? Creía que todos los sanadores lo hacían. —No admitiría lo cerca que había estado de decirles la verdad antes de que la mujer Cameron hablara.

—Llevamos pequeñas cantidades de todo, pero es más probable que requiramos grandes cantidades de lo que sea que necesitemos, ya que todo vuestro clan se ha visto afectado. Las cantidades grandes tardarán más en cosecharse. Y algunas hierbas son difíciles de encontrar en primavera.

Ella acababa de darle el argumento más fuerte hasta el momento. Se hundió en el tronco libre más cercano y cruzó las manos frente a él, mirando fijamente las llamas del fuego, considerando cuidadosamente sus palabras.

—Tienen vómitos. Todos ellos. Vomitan y vomitan hasta que no queda nada dentro. Entonces la sangre empieza a salir también. Chorrean líquido por todas las aberturas que tienen. Es difícil cuidar de ellos.

—Ah —dijo Jennet—. A nadie le gusta que le vomiten encima, ¿verdad?

—Ese es exactamente el problema. Entonces, ¿qué causa los vómitos? ¿Y por qué todo el mundo está afectado?

—¿Todos empezaron a tener arcadas al mismo tiempo? —preguntó Jennet.

Los tres hombres se miraron, pensando en su pregunta antes de responder.

—Y algunas preguntas más mientras lo pensáis —continuó Jennet —. ¿Habéis tenido oleadas de personas que cayeron enfermas? ¿Como cinco, luego ocho más en otro día, luego diez más al día siguiente? ¿El número creció así? ¿Ha afectado a todo el mundo? ¿A los guerreros? ¿A los niños? ¿Los mayores de vuestro clan? ¿A hombres y mujeres por igual?

Ethan saltó de su tronco y dio un paso atrás.

—Demasiadas. Demasiadas preguntas. No puedo responder tan rápido. Una por una.

Marcas se puso de pie y se acercó a su hermano.

—No te preocupes, Ethan. Shaw y yo podemos responder a la

mayoría de las preguntas.

—Deseo responder, pero no todas a la vez. Es demasiado. —Se retorció las manos delante del cuerpo mientras miraba fijamente a Marcas.

Marcas palmeó el hombro de su hermano, lo que a menudo lo calmaba. Ethan se agobiaba con facilidad. Probablemente era el más ágil de todos, pero le costaba mantener la compostura cuando se sentía amenazado. Prefería todo ordenado. No era que demasiadas preguntas fueran siempre una amenaza, pero en este momento, en su mente, lo eran. Marcas lo entendía.

—Tú piensa en una pregunta, y Shaw y yo responderemos a las demás.

—Gracias —dijo Ethan, soltando un suspiro—. ¿Cuál es la mía?

—Piensa en cuántos enfermaron cada día y si fue en oleadas. ¿Puedes hacerlo?

Los ojos de Ethan se iluminaron y asintió, sentándose de nuevo. Los números siempre eran algo bueno para él. Le encantaban. Ethan contaba todo lo que podía.

Marcas se sentó junto a su hermano, frente a Brigid.

—Esta es la situación. Primero perdimos a nuestros padres y luego mi mujer enfermó con nuestro hijo. Nuestros padres y mi esposa murieron en siete días, pero mi hijo de menos de un año sobrevivió. Mi hija de tres años nunca estuvo enferma hasta justo antes de irnos. Ella es la razón principal por la que hemos ido a por vosotras. No podía sentarme y verla morir. Tenía que encontrar una sanadora para ella. Y no puedo perder a nadie más. La respuesta a tu pregunta es que a esta maldición no le importa la edad o si su presa es un muchacho o una muchacha. Ha enfermado a casi todos.

—¿Niños? ¿Los que aún mamaban de su madre? —preguntó Brigid.

Marcas suspiró y dijo:

—Sí, nuestro hijo solo tenía diez lunas, y no bebió más que la leche de su madre. Pero se curó, y ella no.

—¿Y vosotros tres? —preguntó Jennet.

—Yo sobreviví junto con Shaw. Ethan aún no lo ha tenido. No se ha contagiado.

—¿De verdad? Es de lo más inusual —dijo Brigid—. Debemos pensar en ello.

—Entonces deberíamos descansar. Por favor, pensadlo detenidamente. —Marcas avivó el fuego para mantener las llamas encendidas y echó otros dos palos grandes.

—Pero, ¿y mi respuesta? —preguntó Ethan—. ¿Ya no os interesa?

Tara respondió:

—Sí, nos interesa. Dinos lo que sabes.

—Cinco el primer día después de nuestros padres, tres hombres y dos mujeres. El segundo día, diez más, cuatro hombres, cuatro mujeres, una niña y un niño. Día tres, diez más. Tres hombres, dos mujeres, tres niñas, dos niños. Día cuatro y día cinco, ninguno nuevo. Luego comenzó de nuevo el sexto día. Siete hombres, cuatro muchachos…

Jennet dijo:

—Bien hecho, Ethan. Nos has proporcionado información valiosa, pero por ahora es suficiente. Tal vez preguntemos más mañana. Muy útil.

Ethan sonrió, encontró un sitio en la hierba y se quedó profundamente dormido.

Marcas dijo a las damas:

—Está demasiado cansado. Vosotras dormid ahí, Shaw estará a un lado, yo al otro.

¿Qué encontraría él cuando regresaran? ¿Su pequeña estaría viva? ¿Su hermana? ¿Alguno de los guardias que quedaban?

¿O a nadie?

4

Brigid se quedó profundamente dormida, pero despertó unas horas más tarde. Miró a sus primas, sin sorprenderse al ver que Jennet estaba despierta y miraba las estrellas.

—¿Qué dices, Jennet? —dijo en voz muy baja para no despertar a los demás.

—No viene del pan. —Jennet masticó una brizna de hierba—. Ni de una botella de vino.

—Podría ser una de esas enfermedades que pasan de una persona a otra. Si ese fuera el caso, poco podemos hacer y debemos protegernos.

Jennet rodó sobre un costado y se apoyó en el codo.

—Tendremos que hervir toda el agua. Comprobar su pozo.

—Y hablar con su cocinera. Podría ser una cocinera nueva que deja la leche de cabra demasiado tiempo —dijo Tara, frotándose los ojos mientras se incorporaba—. Mamá siempre insiste en tirar la leche de cabra buena al poco tiempo.

—Hay algo más que me preocupa. ¿Por qué no Ethan? —preguntó Brigid.

—Es una buena pregunta. Tendremos que observarlo detenidamente. Tiene una forma diferente de ver las cosas —dijo Jennet. Su tono bajó hasta convertirse en un susurro—. Además, me parece muy atractivo. Es inteligente y astuto, algo que admiro. Su pelo es oscuro y sus ojos grises parecen ver a través de mí.

Tara dijo:

—Shaw me parece atractivo y divertido. Su pelo es de ese tono oscuro de rojo que me gusta, y solo estar cerca de él me hace sonreír. —Soltó una risita. Tara tenía unos ojos marrones suaves que combinaban perfectamente con su color de pelo, pero era un poco más robusta que sus dos primas esbeltas—. ¿Cómo está tu tobillo, Brigid? La hinchazón se ve mucho mejor. Ni siquiera parecía que te dolía.

—Está mucho mejor. El agua fría detuvo la hinchazón bastante rápido. Montar a caballo permitió que se calmara. Solo me duele un poco, aunque todavía me duele el costado. —Brigid miró a cada uno de los tres hombres, asegurándose de que estuvieran dormidos, con

suaves ronquidos emanando de ellos—. Entonces, ¿estamos de acuerdo en que nos quedamos a ayudar?

Jennet dijo:

—Por supuesto. Es nuestro deber ayudar. Además, me complace investigar un rompecabezas tan maravilloso.

Tara suspiró.

—No tengo ni idea de cómo volver a casa desde aquí. Nunca he venido tan al norte. Nada me resulta familiar. Tendríamos que robarles los caballos para irnos, pero dudo que lleguemos lejos.

Brigid volvió a tumbarse y miró las estrellas.

—Cogerían caballos en Inverness y nos seguirían. ¿Han dicho ya el nombre de su clan? ¿Me lo he perdido?

—No, aún no lo he oído —dijo Tara, mirando a Jennet—. ¿Y tú?

—No.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo en ir voluntariamente, hacer todo lo posible, ver si podemos detenerlo?

—Sí —dijo Jennet—. Pero debemos ser muy cuidadosas o caeremos enfermas. No deseo perder a ninguna de las dos. Las reglas de nuestras madres para todo. Hervir todos los líquidos que ingerimos, no compartirlos con otros. Lavarnos las manos. Muchos líquidos para los enfermos. Ingerir la infusión diaria de hierbas que la tía Jennie usa para protegernos. ¿Tienes, Tara? ¿Conoces bien la receta?

—Sí —dijo Tara, recostándose de nuevo—. Nos irá bien.

—Y haremos que nuestras mamás se sientan orgullosas cuando lleguen —dijo Brigid—. Porque sabéis que mi madre llegará pronto. No me importa de qué extremo de Inverness partamos. Mamá y papá nos encontrarán aunque tengan que arrasar el burgo de punta a punta.

—No puedo esperar a ver el efecto que tu madre tiene sobre estos tres —dijo Jennet—. Valdrá la pena esperar. No tienen ni idea de lo que es capaz la tía Gwyneth cuando está protegiendo a sus hijos.

Brigid se rio. Su prima tenía mucha razón.

El grupo recorrió a caballo la mayor parte de Inverness para determinar el grado de actividad del mercado y si había curanderos vendiendo mercancías. Marcas se fijó en dos al final de la zona más concurrida y se los señaló a las muchachas.

—Aquí deberíais poder encontrar lo que necesitáis. —Se detuvieron en el establo, a las afueras del pueblo, y Marcas ayudó a Brigid a bajar mientras las demás desmontaban—. ¿Puedes caminar sobre tu tobillo?

—Sí, estoy bien.

Los condujo a través del burgo hasta la posada más cercana, y luego se volvió hacia el grupo.

—Dormiremos aquí esta noche. Conseguiré una habitación grande.

Marcas sabía que probablemente estaba mal, pero no sabía de qué otra forma hacerlo. No podía arriesgarse a que las tres mujeres se unieran y se marcharan. Entraron en la posada, sorprendidos de ver el comedor lleno para la comida del mediodía.

—Cogeré la habitación más grande con seis camastros.

El posadero miró al grupo y dijo:

—¿No queréis tres camastros grandes?

—No, mi mujer prefiere dormir sola, y las demás también.

El posadero asintió y dijo:

—Estará lista en una hora. Comed o volved más tarde.

—Visitaremos el mercado.

Se fueron, sin decir nada. ¿Qué podían decir? Marcas sabía que el hombre había adivinado que no eran un grupo casado, pero, misericordiosamente, no había dicho nada.

—Compraremos pasteles de carne a los vendedores. Vosotras podéis consultar el herbolario junto con los vendedores ambulantes, a ver si hay algo que necesitéis.

Se dirigieron hacia el mercado, donde coloridos estandartes ondeaban al viento, pero una voz lo sorprendió.

—¡Matheson, alto!

Los tres hombres se giraron al oír el nombre de su clan, sorprendidos al ver a uno de sus guardias corriendo hacia ellos. El guardia señaló una zona apartada para charlar, y las muchachas los siguieron. Marcas sabía que probablemente habían oído pronunciar su nombre, pero lo averiguarían pronto por sí solas.

—Torcall —dijo Marcas—. ¿Cómo te va? ¿Por qué estás en Inverness?

Torcall era uno de sus mejores guardias, siempre leal y fiel a su padre. ¿Torcall sería el mismo si Marcas se quedaba con el título de laird? Cuando se fueron, no había nada decidido con certeza, había

demasiado trabajo y preocupaciones como para discutirlo. No lo sabía, ni siquiera estaba seguro de aceptarlo, aunque su padre le diría que era su responsabilidad. La dificultad de satisfacer las expectativas de los demás pesaba mucho en su mente.

En realidad, pensar en ocupar el lugar de su padre como jefe del clan era más doloroso de lo que había previsto. Sabía que el cargo era su herencia legítima y su deber. Pero, ¿podría hacer un buen trabajo? No lo sabía y aún no tenía tiempo para pensar en ello. Siguió adelante, pensando en su hija y en si la encontraría sana y salva.

—Laird —dijo Torcall, deteniéndose rápidamente frente al grupo —. ¿Dónde has estado? Todos creen que has abandonado tu torre. Los clanes vecinos están esperando a que termine la maldición para apoderarse de nuestro castillo.

Marcas miró a sus hermanos y luego a Torcall.

—Teníamos asuntos importantes que atender, pero ya que eres guardia y te hemos dejado para proteger el castillo, ¿por qué estás aquí? ¿No hemos dejado allí a varios de vosotros con órdenes? Nuestros números están disminuyendo. Esperaba que todos los guardias restantes se quedaran y ofrecieran la protección que pudieran hasta que volviéramos.

—Sí, quedan unos diez, pero muchos se han ido. No teníamos ni idea de lo que os había pasado a los tres, ni siquiera si ibais a volver. Ni siquiera Gisela sabe a dónde habéis viajado. Estaba enferma cuando os fuisteis y no se acordaba. Pero, ¿estáis bien? —El hombre evaluó a las tres muchachas con cautela, sin mencionar su presencia. Era uno de sus guardias más fuertes, todavía joven y soltero, con tiempo para dedicarse a proteger las tierras Matheson.

—Hemos traído tres sanadoras para terminar con la maldición, así que no habrá necesidad de que nadie se haga cargo de nuestra torre. Conseguiremos provisiones y nos dirigiremos hacia allí mañana. ¿Volverás con nosotros o te irás a otro clan?

—No, no. Tengo que conseguir provisiones para Nonie. ¿Cuál de vosotros aceptará el título de laird? Gisela dijo que aún no lo habíais decidido. —Torcall miró a Marcas, a Ethan, a Shaw, y luego de nuevo a Marcas—. Se supone que eres tú, Marcas.

—Y lo seré —dijo Marcas, sin consultar a sus hermanos. Ethan no podía gestionarlo y Shaw probablemente no estaba interesado ya que acababa de pasar los veinte, así que el título tenía que ser suyo.

Después de todo, era el mayor. Realmente no había razón para discutirlo. Hacía tiempo que había prometido a su padre liderar cuando fuera necesario. Solo que nunca había imaginado que sería tan pronto. Solo tenía veinticinco, y cuatro años separaban a los tres hermanos. Ethan tenía veintitrés y Shaw dos años menos. Gisela era un año menor que Shaw.

Ninguno de ellos había esperado que su poderoso padre falleciera a causa de la enfermedad. Era demasiado grande, demasiado bullicioso, demasiado fuerte. Verlo marchitarse fue una experiencia horrible. Dos días después, Alvery, su leal guardia y segundo al mando, había confrontado por fin a los tres hermanos sobre quién debía ser el laird.

Los tres se habían mirado fijamente, y luego sus dos hermanos habían dirigido su atención hacia él, con las cejas de Shaw levantadas en señal de interrogación. Él había aceptado y la discusión había terminado. Aunque deseaba más que nada decirle a Alvery que todos necesitaban hacer el duelo antes de que alguien ocupara el puesto de su padre en el clan, comprendía que el clan tenía expectativas. Marcas sabía que ahora tenía que dar un paso al frente y reclamar la herencia que le correspondía, pero si hacía un mal trabajo, cedería rápidamente el puesto a Shaw.

—¿Cómo están los demás? ¿Gisela? ¿Kara? ¿Mi pequeño? —Supo de inmediato por la mirada de Torcall que la respuesta no iba a ser lo que deseaba oír. Pero tenía que saberlo.

Torcall tartamudeó, un sonido que envió una flecha a su corazón.

—Gisela se está curando. Vomitó durante días y pensamos que moriría, pero sobrevivió. Se le ha ido la fiebre, pero no tiene fortaleza. Apenas puede caminar mucho cada día, solo para ir al retrete. Nonie está mucho mejor y ella cuida de su hijo, Tiernay. Él vivirá.

Diablos. No quería hacer la siguiente pregunta, pero era necesario.

—¿Y Kara?

Torcall miró al suelo.

—Ha desaparecido.

—¿Qué demonios significa eso? —ladró Ethan—. ¿Cómo ha podido desaparecer una pequeña muchacha?

—Significa que estábamos todos tan enfermos, ocupados ayudando a los demás, intentando mantener con vida a tantos como fuera posible, que nos despertamos una mañana y Kara ya no estaba. Desapareció en mitad de la noche. Hemos buscado por todas partes.

—¿Nadie ha encontrado su cuerpo? —preguntó Marcas, con un rayo de esperanza surgiendo en su corazón.

—No, y hemos buscado por todas partes —Torcall hizo una pausa, pero luego dijo—: Te necesitamos, mi laird. Me alegro de tenerte de vuelta, y con tu guía, estoy seguro de que encontraremos a la pequeña. Tal vez las sanadoras puedan ayudar a que todos se sientan mejor. Todos han caído enfermos. Excepto tú, Ethan.

—Nuestro agradecimiento por la información, Torcall. Encuentra lo que has venido a buscar y regresa con nosotros mañana. Partiremos al amanecer. Estamos en la posada al final de este camino. Únete a nosotros o encuéntranos por la mañana. —Marcas no podía aflojar la tensión de su vientre, la horrible sensación que se extendía por él al pensar en todas las cosas que podrían haberle sucedido a su querida hija, esa cuya sonrisa podía iluminar toda la torre.

Torcall asintió e hizo una leve reverencia, alejándose, pero luego se giró y dijo a las muchachas.

—Bienvenidas todas. —Luego giró sobre sus talones y desapareció.

Shaw estrechó el hombro de su hermano.

—Aún no la han encontrado, así que tal vez alguien de otro clan vino y se la llevó, intentando salvarla. Aún no puedes estar seguro, Marcas. Y tu hijo te necesita, así que debemos darnos prisa en volver.

Se frotó los ojos y dijo:

—Cierto. Estaré molesto hasta que yo mismo haya buscado. Comprobaré todos los caminos de Inverness mientras estemos aquí.

—Buena idea —dijo Brigid—. Podría imaginarme a alguien alejándola de una maldición solo con la esperanza de salvar a un niño inocente. Es posible que la encontréis. Mientras tanto, nos gustaría ir al puesto de hierbas. Esperemos que haya varios aquí que aún ofrezcan provisiones.

Ella señaló el camino y Marcas solo pudo asentir.

—Haced lo que queráis. Y aquí tenéis monedas para conseguir lo que necesitéis. Lo que necesitéis, conseguidlo y no os preocupéis. Necesitamos los suministros de curación.

Marcas se dio la vuelta, enfermo por dentro. No sabía qué pensar, salvo que buscaría por toda Inverness para ver si encontraba a la querida Kara. Solo tenía tres veranos. No podía cuidar de sí misma. Necesitaba que alguien la cuidara.

—Esperad, por favor —gritó, con la repentina necesidad de contar

con la opinión de todos.

Las tres muchachas regresaron mientras Ethan y Shaw esperaban a ver qué quería Marcas.

—Me vendría bien vuestra opinión. No sé si podré pensar en todas las situaciones, así que, por favor, ayudadme a ver todas las posibilidades. ¿Cuáles son las diferentes razones por las que Kara podría haber sido secuestrada? Suponiendo que no se haya ido por su cuenta en mitad de la noche, algo que me parece poco probable, debieron habérsela llevado. ¿Alguna idea?

Ethan, el más analítico, dijo:

—Robada para pedir rescate.

—Más, Ethan, por favor. ¿Por qué un rescate?

—Para obligarte a renunciar a tu castillo a cambio de que ella regrese.

—Buena idea. ¿Otras?

Shaw dijo:

—La madre de Freda se la ha llevado porque extrañaba a su hija.

Lo consideró por un momento.

—Posible, pero poco probable. No la veo haciéndolo discretamente o sin avisar a Nonie o Gisela. ¿Alguna otra idea?

—Alguien podría haberla robado porque desea una hija y Freda ya no está, así que está menos protegida —dijo Tara.

Brigid bajó los ojos y luego los levantó.

—O porque han perdido a su propia hija a causa de los vómitos y no pueden afrontarlo.

—Brillante, prima —dijo Jennet—. Alguien podría haber abandonado el clan para mantenerse a salvo de los vómitos, y como Kara perdió a su madre, era un blanco fácil para que una madre desconsolada la robara y la cogiera como suya. Entonces podrían volver a Inverness y pasar desapercibidas. Nadie se daría cuenta.

Marcas no había pensado en ello y no estaba seguro de entenderlo.

—Pero ella no se parecería en nada a su hija.

Brigid dijo:

—Cuando una mujer pierde a un hijo de cualquier edad, pierde un pedazo de su alma. Algunas harán cualquier cosa para que el dolor cese, incluso un acto tan atroz como secuestrar a un niño que no es suyo. Y en su corazón, puede incluso creer que el niño es suyo, incluso cambiar el nombre del niño por el nombre de su hijo muerto.

Marcas se dio cuenta de que tal vez tenía que registrar la zona más a fondo de lo que había pensado.

Ethan dijo:

—Es posible, Marcas, pero yo apostaría a que cruzarían Black Isle e intentarían pasar desapercibidas allí. Demasiada gente conoce al clan Matheson en Inverness.

No pudo discutir el razonamiento de Ethan.

—Mi agradecimiento por vuestras sugerencias. Por favor, haced lo que queráis y volved dentro de una hora.

Su amada Kara estaba enferma cuando se había ido, pero no tanto como los otros. Su dulce niña de largos rizos oscuros se había limitado a mirarlo, con la piel cerosa y los ojos enrojecidos, solo capaz de decir lo mismo.

—Mamá. ¿Dónde está mamá? Papá, quiero a mi mamá.

Él la había abrazado y dicho que iba a marcharse un rato y que volvería. Había pensado que este viaje duraría cuatro días, pero ya estaban en el quinto. Pero tenían a las sanadoras. ¿Encontrarían a alguien a su regreso que necesitara curación? ¿O habrían llegado demasiado tarde?

Era una buena noticia que Tiernay, a quien había bautizado con el nombre de su padre, siguiera vivo. Su hijo había sido alimentado con leche de cabra tras la muerte de su esposa, ya que no había otras mujeres capaces de sustituirla para satisfacer las necesidades del pequeño. De las otras dos mujeres del clan que habían tenido hijos, una había fallecido y la otra había regresado a su propio clan en Cromarty.

Pero Nonie había sustituido a Freda y se había propuesto que el pequeño, heredero del título de laird, sobreviviera. Su criada había cuidado de Tiernay con tanto esmero que Marcas rezó para que sobreviviera. Una plegaria había sido escuchada. O dos. Gisela había vivido, y Nonie y Tiernay también.

Pero, ¿y la dulce Kara?

5

Brigid dijo a sus primas:

—Tuve que marcharme. No podía verlo llorar la muerte de su hija. Qué horrible.

Tara dijo:

—Sea lo que esto sea, debemos tener cuidado. No podemos contagiarnos. No podría soportar perder a ninguna de las dos. Pensad bien en todas las provisiones que necesitaremos.

Jennet fue contando con su dedo.

—Menta, salvia, tomillo…

—¿Tomillo? ¿Por qué? Estoy de acuerdo con las otras dos porque mamá usa ambas para cualquier malestar estomacal, pero no tomillo.

—El tomillo maneja el olor de la enfermedad, y después de todos los que han estado enfermos, el olor en la torre podría ser espantoso. Sospecho que tendremos que hacer bastante limpieza, así que también necesitaremos lavanda. Cilantro para la fiebre, manzanilla para los dolores de cabeza. Todos parecen complementarse. Tenemos un poco de cada en nuestra bolsa de curación, pero no mucho. —Jennet pensó de nuevo—. ¿Qué más, Brigid?

—Tal vez borraja y origanum.

—Buena idea. Mamá usa las dos —añadió Tara. Encontraron a dos vendedores de hierbas, sorprendidas de que los puestos estuvieran llenos de casi todo lo que querían—. ¿No habéis cambiado de opinión sobre irnos? —preguntó Tara, mirando cautelosamente por encima del hombro en busca de fisgones—. Este sería nuestro momento para escapar. Tenéis la moneda para pagar caballos, aunque no tengo ni idea de cuántos podríamos comprar.

Jennet miró a Brigid, quien negó severamente con la cabeza.

—No puedo dejarlo así.

—¿A él? —preguntó Tara—. ¿No a *ellos*?

—Todos ellos, sí, pero sobre todo porque siento que debemos cuidar del bebé de Marcas, su hermana, y ahora necesitan ayuda para encontrar a su hija. Me preocuparía lo que le pasara a ella si nunca supiera la verdad. —Brigid metió las hierbas en su saco—. Al menos

sabemos el nombre del clan. Papá llegará pronto. Hasta entonces, yo digo que nos quedemos e intentemos ayudar.

Tara se mordió el labio.

—Clan Matheson. ¿Habéis oído algo de ellos antes?

Jennet negó con la cabeza junto con Brigid.

Uno de los vendedores les dijo:

—Debéis de ser sanadoras. Manteneos alejados del clan Matheson en Black Isle. Dicen que está muy maldito. Tantos muertos. Temen que maldiga a toda Black Isle.

A Brigid casi se le cayó el paquete de menta que tenía en la mano.

—¿Tan malo? No nos habíamos enterado. —Pensó que lo mejor era aprender lo que pudieran—. ¿Qué causa la maldición? ¿Brujería?

—Nadie lo sabe, pero más de la mitad del clan está muerto. Es una situación triste. Nadie se atreve a acercarse a ellos. He oído que el laird y su esposa murieron y todos los hijos se fueron. —El vendedor se limitó a negar con la cabeza—. Han dicho que el mayor no deseaba liderar, que el clan Matheson ya no existirá. Seguro que los tres muchachos están malditos.

—Muchas gracias por su ayuda. —Brigid recogió a ciegas los paquetes envueltos en cordel, dándole algunos a Jennet mientras se giraba, de vuelta hacia la posada. No quería oír nada más. Estaban en una situación desesperada y, sin embargo, todo el mundo en Inverness se pasaba el tiempo murmurando sobre los problemas del clan—. ¿Le creéis?

—¿Que los hijos están malditos? —preguntó Jennet, resoplando ligeramente—. No, las maldiciones no existen.

—Mi hermana te diría lo contrario. Ella tiene habilidades inusuales, como sabéis. Riley es vidente y cree en ayudar a los muertos a pasar a mejor vida. Me alegro de que no esté aquí. Sería demasiado para su sensible naturaleza estar cerca de tantas almas recién fallecidas.

—Riley podría ayudarlos.

—Quizá más adelante —dijo Tara, sacudiendo la cabeza como para convencer a las demás—. Pero, ¿creéis que Marcas no liderará? ¿Que tal vez deseen disolver el clan? Él dijo que era laird cuando nos encontramos con ese guardia, ¿no? ¿Lo he oído bien?

Brigid hizo una pausa para pensar.

—Marcas sí dijo algo así cuando el guardia les preguntó a los tres.

Dijo que él sería el laird. —Ella caminó por el sendero, haciendo todo lo posible por no molestar a nadie. La mayoría de la gente las ignoraba por completo, tan absorta en sus pensamientos que era como si ellas no existieran—. Pero, ¿no notáis algo raro en Inverness? ¿Habéis visto alguna vez un grupo de gente tan triste, tan callada, tan pensativa?

Tara susurró:

—Es una explicación muy sencilla. Todos temen que la maldición se traslade fuera del clan Matheson —miró por encima del hombro para ver si alguien la había oído—. Los escoceses creen en las maldiciones.

Jennet dijo:

—Creo que tienes razón. Ethan está adelante y todos se alejan de él.

—Lo noté cuando Torcall se fue. Todos se aseguraron de alejarse de él también. La situación debe ser espantosa. —Las mujeres salieron de la zona de puestos y mercancías y se dirigieron hacia el final del camino, donde se encontraba la posada, en una zona menos poblada del burgo. Bordeada de posadas y casas solariegas privadas, la calle a la que regresaron era tranquila y reconfortó un poco el interior de Brigid.

Las mujeres se reunieron con los tres hombres, quienes estaban comiendo pasteles de carne sobre un tronco en un pequeño patio desocupado junto a la posada. Cuando se acercaron, Marcas condujo al grupo a un lugar donde nadie los molestaría, no lejos del estuario, donde podían sentarse en la hierba. Él le tendió dos pasteles de carne.

—¿Ternera o cordero?

Brigid cogió un pastel de cordero y lo masticó despacio.

—Este es un puerto grande. Hay muchos barcos en el río. Mi primo conoció a su mujer aquí y dijo que era uno de los puertos más activos. ¿Qué transportan los barcos grandes?

—Sobre todo lana y pieles. Es una gran zona para la pesca, y hay mucha madera para la construcción naval. Ese negocio florece aquí. Podemos conseguir casi todo lo que queramos cuando llegan los barcos. Las especias son lo que más nos gusta. Como la ciudad se asienta sobre el río Ness, los barcos también pueden llevar mercancías a Escocia.

Los demás se sirvieron un pastel de carne. Brigid disfrutó del suyo.

Estaba delicioso, mucho mejor que lo que habían estado comiendo, y tuvo que preguntarse si habría comida en la torre.

—¿Habéis comprado alimentos? ¿Estabais bien abastecidos antes de que empezara esto? Tal vez deberíais conseguir verduras frescas para llevarlas con nosotros. Al menos podríamos preparar un buen caldo para los enfermos. El caldo humeante es el mejor y el más seguro. Nada de carne al principio.

—Cazamos la mayor parte de nuestra comida. He conseguido avena y cebada, junto con algunos tubérculos y cebolla. Suficiente para los que nos quedan. No sé con qué frecuencia estaré allí ni cuánto tardaré en encontrar a mi hija —dijo Marcas—. Otros se unirán a mí en la búsqueda y podremos cazar por el camino.

Brigid miró a lo lejos, el reflejo del agua brillando entre los árboles.

—¿Qué es eso? ¿Un fiordo o un lago?

Marcas dijo:

—Ven. Te lo enseñaré. Podemos comer en la orilla si quieres.

—Nosotros nos quedaremos aquí —dijo Ethan—. Sabes que no me gusta el fiordo. Pero a ti tampoco, Marcas.

—No voy a nadar, Ethan. No te preocupes por mí. Estaré bien.

Las preocupaciones de Ethan parecieron aliviarse y Brigid decidió que le gustaría ver el paisaje.

Miró a Tara y a Jennet, quienes le dedicaron pequeños asentimientos de cabeza, animándola a acompañar a Marcas. Su padre le había enseñado a aprender todo lo posible sobre su entorno, y esta parecía una oportunidad importante.

—He oído hablar de Black Isle. ¿Es allí adonde nos dirigimos?

—Ven y te mostraré. —La llevó un rato por el camino antes de encontrar una sección bajo un árbol sobre el agua—. Siéntate aquí y mira al otro lado.

Él señaló un terreno blando. Ella se acomodó el vestido debajo de ella y se sentó con las piernas cruzadas, sin preocuparse por ser delicada, ya que llevaba unos leggins debajo. Eran unos leggins maravillosos, los mismos que su madre había hecho para todas las mujeres del clan.

El día estaba nublado, pero había poca niebla, lo que le permitía ver claramente el agua del estuario. Cada vez que el sol se asomaba un poco entre las nubes, la superficie se llenaba de destellos. Al otro lado

del canal había una gran extensión de terreno, y a lo lejos unas colinas formaban una larga costa salpicada de botes pesqueros y pequeños edificios. Se encontraban a mayor altura de lo que hubiera pensado, lo que le proporcionó una vista maravillosa cuando miró hacia el pequeño acantilado de rocas escarpadas que había bajo sus pies. Llegar al agua sería difícil desde su lugar.

—Estás viendo toda Black Isle. Pero no es realmente una isla porque está rodeada por tres fiordos: Cromarty, Moray, y este es Beauly Firth. Es realmente una península, diría por mis viajes por aquí. Estamos en las Highlands, pero diferente.

—¿En qué es diferente Black Isle?

—El rico suelo. El clan Matheson tiene una de las tierras más ricas. Me han dicho que gran parte de las Highlands son infértiles para cultivar alimentos, pero nosotros no tenemos problemas. Estamos cerca del mar y de los barcos mercantes de Inverness, como decía. Podemos conseguir todo lo que deseemos aquí en no más de dos horas de viaje.

—Es muy bonito desde aquí. ¿Hay muchos clanes? ¿Muchos pueblos?

Él se sentó a su lado y se recostó, apoyando las manos en el suelo.

—Nuestro castillo está bien escondido en los bosques de Gallow Hill, pero cerca de la costa, por eso todos lo quieren. Tenemos los terrenos más ricos, estamos cerca del agua y podemos pescar en las marismas cuando baja la marea. Hay otros pueblos a lo largo de la costa, pero pocos tierra adentro. Es una buena vida. Era una buena vida hasta que nos llegó la maldición. No sabíamos si algún otro clan estaba enfermo, pero envié a Ethan con algunos guardias al principio para comprobarlo, lo cual es probablemente una de las razones por las que nunca enfermó. Lo envié a North Kessoch, Munlocky y Avoch. Nadie más estaba maldito, solo nosotros. Nos detuvimos en Beauly cuando salimos a buscaros, pero nadie estaba enfermo allí tampoco.

—Es muy extraño entonces.

—¿Por qué?

—Porque la tía Brenna siempre decía que si la enfermedad pasa de persona a persona, entonces otros la tendrán fuera de tu castillo. La gente viaja, se la da a otros. Pero si nadie más la tiene, es posible que sea algo podrido. Algo de carne, o una cabra enferma. Una ale mal preparada. Tendremos que revisar el almacén de bebidas, el pozo,

incluso sus animales. Pero creo que descubriremos la verdad. Hemos visto circunstancias similares.

—¿Y la última? ¿Qué la causó? —le preguntó, mirándola fijamente a los labios, una mirada que le provocó a Brigid un estremecimiento en lo más profundo de su vientre.

—Un mala botella de ale. Había una grieta en la ale que nadie vio y se echó a perder. Hizo enfermar a todo el mundo, pero no creo que sea vuestro caso. La ale eventualmente se agrió, para que la gente pudiera probar que había estado mala. ¿Hace cuánto fue la primera enfermedad?

—Dos lunas.

—Oh, vaya. Tendremos que investigar seriamente.

—¿Qué quieres decir?

—¿Puedo explicártelo cuando lleguemos a tu castillo? Entonces será más fácil. —Ella volvió a mirar a través del agua, pensando en todo lo que él había sufrido—. Siento que hayas perdido a tu mujer.

—No lo sientas —dijo él, bruscamente, incorporándose—. Perdóname. No debería haberme expresado así. Lamento que mis hijos perdieran a su madre, y aunque no teníamos sentimientos muy fuertes el uno por el otro, ella no merecía que su vida fuera tan corta.

Brigid quiso preguntarle algo más, pero no lo hizo. Confiaba en que si esperaba, dándole tiempo para pensar, él le contaría algo más. ¿Qué podía hacer que un marido no se sintiera triste por la pérdida de su esposa?

—Teníamos problemas. Éramos una pareja, no una pareja de amor. Ella era de Avoch, y era una buena unión para mantener la paz. No había amor. Y descubrí hace unas seis lunas que, después de dar a luz a Tiernay, empezó a ver a otro hombre en Avoch. Alguien a quien había amado hace mucho tiempo.

—Lo siento —dijo Brigid suavemente—. Eso debió haber sido duro de descubrir. ¿Él iba a tu torre?

—Él no solía hacerlo, pero ella viajó a casa con los dos niños, pasó quince días con sus padres y luego regresó. Poco después, él llegó una o dos veces sin que yo lo supiera, trayendo regalos de su clan al nuestro. Por lo visto, procuraba ir cuando yo estaba en las lizas entrenando a nuestros hombres. Descubrí el amorío de otra manera, pero Freda no estaba contenta de que la descubrieran y me rogó que no se lo dijera a sus padres.

—¿La perdonaste?

—No. Nunca estuvimos enamorados, pero nos respetábamos. Me preocupaba por ella. Fue una buena madre para nuestros hijos, pero no pude acostarme con ella cuando me enteré. Me suplicó que guardara su secreto —exhaló—. He dicho demasiado. Perdóname por divagar. Creo que deberíamos volver. —Se levantó bruscamente y le tendió la mano a Brigid para ayudarla a ponerse en pie. Ella se levantó. Pero él no la soltó de inmediato, su mirada se clavó en la de ella.

Un calor pasó entre ellos, abrasando la piel de Brigid como si se estuvieran tocando más allá de sus manos. Era la experiencia más extraña que había tenido con un hombre.

—Brigid, te agradecería que no comentaras lo que te he dicho. He hablado demasiado… sobre Freda. El resto está bien, hablar de Black Isle y de nuestro castillo en Gallow Hill, pero no debería hablar de los muertos de esa manera.

Le soltó la mano e hizo un ademán para que volvieran a través de los árboles.

Ella lo siguió. Mientras mantenían el paso, reflexionó en silencio sobre sus palabras. El corazón le dio un vuelco cuando se dio cuenta de que él no había amado a su mujer. ¿Por qué?

6

Las primas y los hermanos estaban sentados alrededor de una mesa en su habitación, disfrutando de una segunda comida de estofado de cordero y pan integral crujiente. Marcas había solicitado circunstancias especiales debido a cómo los había mirado todo el mundo en la zona del mercado. Tanto él como Ethan se habían dado cuenta de que todo el mundo se había mantenido a distancia de ellos.

Estaban respondiendo a la supuesta maldición de Black Isle. Él no sometería a las muchachas a esa grosería.

Pero algo más se había apoderado de su mente, incluso más allá de la reacción de los habitantes de Inverness y de su dolor por la desaparición de Kara. Marcas no podía superar el sentimiento de culpa por haberle confesado sus cosas a Brigid. ¿Cómo había podido compartirlo todo con ella?

Bueno, casi todo.

—¿Puedo hacer una pregunta y recibir una respuesta sincera? —preguntó él.

Brigid asintió, mirando a sus dos primas, quienes asintieron en conformidad.

—¿Tu padre es el que tiene fama de ser un excelente rastreador?

—Sí. Uno de los mejores.

—¿De verdad es tan buen rastreador? ¿Os seguirá hasta aquí en siete o catorce días? Estoy intentando calcular cuánto tiempo podremos aprovechar vuestras habilidades curativas antes de que él traiga un ejército para llevaros.

Jennet parecía tan perpleja como las otras dos. Mirando a Brigid, preguntó:

—¿Ha dicho siete días? ¿Catorce?

Brigid miró a los hombres, intentando ocultar su sonrisa.

Tara soltó una risita, atragantándose brevemente con un trozo de pan.

—El tío Logan llegará dentro de un día. Dos como mucho. Si dependiera estrictamente de mi padre o del de Jennet, quizá tardarían varios días, pero no con el padre de Brigid. Llegará antes que el gran

ejército de guerreros, pero apostaría a que irán detrás de él.

Jennet continuó con otra observación casual que dio crédito al comentario de Tara, aunque Brigid pudo notar que ella intentaba contener su diversión.

—Aunque el tío Logan ha adoptado a otras muchachas y las ama a todas por igual, Brigid sigue siendo su pequeña, la más joven antes de las adopciones. No traerá muchos guerreros, pero si siente la necesidad, se detendrá en el clan Grant, nuestro aliado más cercano, y traerá doscientos o trescientos detrás de él. Eso podría retrasarlo un día.

Los tres hombres palidecieron. Ethan susurró:

—¿Clan Grant? ¿Has dicho clan Grant, el que tiene más de mil guerreros? ¿El más grande de toda la tierra? —Su mirada viajó de un rostro a otro, pero nadie dijo nada para apaciguarlo.

—¿Qué demonios has hecho, Marcas? —preguntó Shaw—. Aunque traer guerreros no causará ningún problema; no queda nadie para luchar, salvo quizá diez hombres. Todos estaremos muertos; los que sobrevivimos al demonio y a la maldición moriremos bajo la espada Grant.

Ethan tartamudeó:

—Cederemos rápidamente en esas circunstancias. —Lanzó una mirada fulminante a su hermano mientras daba otro tímido bocado a su estofado.

Nadie dijo nada durante varios minutos, los seis absortos en su comida.

Marcas tenía que hacer lo que pudiera para proteger a su clan, su castillo.

—¿Y tú qué dices, Brigid? Cuando llegue tu padre y hables con él, ¿le dirás que ataque?

Ethan se inclinó hacia adelante en su silla, con los ojos muy abiertos.

—¿Seguirá tu consejo, le digas lo que le digas?

—Mi padre me escuchará. Cuando las tres le informemos de que deseamos ayudar, de que hay una maldición que podría acabar con todos nosotros si no encontramos la causa, estará más dispuesto a escuchar. Hará lo que pueda por ayudar.

Tara preguntó:

—¿Crees que parará en el clan Grant?

Brigid negó con la cabeza.

—No lo hará porque podría perder el rastro, aunque si lo hace, estoy segura de que no será por mucho tiempo. A veces se detiene para obtener información. Podría considerar que los hijos de Alex conocen más esta zona desde que Connor conoció a su esposa en Inverness.

Shaw resopló.

—Él no sabe que os estamos llevando a Inverness.

Tara se inclinó más hacia él.

—Sí que lo sabe.

—¿Cómo demonios iba a saberlo?

Brigid miró a Jennet.

—Porque una de nosotras ha dejado pistas.

Los tres hombres parecían igual de confundidos. Ethan preguntó:

—¿Qué clase de pistas?

—Jennet talló letras en la corteza de un árbol diciéndole adónde íbamos.

Shaw soltó una carcajada.

—¿Y crees que tu padre es tan buen rastreador que encontrará vuestras letras en miniatura? ¿En un millón de árboles de las Highlands sabrá exactamente en cuál mirar?

Las tres muchachas tenían expresiones de suficiencia en sus rostros, luego estallaron en risas.

—No conocéis a mi padre —dijo Brigid—. Ni a mi madre. Llevan mucho tiempo haciendo esto. También una razón por la que no se quedarán mucho tiempo en la tierra Grant. *Si* se detienen.

—¿Por qué no se detendrían? —preguntó Marcas, esperando que las mujeres estuvieran equivocadas. Le vendría bien el día extra antes de que fueran atacados por un padre salvaje.

Jennet explicó:

—A veces el rastreo solo es claro durante un día. En cuanto llueve o nieva, se pierden muchas de las huellas. Tardó unos días en alcanzarnos cuando nos secuestraron antes, pero el clima lo había complicado.

Shaw echó su silla hacia atrás.

—¿Os han robado de casa antes?

—Hace tiempo —dijo Brigid—. A Jennet y a mí nos robaron en mitad de la noche cuando éramos pequeñas, alrededor de los seis o

siete veranos. Yo no lo llevé bien, pero Jennet, bueno, hizo uno de los mejores trucos que he visto nunca.

—¿Y cuál fue? —preguntó Marcas.

Brigid miró a su prima, quien negó con la cabeza.

—Tal vez sea mejor que guardemos algunos secretos, milord. Pero quizá te guste oír hablar de mi padre y de cuando está en su mejor momento.

—Continúa. Me encantaría oírlo —pidió Marcas, arrancando otro trozo de pan.

—Mis padres y mi hermana adoptiva Molly, junto con su ahora marido Tormod, nos rastrearon. Mi madre ayudó con el rastreo, pero estaba herida, así que le tocó a Molly encontrar dónde estábamos escondidas. La pobre Jennet estaba sujeta con una daga en la garganta mientras otro hombre me cogía y me llevaba detrás del edificio. Molly luchó contra él y me ayudó a volver con Jennet. Cuando nuestro padre llegó finalmente, hizo lo que mejor sabe hacer.

—¿Y eso sería? —preguntó Marcas, pero luego dijo—: Aunque soy consciente de que puedes decirme una mentira descarada.

—Mi padre es un experto en engaños, en hacerte creer una cosa mientras hace otra. Observé mientras me escondía detrás de un árbol. Mi padre se convirtió en el blanco, posicionándose perfectamente mientras se burlaba del bastardo, dándole a Molly la puntería que necesitaba desde detrás de él para darle al villano con su flecha. El villano estaba tan ocupado con el cuchillo en la garganta de Jennet y observando a mi padre que nunca vio a Molly detrás de él. Papá sabía que ella podía darle fácilmente. Es una de las mejores arqueras, pero necesitaba un tiro claro que no le diera a Jennet. Pero mientras papá continuaba hablando con nuestro captor, hizo que el tonto se girara, dándole a Molly la oportunidad que necesitaba. Una vez que mi padre lo tuvo bien girado, Molly disparó, dándole directamente en el costado, el punto mortal, matándolo. Cuando se desplomó, tenía las manos clavadas en Jennet y tardaron una eternidad en liberarla, pero ella mantuvo la calma. A diferencia de mí.

—¿No estabas tranquila? Ahora estás tan serena, ¿cómo es posible? —dijo Shaw.

—No a los seis años. Lloré y grité hasta que nuestros captores quisieron noquearme. Jennet es la única razón por la que logré sobrevivir. Siempre ha sido la persona más fuerte que conozco, y por

eso…

—¿Por eso qué? —preguntó Jennet, volviéndose hacia Brigid con una mirada extraña.

La cara de Brigid se sonrojó, pero no se retractó.

—Por eso te debo una disculpa, prima. No debí decir que eras sanadora cuando entraron en nuestra torre. Hubiera sido mejor que solo me llevaran a mí. Mis disculpas.

—No hace falta que te disculpes porque, lo hubieras dicho o no, habría venido, incluso te habría seguido. —Jennet siguió comiendo, sin ninguna expresión de emoción en su bonito rostro, mientras Brigid parecía al borde de las lágrimas.

¿Por qué demonios se sentía Marcas tan atraído por ella? De haber podido, la habría subido a su regazo, le habría besado la frente y frotado la espalda para calmarla. Ella era demasiado fuerte para llorar. En el fondo, él lo creía de verdad.

Pero entonces recordó que Gisela le había dicho a menudo que llorar no era una debilidad.

Brigid estrujó el hombro de su prima y dijo:

—Siempre podía contar contigo, ¿verdad?

—Me siento honrada de estar junto a vosotras dos —intervino Tara —. Será toda una aventura. A mi padre le sorprenderá saber que he sido llevada junto con las Ramsay. —Sonrió, y Marcas se dio cuenta de que Brigid reía con ella.

Brigid se había sentido avergonzada por su error de incluir a Jennet en su viaje, pero sus primas habían hecho lo posible para que se sintiera mejor. Sus esfuerzos parecieron tener éxito, y sus cálidos ojos verdes sonrieron a las otras dos muchachas.

Sus hermanos y él nunca habían actuado así juntos. Tal vez haría bien en intentar aprender de las mujeres.

Logan estaba en un claro, mirando a los árboles y paseándose por la periferia en busca de pistas.

—Gwynie, hacía mucho tiempo que no sentía este tipo de miedo.

Su mujer lo consoló:

—Lo sé, Logan, pero las encontraremos. Si pudieron dejarnos suficientes pistas cuando tenían seis veranos, seguro que también han

encontrado la forma de dejar pistas en este viaje.

Kyle Maule, jefe de los guardias Ramsay, se unió a los dos, desmontando.

—Yo diría que definitivamente han estado aquí. Hemos encontrado pruebas de tres o cuatro caballos, pero la otra cosa que me llamó la atención fue esto. —Los condujo a una zona entre los árboles donde los arbustos eran más frondosos—. Mirad. —Señaló el suelo donde, al parecer, alguien había estado cavando.

—Estoy de acuerdo con lo de los caballos, pero ¿qué demonios significa un agujero en el suelo, Kyle? No me están gustando los primeros pensamientos que me vienen a la cabeza. ¿Qué demonios estaban haciendo? ¿Intentando enterrar a alguien? —Logan, con sus largos mechones castaños claros ondeando al viento, dirigió a Maule la mirada intimidatoria que sabía que no funcionaría. Logan sintió que tenía que practicarlo porque no sabía lo que le esperaba. Y, desde luego, no le gustaba no tener el control.

—Sanadoras, Logan. Cavan en busca de raíces y hierbas. Jennet y Brigid son sanadoras. Creo que han estado aquí.

Logan ni siquiera había considerado eso. Se rascó la barba incipiente de la barbilla, decidiendo que Kyle podía tener razón.

—Bien hecho, Maule. Que tus hombres sigan buscando otras pistas. —Habían traído veinte guardias Ramsay para buscar a las muchachas.

El único hijo de Logan y Gwyneth, Gavin, dijo:

—Papá, tienes los trozos de tela que te dejaron. Estaban aquí.

Su madre ladró:

—Pero no coinciden con ninguna de sus prendas. No tenemos un tejido así. Sé que lo he visto, pero no lo recuerdo. Odio hacerme mayor. No puedo ver tan bien, y no puedo recordar como solía hacerlo. Menos mal que trajimos a Merewen para que disparara a esos bastardos en las bolas por mí. —Luego miró a Sorcha, quien acababa de unirse a ellos desde el bosque, con su marido, Cailean a sus espaldas—. Sorcha, tendrás que disparar a los bastardos en las bolas si Merewen no hace lo que le pido.

Merewen palideció.

—¿Qué quieres que haga, Gwyneth?

—Olvídalo. Cuando llegue el momento, te lo explicaré. —Gwyneth se paseaba en círculos, mirando los arbustos, luego el suelo, intentando absorber todo lo que veía—. Hacía tiempo que no veíamos

ninguno de esos trozos de tela. —Se giró para mirar fijamente a Logan mientras se le iluminaba la cara—. ¡Recordé quién tiene ese tejido!

—¿Quién? Diablos, dilo, Gwynie. —Logan se detuvo a esperar su respuesta, con las manos firmemente colocadas en las caderas.

—Jennie. Es un tejido Cameron, seguro.

Gavin preguntó:

—¿Por qué querrían a la tía Jennie?

Logan suspiró, con toda la implicación clara.

—A Jennie no. A Tara. Han robado a las tres sanadoras.

—No creo que nadie considere a Tara y Brigid como sanadoras. Jennet posiblemente, pero no Brigid.

—Entonces, ¿qué estás diciendo? ¿Por qué robarían a las tres?

Gavin dijo:

—Todas son jóvenes. Tal vez estén robando novias.

—Esa sugerencia podría tener algún mérito si robaran en una sola torre, pero han ido a dos diferentes. ¿Y tan lejos? No. Lo único que Cameron y las muchachas Ramsay tienen en común es que son sanadoras. —Logan caminaba de un lado a otro, intentando averiguar qué había pasado exactamente.

—Justo antes de que las secuestraran, Jennet y Brigid asistieron en un alumbramiento. ¿Lo sabías?

Logan se giró.

—Quizá los villanos lo sabían. ¿Podrían haberse enterado y haber seguido a las sanadoras hasta la torre? Si es así, sin duda iban tras las sanadoras.

Gwyneth jugó con su larga trenza, moviéndola de un lado a otro en su mano.

—¿Crees que…?

—¿Qué, Gwynie? Solo dilo.

—Logan, ¿y si pensaban que estaban robando a Brenna y Jennie? Si esa era su intención, entonces tal vez no están solos. Es un tejido Cameron. Apuesto a que Tara está con ellas.

—No diré que te equivocas, Gwynie —dijo, paseándose de nuevo.

—Tres de ellas… eso sí que me hace sentir mejor, Logan —murmuró Gwynie, aún ensimismada en algún pensamiento—. ¿Crees que Aedan está fuera buscando?

—Pasaremos la noche en el Castillo Grant. Está a solo un par de horas, y me gustaría ver qué sabe Alex, si hay nuevos merodeadores

en la zona. No apuesto a que estos sean bandidos comunes. Estos eran hombres con un propósito. Tal vez Alex sepa de algo que está pasando en las Highlands. Ninguno de nuestros vecinos es tan listo como para entrar en nuestra torre. Y ninguno de los vecinos de los Grant lo es tampoco. Cuando lleguemos, haré que Grant envíe un mensajero a Cameron para asegurarnos.

Logan se rascó la cabeza, deseando que se le ocurriera algo más útil. Miró a su esposa, tan hermosa con sus leggins y su túnica como el día en que se casó con ella.

—¿Qué te tiene tan ocupada? —preguntó Logan—. Hay algo más que no me estás contando. Conozco tu mente calculadora. Es buena, especialmente cuando se trata de tus hijos.

—Cuando fueron secuestradas antes, hace años, por Bearchun, hubo otra forma para que las muchachas nos dieran pistas. ¿Cuál era, Logan? —Volvió a pasearse, con el pelo castaño salpicado de mechones grises bien escondidos en el lazo de la coronilla y trenzados en la espalda—. La dirección que siguieron. De algún modo lo dedujimos por sus huellas. Piensa, Logan. ¡Piensa! ¿Qué demonios fue? Aún no somos tan viejos.

—Lo siento, Gwynie, pero no lo recuerdo.

Gwyneth se mordió el labio mientras los otros tres seguían observando la zona después de que Kyle volviera con sus hombres. Entonces, de repente, saltó y corrió hacia los árboles, yendo de uno a otro y a otro, mirando fijamente la base de los árboles.

—¿Qué demonios haces ahora, esposa?

—¡Raspados! —jadeó ella—. Ahora lo recuerdo. Jennet nos rayó mensajes en el tronco del árbol. Estoy buscando rayones. —Los cinco se lanzaron a registrar la zona, buscando este nuevo tipo de pista de que las muchachas habían estado allí.

Mientras buscaban en el bosquecillo, una tarea aparentemente interminable en los bosques de las Highlands, Gwyneth se alegró de que se tratara de un claro, lo que reducía el número de árboles a los que las muchachas podrían haber accedido.

—Hay suficientes indicios más de que estuvieron aquí como para que debamos registrar todos estos árboles —dijo Gywnie, rodeando uno e inclinándose para mirar la parte más baja de la corteza.

—¿Como éste? —preguntó Merewen, señalando la base de un roble. Gavin corrió a su lado y se arrodilló para verlo más de cerca.

Sorcha miró por encima del hombro de Gavin.

—Mamá, tienes razón. Ahí está. Merewen lo ha encontrado.

—¿Qué dice? ¿Qué? —Gwynie golpeó el hombro de Gavin, mirando por encima.

—Creo que es una H. —Merewen y Gavin se inclinaron más cerca.

Logan también miró, pensando que, efectivamente, podía ser una H.

—Eso no dice nada. ¿Y qué demonios significaría una H? ¿No me dijiste antes que Jennet había rayado S de sur o algo así? La H no tiene dirección. ¿Qué diablos podría significar? —Demonios, destrozaría toda la hierba del claro de tanto pasearse antes de terminar.

Merewen gritó:

—No una H, sino una I. I, luego N, luego V, luego otra letra que podría ser una E, luego nada. Quizá la interrumpieron.

Gavin se acuclilló, contemplando las letras, pero la respuesta llegó repentinamente a Logan.

—Inverness. ¡Van a Inverness! —Cogió a su mujer y la besó con fuerza en la boca—. Diablos, pero esa Jennet es muy lista. Buen trabajo, Gwynie.

Logan salió de su pequeño claro y bramó:

—Maule, reúne a los hombres. Nos vamos a la tierra Grant a pasar la noche, luego a Inverness.

7

Brigid se acurrucó dentro de su manto mientras se acercaban al castillo Eddirdale, hogar del clan Matheson, la tarde siguiente. Volvía a cabalgar con Marcas, por suerte. Ella se había recostado en su calor, y a él no parecía importarle en absoluto. Ahora que estaban cerca de su casa, sintió la necesidad de sentarse erguida y no tocarlo.

Hacía poco que había perdido a su mujer, aunque ella había tenía una relación con otro hombre. Brigid no pudo evitar preguntarse si el clan se habría enterado de su indiscreción. No era que importara, Marcas seguía siendo el laird. Si lo hubieran sabido, los aldeanos podrían haberla apedreado, o algo menos obvio, para comunicarle sus sentimientos.

La noche había sido tranquila. Habían comido gachas y miel en el comedor escaleras abajo una vez que todos se habían levantado, comiendo en silencio porque algunos otros también habían estado presentes. Cuando terminaron, volvieron a salir.

Una pequeña parte de ella tenía miedo de lo que encontrarían. ¿La torre estaría desierta? ¿Invadida por otros que habrían aprovechado la ausencia de los hermanos? Cuanto más se acercaban, más se le revolvía el estómago. Aunque la razón le decía que sus tías eran buenas sanadoras y que sus enseñanzas evitarían que las primas enfermaran, sabía que un pequeño temor la atormentaría hasta que descubrieran la causa exacta de la enfermedad.

¿Ella enfermaría? ¿Perdería a una o a ambas primas?

Una repentina necesidad de consuelo de su madre y de su tía Brenna la invadió, dejándola desamparada. Decidida a sobrevivir, aunque solo fuera para volver a ver a sus padres, se esforzó por disipar sus temores y se comprometió a descubrir cuidadosamente los problemas de la torre Matheson.

Y hacer todo lo posible para ayudar a Marcas a encontrar a su hija.

Las puertas estaban abiertas y había un guardia junto a la muralla.

—¿Marcas? ¿De verdad eres tú? ¿Has vuelto?

Torcall había vuelto cabalgando con ellos y llamó:

—Los he encontrado a todos en Inverness.

—¿Y quiénes son las tres muchachas? No las has traído a la maldición, ¿verdad? ¿Se lo has dicho?

—Sí, Alvery —dijo Marcas mientras se acercaban a la cortina. Detuvo su caballo donde estaba Alvery—. Estas son las tres sanadoras que he traído para arreglarlo todo. Dos son hijas y una sobrina de las dos sanadoras más renombradas de las Highlands. Esta es lady Brigid, la muchacha rubia es lady Jennet, y la que cabalga con Shaw es lady Tara.

—Bienvenidas, ladies. No somos muchos los que hemos sobrevivido, pero los que lo han hecho son muy duros. —Alvery era un hombre mayor, pero tenía ojos amables y hombros anchos, evidencia de que aún podía blandir una espada.

—¿Habéis encontrado a Kara ya?

—No. Hemos enviado de nuevo una patrulla de búsqueda.

Marcas no ocultó su decepción al volver con una hija aún desaparecida.

—¿Tiernay y mi hermana?

—Ambos están bien.

—Antes de dirigirnos a la torre, dime cuántos quedan, Alvery.

—Creo que una docena en el último recuento. Nonie, Gisela, Tiernay, Jinny, y seis guardias. Y ahora vosotros tres.

—¿Hay alguien enfermo en este momento?

—No. ¿Cuál de vosotros es el laird? Si puedo preguntar. —Alvery parecía definitivamente incómodo, pero era una pregunta justa.

—Yo asumiré el título de laird —dijo Marcas.

Alvery continuó:

—Encantado de oírlo, jefe. Nadie está enfermo por el momento, pero cuatro de los guardias volvieron a tener un pequeño episodio justo después de vuestra partida. Aunque no estaban tan enfermos como antes. Se curaron en dos días.

A Brigid no le gustó cómo sonaba eso. Miró a Jennet para ver si había estado escuchando, y lo había hecho, claro que sí. Su querida prima tenía la costumbre de entrecerrar los párpados cuando analizaba una situación, y así era exactamente como estaba ahora.

Se dirigieron al establo y un muchacho salió a buscar sus caballos.

—Saludos, jefe —dijo, mirando de uno a otro como si no estuviera seguro de a quién dirigir su comentario.

—¿Estás mejor, Timm? —preguntó Marcas, desmontando y

bajando a Brigid, dejándola con cuidado en el suelo.

—Sí, mucho mejor. Me ocuparé de sus caballos, jefe.

—Brigid, ¿puedes caminar o necesitas ayuda?

—No, mi tobillo está mucho mejor. No correré ninguna carrera, pero puedo caminar sola hasta la torre. Gracias. —Diablos, pero el hombre incluso tenía mejor aspecto por la mañana.

Alvery asintió.

—Oh, no, me he olvidado del muchacho. Añade a Timm a nuestros números. Estamos creciendo de nuevo, muchachos.

Marcas explicó:

—Alvery lleva años con el clan Matheson y nuestro padre. Todo hombre es considerado un muchacho para él. Me alegro de que estés mejor. Acompañaré a las muchachas al interior y luego volveré para ponerlos al corriente de todo.

Marcas las condujo a través del patio, una zona tan silenciosa que Brigid podía oír cada gorjeo de los pájaros. Era algo que nunca había oído dentro de los muros Ramsay. Vio un pozo comunitario a un lado del patio, con varios baldes cerca. Estaba construido en piedra, como la mayoría de los castillos, con una sección central cuadrada y dos tabiques a cada lado. Junto al patio había una choza para la herrería, el almacén de bebidas al lado y el armero al otro lado del almacén. Una choza más grande en el lado opuesto albergaba, ella supuso, a las tejedoras.

Pero todo estaba en silencio, como si no hubiera nadie en absoluto.

La sensación le produjo una tristeza que no podía quitarse de encima, semejante vacío en un lugar que debería estar lleno de vida, de miembros de clan trabajando juntos por un objetivo común, disfrutando de la compañía de los demás, trabajando los campos. En su lugar, una sensación de inquietud y un ligero escalofrío recorrió su cuerpo, aunque hizo todo lo posible por ignorarlos.

Subieron los escalones y Marcas sostuvo la puerta abierta para que entraran las tres muchachas, Shaw y Ethan detrás de él.

El gran salón estaba casi desierto, salvo por el fuego, un niño que jugaba en una manta a una distancia prudencial del fuego y una mujer mayor inclinada sobre un lavabo mientras otra trabajaba una masa en la mesa.

Las dos mujeres miraron asombradas al trío de muchachas, pero cuando sus miradas se posaron en Marcas y sus hermanos, sus rostros

estallaron en sonrisas. La mujer que lavaba la ropa se secó las manos y levantó al niño regordete que estaba sentado mordisqueando un trozo de tela anudado.

—Saludos, Nonie —dijo Marcas a la mujer que sostenía al niño. Se acercó a su hijo y recibió una gran sonrisa que mostraba nuevos dientes inferiores, luego depositó un ligero beso en la frente del niño —. Estas son las sanadoras que he traído para que nos ayuden, lady Brigid, Jennet y Tara.

Nonie hizo una pequeña reverencia a las tres, con el pelo gris recogido en una trenza y mechones sueltos alrededor de la cara. Era de complexión media y tenía la cara tensa.

—Y esta es Jinny, nuestra cocinera. Es una buena cocinera cuando las cosas van como tienen que ir. —Las caderas de Jinny eran voluminosas, como muchas cocineras, y sus ojos eran amables. Estaba claro que era una gran trabajadora.

Jinny también saludó sumisamente a las damas, pero con una sonrisa. Marcas se inclinó hacia adelante e inhaló el aroma del bebé en sus brazos.

—Dulce Tiernay. Eres un muchacho fuerte. —El niño lo recompensó con una brillante sonrisa.

Brigid pensó que Tiernay era un chiquillo precioso, con mechones castaños cubriéndole la cabeza hasta las orejas. Seguía sujetando el trozo de tela, mordiéndolo mientras sonreía a su padre.

—¿Ninguna noticia de Kara todavía? —Marcas miró a todas las mujeres, pero estas negaron con la cabeza.

—¡Marcas! ¡Hermanos! Todos estáis en casa y sanos. ¡Alabado sea Dios! —Una hermosa mujer bajó volando por la escalera a la izquierda de la puerta. Su cabello caía por su espalda en gruesas ondas castañas. Su ropa la hacía parecer excesivamente delgada, pero Brigid supuso que probablemente había perdido bastante peso a causa de la enfermedad. Corrió y abrazó rápidamente a cada uno de sus hermanos antes de dirigirse a las tres damas.

Shaw les presentó a Gisela, pero luego solo dijo una palabra más.

—¿Kara?

Las lágrimas empañaron de inmediato los ojos de Gisela, quien sacudió la cabeza.

—Lo siento mucho. Estaba dormida conmigo en un camastro frente al fuego, pero cuando desperté, ya no estaba. Hemos buscado por

todas partes. No lo comprendo. En verdad no creo que se haya ido sola.

Ethan dijo:

—Kara es incapaz de abrir la puerta de la torre por sí misma. Se ha ido con alguien.

Gisela se calmó enseguida y miró fijamente a su hermano.

—Vaya, pero tu sabiduría es muy necesaria aquí, Ethan. Tienes toda la razón. Y ella estaba mucho más débil que antes, así que nunca podría haberla abierto. —Se quedó mirando la puerta, pensando en este nuevo acontecimiento.

Jennet dijo:

—Perdonad mi intromisión, pero ella tendría que ser alta para que una niña de solo tres años alcanzara el picaporte de esa puerta.

Gisela la miró fijamente.

—¿Eres lady Jennet? Hablas muy parecido a Ethan, reconociendo cosas que yo había pasado por alto. No, la recuerdo intentándolo un día, diciendo que iba a por su padre, pero apenas pudo tocar la base del picaporte. Y la puerta es demasiado pesada para su pequeño cuerpo. Alguien debió ayudarla a salir. Le he dado muchas vueltas, muchas veces, pero no encuentro ningún recuerdo que me ayude a entender lo que ha pasado. La niña no pudo haber salido sola, ¿verdad?

—Convocaremos a todos a una reunión una vez que los guardias regresen de patrullar. Deseo oír que nadie en esta torre le ha abierto la puerta —dijo Marcas—. Si no os importa, las dejaré dentro para que os calentéis mientras los tres volvemos al exterior para evaluar la situación y ver qué más podemos averiguar. —Devolvió a Tiernay a Nonie y le dio un beso rápido en la cabeza.

Ese movimiento despertó en Brigid algo que no reconoció, un sentimiento de admiración que iba más allá de cómo reaccionaría ante un buen arquero o un espadachín. No, esto era diferente. De repente, sintió el impulso de besarlo, de experimentar la sensación de estar rodeada por sus brazos.

Hacía unos años, había sentido anhelo, incluso deseo, por algunos muchachos de su clan, pero la reputación de su padre siempre los ahuyentaba. Pero aquí, nadie conocía a su padre. Nadie temía aún a Logan Ramsay. En casa, su reacción inmediata habría sido reprimir cualquier sentimiento de interés por un hombre, pero aquí, en tierras

Matheson, no tenía por qué hacerlo.

Gisela dijo:

—Por supuesto. Os traeré una taza de caldo caliente. Por favor, calentaos junto al fuego.

Marcas y Ethan depositaron las dos burjacas de sanadora sobre una mesa de caballete junto con sus compras de Inverness.

—¿ El caldo ha sido bien calentado? —preguntó Jennet.

Jinny respondió:

—Sí, milady. Siempre cuezo el caldo con el hueso durante al menos una hora.

Jennet dijo:

—Entonces me encantaría una taza. Te lo agradezco.

—¿Y un poco de pan y queso?

—Sí, sería estupendo —dijo Tara, con una sonrisa iluminándole los ojos.

Las tres mujeres se sentaron cerca del fuego y colgaron sus mantos en los ganchos próximos a la chimenea. Brigid permaneció de pie frente al calor durante un minuto, abrazándose a sí misma y dejando que el calor la recorriera, lo que la hizo suspirar, sin importarle quién la oyera.

Nonie fue a dejar a Tiernay en el suelo, pero Brigid preguntó rápidamente:

—¿Puedo cogerlo?

Nonie respondió:

—Por supuesto. Es muy bueno. —Le dio el niño a Brigid y le dijo —: Ayudaré a Gisela con la comida.

A Brigid siempre le habían atraído los niños, al menos hasta que empezaban a caminar y podían meterse en problemas. Este chiquillo estaría encantado de sentarse en su regazo, o eso esperaba. Gisela, Jinny y Nonie se habían ido a las cocinas, dejando solas a las tres primas.

Jennet se apresuró a decir:

—Debemos acordar no comer nada que no haya sido cocinado. Es la regla de oro de mamá cuando hay mucha enfermedad alrededor. Y tampoco ale.

Tara añadió:

—Y empezaremos a hervir el agua. Incluso la que uso en la cara y para refrescarme la boca por la mañana. Mamá dice calor, calor, calor

cuando uno está enfermo. —Luego frunció el ceño como si hubiera recordado algo—. Excepto las ventanas. A mamá le gusta el aire fresco.

Brigid dijo:

—A la tía Brenna también.

Tiernay dejó de morder un momento y se volvió para mirar a Brigid.

—¿Mamá? —balbuceó.

Brigid pensó que se le rompería el corazón. Pero Jennet no tardó en recordarle por qué necesitaba su mente ágil cerca de ella.

—No te pongas a llorar por eso, Brigid. Seguro que llama mamá a todo y a todos.

Como si fuera una señal, Tiernay se volvió hacia Tara y repitió.

—Mamá. —Luego le tendió el juguete de tela como si quisiera compartirlo. Enseguida anunció—: Mamá.

—Aww —dijo Brigid—. Es toda una monada, ¿verdad?

—Todos lo son para ti, Brigid —arrastró las palabras Jennet.

Tara soltó una risita.

—Yo pienso lo mismo, Brigid. Es adorable. Me encanta cómo sonríe. Tiene la suerte de no recordar que ha perdido a su madre. —Bajó la voz hasta un susurro—. ¿Qué creéis que pudo haberle pasado a Kara?

Jennet dijo:

—No hay conjeturas. Está claro que alguien la ha llevado lejos. El único misterio es quién lo habría hecho. Marcas tiene que organizar una reunión y preguntar a todo el mundo. Averiguar quién ha estado aquí y quién no.

—Y nosotras también necesitamos una reunión para hacer nuestras preguntas. —Brigid volvió a acomodar al niño contra su pecho mientras él agitaba la tela de arriba abajo antes de volver a morderla —. Le deben estar saliendo los dientes.

—Mirad cómo babea. —Tara no podía apartar los ojos de él, así que el niño siguió sonriéndole.

Jennet dijo:

—Nos reuniremos en una recámara, haremos nuestros propios planes y pediremos una reunión para mañana. Es mi sugerencia. Con suerte tendremos la oportunidad de hacerles preguntas antes de que llegue tu padre, Brigid.

Se encogió de hombros.

—Papá no nos impedirá ayudarlos en estos trágicos momentos. Ya lo veréis.

—Solo si trae a tu madre. Ella es la del corazón blando. —Tara se acercó y frotó la cabeza del niño, ganándose una sonrisa.

—Y mamá traerá a Gavin y a Merewen solo por sus habilidades con el arco.

—Estoy de acuerdo. Como Linnet está embarazada, Gregor no vendrá, pero apuesto a que Gavin y Merewen sí.

Jennet se quedó mirando las llamas, sin hablar.

Brigid estaba a punto de preguntar qué la tenía tan preocupada, pero Gisela regresó.

—Aquí tenéis. Os he traído una taza de caldo a cada una y Nonie está preparando una fuente con pan y queso. Estoy impaciente por saber todo de vosotras tres y expresaros mi más profunda gratitud por estar tan dispuestas a ayudarnos.

Jennet puso los ojos en blanco.

8

Marcas regresó a las puertas para hablar con Alvery. Sin duda, había asuntos que debían tratar. Aunque le habría encantado sentarse junto a Brigid y acomodar a Tiernay en su regazo durante la siguiente hora, tenía obligaciones por cumplir si quería mantener el título de laird.

Esperaba hacer un trabajo lo bastante bueno como para ganarse el respeto de sus compañeros de clan.

Su padre había preparado a Marcas para el día en que asumiría el cargo, pero el hombre que había sido su padre durante más de dos décadas había sido tan fuerte como un caballo, y nadie había pensado que sería sustituido hasta dentro de diez años. Marcas tampoco había creído poder soportar la pérdida de sus padres al mismo tiempo.

El clan había estado esperando que se convirtiera en el nuevo jefe tras la muerte de sus padres, pero había una pequeña parte del mismo que dudaba de su capacidad. Después de todo, Marcas había sido el que había disgustado tanto a la sanadora que había abandonado el clan, lo que ocurrió justo antes de ser objeto de la maldición. Había dicho que tenía una buena razón para actuar así con ella, pero no la había compartido con nadie. Ni lo haría todavía. La situación era demasiado embarazosa.

Así, una vez llegada la maldición, se convirtió en un hombre odiado. Perdió a sus padres, luego a su esposa y a muchos otros. La mayoría del clan lo culpó. Él lo entendía, pero incluso después de soportar el abuso y la reprimenda, insistió en que no había echado a su sanadora. Ella misma había tomado la decisión. Solo había un aspecto oculto de su partida que se guardaba para sí mismo, sin dar nunca una explicación de lo que había pasado o por qué. Planeaba mantenerlo así.

—Ethan, ve a ver cómo está el pequeño Timm. Haz el recuento de nuestros caballos, por favor. Luego infórmame en la muralla.

Ethan se dirigió a los establos para hablar con Timm.

Shaw dijo:

—Al menos tenemos a Gisela y Tiernay. Gisela se ve mucho mejor,

y el chiquillo parece que nunca ha estado enfermo.

—Sí, no discutiré eso. —Marcas entró en la pequeña choza cercana a la cortina para hablar con Alvery. Torcall también estaba dentro—. Alvery, una actualización, por favor. Habla cuando tengas información que añadir, Torcall. Tú también has estado aquí. ¿Qué hay de los muertos? ¿Cuántos? ¿Y cuántos han abandonado el clan?

Alvery se sentó en un taburete.

—Jefe, hemos enterrado todos los cuerpos en un campo detrás del bosque Gallow Hill. Hemos avisado al Priorato Beauly con la esperanza de que envíen un sacerdote o un monje para bendecir el nuevo cementerio. Queríamos enterrarlos cerca, pero algunos aldeanos insistieron en que permanecieran lejos. Sin embargo, muchas de esas personas ya han fallecido, así que supongo que no importó.

—En un campo está bien. ¿Cuántos eran en el último recuento?

—Tres y treinta, incluidos tus padres. Otros veinte huyeron a clanes vecinos. Esperaba ver a algunos de ellos enviados de vuelta, pero la mayoría fueron aceptados. Algunos han ido al clan Ross, otros al MacHeth y unos pocos al clan Milton. —Se encogió de hombros—. No pude detenerlos.

—Reconstruiremos pronto. Una vez que conozcamos la causa y corra la voz, los atraeremos y más. Tenemos cabañas vacías dentro del patio cerrado ahora, y la mayoría están vacías detrás de la cortina en la aldea. Tenemos algunos de los campos más fértiles de toda Black Isle. Nuestros tubérculos son abundantes, y tenemos muchos árboles frutales. Los aldeanos que se han ido volverán cuando sepan que la maldición ha desaparecido, y las sanadoras encontrarán al culpable y lo eliminarán. ¿Algún ganado enfermo? ¿Algún perro?

—No, todos están bien. Han nacido cuatro terneros en tu ausencia. Y tres cabras, creo; son tantas que rara vez las contamos. Toda la gente de los alrededores se aleja por miedo. Nadie nos robará todavía.

Marcas arqueó una ceja hacia su fiel guardia.

—¿Todavía?

Alvery suspiró profundamente y lo miró.

—Se dice que dos clanes planean apoderarse del castillo en cuanto descubran que la maldición ha desaparecido.

—¿En serio?

—Sí, un par de guardias que se marcharon volvieron para avisarnos después de haber ido a cazar al bosque. Se sentían culpables

por haberse ido, supongo, así que se detuvieron para hacernos saber lo que habían averiguado. Les di las gracias y los invité a volver, pero dijeron que todavía no.

—¿Qué clanes están ansiosos por invadir?

—Milton y MacHeth.

—No creo que MacHeth nos ataque. Iré a hablar con su jefe. Su padre era buen amigo del nuestro. No lo hará, te lo aseguro. —Marcas miró a Shaw para ver si estaba de acuerdo.

—Probablemente sería una buena idea visitarlos, Marcas. Les haremos saber que tenemos sanadoras presentes, que no ha habido nuevas muertes. Que sepa que no pensamos rendirnos fácilmente.

Ethan se unió a ellos y dijo:

—Tenemos muchos caballos, y tres yeguas están a punto de parir. ¿Nadie cogió caballos cuando se fueron?

—No, la mayoría no quiso. Temían que estuvieran malditos. Los que se fueron caminaron solo con sus pertenencias.

El sonido de cascos en el camino llegó hasta ellos. Marcas se asomó y vio que su patrulla regresaba. Salió a recibirlos y los demás lo siguieron. Su mirada escudriñó a cada guardia, buscando alguna señal de su hija de tres años. No vio ninguna. Cerró los ojos, preguntándose qué demonios podía haber pasado.

Los cuatro hombres desmontaron y condujeron sus caballos al establo donde los esperaba Timm. El guardia llamado Mundi se acercó y dijo:

—Bienvenido, Marcas. ¿O es Jefe?

—Asumiré el cargo de laird. ¿Alguna señal de mi hija?

Mundi negó con la cabeza, y la expresión de su rostro le hizo saber a Marcas que esto también afectaba a su clan.

—No. Pero hemos encontrado algo. Encontramos a un anciano que dijo haber visto a una mujer caminando con una cría, y la muchacha no estaba contenta. No paraba de decir que quería volver a casa. Nos ha dicho que se dirigían al este. Podría haber ido a cualquiera de los cuatro clanes.

Shaw dijo:

—¿Cuántas de nuestras mujeres se han ido?

Alvery dijo:

—Desearía no haber estado enfermo y se lo diría. Simplemente perdí la cuenta de cuántas exactamente, pero varias se fueron.

Ethan preguntó:

—¿Cuántas habían perdido un hijo a causa de la maldición? Parece que una mujer se apresuraría a robar otro si perdiera el suyo, tal como ha sugerido Brigid.

Marcas miró fijamente a su hermano, atónito ante ese pensamiento.

—Ethan, apostaría a que tienes razón. Esa respuesta es la que tiene más sentido.

Shaw dijo:

—Sí. Alguien tuvo que abrir la puerta. Debieron haber entrado sigilosamente cuando Gisela estaba dormida y enferma, robaron a la muchacha y se fueron a unirse a otro clan. Si estás de acuerdo con esta conjetura, Marcas, tiene importantes implicaciones.

—¿Cuáles? —Tenía muchas propias, pero deseaba escuchar primero a su hermano.

—Kara está viva, sólo tenemos que encontrarla.

Ethan añadió:

—No la encontrarás por la noche. El mejor momento sería viajar a los clanes cuando el sol esté alto y los miembros del clan estén trabajando. Quizá en el arroyo, lavando la ropa. No verás a ninguna pequeña muchacha por la noche.

Marcas estaba de acuerdo con sus hermanos. Necesitaba saber exactamente cuándo habían patrullado sus guardias, no solo dónde.

—Cuéntame todo sobre las zonas que has patrullado. Dónde, cuándo, todo.

Mundo dijo:

—Jefe, hemos comprobado todas las zonas cercanas al menos tres veces. Las más alejadas, dos veces. Sobre todo durante las horas de la mañana. Registramos el bosque a fondo por la noche porque al principio temíamos que ella se hubiera perdido. Ella no está allí. Pero tu sugerencia suena factible. Apuesto a que otra mujer se la ha llevado. Hemos perdido algunos niños.

Marcas dijo:

—No habrá patrulla esta noche. Comeremos todos juntos, para que las sanadoras que he traído puedan haceros preguntas a todos. Shaw, tú estás a cargo de los hombres. Planea ir mañana a los clanes y preguntar por los recién llegados.

—¿No deseas ir? Y si vamos, ellos pueden correr la voz de que las

sanadoras están aquí y los clanes pueden planear su ataque. —Alvery miró de un hermano a otro—. ¿Cómo lucharemos contra ellos? Quedan menos de una docena de hombres.

Marcas sonrió.

—No, habrá más. Probablemente mañana a última hora o al día siguiente. Pero os prometo que tendremos suficientes para ayudarnos a mantener el castillo. Tendremos treinta guerreros que lucharán duro.

Ethan dijo:

—Estoy de acuerdo.

—¿Dónde encontrará tantos combatientes para entonces, jefe? —preguntó Mundi.

—No tendré que encontrarlos. Ellos nos encontrarán y nos ayudarán. Os lo prometo.

—Se ha vuelto loco —dijo Alvery para sí mismo—. Es como pedir un deseo a una estrella.

—No, no lo está —dijo Ethan—. Estoy de acuerdo con él.

—¿Quién vendrá a ayudar a un clan maldito? —preguntó Torcall—. Todos han huido de nosotros.

—Los Ramsay. El clan Ramsay tendrá aquí a los mejores guerreros y arqueros en menos de dos días. —Marcas tuvo un repentino estallido de esperanza en su corazón. Kara estaba viva y las sanadoras acabarían con la maldición.

Solo tenía que conseguir que Logan Ramsay lo ayudara.

Gisela miró fijamente a Jennet y preguntó al grupo:

—¿Acaba de poner los ojos en blanco?

Brigid dijo:

—Probablemente. Lo hace a menudo cuando no está de acuerdo con una afirmación.

Gisela dirigió su siguiente comentario a Jennet.

—¿Por qué su desacuerdo, lady Jennet?

—Porque no estamos aquí por voluntad de ayudar. —Jennet frunció los labios y no miró a Gisela, sino a la copa de la que bebía. Hacía girar el líquido en pequeños círculos rítmicos, sin derramar ni una gota—. Y no hace falta que seas formal con nosotras. Sin títulos, por favor.

—Pero ahora estamos dispuestas a ayudar —añadió Brigid, fulminando con la mirada a Jennet.

—No lo entiendo.

Brigid se aclaró la garganta y continuó, tras lanzar otra rápida mirada asesina a Jennet:

—Nos secuestraron en mitad de la noche. Marcas nos robó a Jennet y a mí. Ethan y Shaw robaron a Tara. Creyeron que habían robado a nuestras madres, que tienen fama de ser las mejores sanadoras del país.

—¿El clan Cameron y el clan Ramsay? ¿Os han secuestrado a las tres? —Gisela palideció y se levantó de la silla, paseándose—. Entonces vuestros clanes nos atacarán pronto. No nos quedan guerreros. Solo seis, diez como mucho. Estamos condenados. —Volvió a hundirse en la silla.

—No, no te preocupes. Soy Brigid Ramsay, y mis padres son Logan y Gwyneth. Ellos son los que nos rastrearán hasta aquí y me buscarán a mí primero. Una vez que entiendan la situación, os ayudarán, igual que nosotras. Pero confía en nosotras, pronto estarán aquí.

Jinny y Nonie se les unieron, Jinny llevaba una cesta de fruta y queso. Nonie dijo:

—¿Por qué no os mostramos una habitación? Las tres podéis dormir en la misma habitación, ¿verdad? Tenemos una que acabamos de limpiar, con varios camastros. Hemos cambiado todas las sábanas.

Tara dijo:

—Sería estupendo. Me vendría bien descansar. No he dormido bien. Normalmente no lo hago cuando viajo.

Brigid devolvió a Tiernay a su tía, y él le sonrió, murmurando:

—Mamá.

Nonie condujo a las tres escaleras arriba con sus pertenencias. Brigid agradeció que acabaran de hacer las maletas después de su último viaje y que tuvieran leggins de sobra para ponerse. Su madre la había educado bien. Llevar siempre leggins de repuesto. También había metido dos túnicas de lana en su bolsa justo cuando habían sido interrumpidas.

Nonie las guio por el pasillo, llevando la cesta que ella había cogido de Jinny, explicándoles por el camino.

—Tenemos víveres de sobra, aunque hemos tirado toda la comida que pensábamos que podía haberse agriado. Descansad un poco y

comeremos un buen estofado esta noche. Lo tenemos hirviendo en la cocina, lleno de tubérculos y carne. Cocinamos pan fresco esta mañana y hemos puesto una barra pequeña en la canasta para que la compartáis. Y podemos hacer que os traigan una tina más tarde, si queréis.

—Sí, antes de la cena estaría bien —dijo Brigid.

—La tendremos lista para vosotras. Solo tenéis que avisarnos en la cocina.

Cuando Nonie abrió la puerta de la gran habitación, se acercó inmediatamente a la ventana y echó la piel hacia atrás.

—El día es precioso. Dejad que entre el aire fresco mientras coméis y luego descansad. Nos han dicho que todos los que han sobrevivido se reunirán para responder a vuestras preguntas en la última comida. Nuestro jefe nos ha ordenado hacerlo. La tendremos lista en unas horas. Descansad hasta entonces. Enviaremos la bañera en una hora.

—Nuestro agradecimiento por tu amable hospitalidad, Nonie —dijo Tara.

—Y aquí tenéis una botella de vino de London que el laird y su esposa habían escondido en la bodega. No puede estar contaminado, así que bebed con ganas. Hay muchas botellas. A la señora del laird le encantaba su vino.

Luego se marchó con una pequeña reverencia mientras cerraba la puerta tras de sí.

Brigid se tumbó en la cama y dijo:

—Estoy cansada, pero también tengo hambre. Deberíais coger un trozo de pan cada una o me lo comeré todo.

Jennet cogió rápidamente un trozo y se lo dio a Tara. Se sentaron y masticaron un rato, luego cada una llenó una copa con la botella de vino abierta. Brigid dio un largo trago tras su último bocado de pan y cogió el queso.

—¿Qué dices, Jennet? Sé que tu mente está deliberando sobre todas tus preguntas. ¿Tienes alguna idea inmediata?

Jennet terminó de masticar lentamente y miró por la ventana abierta.

—No estoy segura. La enfermedad lleva aquí mucho tiempo. Por las cifras que ha dado Ethan, no creo que sea algo que pase de una persona a otra.

—¿Qué hay del pozo?

—Tendremos que comprobar eso.

—Comprobar cómo tratan la leche de cabra.

—Preguntar por la ale y comprobar el almacén en busca de botellas en mal estado.

—Comprobar cómo preparan las comidas.

Las mentes de las tres talentosas mujeres se movían como relámpagos mientras charlaban con los pensamientos de las demás.

Jennet pensó en la última pregunta de Tara y respondió:

—Si Jinny siempre ha sido la cocinera, entonces no, puede que no necesitemos ver cómo prepara las comidas. Pero si solo ha sido cocinera durante unas pocas lunas, entonces sí. Es un gran idea que un cambio en la cocinera podría afectar a las condiciones generales del clan. Algunos cocineras intentan echar comida en mal estado en un caldo, pensando que nadie lo sabrá, pero si está muy podrida, no hay caldo que la salve.

—Tengo la impresión de que Jinny lleva mucho tiempo cocinando —declaró Brigid.

—¿Por qué? —preguntaron Jennet y Tara al unísono.

—Porque este pan es delicioso. No creo que una nueva cocinera pueda tener ya tanto éxito.

—Creo que tienes razón, pero preguntaremos de todos modos. Y necesitamos conocer todos los síntomas —dijo Jennet—. Estoy cansada. Voy a echarme una siesta. —Se acercó al camastro más cercano a la ventana, se quitó las botas y se acurrucó bajo las pieles—. Estas sábanas están frescas.

Brigid se recostó en la cama, donde su cabeza encontró una suave almohada, y gimió de placer.

—Mejor que en la posada.

—Y el suelo durante dos noches. —Tara también se acomodó en un camastro—. No duermo mucho en el suelo. Me despierto con cada ulular de los búhos.

Brigid se levantó y enganchó bien las pieles sobre la ventana, luego dijo:

—¿Qué pensáis de Marcas? ¿Es lo bastante fuerte para liderar su clan?

Tara rodó sobre su espalda y dijo:

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque es muy joven.

—Pero mira a Jake y Jamie Grant. Asumieron el cargo cuando eran jóvenes. Y también lo hizo Torrian.

—Pero todos ellos tuvieron a sus padres para ayudarlos —agregó Jennet—. Estás prendada de él, Brigid. ¿Cómo sucedió tan pronto cuando te robó de casa?

Brigid suspiró, abrazándose a sí misma mientras volvía a su cama.

—No lo sé con seguridad.

—Mientras no sea porque te da pena. —Tara se puso las manos detrás de la cabeza, mirando al techo—. Pero entiendo parte de lo que sientes. Es la primera vez que alguien expresa interés, y no tengo que preocuparme de que todo el clan me esté mirando.

Jennet se incorporó y se volvió para mirar fijamente a Tara.

—¿Tú también estás prendada de Marcas?

—No. Shaw. Me gusta Shaw. Tal vez sea porque estuve muy cerca de él en su caballo. ¿Qué dices, Brigid?

—Ahí fue cuando empezó. No sé por qué siento esa atracción. Porque él es diferente, porque mi padre no está mirando, por cómo se le riza el pelo en las puntas, o porque siempre huele a hojas de menta…

Tara soltó una risita.

—Te estás enamorando de él. Es un hombre apuesto. No te culpo. Entiendo todas esas razones.

Jennet se acomodó boca arriba, con las manos cruzadas sobre el vientre.

—Yo no entiendo ninguna. Iros a dormir.

Nadie dijo nada más, pero Tara le guiñó un ojo a Brigid. Brigid suspiró. Al menos no estaba sola en su atracción por uno de estos nuevos hombres en sus vidas. A pesar de que habían hecho cautivas a las tres mujeres. Pero Brigid había sentido la dureza del pecho de Marcas, la fuerza de sus brazos cuando la había cargado al arroyo, su olor a menta y pino.

Cerró los ojos, pensando en un hombre de pelo largo, oscuro y ondulado y ojos grises. Brigid se durmió en cuestión de minutos, con una extraña necesidad en el fondo de su vientre, algo que no había sentido antes.

Brigid quería la atención de Marcas.

9

Logan gritó a los dos hombres que lo recibieron, Connor y Jake Grant.

—¿Está aquí vuestro padre? Necesito vuestra ayuda. —Haber venido al castillo Grant para aprovechar la sabiduría de los lairds Grant resultaría un acierto, estaba seguro de ello.

—Está aquí, tío, y el tío Aedan acaba de llegar. ¿Has oído lo del robo de Tara por la noche?

—Lo supuse, porque también robaron a Brigid y Jennet. Es exactamente por eso que nos detuvimos. Quería más información. Con la esperanza de pasar la noche si nos aceptáis antes de ir a Inverness.

—Por supuesto que sois bienvenidos. Justo a tiempo para la cena. Estofado de venado. —Jake era co-laird con su hermano gemelo, Jamie. Connor, aunque era el más alto, era el más joven de la familia.

Sorcha susurró a Merewen:

—Y tartas de fruta, espero. Su cocinera hace las mejores.

Cailean dijo:

—Deja de babear, esposa. Me vas a avergonzar.

Logan desmontó justo fuera de los establos, alcanzando a Gwynie, quien estaba justo detrás de él.

—Entra y descansa. Sé que estos viajes te resultan más difíciles que antes.

Gwynie resopló, un sonido que él aún amaba. Le atraía su sarcasmo. Ella se aferró a sus hombros un poco más de lo necesario, haciéndole saber que no era tan fuerte como cuando la había conocido. Luego se enderezó orgullosa y dijo:

—Entraré un momento para saludar a todos y comer algo. Luego, cuando termines en el solárium con Alex y sus hijos, me encontrarás en su campo de tiro con arco.

—Siempre te gustó su campo. ¿Mejor que el nuestro?

—No, pero en las Highlands con la vista de las montañas a lo lejos, es bastante hermoso. —Soltó un suspiro audible. Luego estrujó la mano de su marido, volviendo a su faceta más seria—. Necesito estar preparada. Hablas de nuestra hija menor, Logan. Mataré al bastardo

que se atreva a tocarla.

Se inclinó y acarició el cuello de su esposa con la nariz.

—Esa es mi muchachita.

Gwynie resopló de inmediato.

—Muchachita. Logan, te estás volviendo tonto.

Ella le diría lo contrario, pero seguía disfrutando de sus cumplidos.

Entraron y fueron recibidos por Maddie, la mujer de Alex, y Kyla, su hija mayor. La voz retumbante de Alex llegó desde el fondo del pasillo al salir de su dormitorio.

—Algo más va mal. Aedan está aquí y ahora tú. ¿Qué ha pasado?

Logan dijo:

—Un bastardo ha robado a mi hija y a mi sobrina de sus camas, eso es exactamente lo que ha pasado.

—¿Quieres decir de la misma manera que robaste a mi hermana Brenna hace años?

—Sí, y todo salió bien, así que no me molestes por algo de hace mucho tiempo, viejo. ¿Qué has oído? —Los dos eran muy buenos amigos, pero les encantaba retarse.

Aedan bajó las escaleras, su hijo Brin detrás de él.

—Estoy escuchando.

Alex señaló el solárium justo cuando Jake y Connor entraban, seguidos por el resto del grupo Ramsay. Pero Logan aún no estaba preparado para entrar en el solárium. Cogió una ale y observó la reunión, indicándole a Alex que lo seguiría en unos momentos.

A Logan siempre le había gustado entrar en el gran salón Grant, lleno de gente a la que amaba. Le agradaba especialmente ver lo unidos que estaban los primos: Kyla y Sorcha, Gavin y Connor. Esperó y observó, simplemente porque le daba satisfacción ver lo que él, sus hermanos y Alex Grant habían construido a lo largo de los años.

Eran los mejores aliados y siempre podían contar el uno con el otro para apoyarse, sin importar el problema. Y el apoyo llegaba de muchas maneras: guerreros, arqueros, monedas e incluso comida. Le complacía que esta alianza se mantuviera firme.

Maddie se acercó a Alex y le dijo:

—Ve al solárium con Aedan y Logan. Yo me encargaré de alimentar a los demás y de preparar sus aposentos. Ya ha pasado la hora de cenar, pero estoy segura de que todos tienen hambre. Enviaré una fuente con comida.

Ella dio un rápido abrazo a Logan y Gwyneth, y se dio la vuelta para marcharse cuando Alex dijo:

—Preferiría que trajeras tú la fuente, por favor.

Ella asintió y luego conversó con Gwynie, Kyla y los recién llegados mientras Logan seguía a Alex al solárium, Aedan detrás de él.

—Ponme al corriente, Logan —dijo Aedan—. Tara ha desaparecido y he traído una docena de guardias.

Jake entró detrás del grupo y cerró la puerta.

Logan añadió:

—Alguien ha robado a Jennet y Brigid de su recámara. En realidad, de nuestra recámara de curación, pero directamente en nuestra torre. No tenemos ni idea de quién, pero las hemos rastreado hacia el norte, y creemos que Tara está con ellas.

—Espero que digas la verdad, ya que me sentiría mejor si Tara no estuviera sola. ¿Alguna idea de quién? —Aedan se sentó, con el rostro tenso, algo que Logan rara vez veía. El hombre tenía un comportamiento tranquilo que no solía alterarse, a pesar de que su clan protegía la cercana Abadía de Lochluin.

—No —dijo Logan, poniéndose de pie para pasearse—. Hemos rastreado cuatro caballos, y hemos encontrado tela tirada en un sendero del camino. Todas nuestras muchachas sabrían hacer esto, pero era un tejido que no reconocí. Gwynie lo reconoció como un tejido Cameron.

—¿Por qué al norte? —preguntó Alex—. Debes tener tus sospechas de los culpables si se dirigen al norte.

—No, pero si recuerdas, Jennet nos dejó mensajes cuando Bearchun las secuestró hace mucho tiempo, así que buscamos en un claro donde sabíamos que habían estado. Sorcha encontró rayas en la corteza que parecían una I, y una N, una V y parte de una E.

Los ojos de Alex se iluminaron al procesar rápidamente esta información.

—Se dirigen a Inverness.

—¿Inverness? —preguntó Aedan—. ¿Por qué? ¿Qué clanes hay tan al norte?

—Bastantes —respondió Jake—. Ross es el más grande, pero hay ramas de MacKenzie, MacHeth, Matheson, Milton. Pero no puedo entender por qué alguien se llevaría a nuestras tres muchachas. Es un acuerdo extraño.

—Sanadores. Necesitan sanadores por alguna razón. ¿Cómo dedujeron cuáles hacer cautivas? Eso no lo sé. Pero Brigid y Jennet acababan de regresar de dar a luz a un bebé, así que esa podría ser la razón del secuestro. Cómo supieron que Tara era la sanadora, no tengo ni idea —dijo Logan.

—Tengo que estar de acuerdo contigo, Ramsay. No sé por qué otra razón alguien elegiría a esas tres muchachas. Demasiada coincidencia para ser otra cosa que una necesidad de sanadoras. La única pregunta es por qué —dijo Alex, golpeteando el escritorio con los dedos—. No importa. ¿Cuántos guardias tienes, Ramsay?

—Una veintena con otra veintena más que viene detrás de nosotros. Maule está aquí, y algunos arqueros. Vienen más guardias.

—Puedes traer tantos como necesites.

Aedan dijo:

—Tal vez yo vaya al noroeste, a casa de Braden. A ver si allí saben algo. Creo que es mejor que hagamos una búsqueda exhaustiva.

Logan se sentó, cediendo a la fatiga de su cuerpo. Se estaba haciendo demasiado viejo para esto, sobre todo para dormir en el suelo, pero tenía que encontrar a su querida Brigie. Se obligó a no pensar en todas las cosas que podían sucederles a tres jóvenes y hermosas muchachas.

—No creo que necesitemos más, pero si envío un mensajero, manda guerreros rápidamente. Como sabes, Grant, cuando se roban sanadores, suele ser una necesidad rara para ellos. Determinaré eso antes de matar al bastardo que ha robado a Brigid.

—¿Cuándo te vas?

—Partiré mañana con mi grupo, al amanecer. Y quienesquiera que sean esos bastardos, más les vale que yo los encuentre primero. No será agradable si Gwynie se me adelanta.

10

Marcas entró en la torre a media tarde, sorprendido de verla vacía. Tiernay solía echarse la siesta a esa hora, pero ¿dónde estaban los demás?

Oyó unas pisadas ligeras que descendían por la escalera y se giró para ver de quién se trataba. Brigid bajaba las escaleras con un par de pantalones ajustados y ceñidos, que mostraban sus largas piernas, y una túnica que le cubría las caderas.

El atuendo era escandaloso y convertía a Brigid en la imagen más erótica que había visto jamás. Llevaba el pelo alborotado, como si acabara de salir de la cama, y las mejillas sonrosadas por el calor. Era la mujer más hermosa que había visto en su vida.

¿Qué demonios le había pasado? Esta muchacha era una sirena como ninguna que hubiera conocido antes.

—¿Brigid? ¿Estás bien? —No sabía qué más decir.

—Sí. Espero que no te importe que lleve los leggins que mi madre hace para todas las mujeres del clan, pero no nos permitiste coger ropa extra.

—Estoy seguro de que tenemos algunos vestidos extra para ti en alguna parte, pero si eso es lo que deseas llevar, lo permitiré.

Se paró delante de él y sonrió con satisfacción.

—¿Lo permitirás? ¿Prefieres que no lleve nada? —Su voz había bajado a un tono ronco que le llegó directamente a las entrañas.

—No —murmuró—. Los leggins están bien. Nadie te verá. Solo que nunca había visto algo así en una mujer. —Los leggins, como ella los llamaba, eran sugerentes y eróticos y tentadores y todo lo que a él le gustaba, pero difícilmente podía decir algo.

—Mi madre seguramente tendrá algo que decirte si alguna vez le repites eso.

—¿Repetir qué? —Ella lucía una amplia sonrisa, algo que la hacía aún más hermosa.

—Que lo *permitirás.* Mi madre es bastante inusual, cree que una mujer tiene tanto talento como un hombre. De hecho, cree que muchas tienen más talento que los hombres. —Levantó la barbilla

como si fuera un desafío.

Él no discutiría con Brigid, aunque ella, los leggins y sus siguientes comentarios fueran los más audaces de toda la tierra. Tuvo el repentino presentimiento de que acababa de conocer a un trío de mujeres que le harían cuestionarse ese pensamiento y muchos más.

Especialmente Brigid. Su mirada se clavó en la de ella y permanecieron un momento sin hablar. Lo único que deseaba era tocarla, acercarla y sentir esas deliciosas curvas contra su cuerpo.

Pero no podía.

—Mamá diseñó los leggins para que los llevara cualquiera que fuera arquera. Nos permiten disparar mejor.

—¿Eres una arquera?

¿Esta mujer dejaría de sorprenderlo? Hizo todo lo posible por ocultar su asombro, pero dudaba que lo consiguiera. Pero, ¿arqueras con talento? Quizá jugaban a ello. Conjeturó. Aunque había oído algo en Inverness hacía muchos años sobre una arquera. ¿Podría haber sido su madre?

—Sí, seré honesta y diré que soy una buena arquera. Mamá insistió. Lástima que no me permitieras traer mi arco. —Sus largas pestañas ondearon mientras se echaba el pelo hacia atrás—. Tengo que volver a trenzarme el pelo. Mis disculpas.

A él no le importaba en absoluto. Odiaba que las muchachas se trenzaran el pelo todo el tiempo. Le parecía mucho más atractivo cuando estaba suelto. La forma en que el pelo de Brigid caía en rizos ondulados por su espalda le hizo desear con locura tocar los sedosos mechones que se obligó a dar un paso atrás. Tal vez había una razón para que tantas muchachas se trenzaran el pelo.

—Está bien. ¿Caminas conmigo? Tengo una pregunta importante para ti.

—Por supuesto.

Él se dirigió a la puerta y cogió su manto de una percha que había allí, ayudándola a ponérselo antes de abrir la puerta, dejándola pasar primero.

—¿A dónde me llevas?

—Te enseñaré. Al bosque de Gallow Hill. Es muy bonito cuando brotan las hojas. Hay una cascada preciosa que siempre le gustó a mi mujer. Pero te llevo porque mi pregunta es algo que necesito hacer en privado. No quiero oídos escuchando.

—De acuerdo.

La condujo a través del patio y a través de una puerta en el lateral de la cortina.

—¿Tus primas también son arqueras?

—No, solo yo. Al menos, no creo que Tara lo sea. Jennet definitivamente no es arquera. Probablemente tiene la mente más brillante que conozco, pero odia el tiro con arco. Ha aprendido a usar una daga.

—¿De verdad? Las muchachas no necesitan aprender tiro con arco o cómo usar una daga.

Atravesaron una cañada, pasaron junto a un grupo de cabañas casi vacías y se adentraron en un espeso bosquecillo de pinos. Allí vieron una arboleda de robles y esporádicos olmos y fresnos.

Brigid no apartó la mirada de las cabañas vacías.

—¿Es aquí donde se encuentra tu aldea? ¿Esas son las cabañas vacías Matheson?

—Sí, y las hemos construido aquí porque los campos que hay detrás son los más fértiles. Los aldeanos cuidan los campos, recogen fruta en otoño y cultivan tubérculos y algo de cebada. También tenemos pastores de ovejas que viajan al centro de la isla.

—¿Tus campos están inactivos?

—Se han plantado tubérculos, pero no cebada. Tuvimos suerte de que la maldición ocurriera cuando ocurrió. Ha llovido, así que las plantas deberían crecer. A Ethan le gusta comprobar las plantaciones.

—¿Así que ninguna de tus mujeres es arquera? ¿Ninguna está entrenada con dagas?

—Las mujeres tienen hijos y los crían. Cocinan y tejen.

—Son capaces de otras cosas, si lo intentaras. Quizá podrías tener arqueras.

—No tenemos *ningún* arquero. Perdimos a los dos únicos que teníamos por la maldición. Eso deberíamos cambiarlo. Tal vez podría convencerte de que te quedes y entrenes a algunos de mis hombres. —Lanzó una mirada de reojo para ver su reacción a su comentario.

—Pero, ¿no a tus muchachas?

—Las muchachas no necesitan ser arqueras. —De alguna manera, sabía que iba a recibir una fuerte reacción de Brigid por este comentario, pero era su objetivo. Podía escucharla durante horas. Sus puntos de vista eran diferentes, inteligentes y esclarecedores. Si el

padre de Marcas estuviera aquí, le preguntaría sobre el entrenamiento de mujeres arqueras.

—Pero mi padre no estaría de acuerdo contigo. Todas las muchachas deben saber defenderse. Por supuesto, que mi madre y mi hermana se hayan forjado un papel como dos de las mejores arqueras de toda Escocia lo ha ayudado a verlo.

—Quieres decir que son las mejores en cuanto a las mujeres.

Ella se rio.

—Te gustará conocer a mis padres. Son bastante diferentes. Tanto mi madre como mi hermana son mejores arqueras que mi padre, así que no, no me refiero a las mujeres. Mi madre ha sido la mejor del país durante años, aunque ahora le falla un poco la vista.

—Mira por dónde pisas —dijo, señalando un tronco que se cruzaba en su camino. Primero lo sorteó y luego le ofreció la mano. Para su sorpresa, ella la cogió. Los latidos de su corazón se aceleraron. Se sentía muy atraído por esta mujer. ¿Por qué? ¿Qué tenía de diferente? ¿Era la novedad de lo nuevo, o era algo más?

Marcas bajó la mano una vez que volvieron al camino recto.

—Así que querías preguntarme algo. —Lo miró, se pasó la mano por el pelo y se lo recogió detrás de las orejas, con los brillantes mechones castaños flotando sobre sus pechos y casi hasta la cintura. Diablos, otro aspecto que le gustaba.

Tuvo que luchar contra la imagen que deseaba monopolizar sus pensamientos: la muchacha sin nada puesto, sus largos mechones cayendo sobre sus pechos, sus pezones sobresaliendo entre los mechones. Cielo santo, ¿qué le estaba pasando?

Se detuvo frente a Brigid porque no quería estropearlo todo. Vio un tocón a cierta distancia y le dijo:

—Siéntate, por favor. —Ella lo hizo y él se sentó en otro.

—¿Alguna noticia de tu hija?

—Sí, alguien como ella ha sido vista con una mujer atravesando el sendero. Se dijo que era pequeña y que deseaba volver a casa entre forcejeos. Creemos que era Kara. No podría haber salido de la torre por su cuenta. Mis hombres han buscado por toda la zona y no hay rastro de ella, ni trapos sucios, nada. Así que mañana, algunos de nosotros iremos a buscar a los clanes más cercanos, para hablar con aquellos que puedan haberla visto. Pero no es por eso por lo que te he traído aquí.

—Adelante. Haz tu pregunta. —Brigid cruzó las manos sobre su regazo y esperó a que él continuara, con la espalda erguida, su porte tan regio como ninguna muchacha que él hubiera visto. Y, sin embargo, ahí estaban su inteligencia, su fiereza. Esta dama era muy diferente a todas las que había conocido. Tuvo que obligarse a concentrarse.

—¿Cuánto falta para que llegue tu padre? Te pido tu sincera opinión al respecto.

Ella se quedó mirando las copas de los árboles durante unos instantes antes de volver a posar su mirada en la de él.

—Yo diría que pasado mañana.

—¿Y cuántos guerreros traerá? Tu suposición más sabia, por favor. —Contuvo la respiración, esperando su respuesta. Necesitaba esos guerreros.

—Entre una y tres veintenas. Traerá a mi hermano y a su mujer, también buenos arqueros, quizá a mi hermana y a su marido. Y probablemente treinta guerreros, aunque puede que lleguen en dos días. Cuando rastrea, va más rápido y a zonas que un gran número no puede atravesar.

—Deseo pedirte un favor. Sé que te hemos robado de tu clan, pero ¿considerarías pedirle a tu padre que nos ayude a luchar contra nuestros atacantes? Si es así, estaría eternamente agradecido, y prometo hacer las paces con él por lo que he hecho después de que aseguremos la torre. Quiero compensar mi falta de discreción en mis actividades. La preocupación por mis hijos me ha vuelto un poco loco, lo admito, y tal vez no lo pensé cuidadosamente, pero ahora que estás aquí, creo que he tomado la decisión correcta para el clan Matheson.

—¿Qué atacantes? —Su rostro cambió de una sonrisa a un ceño fruncido, mientras su cabeza se inclinaba hacia un lado y sus ojos se entrecerraban. Le recordó a una madre a punto de proteger a sus cachorros.

—Se dice que una vez que se crea que la maldición ha desaparecido y ya no haya enfermedad, dos clanes atacarán para apoderarse de nuestro castillo. Lo están planeando mientras hablamos. Solo me quedan seis guardias. Necesito ayuda, y estoy pidiendo la ayuda del clan Ramsay en esto. He cometido algunos errores, pero estoy aquí para hacer lo mejor con el título de laird y luchar por el clan Matheson. ¿Me ayudarás?

Brigid se levantó y se paseó por el pequeño claro, mirando al suelo con las manos a la espalda. Diablos, era una belleza, pero él apenas podía mantenerse alejado de ella.

Se levantó y se colocó frente a ella, a un palmo de distancia.

—Por favor. Si quieres que te lo suplique, lo haré.

Se quedaron allí durante una larga pausa, mirándose fijamente. Él percibió su dulce aroma, el verde intenso de sus ojos, los dientes blancos que mordisqueaban su labio inferior. Una pequeña brisa los atrapó y un mechón de su pelo le pasó por la cara. No pudo contenerse. Levantó la mano y le colocó los sedosos mechones detrás de la oreja.

Su contacto la sobresaltó, pero él percibió un ligero temblor en ella y buscó su mano para calmarlo.

—¿Tienes frío? Podemos volver si quieres. Creo que ya me has dado tu respuesta. —Brigid no respondía tan rápido como a él le hubiera gustado, pero le dio unos momentos para ordenar sus pensamientos. Si ella tenía que pensarlo tanto, él creía conocer su respuesta. Ella se lo negaría. La había juzgado mal. Había tenido la extraña sensación de que ella correspondía a su interés, pero tal vez se había equivocado.

Cuando él rodeó su mano, se sorprendió al ver que no estaba fría en absoluto, así que la soltó y se alejó. No estaba dispuesta a ayudarlo. ¿Qué demonios iba a hacer ahora?

—Sí, Marcas.

Se detuvo y giró sobre sus talones para mirarla.

—¿Qué has dicho?

—Sí. Le pediré a mi padre que te ayude.

¿Cómo podía decirle a este hombre que haría cualquier cosa que le pidiera en este momento? Madre mía, era precioso, sus largos mechones color caoba le caían hasta los hombros, y tenerlo tan cerca casi la deshacía. Sus pensamientos parecían girar en torno a él, olvidando incluso que le había hecho una pregunta.

Pero él lo había hecho, y el corazón de Brigid le decía que ya había sufrido bastante; la pérdida de su herencia no sería algo que ella apoyaría. Pediría ayuda a sus padres, haría lo posible por localizar a

su hija, intentaría descubrir la causa de la maldición y volvería a casa.

De vuelta a su vida de aburrimiento.

Pero hasta entonces, ella estaría de pie en lo alto de la cortina y derribaría a sus enemigos, sostendría a su hijo de nuevo, y utilizaría sus mejores habilidades de curación para averiguar qué era lo que asolaba a este clan. En medio de todo eso, haría lo que pudiera para ayudarlo a encontrar a su hija. Había mucho que hacer en Black Isle.

—¿Lo harás? —preguntó él, acercándose y rozándole la mejilla con el pulgar—. Sabes que estaré en deuda contigo para siempre si lo haces.

Su contacto casi le hizo doblar las rodillas, pero se mantuvo firme.

—No hace falta. Es lo correcto. Aprovecharse de un clan después de la tragedia con la que habéis tenido que lidiar es cruel. Mi padre te ayudará.

—Estaré verdaderamente agradecido. Ven, te acompañaré de vuelta.

Se tomaron su tiempo, y Brigid tuvo que admitir que estaba embelesada con la belleza de su tierra.

—¿Oigo una cascada cerca? Amo cualquier arroyo.

—Te lo mostraré. Hay una cañada donde florecen los rumores de una puerta de hadas. No sé si son ciertos, pero se dice que el islote tenía una conexión especial con las hadas de nuestra tierra. —La condujo por un sendero separado, por debajo de unos pinos, hasta un pequeño claro, en el que el sonido de las corrientes de agua era cada vez más fuerte. Le apartó unas ramas y ella se agachó bajo un pino bajo, adentrándose en una zona que parecía encantada.

—Marcas, es precioso.

Los capullos de flores silvestres y el canto de los pájaros lo convertían en un lugar muy especial. Había dos cataratas separadas que llenaban la zona con la relajante música del arroyo cayendo en cascada sobre las piedras. Era el tipo de sonido que te hacía desear no abandonar nunca la zona, solo para escuchar y ser transportado a un mundo diferente donde los pájaros retozaban y las mariposas bailaban sobre el agua.

—¿Por qué se llama Black Isle?

Se rio y respondió:

—Todo el mundo lo pregunta y nadie lo sabe con certeza. Tenemos muchas ideas. Una es por el suelo oscuro y fértil que tenemos.

Nuestros campos, los que están detrás del pueblo, donde se encuentran algunas de nuestras casas de campo, aunque ahora están casi vacíos, son de los más ricos de la zona. Otra rareza que ocurre todos los años es que, cuando nieva, el blanco no se mantiene. Cuando los barcos llegan a Inverness, suelen preguntar por qué la península es negra mientras la tierra es blanca a su alrededor.

—¿Por qué la nieve no se adhiere?

—No lo sé. Nadie lo ha entendido jamás. Tenemos bosques espesos que impiden que la nieve caiga en algunas zonas, pero no en todas. —Miró las nubes y dijo—: Deberíamos irnos. Te contaré todo sobre Black Isle en nuestro viaje de vuelta a la torre.

A ella le encantaba escuchar su animada conversación. Él realmente amaba su tierra, lo que le hizo preguntarse por qué había estado considerando no aceptar la herencia que le correspondía. De hecho, le estaba prestando tanta atención que tropezó con la raíz de un árbol y Marcas la capturó, con la cara tan cerca de la suya que podría haberla besado si él hubiera querido.

Se quedaron inmóviles, mirándose el uno al otro, y Brigid se dio cuenta de que sus ojos eran grises en su mayoría, pero tenían un poco de azul, como los de su primo Connor. Sin embargo, él no la miraba a los ojos, sino a los labios, y ella sintió el repentino deseo de ser besada.

Un pájaro graznó en lo alto, y el momento se rompió cuando él la levantó y se disculpó.

—Perdóname. No sé qué me ha pasado.

Ella no supo qué responder, sino que se entretuvo con su pelo y la túnica, alisando arrugas que no existían.

—Lady Brigid, soy demasiado atrevido contigo. No debería serlo. Espero me perdones.

Una audacia inusual la invadió, pero siguió adelante.

—No hay nada que perdonar. Me complace tu atención. Ningún muchacho se ha atrevido a acercarse a mí debido a quiénes son mis padres, así que tengo que admitir que disfruto estando tan cerca de ti. —Estuvo a punto de añadir que eso no ocurriría cuando llegara su padre.

Él se detuvo, le cogió la cara y dijo:

—¿Te gustaría que te besara? Porque tengo un deseo que no me abandona. —Le dedicó una sonrisa torcida, pero esperó su respuesta.

—Sí. —Un revoloteo en el fondo de su vientre casi la hizo alejarse de un salto, pero la idea de ser besada de verdad por un hombre, y además apuesto, hizo que su corazón latiera más rápido, y ella se quedó quieta.

Sus labios rozaron los suyos con ternura, apenas un leve contacto, antes de levantar la cabeza y mirarla a los ojos. Estaba evaluando su interés, si Brigid tenía que adivinarlo. La señal de un verdadero caballero: le estaba dando la oportunidad de retroceder.

Ni en broma.

En lugar de eso, ella se inclinó hacia delante, deseosa de más, y los labios de Marcas descendieron sobre los suyos, su lengua presionando la unión de sus labios hasta que Brigid los separó y él profundizó en su interior, incitando algo que ella nunca había sentido antes: deseo. Inocente en el juego de los besos, aparte de unos picos inofensivos, imitó todo lo que él le hacía, con sus lenguas bailando ahora una danza que la hizo estremecerse en lo más profundo de su ser. Marcas gruñó por lo bajo y la acercó, sus curvas se fundieron con la dureza de él, y ella se deleitó con esa nueva sensación. Pero lo más sorprendente fue la forma en que la agitación y el calor la recorrieron, desde el vientre hasta abajo, algo tan desconocido para ella como esta nueva y abrumadora necesidad de plenitud.

Ser deseada, ser devorada, jugar con lo prohibido.

Marcas terminó el beso de forma algo brusca, pero Brigid se alegró de ver el hambre en su mirada, que le decía que lo había disfrutado tanto como ella. Él le rozó el labio inferior con el pulgar y le susurró:

—Será mejor que volvamos. Eres demasiado tentadora para mí, muchacha.

Caminaron cogidos de la mano hasta llegar a la cortina, con el calor de su piel abrasándola. Pero, por desgracia, se acabó cuando él la soltó y abrió la puerta. Empezó a acompañarla de vuelta a la torre, pero Brigid lo detuvo y le dijo:

—Creo que, si de verdad vamos a ayudarte, tienes que encontrar algo para mí.

Se volvió hacia ella.

—Cualquier cosa. ¿Qué necesitas?

—Un arco, un carcaj, muchas flechas y un objetivo para practicar.

11

Logan Ramsay maldijo al salir de la posada, pero se dirigió directamente a su esposa, quien ahora estaba junto a su caballo con un balde de agua. Cailean, Sorcha, Gavin y Merewen estaban de pie no lejos de Gwyneth.

—Han estado aquí. Tres hombres y tres mujeres.

—¿Ellos conocían a los hombres? —preguntó Gavin.

—Sí. Del clan Matheson de Black Isle, cerca de North Kessock.

—Entonces nos vamos —dijo Gwynie, dejando caer el balde y montando de nuevo en su caballo.

Logan levantó la mano.

—Todavía no. Escuchadme. Tenían más información de la que deseaba oír. No hay nadie dentro, así que ¿por qué no cogemos un tazón caliente de estofado mientras tenemos el comedor para nosotros solos y puedo contaros los detalles?

Gavin dijo:

—Me parece una idea maravillosa. Me muero de hambre.

Merewen dijo:

—¿Cuándo no te mueres de hambre, Gavin? Comes más que nadie que yo conozca.

—Excepto Cailean —dijo Sorcha, mirando a su musculoso marido.

A Logan le encantaba tener al grupo con ellos, y admitía que era la mejor decisión para proteger a su hija. Cailean, el yerno al que disfrutaba molestando, era un gigante de hombre, fuerte e intimidante. Era alto, grande y musculoso, y un experto espadachín, mientras que las demás eran todas hábiles arqueras. Gavin podía hacer cualquiera de las dos cosas, así que siempre se unía también. Todos sus hijos se habían casado con buenas personas. Maggie y Molly, sus dos hijas adoptivas, también habían conseguido buenas parejas. De hecho, Logan esperaba ver a Maggie y a su marido, Will, unas horas detrás de ellos. Les había enviado un mensaje a Edinburgh avisándoles de que Brigid y Jennet habían desaparecido.

Una vez dentro, el grupo se instaló frente a la chimenea, alrededor de una gran mesa, y entonces llegó la criada con barras de pan

caliente mientras ellos se servían ale en el aparador. A continuación, llegaron humeantes cuencos de estofado de cordero espeso con zanahorias, guisantes, judías y chirivías aromatizadas con perejil y cebolla.

Cailean gruñó cuando le sirvieron la comida. Dio un bocado y se acercó a Sorcha, inclinándose para mordisquearle el cuello.

—Está delicioso.

Cuando se quedaron solos, Logan les explicó lo que había averiguado.

—Las tres muchachas han sido secuestradas por los hermanos del clan Matheson. El laird es el hermano mayor.

—¿Por qué? —preguntó Gwynie de manera inexpresiva.

—El clan Matheson está al otro lado del fiordo Beauly, frente a Inverness y es el primer castillo que te encuentras cuando recorres la costa sur de Black Isle. Dicen que Black Isle está maldita.

Dejó que la información fuera procesada un momento mientras daba un bocado a su estofado. Era un guiso muy bueno, lo que demostraba que estaban en Inverness, donde a menudo llegaban barcos cargados de especias procedentes de Europa. Los nórdicos tenían una gran influencia aquí, algo que los Grant sabían muy bien, ya que Connor había encontrado a su esposa nórdica, Sela, aquí en Inverness.

—¿Qué clase de maldición? —preguntó Gavin.

—Una enfermedad de vómitos y fiebre. Ha matado a más de la mitad del clan Matheson, incluidos el laird y su esposa, además de la mujer del hijo mayor, quien acababa de dar a luz a su segundo hijo en el último año. Su hija y su hermana enfermaron, así que se dice que se ha vuelto loco. Pero el posadero también oyó de otros que el nuevo laird y sus hermanos fueron en busca de sanadoras poderosas. Todo son conjeturas, pero ya sabéis cómo corre la voz cuando mueren tantos.

Gwynie preguntó:

—¿Y fueron lo suficientemente listos para ir tras Brigid, Jennet y Tara? ¿Las tres? Sabio líder.

Logan dijo:

—No, se propusieron robar a Brenna y Jennie. Dos hermanos fueron a la tierra Cameron y el mayor se coló solo en tierra Ramsay y huyó con dos muchachas.

Sorcha soltó una risita.

—Me pregunto cuánto tardaron en darse cuenta de que no tenían a la tía Brenna.

Gavin añadió:

—Y Jennet debió haber sido un encanto durante todo el camino.

Kyle entró para reunirse con ellos. Logan le puso al corriente rápidamente y esperaron su reacción.

—Pensé que algún día sucedería lo mismo que tú hiciste hace tantos años, Logan. La reputación de las sanadoras viaja rápido y, como sabes, la desesperación lleva a los hombres a hacer cosas insólitas.

Nadie hizo ningún comentario sobre la observación de Kyle. Cierto, Logan había hecho lo mismo para salvar a su hermano Quade hacía muchos años, cuando Quade había estado a punto de morir, y lo más extraño fue que la sanadora había acabado casándose con su hermano. Brenna Grant también había curado a su sobrina y a su sobrino, por lo que le había estado eternamente agradecido. Ahora ella tenía la mejor reputación de toda la tierra, junto con su hermana Jennie Cameron, ambas formadas por su madre y abuelo.

Sorcha dio un mordisco a la zanahoria y dijo:

—Tres muchachos, tres muchachas… —Ella movió la ceja hacia Merewen.

Logan miró a su hija con el ceño fruncido.

—¿Qué demonios significa eso?

—Significa que a tus hijas les resulta un poco difícil encontrar marido porque todos los hombres te tienen miedo. Quizá Brigid encuentre el suyo en el clan Matheson. Ya tiene edad, papá, aunque no lo admitas.

Logan estuvo a punto de saltar de la silla, pero Gwynie ya le sujetaba con fuerza del brazo.

—Siéntate. Si lo que se ha dicho es cierto, ellos necesitan a las tres sanadoras. Quizá puedan descubrir el problema. A Jennet le encantan ese tipo de rompecabezas, así que supongo que no han intentado escapar.

—Estoy de acuerdo —dijo Merewen—. Una vez que supieran la verdad, probablemente accedieron a ayudar. Las dos son compasivas cuando se trata de curar, sobre todo Brigid.

Logan se pasó la mano por la barba incipiente.

—Diablos, tienes razón. Esos hombres han perdido a la mitad de su clan, a su jefe y a su esposa, junto con la mujer de su hijo, dijo el posadero. Ha explicado cómo los clanes de los alrededores están esperando a que desaparezca la maldición. Cuando ya no tengan miedo de entrar en la torre, algunos clanes planean atacar y apoderarse del castillo y de los campos fértiles. Solo es cuestión de ver quién se atreve primero.

Sorcha dijo:

—Papá, tenemos que ayudarlos.

Gwynie dijo:

—Sí, tenemos que hacerlo. Pero tampoco quiero enfermar. Yo digo que pasemos la noche aquí y les demos a las muchachas otro día para descubrir la causa de la enfermedad.

—Pero han tenido enfermedad y muerte durante casi dos lunas según el posadero.

—Son buenas noticias. Ya sabéis lo que dice Brenna. Si la enfermedad ha estado desde siempre, entonces no se contagia. Algo más está mal.

Gavin dijo:

—Pa, ya lo averiguarán. Yo digo que nos quedemos aquí una noche en una cama. Puede que no queramos quedarnos en la torre cuando lleguemos al castillo. No sabéis en qué condiciones está el lugar con tantos muertos. Es cierto que algunos pudieron haber sobrevivido, pero ¿se han quedado o han huido? ¿Todavía tienen cocinera?

Merewen dijo:

—Es lógico que te preocupe más el hecho de que tengan cocinera, Gavin.

Kyle dijo:

—Estoy de acuerdo con Gavin. Si quedó alguien que no se contagió, probablemente ya se haya ido a otro clan, llevándose a su familia y sus pertenencias. Supongo que en cuanto se pronunció la palabra maldición, la gente empezó a huir. No sabemos cuántos quedaban cuando volvieron los tres hermanos.

—¿Por favor, papá? —preguntó Sorcha—. Di que los ayudarás.

—Estoy de acuerdo. Pero nos vamos mañana. No esperaré más.

Logan tenía que saber si era cierto lo que Sorcha había dicho. ¿Su pequeña muchacha estaba en peligro de enamorarse?

12

Brigid se ajustó la falda del vestido oscuro que Gisela le había encontrado. Era de un color azul tan oscuro que resultaba casi negro, pero serviría. Tenían una talla parecida, así que, aunque le quedaba un poco ajustada, sería mejor que un vestido sucio. Refrescadas tras sus baños de tina, las primas habían encontrado ropa limpia que Nonie había dejado y se prepararon para dirigirse al salón para comida de la noche.

Cuando llegaron, el grupo se estaba sentando. Marcas indicó a las tres sanadoras que ocuparan la mesa de caballetes con sus hermanos. El grupo se sentó alrededor de tres mesas, aunque Marcas dejó el estrado intencionadamente vacío.

Una vez sentados, Jinny y Nonie presentaron una variedad de guisos, pasteles de carne y pan. En cada mesa había una bandeja con queso. Tiernay se sentó en el regazo de Gisela, mordisqueando felizmente un trozo de corteza de pan.

Se habló poco durante la comida, sobre todo del clima y el mobiliario, de la cantidad de comida que tenían o del éxito de los hombres en la caza.

Cuando sacaron las tartas de fruta en bandejas, Marcas se levantó y el grupo guardó silencio.

—Estoy seguro de que todos sabéis lo afortunados que somos por tener aquí a tres de las mejores sanadoras de toda Escocia, pero insisto en que continuemos nuestra búsqueda para averiguar la causa de las enfermedades y muertes aquí. No creo que haya sido una maldición, sino un error de juicio, algún alimento o animal lo que nos enfermó. Así que os pido a todos que os quedéis, escuchéis y respondáis cuidadosamente a sus preguntas. —Luego indicó a las curanderas que se pusieran en pie.

Jennet, Brigid y Tara se levantaron y se colocaron donde pudieran ser vistas por las tres mesas.

Jennet empezó.

—¿Cuántos de vosotros habéis enfermado y sobrevivido? Si habéis estado enfermos en las últimas dos lunas, por favor, levantad la mano.

Todos menos Ethan levantaron la mano. Brigid miró a su alrededor y preguntó:

—¿Todos? ¿Todos menos Ethan? —Todos asintieron o hicieron algún gesto afirmativo.

Tara preguntó:

—¿Estabais igual de enfermos que los miembros que habéis perdido, o solo un poco mal? —Recorrió la sala para que todos pudieran responder. La mayor parte habían estado muy enfermos, pero no todos.

Brigid hizo otra pregunta.

—¿Alguno de vosotros ha enfermado más de una vez?

Seis manos se levantaron.

—¿Más de dos veces?

Cuatro de las seis se quedaron en el aire.

Jennet miró a Jinny y preguntó:

—¿Desde cuándo eres la cocinera aquí, Jinny?

Jinny miró a los tres hermanos y respondió tímidamente:

—Casi dos años, milady.

—¿Has encontrado alguna hierba nueva en el jardín o desenterrado alguna verdura inusual para añadirla a los guisos y darles sabor?

—No, solo lo mismo que he usado siempre, y especias de Inverness. Sal, perejil, las habituales que traen. Cebolla.

Tara preguntó:

—Los que habéis estado enfermos, poneos de pie, por favor. —Se pusieron de pie en grupo y esperaron instrucciones—. Si no bebéis ale, sentaos, por favor.

Tres se sentaron. Tara les indicó que volvieran a ponerse de pie.

—Si no bebéis leche de cabra, sentaos, por favor.

La mitad del grupo se sentó.

Ella les hizo un gesto para que volvieran a sentarse.

—¿Qué tan nuevo es el pozo que habéis estado usando?

Shaw respondió:

—Unas nueve lunas, pero la primera enfermedad no fue hasta hace dos lunas.

—¿Y nadie de los otros clanes ha reportado la misma enfermedad?

—Es correcto. He preguntado a muchos. No ha habido muertes debido a la enfermedad. —Ethan se puso de pie para explicar más—.

Me detuve en el Priorato de Beauly, y los monjes dijeron que han sido llamados para pocos entierros y ninguno debido al vómito.

Brigid miró a Jennet.

—¿Se te ocurre algo más?

Jennet dijo:

—Solo una cosa. Por favor, asegúrate de hervir primero y durante varios minutos toda el agua que utilices del pozo.

Jinny asintió.

—Sí, milady.

Marcas se levantó y le dijo a Alvery:

—Por favor, volved a vuestros puestos. No quiero que me pillen desprevenido cuando lleguen los Ramsay o los Milton.

Los guardias se marcharon, algunos de los cuales cogieron otra ale antes de irse. Jinny y Nonie limpiaron, y una joven llegó de la cocina para ayudarlas. Jinny se sonrojó y dijo:

—Le he pedido a mi hija que venga a ayudarnos. Se quedará un tiempo. —La muchacha estaba visiblemente embarazada—. Ha perdido a su marido. Se cayó del caballo y se rompió el cuello.

Marcas dijo:

—Te doy mi pésame, muchacha. Estamos encantados de que te unas a nosotros. Muchas gracias a ti, Jinny, y a tu hija. ¿Cómo se llama?

—Es Edda.

—Gracias por permitírmelo, milord. —Hizo una breve pero torpe reverencia, dado su estado de embarazo.

—Siempre eres bienvenida, Edda.

Una vez recogidas las mesas, quedaron los tres hermanos, Gisela, Tiernay y las tres sanadoras. Shaw dijo:

—Entonces, Marcas, ¿has descubierto cuánto falta para que lleguen los Ramsay a colgarnos de las pelotas?

Marcas no ocultó su sonrisa, pero dijo:

—Dos días más es nuestra mejor estimación. Ethan y yo nos aventuraremos a los clanes Milton y MacHeth mañana, en busca de Kara, y luego volveremos a tiempo para recibir a los Ramsay.

Jennet dijo:

—Y no tenéis que preocuparos de que os cuelguen de las pelotas.

—¿Por qué no? He oído que los Ramsay son despiadados en ese sentido, especialmente Logan Ramsay —dijo Shaw.

—No es de Logan Ramsay de quien debéis preocuparos. Es la madre de Brigid.

Los tres hermanos se miraron, claramente confundidos.

—¿Por qué su madre? —preguntó Ethan.

Jennet dijo:

—Porque su madre es la mejor arquera de todas, y prefiere disparar a los hombres en las pelotas, no colgarlos.

Los tres hermanos se miraron y estallaron en carcajadas.

—No puedes hablar en serio —dijo Marcas.

Tara dijo:

—Oh, sí que habla en serio. Pregunta por un hombre llamado Bearchun. Secuestró a su queridísima sobrina, la hermana mayor de Jennet, y Gwyneth lo clavó a un árbol con una flecha en las pelotas.

Marcas y Shaw rugieron aún más fuerte, mientras Ethan se callaba. Marcas se acercó a Brigid y le pasó el brazo por los hombros.

—Bromeas con nosotros y creo que es divertido. ¿Tú no?

Brigid se encogió de hombros y empezó a reírse. Era muy lindo cuando se reía, y tenía una sonrisa preciosa. Nunca lo había visto así, y le gustaba. Cuanto más se reía él, más se reía ella, y antes de que se diera cuenta, los dos y Shaw estaban atrapados en ataques de risa histérica.

Marcas se apartó de ella y se dobló por la cintura, todavía riendo, con palabras incompletas saliendo de su boca.

—Clavado… a un… a un… árbollll… —Se rio y se rio hasta que se cayó en una silla. Shaw y Brigid seguían riendo con él cuando Jennet se paró enfrente.

—¿Por qué te ríes tanto?

Detuvo su risa mientras sus manos se posaban en su torso, y consiguió sacar una frase:

—Solo la imagen. ¿Cómo se te ha podido ocurrir algo así? —Luego volvió a reír entre dientes.

Jennet dijo:

—No tuve que pensarlo, lo he visto. Unos instantes después de que ocurriera, yo estaba cerca y la flecha seguía en la unión entre sus piernas, con sangre cubriendo su zona íntima.

Esta novedad puso serios a Marcas y Shaw de inmediato, o tal vez lo hizo la expresión seria de Jennet. Shaw la miró y preguntó:

—No estás bromeando, ¿verdad?

—No. Rara vez bromeo sobre algo. Tara lo hace, y Brigid también, pero yo no. Es cierto. El contingente Ramsay, con el padre de Brigid al frente, amenazó al hombre y le rogó que dijera dónde estábamos. Nos habían atado y dejado en una cabaña, pero el maldito le dijo a la madre de Brigid que estábamos en una caja enterrada en el suelo con un tubo para que entrara el aire. Les dijo que nunca nos encontrarían. Eso sacó un poco de juicio a la tía Gwyneth. Ella disparó dos flechas y lo clavó a un árbol donde murió unos minutos después. Pero no antes de revelar la verdad.

Los tres hombres palidecieron mientras miraban a Brigid. Marcas susurró:

—¿Tu madre?

Brigid asintió.

—Tienes un día más antes de que lleguen. Aprovéchalos bien.

13

Marcas cabalgó hasta las puertas del clan MacHeth, frotándose la mandíbula con los nudillos. Él y Shaw ya habían recorrido el clan Milton, sin ver a nadie sospechoso. Había interrogado al laird y a los guardias de la puerta, pero nadie había visto a ninguna joven recién llegada.

Cuando llegó a las puertas del clan MacHeth, gritó al guardia que estaba en lo alto de la muralla:

—Me gustaría hablar con tu jefe.

—¿Todavía estáis maldito, Matheson? —le gritó el hombre.

—No, mi hermano y yo tuvimos la enfermedad hace una luna llena. Nadie ha enfermado últimamente, y tengo tres sanadoras para ayudarnos si vuelve.

—No deberías haber echado a tu primera sanadora. —El hombre bajó la escalera por el interior de la muralla, más allá de su vista, y luego pasó bajo el rastrillo para hablar con ellos—. Esperad aquí. Tengo que hablar con el jefe.

Marcas asintió, mirando a su hermano y sacudiendo la cabeza con frustración.

—Creen que vamos a matarlos a todos.

—Déjalo pasar, Marcas. La cuestión es entrar y mirar. Es para lo único que estamos aquí.

Marcas sabía que Shaw tenía toda la razón. Nada más importaba. Kara estaba en algún lugar de Black Isle. Podía sentirlo, pero ¿dónde?

Harald, el segundo al mando, llegó a las puertas para saludarlos.

—Matheson, has vuelto. He oído que te fuiste. Siento lo de tus padres y tu mujer. ¿No has estado enfermo?

—Shaw y yo estábamos enfermos, pero hemos sobrevivido. No es por eso por lo que estoy aquí.

Harald empujó a ambos hacia la puerta, enviando al guardia fuera.

—¿Cómo puedo ayudar?

—¿Has visto a una mujer que trajera a una pequeña con ella? ¿Una que no era suya?

Frunció el ceño.

—No, no que yo recuerde. ¿Por qué?

—Mi hija ha desaparecido. Tiene tres años y se la han llevado de nuestra torre por la noche, cuando mi hermana estaba enferma y dormía.

—¿Habéis buscado en la zona? No hace falta que te recuerde los animales salvajes que merodean por aquí. —Harald era pelirrojo y tenía una poblada barba roja, y se la cepillaba a menudo con la mano, acicalándosela como un gato.

Shaw dijo:

—No tiene ni el tamaño ni la fuerza para salir sola de la torre, ni para salir por la puerta. Alguien ha tenido que llevársela.

—No he visto a nadie, pero dicen que habrá un mercado en Rosemarkie dentro de siete días. Podrías comprobar allí. ¿Cuántos miembros del clan has perdido?

A Marcas no le gustaba el rumbo que estaba siguiendo el interrogatorio y se sintió repentinamente receloso del hombre al que consideraba su amigo. Se cruzó de brazos y dijo:

—¿Eres uno de los clanes que planean atacar y apoderarse de nuestra torre?

—No, pero he oído que Milton sí. Te ayudaré si lo necesitas. Sabes que la alianza de nuestros padres se remonta a mucho tiempo atrás. —Marcas se dio cuenta de que empezaban a llamar la atención a medida que más guardias se acercaban a la caseta del centinela. Las voces de los hombres habían salido por la puerta y alertado a los curiosos, así que Harald asomó la cabeza por la puerta abierta y ladró—: ¿No tenéis nada que hacer? —Los curiosos se apartaron.

—Mi expectativa es que tendremos apoyo. Tengo tres sanadoras del clan Ramsay y del clan Cameron, y los Ramsay vienen hacia aquí. Si tenemos suerte, nos ayudarán a proteger nuestra tierra.

—¿Logan Ramsay? ¿Lo conoces? —Harald silbó, una señal segura de respeto—. Ese hombre tiene una reputación, al igual que su esposa. Serías afortunado si lo tuvieras de tu lado.

—No, no lo conozco, pero su hija dice que nos ayudará.

—Eso espero. No me gustaría que los guerreros Ramsay atacaran. Diablos, Matheson, pero tu vida ha tomado un mal rumbo. ¿Tu hermana vive? ¿Ethan?

—Sí, Gisela, mi hijo Tiernay, nosotros tres, Nonie, y la cocinera Jinny. Una docena de guardias.

Harald salió y se quedó mirando a los pájaros que volaban por encima de su cabeza, haciendo un gesto para que guiaran a los hermanos de vuelta a las puertas y a sus caballos. Bajó la mirada hacia ellos dos.

—Ayudaremos en lo que podamos. Haré correr la voz sobre tu hija y preguntaré en el mercado. ¿Pelo castaño como tú?

—Sí.

—Una pregunta más, si no te importa —dijo Shaw—. ¿Has oído hablar de personas vomitando en otros clanes?

Harald sacudió la cabeza, con las manos en las caderas.

—En la última luna he estado en Rosemarkie, Cromarty y Munlochy, y he preguntado en cada uno de ellos. Nadie ha tenido la maldición que habéis tenido, pero todos han oído hablar de ella.

Shaw dijo:

—Será mejor que volvamos, por si alguien decide atacar.

—Búscame si necesitas ayuda. —Harald estrujó el hombro de Marcas, y luego se dio la vuelta.

No estaban más cerca de encontrar a Kara que el día anterior.

Después de que los hombres se retiraran del gran salón a la mañana siguiente, Brigid, Tara y Jennet se sentaron a la mesa a terminar sus gachas.

Brigid dijo:

—Me gustaría saber qué es lo que cada una de nosotras considera más sospechoso. No fue tan claro como había esperado, pero creo que podemos estar de acuerdo en que no es una enfermedad que pase de una persona a otra, gracias a los cuidadosos números de Ethan y al hecho de que empezó hace más de dos lunas.

—De acuerdo —dijeron las otras dos al unísono.

Tara dijo:

—Iré a las cocinas a revisar las hierbas y cualquier otra cosa que tengan. Podrían ser esas. También tenemos que preguntarle a Ethan por sus hábitos, ya que es el único que no ha estado enfermo.

—Sí, podemos ponernos al día con él en la comida del mediodía —dijo Brigid, apoyando la barbilla en la mano, con el codo sobre la mesa—. ¿Jennet? ¿Tus ideas sobre el culpable más probable?

—Voy a comprobar el almacén y ver si tienen alguna botella agrietada. Luego quiero comprobar las cabras, ver si alguna está enferma. Bethia dice que la enfermedad puede viajar de animal a humano a veces. —Jennet se levantó, vestida con su par de leggins favorito. De hecho, todas las mujeres llevaban leggins porque, aunque nadie sabía con certeza dónde iban a investigar, la posibilidad de mantenerse limpias con un vestido era escasa. Sabían que tenían que estudiar el pozo, echar un vistazo a los animales y examinar las plantas del exterior. ¿Quién sabía en qué más se meterían?—. ¿Y tú, Brigid? ¿Cuál crees que es la causa?

—Creo que la idea de Tara de registrar las cocinas es buena, así como la tuya, pero me gustaría echar un vistazo al pozo.

Jennet dijo:

—Entonces digo que nos vayamos todas y nos reunamos aquí dentro de dos horas. Buscaremos por todo el castillo. El castillo Eddirdale tiene secretos que debemos descubrir. Y tenemos que hacerlo antes de que llegue el tío Logan.

Se separaron, Brigid salió por la puerta mientras Jennet se dirigía a las bodegas y Tara a la puerta trasera y las cocinas exteriores. El pozo estaba a un lado, cerca de la cortina, y Brigid se sorprendió al ver a alguien allí, mirando dentro, con medio cuerpo inclinado sobre la protección circular de piedra.

Cuando ella se acercó, él se levantó rápidamente, con una expresión de asombro en su hermoso rostro. Tenía el pelo rubio y esbozó una amplia sonrisa en cuanto la vio, echándose los largos mechones hacia atrás por encima del hombro como si fuera un movimiento natural en él. Sus ojos eran azules, y la miraban como si fuera la criatura más especial de Black Isle. Su rostro era impresionante. Era tan apuesto que casi la dejó sin habla.

—Vaya, pero he encontrado una belleza encantadora en la tierra Matheson. No te había visto antes. ¿De dónde eres? —El hombre salió del pozo y se colocó justo delante de ella, a un palmo de distancia. Tanta cercanía la incomodó, pero Brigid se mantuvo firme y solo dio medio paso atrás—. Y cuanto más me acerco, más hermosa eres. ¿Cómo te llamas y de dónde eres?

—No te había visto antes por aquí. Tal vez deberías presentarte primero —dijo Brigid, cruzando las manos delante de ella y dando un paso atrás.

—Me llamo Morris, y necesito conocerte mejor. —Se acercó, tirando de ella hasta que estuvieron cara a cara—. No tenemos muchas bellezas como tú en Black Isle. ¿Puedo robarte un beso? — erró los ojos y frunció los labios, buscando los suyos, pero ella lo empujó hacia atrás.

—No, no puedes. Eres increíblemente grosero. ¿De qué clan eres?

—Soy hombre de muchos clanes. Viajo de uno a otro porque me gusta mantenerme en movimiento. Necesitaba beber algo fresco, así que pensé en parar en el pozo Matheson, ya que no queda mucha gente aquí y no molestaría a nadie. Pero ahora que sé que estás aquí, puede que me una al clan Matheson solo por ti.

Brigid tuvo que admitir que se sentía halagada. Nadie se habría atrevido a acercarse a ella como Morris en la tierra Ramsay. Y era un hombre apuesto, con una sonrisa más blanca que cualquiera que ella hubiera visto. El pelo largo y rubio, unos ojos de un azul intenso que se clavaban en ella y no la abandonaban y una barba desaliñada lo hacían bastante atractivo.

Brigid tuvo la extraña sensación de que, puesto que acababa de ser besada completamente por Marcas, tal vez estaba a punto de recibir más besos.

—¿No tienes miedo de la maldición?

—No, dicen que nadie ha muerto en quince días. Pero, ¿cuándo llegaste? Eres nueva. Y hermosa. Y joven. Y todo lo que he estado buscando en una esposa. Quizá pronto esté robando una novia.

Le guiñó un ojo, pero ella no alentó su carácter juguetón.

—Mi padre no estaría contento si me robaras.

—¿Quién es tu padre?

—Logan Ramsay —Esperó a que el hombre vinculara el nombre con un rostro, buscando cualquier cambio en su comportamiento, pero no vio mucho.

—No he hecho nada malo. Estaría encantado de conocerlo y pedirle permiso para tomarte como esposa.

Brigid se cruzó de brazos y dijo:

—Quizá deberías pedírmelo a mí primero.

—Las mujeres son hermosas y hacen un trabajo maravilloso como madres, pero los hombres toman las mejores decisiones. —La miró desde la coronilla hasta la punta de los pies, y Brigid tuvo la vaga sensación de que la estaba desnudando—. Las muchachas con

pantalones ajustados son mis favoritas. Estás bastante atractiva con esa ropa de muchacho que llevas.

—Hmmm. No puedo decir que esté de acuerdo con ese comentario tonto de que los hombres toman las mejores decisiones. Algunos toman las peores. —Pensó en Bearchun y los Buchan, los dos villanos con los que su clan había tenido interacciones en el pasado. Aquellos encuentros podrían haber sido desastrosos. Esos hombres tomaron las peores decisiones de todos los que ella había conocido. El que había cometido el error de secuestrar a muchachas de siete veranos se había arrepentido muchas veces.

Morris volvió a guiñarle un ojo y dijo:

—No esperaba que estuvieras de acuerdo, pero debo irme, por mucho que disfrute de nuestra interesante conversación. —Morris se inclinó hacia ella y le susurró al oído—: Volveré a por ese beso otro día, porque serás mía.

Luego la dejó, saliendo por las puertas. Nadie se detuvo ni lo saludó. Tendría que preguntar por él cuando Marcas y Shaw regresaran.

De regreso al pozo, admitió a regañadientes que le gustaba esta atención de los hombres. Estrictamente por su padre, sus hermanos y su primo, el laird, todos se mantenían alejados de Jennet y Brigid. A Jennet no le importaba, pero a Brigid sí. De hecho, lo odiaba tanto que, cuando habían visitado a Loki Grant en el castillo Curanta, había rogado a Kenzie, Thorn y Nari que la besaran solo para tener algo de experiencia. Los tres se habían negado, pero una noche, cuando estaba en los establos cuidando de su caballo, un brazo la rodeó por la cintura y la arrastró hasta un rincón, besándola intensa y totalmente. Había ocurrido en la oscuridad, cuando ella menos lo había esperado, y la persona llevaba una capucha para ocultarse.

Pero fue la voz ronca de Kenzie la que había dicho al final:

—Tu deseo se ha cumplido, muchacha. Ahora búscate un marido.

Nadie había dicho una palabra más sobre el tema, y no se había cruzado con Kenzie ni una sola vez antes de su partida. Pero de camino a casa, había pensado en el beso y en los sentimientos que se habían desplegado en lo más profundo de su ser, y sus dedos subieron hasta sus labios por propia voluntad, mientras su mente traicionera trazaba un camino de otros pensamientos.

Eso no había hecho que quisiera a Kenzie como marido, en

absoluto, pero al menos ahora, cuando se produjo su primer beso de verdad, había tenido algo de experiencia, algo que utilizar como comparación.

Marcas no besaba en absoluto como Kenzie, y a ella le había gustado mucho su forma de hacerlo. ¿Cómo sería un beso de Morris? De repente, sintió el impulso de perseguirlo para averiguarlo. De hecho, le parecía bastante liberador que no hubiera nadie aquí a quien le importara que besara a alguien. Jennet y Tara estaban ocupadas, y los pocos que había en el lugar difícilmente se interesarían.

Soltó un profundo suspiro y volvió a concentrarse en la tarea que tenía entre manos.

El pozo.

Se inclinó para intentar adivinar qué había estado mirando Morris, pero no logró ver nada. Cogió uno de los baldes y lo ató a la cuerda, dejándolo caer en el pozo para ver cuánta agua contenía y hasta dónde llegaba antes de detenerse. Pasó un buen rato hasta que lo oyó caer con un chapoteo húmedo. La buena noticia era que había agua en el pozo.

—¡Milady, milady! —Timm corrió a su lado—. Es demasiado pesado para usted, milady. La ayudaré a levantarlo.

Ella sonrió, cediendo a su honor y permitiéndole que la ayudara, lo cual era una tontería porque era más alta que él, aunque no por mucho. Sin embargo, la insistencia de su madre en que se convirtiera en una hábil arquera había hecho que sus brazos se endurecieran como nunca lo habían hecho los de la mayoría de las muchachas.

—Me encantaría contar con tu ayuda, Timm.

Ambos se inclinaron y tiraron del balde. Ella dejó que Timm aportara su fuerza, pero mantuvo sujeta la cuerda y la guio hasta el suelo mientras levantaban el balde. Él cogió el balde cuando llegó al borde y lo levantó con orgullo, entregándoselo.

—Aquí tiene, milady. Avíseme si puedo serle de más ayuda.

—Muchas gracias, Timm. —Hizo una leve reverencia y se marchó a toda prisa, pero justo entonces algo atravesó su mente.

—Timm, espera, por favor. —Dejó el balde en el suelo y lo siguió, aunque no había nadie más en la zona que pudiera escuchar su conversación. Cuando llegó a su lado, le dijo—: Quiero preguntarte por alguien. Se llama Morris y acaba de marcharse. ¿Qué sabes de él?

—¿Morris? —El muchacho se lo pensó un momento, frunciendo el

ceño—. No conozco a nadie llamado Morris. Usted conoce a Marcas, así que no pudo haber sido él. ¿Quizás ha escuchado mal el nombre? Se me ocurren todos los guardias, pero ninguno con ese nombre, y aun así, muchos de ellos ya no están, milady.

—¿Morris? Alto, de pelo largo y rubio, ha dicho que viaja a menudo de clan en clan. Dice que pertenece a todos ellos.

—No, nadie así. Y yo estaba frente al establo. No vi a nadie yéndose. Usted debió haberlo malinterpretado. Debió haber sido otro visitante que no vi. Ay, si tiene más preguntas, estaré en el establo, milady.

—¿Has estado bebiendo esta agua últimamente, Timm?

—No, no desde que Marcas regresó. Él ha dicho que primero hay que hervirla, así que voy a la cocina a por mi agua. Y leche de cabra por la mañana. —Se apresuró a terminar su trabajo. Timm le recordaba a los muchos muchachos que habían acabado en el castillo Curanta, aunque no tenía ni idea de si él era huérfano o no. Tal vez acababa de convertirse en uno y Marcas deseaba retenerlo aquí.

Miró el agua del balde y se sorprendió al ver que estaba bastante clara. Sabía, por sus propios pozos, que cuando un pozo empezaba a secarse, arrastraba más sedimentos. La tía Brenna siempre había aconsejado hervir el agua que bebían, aunque la mayoría de la gente no era bebedora de agua a menos que se tratara de un viaje largo.

La tía Brenna y la tía Jennie también habían insistido en hervir cualquier agua que bebieran en un odre, aunque a los demás les pareciera raro. Sin embargo, el tío Quade siempre había dicho que las enfermedades habían disminuido desde que Brenna se había convertido en la señora del castillo. Él juraba que su clan tenía menos enfermedades que cualquier otro clan.

Brigid se rio al recordar los métodos que su querida tía había utilizado para convencer a los demás de que sus formas de hacer las cosas eran las mejores. Uno de los guardias, Mungo, años atrás, se había burlado de sus métodos. Un día, ella le había acercado un balde de agua y dicho:

—Bebe, Mungo.

Estaba tan receloso como cualquiera cuando se le acercaba su señora. Desde que ella había curado a los dos hijos de Quade de una extraña enfermedad, sabían que era más sabia que la mayoría. Mungo había estirado la mano para beber, pero primero sostuvo el balde para

mirarlo, buscando algo oculto en el agua.

Quade estaba de pie detrás de ella, con los brazos cruzados y una amplia sonrisa de suficiencia en la cara.

—Yo que tú no me lo bebería.

—¿De dónde lo ha sacado? —preguntó Mungo.

—Del arroyo. La he observado.

—¿Por qué no debería beberla entonces? Llevo años bebiendo de ese arroyo.

Quade la miró y asintió, pero la tía Brenna los sorprendió a todos diciendo:

—Pruébala entonces, a ver si sabe diferente.

Mungo frunció el ceño y dio un pequeño trago… y lo escupió antes de tragar.

—¿Qué demonios? Sabe como si alguien se hubiera cagado en ella.

Quade se echó a reír y dijo:

—Alguien no. Algo. La ha cogido del lugar justo al lado de los excrementos de caballo en el borde, mitad dentro, mitad fuera.

—¡No es justo, Brenna! —gritó Mungo, pero el tío Quade le dedicó una mirada—. Lady Brenna.

—¿Ves lo que quiero decir, Mungo? Solo porque el agua parezca estar bien no significa que no haya algo en ella que pueda enfermarte. Mi madre creía que en el agua vivían bichos que podían enfermarnos. Una vez me enseñó uno. Era tan pequeño que apenas se veía. Otros bichos no son visibles para nosotros, así que siempre hiervo primero. Y así lo hará cualquiera en el clan Ramsay.

Tío Quade asintió.

—Es verdad. Mis hijos solo tendrán agua hervida en su comida.

Y así comenzó la regla en el clan Ramsay. La tía Jennie, la hermana menor de la tía Brenna, llevó la misma regla al clan Cameron.

Brigid sacó un poco de agua del balde que la gente usaba para beber y la vertió en el suelo, observando su claridad a la luz del sol. No había nada en el agua.

Nada que se pudiera ver.

Jennet salió de la torre y se reunió con ella junto al pozo.

—¿Algo inusual?

—No, nada aparte de un extraño hombre que bebió del pozo y luego desapareció.

—¿No lo reconociste?

—No, y Timm tampoco. Me dijo que se llamaba Morris, pero Timm no conoce a nadie llamado Morris. Ha dicho que pasa el tiempo viajando de clan en clan. —Se limpió las manos mojadas en la túnica—. ¿Has encontrado algo inusual en el almacén?

—No. Todos parecían barriles seguros, pero ya sabes lo que dice mamá. Cuando pruebes, prueba solo un poquito si no puedes encontrar la parte culpable. No te matará, pero puede hacerte vomitar una vez. Entonces lo sabrás.

Brigid recordaba una ocasión en que su tía lo había hecho a pesar de que el tío Quade había discutido. Había probado un poco de leche de cabra y había estado contaminada. Vomitó al día siguiente. Luego, cuando todos fueron revisados, habían encontrado una nueva sirvienta que no creía en lavar los baldes de leche de un día para otro.

—¿Así que has probado la ale?

—Sí. Solo un poco, así que no me pierdas de vista. Tienes que probar el agua del pozo sin hervir. Si yo lo hago, no sabremos cuál es.

Brigid lo pensó un momento, pero se dio cuenta de que era el mejor plan.

Volvió a llenar la taza que había utilizado para comprobar la claridad del agua y dio un pequeño sorbo.

—¿Qué es lo peor que puede pasar? Vomitar una vez no va a matar a nadie.

14

Marcas y Shaw habían buscado por todas partes. Tras detenerse en los dos clanes más cercanos, habían registrado la zona costera, rezando al mismo tiempo para no encontrar un cuerpo flotando en el estuario o arrastrado por la corriente. Pero no habían visto indicios de ninguno en ninguna parte. Luego habían atravesado el bosque, llevando consigo algunos perros lobo, pero tampoco habían encontrado nada. Se habían detenido en todas las cabañas del camino y habían preguntado a los aldeanos, pero nadie había visto a una cría perdida por ninguna parte. Empezaba a perder la esperanza. ¿Quién podría haberse llevado a su querida hija?

Había pensado que en algún punto del camino aparecería una pista; una pequeña bota perdida, el aviso de un clan sobre una mujer que había perdido un bebé, el sonido de su voz en algún lugar.

Pensó en Freda, en cómo estaría si aún viviera. Ella no lo amaba, pero adoraba a sus hijos. Aunque Freda y él no habían desarrollado una relación amorosa, el principio se había basado en el respeto mutuo, algo en lo que él había insistido. Y una vez que ella había tenido a Tiernay, la relación había cambiado de nuevo a algo menos que respetuoso. Pero él ahora lo entendía. Ella estaba enamorada de otro hombre. Una vez que lo había averiguado, su matrimonio estaba casi terminado. Qué triste desenlace, Freda muriendo antes de poder ir con su amante.

No se arrepentía del tiempo que habían pasado juntos porque ella le había dado algo que tenía un valor incalculable. Era la única parte de su matrimonio que le había dado más felicidad de la que jamás hubiera esperado, sus pequeños. Cuánto había amado a Kara, su sonrisa cada vez que lo veía, cómo siempre le tendía la mano y le decía:

—¿Arriba?

Él siempre cedía, cogiéndola en brazos y abrazándola con fuerza, respirando el aroma más dulce. A veces, la ponía sobre sus hombros y ella se aferraba a su pelo y se reía. Ni todos los tirones de pelo del mundo podrían molestarle. Nunca. Entonces, cuando Freda le había

regalado un pequeño, su corazón casi había estallado de orgullo.

Pero poco después de ese día, el día que deseaba olvidar, el día que lo obligó a tomar decisiones que aún podrían tener efectos duraderos para su clan, el tipo de decisiones de las que se arrepentiría durante días, toda su vida había cambiado.

No. Se sacudió eso. No se arrepentía de nada.

Dejaron el último clan en Munlochy, y Shaw hizo una declaración, no una pregunta.

—Es hora de regresar. No queremos estar aquí cuando lleguen los Ramsay, por si deciden matar a todos nuestros hombres. Podemos continuar nuestra búsqueda después de su llegada.

—Estoy de acuerdo. Debemos regresar.

Habían pasado casi una hora sin hablar cuando Shaw tiró de su caballo para alcanzar a Marcas. Estaban en una zona que requería un desplazamiento más lento, así que era el momento ideal para hablar.

—¿Qué te preocupa, Shaw? Presiento algo. —Marcas siempre había considerado a Shaw su mejor amigo. Aunque Ethan era más cercano en edad, Marcas rara vez le confiaba sus pensamientos más privados porque Ethan era especial. Todo en el mundo de Ethan era fácil de juzgar. Se regía por las normas que le habían inculcado sus padres, su iglesia y su tierra. La emoción era difícil para Ethan, así que esta nunca formaba parte de una decisión.

Marcas necesitaba la emoción como gran parte de su toma de decisiones.

—Tú —afirmó Shaw, con fuerza, y luego levantó la mirada hacia su hermano.

—¿Yo? ¿Por qué estás enfadado conmigo?

—Porque no estoy ciego, Marcas. Veo lo que pasa entre tú y la sanadora llamada Brigid, y está mal. Tu esposa fue enterrada hace menos de una luna, y ya estás coqueteando con otra mujer. No podía decir nada al respecto en la torre, pero ya que estamos solos, diré lo que pienso. Deberías haber visitado la tumba de tu esposa en vez de flirtear con la sanadora.

Marcas estaba furioso. Si no tuvieran prisa, saltaría del caballo y llevaría a su hermano a un claro para golpearlo hasta atontarlo. Pero no era el momento. Todavía podía darle una paliza sin revelar la verdad.

—¡Cómo te atreves a juzgarme! Después de todo lo que ha pasado,

veo a Brigid como un pequeño rayo brillante en mi vida. Después de todo lo que ha pasado, creo que merezco un poco de felicidad. Como tú. Deberías ir tras lo que quieres. Veo la forma en que miras a Tara. Házselo saber. Solo porque he actuado en algo que desearías tener el coraje de hacer, no lo hace incorrecto.

—Te he visto recoger las flores cerca de la tierra Cameron. Flores para poner en la tumba de tu esposa porque ella amaba mucho las flores.

Sus voces habían alcanzado un tono que era claramente más que una conversación. Marcas sintió ganas de gritarle a su hermano, su supuesto mejor amigo.

—¿Por qué demonios no las has puesto en su tumba?

—Te equivocas. Muy equivocado. No eran para Freda, sino para Kara. Pero desde entonces las he tirado, porque ¿las verá ella alguna vez? Tal vez no.

—¿Por qué no las has puesto en la tumba de Freda? Le habría gustado saber que pensabas en ella. Se merecía al menos eso de ti.

Marcas detuvo su caballo para gritar a su hermano.

—¡Ella no se merece nada de mí! Fue una traidora a nuestro clan, una mentirosa y una infiel. Freda nos engañó a todos, incluso a mí. ¿Quieres la verdad? Te daré la verdad, pero tienes que jurar que nunca la contarás. El único honor que le concedo a ella es no revelar sus transgresiones. Y es solo por nuestros hijos que lo guardo para mí. No deseo que tengan malos recuerdos de su madre.

—Marcas, ¿de qué demonios estás hablando? ¿Mentirosa? ¿Infiel? ¿Qué demonios?

Marcas no dijo nada y se quedó mirando a Shaw. Esperó a ver cuánto tardaba en darse cuenta de la verdad.

El cambio en el arco de la frente de Shaw le dijo a Marcas que por fin había resuelto el enigma.

—¿Ella te ha puesto los cuernos?

Marcas respiró hondo y murmuró:

—Sí. Es la verdad.

—¿Quién? ¿Y cómo lo descubriste? ¿Lo atrapaste? ¿Por qué no le cortaste las pelotas? Eres el heredero del título de laird. —La sorpresa en la cara de su hermano no lo sorprendió. Él no había sospechado la infidelidad de Freda. Nadie lo había hecho. Había engañado a todos.

—Nunca he conocido al hombre. No es del clan Matheson. Al

principio no quiso decirme de qué clan, pero no importaba, ¿o sí? —Marcas se rascó la cabeza, se demoró en la siguiente parte porque deseaba asegurarse, doblemente seguro, de que quería revelárselo todo a Shaw. ¿Podría confiar en él?

Como si pudiera leerle la mente, Shaw dijo:

—Puedes confiar en mí, Marcas. Guardaré tu secreto. Ya lo has guardado durante un tiempo. Tiernay es claramente tuyo porque es tu vivo retrato.

—Y tiene la mancha en la nuca como yo. Es mío. Hace poco encontré un extraño brebaje sobre el lecho de ella en nuestra alcoba. Se olvidó de guardarlo. Yo lo había visto antes, lo reconocí como el tipo de saco de la sanadora, una bolsa llena de hierbas, así que se lo llevé a Ellice. Lo puse sobre la mesa y le pregunté: ¿Por qué?

—¿Por esto has echado a Ellice?

—Permíteme terminar la historia. *No* eché a Ellice. Ellice le echó un vistazo y rompió a llorar. Se disculpó y explicó que Freda se lo había suplicado. Que estaba enamorada de otro hombre y que ahora que me había dado un hijo, no deseaba tener más hijos. Quería seguir con su amorío sin que la descubrieran.

De repente, su hermano se dio cuenta de la verdad y Marcas reconoció la expresión de sus ojos. Shaw dijo:

—Una bolsa de hierbas para evitar el embarazo.

—Freda entró mientras yo estaba allí. Ellice sollozaba y Freda se me quedó mirando. Ella dijo… —Se detuvo, pensando si debía continuar o dejar la historia así. Pero tenía que ser completamente sincero—. Ella dijo: «Marcas, no somos un matrimonio por amor. He aceptado este matrimonio por el bien de mi padre, pero ahora me arrepiento. Estaba enamorada de otro hombre incluso antes de que nos comprometiéramos. Le prometí a mi padre que te daría un hijo, pero nada más. Inventa la razón que quieras, pero deseo regresar a mi clan por un breve tiempo para asegurarme de que lo que hay en mi corazón es cierto».

Marcas continuó:

—Ellice había dejado de llorar y se secaba las lágrimas. Recuerdo que miré a Freda y le dije: «¿Así que le has pedido a Ellice que traicione a su laird y a su clan? Sabías que ella cumpliría tus órdenes como mi esposa, pero todo el clan lo consideraría un error. Ella no tenía elección, Freda. ¿Por qué no acudir a tu propia sanadora?» Ellice

surruró «Mis disculpas, mi laird».

Él se encogió de hombros.

—Le dije a Ellice que no la hacía responsable. El acto recaía sobre los hombros de Freda. Recuerdo a Freda mirándome, cruzándose de brazos, frunciendo los labios en señal de desafío. «Vete, Freda» le dije. «No quiero verte. Vete con tu madre, luego con tu amante. Pero mis hijos se quedarán. Puedes llevarte a Tiernay, ya que aún está en tu seno, pero Kara se quedará hasta que regreses». Era la única forma de estar seguro de que volvería. Ella no había discutido, en lugar de eso solo hizo las maletas para irse a su casa. Ellice se fue con ella. Yo no la eché. Se fue por su propia voluntad, siguiendo a mi esposa.

—¿Por eso? —dijo Shaw, con la boca abierta—. ¿Por eso desapareció Ellice, por eso Freda y tú ya no os llevabais bien?

—No podía aceptar su indiscreción. Cuando regresó, confesó que estaba enamorada de otro y que me dejaría. Según Freda, su padre vendría de visita para hablar conmigo y con nuestro padre. Dijo que renunciaría a los niños para librarse de mí.

—Marcas, debiste haber estado muy enojado. No puedo creer que no compartieras esto conmigo antes. ¿Por qué no?

—Porque no solo estaba enfadado, estaba dolido. Necesitaba tiempo para pensar en ello y superarlo a mi manera. Entonces llegó la maldición y se la llevó. —Marcas se miró las manos—. Nunca deseé que muriera, pero no pondré flores en su tumba. Su amante puede hacerlo.

Shaw soltó un gran suspiro.

—Entendido. Has tenido bastante tragedia y decepción.

—Espero que consideres eso cuando trato a Brigid como un soplo de aire fresco. Ella es exactamente eso para mí. Brigid me da esperanza. Nunca he amado antes y no sé si alguna vez lo haré. ¿Soy capaz de amar a una mujer? No estoy seguro, pero nunca me veré forzado a otro matrimonio. Si vuelvo a casarme, será mi elección.

—Sin embargo, has permitido que todos te echen la culpa de la maldición, diciendo que todos enfermamos porque enviaste lejos a Ellice. ¿Por qué no los has corregido?

—Porque no deseo que nuestros hijos sepan nunca la verdad. Los niños deben creer que sus madres son maravillosas y honorables. Cuando sean mayores, puede que lo averigüen en otra parte, pero no lo sabrán por mí.

—Si se lo hubieras dicho a nuestro clan, tal vez le habrían echado la culpa de todo el asunto a ella en vez de a ti. Podrían haber sabido que la maldición se debía a que tu esposa aceptó a otro, y que Ellice se fue con ella.

—Consideré todo eso, pero no estaba seguro.

Shaw dijo:

—Yo sí. Tu clan te habría apoyado. Ahora, primero debemos encontrar a Kara. Luego tenemos otra tarea por delante.

—¿Cuál?

—Encontraré al bastardo con el que se acostaba tu esposa.

—No sé nada más que su nombre y su clan.

—Es suficiente —dijo Shaw—. Le encontraré.

Marcas se lo pensó antes de revelar el detalle, pero luego decidió que su hermano se saldría con la suya.

—Hamon.

15

Brigid y Jennet entraron en la torre, sorprendidas de que aún no hubiera nadie.

—Voy a subir un momento a nuestra recámara —dijo Jennet—. Te veré en las cocinas. Supongo que vas a charlar con Tara ya que tenéis el lugar para vosotras dos.

—Sí, nos vemos allí. Veré si ha tenido más suerte que nosotras. —Brigid se apartó un mechón de la cara y se acercó a las brasas de la chimenea para calentarse las manos antes de dirigirse a las cocinas.

Salió al exterior antes de poder a la puerta de las cocinas. Su padre le había contado que mucho tiempo atrás sus cocinas habían estado en un edificio separado, pero tras la llegada de la tía Brenna, insistió en que hubiera un pasadizo de un edificio al otro para que las sirvientas no tuvieran que salir a la intemperie cuando el clima fuera malo.

Al parecer, a algunas personas no les importaba que se les mojara el pan.

Tara era de las que se concentran tanto que no oyó que Brigid se acercaba hasta que estuvo a su lado.

—¿Has encontrado algo?

Tara dio un respingo, sobresaltada por la aproximación de su prima. Aunque Jinny y Edda estaban cerca cortando verduras y carne para un guiso, había estado tan absorta mirando las verduras que no había esperado a Brigid en absoluto.

—Perdona, no quería asustarte.

—No me molesta. Estoy acostumbrada. A Brin le encanta hacerlo a propósito. —Tara sonrió con cariño cuando nombró a su único hermano, varios años menor que ella—. Aunque uno o dos de estos son nuevos para mí, todos los demás ingredientes los hemos usado en múltiples ocasiones. Pero este… —cogió un pequeño objeto que parecía una cubierta roja sobre una cáscara dura—. Jinny llama a esto nuez moscada. Dice que la cubierta exterior es una especia diferente llamada macis, y el interior es la nuez moscada. Tiene un sabor agradable. Dice que lleva años usándola y que la consigue en Francia.

—Probablemente no es la pieza que ella ha usado durante años —

dijo Brigid, cogiendo la especia y sosteniéndola en el aire para verla mejor.

—¡Oh! Ven a probar esto. Me enseñado un extraño brebaje que se parece a la sal, pero que sabe a todo lo contrario. Me preguntaba si podría ser esto. —Sacó un cuenco con una sustancia granulada blanca en su interior. Tara metió las puntas de los dedos y las sacó, con varios gránulos adheridos a cada superficie.

—¿Qué es?

—Ella lo llama azúcar. Yo no lo había visto antes. Dice que es más dulce que la miel y que lo traen de España. Lo usa en sus tartas y en cualquier salsa dulce que tenga. No pueden conseguirla todo el tiempo, así que la guarda.

—¿Azúcar? Es un nombre raro. Yo tampoco lo había oído. Nunca. ¿De España? ¿Lo han usado antes?

—A menudo. Pruébalo.

Brigid olfateó la extraña sustancia, pero se armó de valor y acercó la lengua a los gránulos que tenía en el dedo. Se sorprendió al ver que se deshacían en su boca y dejaban un sabor dulce.

—Oh, es muy dulce. ¡Oh, vaya! —Le produjo una sensación tan fuerte que se preguntó cómo se usaba—. Espero que no lo coman así, ¿verdad? Sería demasiado fuerte.

—No, ha dicho que ella calienta la salsa y eso se derrite antes de removerla. El azúcar endulza el sabor de la salsa.

—¿Y lo ha usado antes?

—A menudo. —Tara sacó la lengua y se estremeció ante el sabor dulce—. Qué raro.

—No creo que hayas encontrado nada, y nosotras tampoco —dijo Brigid, dándose cuenta de que Jinny y Edda mantenían su propia conversación y las ignoraba—. Entonces, ¿te gusta Shaw?

La mirada de Tara se amplió, pero luego estalló en una gran sonrisa.

—Sí, y espero que me bese pronto. Nadie besa nunca a la hija del laird.

—Es verdad. No tengo suerte en la tierra Ramsay porque temen a mi padre, a mi tío, a mis hermanos o a mi primo, el laird. ¡Odio eso!

Tara levantó la barbilla y alzó los hombros.

—Ahora es nuestro momento. Yo digo que besemos mientras tengamos la oportunidad. ¿Ha dicho Marcas algo ya?

—No, pero…

—¿Ya te ha besado? —ella soltó un chillido grave—. ¡Oooh!

—Basta, Tara. Solo ha sido un beso, pero… —Brigid miró a su alrededor para asegurarse de que las otras mujeres estaban distraídas —. Me ha gustado.

Tara soltó otro chillido, se lavó las manos, las secó en una toalla de lino y cogió las de Brigid.

—Me alegro por ti, pero tenemos que encontrar a Gisela y hablar con ella.

—¿Sobre qué?

—Tengo un extraño presentimiento sobre Marcas y su mujer. Me gustaría saber qué pensaba Gisela de su relación antes de la maldición. —La voz de Tara había bajado hasta casi un susurro.

Aunque Brigid tenía que estar de acuerdo con ella y con gusto le preguntaría a Gisela lo que pudiera, no pudo evitar preguntarse qué había impulsado a Tara a investigar eso.

—¿Por qué, Tara? Sé que tanto tú como Riley soléis tener una razón para todo lo que hacéis. ¿Por qué preguntarle a Gisela?

Tara arrastró a Brigid detrás de ella, atravesando el pasillo y volviendo al salón. Antes de cruzar la última puerta, Tara se volvió hacia ella.

—Porque veo cómo te mira. Parece un hombre enamorado por primera vez. Como si acabara de descubrir el sentimiento y nunca antes lo hubiera experimentado. Sin embargo, estuvo casado y hace muy poco que ha perdido a su esposa. Parece sentir muy poco dolor por ella, depositando todo su dolor en Kara. No está mal, pero deseo hacer una o dos preguntas sobre ellos.

Brigid asintió con la cabeza, escrutando la mirada de Tara y preguntándose qué pensaba del clan Matheson, de su laird y de su familia. Marcas no había sido laird hasta hacía poco, pero se había casado con la esperanza de ser el heredero. Sin embargo, había oído comentarios que le hacían pensar que no siempre había estado dispuesto a hacerse cargo del título de laird tras la muerte de su padre.

¿Qué había pasado?

—¿La buscamos? ¿No estás de acuerdo? —preguntó Tara, esperando la respuesta de Brigid.

—Sí, me gustaría escuchar su opinión sobre su familia.

Entraron en el salón y se alegraron de ver a Gisela en una silla cerca de la chimenea, con Tiernay a sus pies, levantándose con la ayuda de un taburete.

—Buen chico —dijo Gisela, aplaudiendo su talento.

—¿Está aprendiendo a caminar? —preguntó Tara, guiando a Brigid para que hablara con Gisela.

—Lo intenta, pero aún no del todo. —El niño dio un paso y cayó al suelo con un ruido sordo, aterrizando sobre su trasero bien rellenito. Una sonrisa cruzó sus facciones mientras buscaba un juguete de tela para metérselo en la boca. Cerca había otro juguete que hacía ruido cada vez que lo agitaba, algo que le provocaba una risita.

Brigid miró a Gisela y creyó ver una lágrima en sus ojos.

—¿Estás bien, Gisela? —preguntó, sentándose en una silla detrás de Tiernay. Tara ocupó un asiento frente a ella, y las mujeres formaron un semicírculo alrededor del niño.

—Sí, mejor que hace un rato. —El labio inferior de Gisela tembló—. Echo de menos a mis padres, y me entristece que Tiernay haya perdido a su madre. Y la pequeña Kara… Yo tenía tantas esperanzas de que Marcas la encontrara, pero si lo hubiera hecho, ya habrían regresado.

Tara preguntó:

—¿Cómo era la madre de Tiernay? ¿Cómo se llamaba?

—Freda. Se llamaba Freda. Adoraba a sus hijos y… —Gisela se detuvo en seco después de una respuesta titubeante, con tantas emociones reflejadas en su cara que Brigid no tenía ni idea de lo que estaba pensando.

—Siento que la hayáis perdido —dijo Brigid—. Debes estar pasándolo muy mal con tantas pérdidas.

—No, no es eso. Oh, yo… cómo voy a… —Gisela cerró los ojos, amasándose las manos. Después de un momento, habló—: Freda era una mujer dulce, pero no era para mi hermano. A veces temo ser castigada por haber tenido sentimientos tan duros hacia ella, sentimientos que estaban equivocados. Yo debería haber sido más generosa.

Tara dijo:

—Nunca he oído hablar de nadie que haya sido castigado como tu clan por ninguna razón especial. No es una maldición. ¿Freda y Marcas no se llevaban bien?

Gisela suspiró, y una mirada diferente cruzó su rostro, una de resignación.

—Voy a ser sincera con vosotras, porque necesito serlo. Nunca me agradó Freda para mi hermano. Fue una buena madre para Kara y Tiernay. Los amaba de verdad, pero nunca fue amable con mi hermano. Me sentía mal por él porque estaba atrapado en un matrimonio arreglado e intentaba sacar lo mejor de este, pero ella no. Era dura con él y yo la odiaba por eso. Al final no pude ocultarlo. Pero algo cambió entre ellos, y su matrimonio fue de peor a peor. Intenté hablar con él de ello, pero no quería escucharme. Marcas se merecía algo mejor.

Gisela se inclinó y besó la cabeza de Tiernay.

—Luego, ella murió, y ahora me pregunto sobre maldiciones y tantas cosas que no sé qué pensar.

Tara dijo:

—Nada de lo que has hecho causó una maldición en tu clan.

—Freda fue una maldición para nuestra familia —replicó Gisela.

Brigid no tenía ni idea de cómo responder a eso. Pero las palabras de Gisela habían tenido el resultado más extraño. Sus sentimientos hacia Marcas se hicieron más fuertes. Necesitaba alejarse antes de hablar de sus sentimientos con Gisela, algo que, en su opinión, no estaría bien. No era el momento, sobre todo desde que Freda había fallecido hacía muy poco tiempo.

—Si no os importa, voy a practicar tiro con arco, por si alguna vez se me necesita.

Jennet bajó la escalera justo en ese momento, así que Brigid se acercó a ella.

—No hemos encontrado nada. Creo que esperaremos a ver si alguna de los dos cae enferma. Hasta entonces, me voy al campo de tiro con arco.

Jennet dijo:

—Hazlo. Puede que pronto necesitemos tus habilidades con el arco. Tu padre estará aquí, pero no hasta mañana o dentro de dos días.

Brigid se marchó y, tras coger un arco y un carcaj de los establos, se dirigió al pequeño campo de tiro con arco que había en el exterior del castillo. Timm la persiguió y gritó:

—¿Puedo mirar un rato?

—Por supuesto. —Brigid sonrió. Empezó a prepararse, colocándolo todo a su gusto. Llevaba leggins, así que la ropa no interferiría en su puntería. Se enderezó y encontró su objetivo, apuntó y disparó la flecha. Dio casi en el centro. Lanzó otros dos disparos antes de hacer una pausa.

Brigid sonrió para sus adentros por su éxito, satisfecha de no haber perdido aún sus habilidades, cuando oyó dos voces detrás de ella. Timm dijo:

—Eres la mejor. Han sido los tiros más rápidos que he visto. —Luego desapareció de nuevo en los establos.

Ethan se acercó.

—¿Tú has hecho eso? ¿Tienes habilidades como arquera?

—Sí, he sido entrenada por mi madre y mis hermanas.

—Tienes buen ojo, especialmente para una muchacha. —Ethan mantuvo las manos cruzadas delante de su cuerpo, su mirada en el centro del objetivo.

—Ethan, ¿puedo hacerte unas preguntas?

—¿Sobre qué? —Dio un paso atrás, haciéndole saber que ella empezaba a incomodarlo, pero se quedó. Aparentemente, confiaba en ella, así que continuó.

—Necesito entender por qué nunca enfermaste. ¿Qué crees que fue?

—No lo sé.

—¿Qué es lo que más bebes? ¿Ale? ¿Hidromiel? ¿Leche de cabra?

Sacudió la cabeza.

—Agua del arroyo. Y la cocino primero.

—¿Cocinarla?

—Siempre pongo el agua en una cacerola y la cocino al fuego. Luego añado un hueso y lo dejo cocer a fuego lento.

—¿Así que mayormente caldo?

—Sí. Prefiero el caldo caliente. Pero solo del arroyo del bosque. El agua es más fresca allí. No me gustaba el viejo pozo, así que he dejado de usarlo. A veces bebo leche de cabra, pero no siempre.

—Gracias por la información.

—Es un honor ayudar a las sanadoras. Siempre me han interesado las artes curativas. Pero debo volver a mi puesto en la muralla hasta que Marcas regrese.

Cuando Ethan se marchó, Brigid hizo varios tiros más desde

distintos ángulos mientras pensaba en todo lo que había dicho. Puesto que era el único que nunca había enfermado, parecía lógico deducir que la enfermedad tenía que provenir de alguna de las cosas que él nunca bebía.

Eso dejaba como principales causas el agua del pozo, la leche de cabra, cualquier agua sin cocer o la ale y el hidromiel.

Recogió sus flechas y llenó su carcaj, preparándose para unos cuantos disparos más cuando un par de brazos la rodearon. Su brazo giró y golpeó a la persona en la barbilla.

—¡Ay! —dijo una voz familiar—. No quería asustarte.

Se giró.

—Pues lo has hecho, Morris. Por favor, no me sorprendas así. —Secretamente complacida de que él hubiera regresado a verla, ensartó otra flecha y luego disparó tres en rápida sucesión, todas encontrando su objetivo.

—Es una gran habilidad la que tienes, milady. Ensartas una flecha más rápido que nadie que yo haya visto. —Se acercó a ella y se quedó mirando el blanco, mientras Brigid apoyaba el arco en el tronco de un árbol cercano. Se colocó justo delante de ella, con la mirada clavada en su boca—. He vuelto porque no podía sacarte de mi mente.

—¿De verdad? —Ella supuso que estaba mintiendo, pero pensó en jugar un poco a su juego.

—He vuelto porque necesito ese beso. Y encontrarte con esos leggins es más de lo que podía esperar.

—Si me lo pides amablemente, tal vez lo permita. —Tan cerca, ella podía ver sus largas pestañas, un tono más oscuro que su cabello rubio. Su barba también era un tono más oscura, y justo ahora era una sombra sobre su mandíbula fuerte y sus labios firmes.

Se acercó un paso más hasta que Brigid pudo sentir el calor de su aliento, el color de sus ojos oscureciéndose.

—¿Lo harás? —Su voz salió como un susurro ronco y ella no pudo evitar asentir levemente.

Sus labios se unieron a los de ella y la rodeó con los brazos, presionándola contra él, lo que no le gustó. Pero se concentró en el beso, en su sabor, separando los labios para darle acceso a su interior. Su lengua se apoderó de ella, jugueteando hasta que él la sujetó con más fuerza, bajando la mano hasta su trasero y acercándola tanto que pudo sentir su erección contra ella.

Esto también era algo que ella no quería. Por qué, no estaba segura, pero sabía que no le gustaba su beso ni sentir su dureza junto a ella. ¿Era por Marcas o simplemente porque ellos no encajaban? La razón no importaba en este punto. Tenía que alejarse de él.

Lo empujó él la soltó.

—Oh, pero muchacha, aún no había terminado. Tengo mucho más que enseñarte.

Ella se cruzó de brazos y dijo:

—Pero yo ya había terminado. Volveré a la torre. ¿De dónde has dicho que eras, Morris?

—No lo he dicho. Tal vez nos encontremos esta noche. Podríamos mirar las estrellas juntos. El cielo promete estar despejado. —La miró mientras movía una ceja, pero ella no estaba interesada.

—Debo rechazarte. Si me disculpas, tengo que practicar unos tiros más. —Se dio la vuelta, dándole la espalda como indirecta.

—Supongo que ya es hora de que me vaya. Aunque podría quedarme aquí y observar tu trasero suavemente redondo un rato, si no te importa.

—Sí me importa. ¡Vete!

—Tienes razón. Llevo aquí demasiado tiempo. Piensa en mí de esa manera. Estoy en todas partes.

Brigid se inclinó para recoger todas sus flechas y luego se volvió para ver dónde estaba él, pero ya no estaba.

Timm salió del establo a poca distancia y dijo:

—He oído tu voz. ¿Hablabas conmigo, milady?

—No, Morris estaba aquí. ¿No lo has visto?

Timm dijo:

—No he visto a nadie.

El hombre había desaparecido. Como un fantasma en el viento.

16

Marcas entró en el clan Matheson por la puerta principal con una frustración que no tenía a menudo. ¿Cuándo había fracasado tanto en una búsqueda?

Aunque no había encontrado a Kara, sabía que tenía que volver con el pequeño Tiernay. Aunque el pequeño no era capaz de expresar pensamientos de echar de menos a su madre, seguramente se daba cuenta de que algo había cambiado. Tampoco tenía a Freda ni a sus abuelos. A la abuela le encantaba tenerlo en su regazo.

Marcas sentía exactamente lo mismo. Antes de que empezara a caminar, la amplia sonrisa de Tiernay llamaba a Marcas cada vez que se cruzaba con él. Amaba tener al pequeño en su regazo mientras se entretenía con sus juguetes.

Ethan gritó desde la cortina cuando se acercaron.

—¿No ha habido suerte buscando a Kara?

Marcas negó con la cabeza, cansado de su implacable paso para llegar a tres clanes antes de regresar.

—¿Algún visitante?

Ethan dijo:

—Ninguno, jefe.

Apenas le importaba el título que Ethan le daba. Ethan era un seguidor de las reglas, así que insistiría en llamar a Marcas por su título simplemente porque su padre le había enseñado a hacerlo. Ningún razonamiento lo convencería de lo contrario.

Se alegró de que hubieran llegado a tiempo para la cena y, aunque estaba a punto de anochecer, esperaba ver a todo el mundo todavía aquí y a nadie más enfermo. Una vez que desmontó cerca del establo, Timm salió y cogió el caballo de Marcas.

—Timm, ¿tu padre y sus hombres están aquí?

—Sí. Están dentro comiendo. Tampoco han encontrado a Kara. —Alvery era el padre de Timm.

Por alguna extraña razón, no estaba sorprendido por su fracaso también.

—¿Y para cenar?

—Un buen estofado de venado.

La idea de un estofado caliente hizo que su barriga rugiera, así que esperó a Shaw y se dirigió al interior. Todo se calmó cuando entró. Sacudió la cabeza. Gisela se levantó para recibirlo:

—La encontraremos, Marcas.

Los hombres se lavaron brevemente en las cocinas y luego se sentaron. Ethan preguntó:

—¿Alguien viene a robarnos el castillo?

—No, todavía no. Se dice que el clan Milton ha estado vigilando, pero MacHeth ha dicho que vendría a ayudarnos si lo necesitábamos. Le agradezco su apoyo y espero que sea fiel a su palabra.

Se repartieron el pan, junto con un cuenco de bayas. Jinny les llevó un cuenco de estofado a cada uno, y Marcas lo devoró con placer. En el camino no habían comido más que tortas de avena. Una vez que tragó la comida, miró a Brigid y le preguntó:

—¿Todavía no hay ningún Ramsay, muchacha?

—No. Ya te dije que mañana. Puede que no sea hasta el anochecer, pero él estará aquí.

—¿Alguna idea sobre la causa de las olas?

—No, pero estamos estudiando y probando. Examinaremos las teorías mañana.

Ethan preguntó:

—Jefe, ¿me llevará a pescar mañana? —Era una de las actividades favoritas de Ethan, pero odiaba ir solo y consideraba a sus dos hermanos los mejores pescadores de todos.

Marcas gimió mientras Shaw soltaba una risita.

Tara preguntó:

—¿Por qué es gracioso?

Shaw no pudo contener la risita.

—Porque Marcas odia nadar.

—¿Por qué? Creía que a todo el mundo le gustaba nadar.

—A Marcas no. Cuando era más joven se quedó atrapado en la marisma después de quedarse demasiado tiempo. Tuvo que nadar un buen trecho, mientras le gritábamos que se diera prisa, pero se quedó atrapado en una zona pantanosa. Cuando pisó la orilla arenosa del estuario, parecía un monstruo del pantano.

Ethan dijo:

—Tenía hierbajos en el pelo, pegados a la ropa, por todas partes.

Me asustó.

Marcas se encogió de hombros.

—Fue un largo nado. Pensé que había un monstruo enganchado a algunos de los hierbajos. Temía que me hundieran. No me gusta que la maleza esté cerca de mis pies ni que se arremoline alrededor de mis piernas.

Ethan sacó un poco el pecho.

—Me lleva a pescar durante la marea baja, pero busca los arenales, no las marismas. Conseguimos buenas truchas y a veces platijas. Y siempre volvemos antes de que cambie la marea.

—Eres un buen hermano para Ethan —dijo Jennet, sorprendiendo a Brigid. Jennet miró a Ethan, con una extraña expresión en el rostro que Brigid no reconoció. Este era un viaje inusual para las tres. Nunca había visto a Jennet dirigir una mirada a ningún hombre.

Después de cenar, cuando se apartaron de las mesas y los platos fueron retirados, Marcas se acercó a Brigid y le preguntó:

—¿Me harías el honor de ir de paseo por los parapetos?

—Sí.

La condujo escaleras arriba, hasta el final del pasadizo, luego abrió de un tirón una pesada puerta y la sostuvo para ella, con un soplo de viento que le echó el pelo hacia atrás. Ella soltó una risita, cayendo contra él, y Marcas le rodeó la cintura con la mano, cosa que a ella le gustó, pero no se quedó mucho tiempo, sino que se apartó y subió la corta escalera que conducía a los parapetos.

Con Marcas se sentía feliz y emocionada, una sensación totalmente distinta a la que había tenido con Morris. Y lo que era más importante, confiaba en este hombre, a diferencia del extraño rubio de dulces palabras.

Cuando Brigid dio un paso fuera, suspiró ante la vista del estuario, las montañas a lo lejos y las nubes que parecían estar tan cerca como para tocarlas.

—Es hermoso, Marcas.

—En esa dirección está el bosque Gallow Hill, mi bosque favorito, aunque tenemos muchos en Black Isle.

—Basta de eso. Dime lo que has averiguado. ¿Algo sobre Kara?

Él bajó la cabeza, apoyando los brazos en el borde de la pared.

—Nada. Aunque no nos permitieron entrar en el clan MacHeth.

—¿Porque son culpables de algún tipo de subterfugio?

—Muy posible, sí. Podrían saber algo sobre Kara, o podrían saber algo sobre la maldición. Es más probable que el laird esté preocupado por nosotros llevando la maldición hacia ellos. ¿No has oído nada de tu padre? —Se irguió, mirando hacia el oeste—. Yo esperaba que pudiéramos ver su aproximación desde aquí. Si trae un ejército de cuatro veintenas, podremos verlo.

—No, aún no traerá tantos. Los guardias adicionales podrían llegar en unos días, pero mi padre prefiere moverse a hurtadillas. Él y mi madre fueron espías para la Corona Escocesa hace muchos años. Él puede entrar y salir de zonas rápidamente sin ser visto. ¡Robó a mi tía del castillo Grant y nunca lo atraparon!

—Espero que tenga un corazón generoso. No encontrar a mi hija no me pone de humor para luchar.

—La pérdida de tus padres y esposa debe causarte mucho dolor. Aunque hubiera poco amor entre vosotros. —Ella apoyó la mano en su antebrazo y él la miró fijamente, con sus ojos grises tirando de alguna extraña cuerda dentro de ella que le hacía desear seguirlo a cualquier parte.

—Puedo contártelo todo. No había amor entre nosotros, pero era peor. Descubrí a mi mujer usando hierbas para no volver a gestar. Confronté a nuestra sanadora y confesó. Mi mujer admitió estar enamorada del hombre con el que siempre había deseado casarse y me dijo que nunca volvería a estar en mi cama y que había estado usando las hierbas desde el nacimiento de Tiernay. Una vez que supe eso, supe que nunca volveríamos a tener relaciones, pero ella también fue bastante firme en su deseo de renunciar a nuestro matrimonio, aunque eso nunca se cumplió. Se fue a casa con Tiernay y dejó a Kara conmigo, hace dos lunas. Se reunió de nuevo con su amante y tomó una decisión. Volvió a la tierra Matheson solo para arreglar las cosas. Su padre planeaba venir a hablar conmigo y con mi padre. Ella quería irse y volver a casa, terminar nuestro matrimonio. Pero su padre nunca llegó. Ella enfermó al día siguiente.

—¡Oh, Marcas! —La mano de Brigid subió hasta su espalda, frotándola ligeramente—. Qué terrible tener ese recuerdo, haber descubierto eso de ella. ¿Has conocido al hombre que amaba?

—No. No tengo ni idea de su aspecto. Dicen que vino a verla cuando enfermó, pero nunca lo vi. Luego dejé de permitir visitas cuando la enfermedad se extendió.

—No podría imaginar enterarme de algo así sobre mi cónyuge. ¿Así que esa es la razón por la que no tenías sanadora?

—Sí. Nuestro sanadora se fue con Freda cuando regresó a su clan. Creo que Ellice se sentía muy culpable por haberme traicionado, lo que explicaría por qué se marchó tan rápido. No sé si sigue con el clan de Freda o no.

—¿Y nadie sabía por qué? Debieron haberte interrogado, sobre todo después de que empezara la enfermedad.

—Lo hicieron. Pero no dije nada. No quería que mis hijos supieran la verdad sobre su madre. No es lo que los niños necesitan oír, así que lo callé todo.

Brigid se inclinó y besó su mejilla.

—Eres un hombre honorable, Marcas Matheson.

—Por favor, no me odies cuando te digo lo mucho que me gustas y te respeto. Es la verdad. Por ti, siento cosas que no había sentido antes. Y no sé cómo manejarlo.

Lo miró fijamente, apartándole mechones del cuello. Entonces, los ojos de Brigid se abrieron de par en par.

—¿Qué te pasa?

—Mi barriga. Me pasa algo. —Se llevó la mano a la cintura y se apartó de él.

Momentos después, vomitó por encima de los parapetos.

Tres veces.

17

Marcas la levantó cuando cayó, queriendo llevarla con sus primas antes de determinar lo malherida que estaba. Además de vomitar, debió haberse desmayado. Se había golpeado la cabeza contra el muro de piedra al caer, y él ya podía ver la hinchazón de su cuero cabelludo.

No estaba despierta.

Consiguió abrir las pesadas puertas mientras la llevaba en brazos y, cuando por fin llegó al balcón, se inclinó sobre la barandilla y dijo:

—Brigid está enferma. Tiene la maldición y se ha golpeado la cabeza.

Gisela dijo:

—Llévala a la recámara de enfermos de aquí abajo. Habrá que vigilarla toda la noche.

Hizo lo que le sugería su hermana, bajó la escalera y la siguió hasta la recámara mientras ella encendía la antorcha, dándoles la luz que tanto necesitaban. Tara y Jennet estaban justo allí, señalando un camastro para colocarla y apresurándose a coger sus herramientas.

—¿Qué la pudo haber hecho vomitar? —preguntó él—. Nadie más ha estado enfermo. Creía que por fin habíamos acabado con esto. —Se paseó por la pequeña área, tan molesto de ver a Brigid ahora enferma. Todo lo que hacía, todo lo que tocaba, parecía volver a atormentarlo. La había traído aquí con la mejor de las intenciones, y la pobre muchacha estaba enferma a causa de sus acciones.

Todo era culpa suya.

Jennet, quien no parecía nada inocente, murmuró:

—Puede que yo sepa algo.

Tara golpeó la parte superior del brazo de su prima y dijo:

—Suéltalo. ¿Qué habéis hecho las dos?

—Hemos hecho un pacto. Probé una ale que podía estar contaminada y Brigid probó el agua del pozo. Ella dio el más pequeño de los sorbos. —Jennet parecía un poco culpable tras la mirada que le dirigió su prima. Luego miró a Marcas—. La buena noticia es que sabemos cuál es la causa: el pozo.

—¿Estáis locas las dos? —gritó Tara, llevándose las manos a las caderas mientras fulminaba con la mirada a Jennet—. ¡Mírala!

—Mi madre ha hecho lo mismo antes. Es la única forma de estar seguros.

Tara puso los ojos en blanco.

—Ahora debemos tratarla. Marcas, déjanos y la cambiaremos de ropa, la acomodaremos.

Marcas miró el rostro pálido de la mujer en el camastro y se puso a rezar. Hacía tiempo que no lo hacía. Pero Brigid… no podía perderla. Luego se marchó, ladrando a sus hermanos en el camino por el pasillo.

—¡Es el pozo! Debemos cubrirlo, y que alguien les diga a Nonie y Jinny que hay que tirar el agua que salga de él.

Edda se apresuró a entrar en la cocina mientras Marcas y Shaw se dirigían al patio.

Ethan tenía una expresión de lo más emocionada, algo que Marcas no había visto en mucho tiempo.

—¿Por qué pareces tan contento, Ethan?

—Porque hemos encontrado la solución. Puede que no sea lo mejor para Brigid, pero es una muchacha fuerte. Se curará si no tiene más agua para beber. El pozo es la causa de todo.

Shaw dijo:

—Usaremos agua del pozo del bosque. Aún es buena.

Hicieron lo que tenían que hacer antes de que Marcas volviera al salón. Tenía que verla, comprobar que estaba sana. Estaría inconsolable si algo le ocurriera a Brigid.

Llamó a la puerta y dio un paso atrás, esperando a que alguien respondiera antes de entrar en la habitación. Tara apareció.

—¿Cómo está? —susurró.

—Se pondrá bien. La hemos bañado y le hemos puesto un camisón para la noche. Está despierta y pregunta por ti.

—¿Puedo verla?

—Por supuesto —dijo Tara, cogiendo la mano de Jennet y sacándola de la habitación.

Jennet chilló:

—¿Por qué tengo que irme?

—No importa, déjalos solos —dijo Tara, asegurándose de que Jennet la siguiera por la puerta y no se volviera.

Marcas entró, esperando a que sus ojos se adaptaran a la luz de la

antorcha. La recámara seguía a oscuras, pero encontró rápidamente a Brigid y se arrodilló junto a ella.

—¿Te curarás?

Ella asintió con la cabeza, las ojeras le indicaban que seguía bastante enferma, pero aun así él tenía esperanzas. Brigid se incorporó un poco y dijo:

—Mis disculpas. Lo que hice fue una tontería, pero ahora conocemos el problema. Siento que hayas tenido que ser testigo de mi enfermedad.

—Muchachas, he visto cosas peores. No pienses en ello. —Hizo una pausa, intentando idear la mejor manera de hacer lo que deseaba—. ¿Puedo acompañarte?

Ella no habló, pero levantó la colcha como respuesta.

—Puedes pensar que estoy loco, pero tengo que abrazarte. Necesito verlo por mí mismo, escuchar tu respiración, sentir los latidos de tu corazón para convencerme de que estarás bien. —Subió detrás de ella y acurrucó su frente contra su espalda, rodeándola con el brazo y acercándola a él.

Él aspiró su aroma a lavanda y cerró los ojos, suspirando, apoyando la cabeza en el pliegue de su cuello.

—Entré en pánico —susurró—. Temí lo peor.

Ella intentó hablar, pero él le puso un dedo en los labios.

—Por favor, ahorra esfuerzos. Permíteme decir lo que pienso.

Brigid se recostó contra él y susurró:

—Puedo hacer eso.

Marcas se alegró de que estuviera de espaldas a él. Si la miraba a los ojos, seguro que perdería el control.

—Quiero intentar explicar lo que hay en mi corazón. Puede que no sea capaz, pero haré mi mejor intento. Cuando te conocí por primera vez en la tierra Ramsay, no pensé que hubiera nada especial en ti. ¡Qué equivocado estaba! Admito que mi corazón estaba endurecido a todo lo que me rodeaba porque estaba envuelto en miedo y autocompasión. Me llevó tiempo verte como lo que eres, uno de los mejores regalos que me han sido dados.

Brigid rodó sobre su espalda y lo miró a los ojos, con los suyos empañados por alguna emoción. Ella le acarició la mandíbula con el dedo y luego volvió a posarlo en su torso.

—Marcas.

—No, tengo que decir esto. No entendía lo que era el amor. Comprendía el amor por un hijo, o el amor por un padre o un hermano, pero este amor entre marido y mujer, un hombre y una mujer, me había eludido Lo creía falso, pero al verte trabajar, al observar tu relación con los demás, al escuchar tus risas, empecé a entenderlo. —Le besó la frente—. Tengo sentimientos que no comprendo, pero no deseo que terminen. Te necesito, Brigid Ramsay. Te necesito en mi vida, y cuando todo esto acabe, te rogaré que te quedes para que podamos conocernos mejor. No sé cómo funcionará cuando lleguen tus padres, pero veo esperanza cuando te miro.

—¡Oh, Marcas! —Le acarició la cara—. Me encantaría besarte, pero no quiero enfermarte.

—No necesito besarte mientras te tenga cerca.

Brigid se apoyó en su pecho y él se acurrucó contra ella.

—Esto es todo lo que necesito —susurró—. Pero no sé lo suficiente sobre ti: tu color favorito, tu comida preferida, tu pasatiempo favorito.

—Tenemos tanto tiempo para averiguar esas cosas. Pero por ahora: azul, tartas de fruta y los festivales Ramsay.

Marcas soltó una risita.

—Estoy deseando que me cuentes sobre los festivales Ramsay. Seguro que había tiro con arco. ¿Me darías clases de tiro con arco? Me vendrían bien unas cuantas.

Ella asintió, se estiró, bostezó y volvió a apoyarse en él.

Antes de que se diera cuenta, estaba dormida en sus brazos, y él la observaba, absorto en todo lo que tenía que ver con ella. Sus largas pestañas, su piel suave. Su fuerte mandíbula. Una leve sonrisa cruzó el rostro de Brigid, y Marcas esperó que estuviera soñando con él.

Sabía que debía levantarse y dejarla dormir, pero no quería dejarla marchar. Nunca.

Brigid se despertó al día siguiente en su cama, con un gran balde a su lado. Se incorporó y Tara la miró fijamente desde el otro lado de la habitación, donde estaba ocupada con sus ropas.

—¿Vivirás?

—Claro que viviré. ¿Por qué no iba a hacerlo? —Cuando Brigid se incorporó, comprendió exactamente por qué Tara le había hecho esa

pregunta. Tenía el golpeteo de un martillo de herrería en medio de la frente, y sentía el estómago como un delfín en el estuario, mostrando sus habilidades para dar vueltas. Pero se había sentido peor antes, así que se obligó a incorporarse. Mirando alrededor de la recámara, vacía a excepción de Tara, preguntó—: ¿Dónde está Jennet?

—Jennet ha ido a ver qué puede descubrir sobre el pozo. Quiere ver si encuentra alguna razón por la que el agua sea mala, y pretende hablar con Marcas para que cave un nuevo pozo en otro lugar.

Los recuerdos empezaron a filtrarse en la mente de Brigid. Vomitando sobre los parapetos. Sintiendo cómo se le doblaban las rodillas. Vomitando en el balde en algún momento. No pudo evitar estudiar el camisón y las sábanas de la cama para ver si había vomitado sobre algo. Había un gran pañuelo de lino cerca que debió haber usado.

Vomitando delante de Marcas.

—No… —Luego, tumbada en sus brazos la noche anterior, escuchando sus palabras que la habían hecho sentir muy especial.

—¿Qué pasa? —preguntó Tara, corriendo a su lado para tocarle la frente—. No tienes fiebre, ¿verdad? He alejado las pieles solo por eso.

—No, no tengo escalofríos. No me duele el estómago. Solo me siento débil, pero no recuerdo cómo he llegado aquí. —Subió la mano para frotarse la frente mientras ponía los pies en el suelo, obligándose a levantarse. Fue entonces cuando sintió el punto dolorido en el pelo y su mano se dirigió a esa zona, encontrándose con un chichón del tamaño de un huevo de pato pegajoso de sangre.

Tara apareció junto a ella en un instante.

—Ten cuidado. No permitiré que vuelvas a caerte mientras te vigilo.

—No estoy nada mareada. Pero aun así debería recordar haber venido a la cama. Recuerdo a Marcas aquí anoche, ¿por qué no antes?

—Es porque Marcas te cargó hasta aquí. Se te doblaron las rodillas en los parapetos y te caíste, te golpeaste la cabeza contra el muro de piedra. —Tara levantó la mano y sintió el chichón—. No ha crecido.

—¿Así que he dormido toda la noche?

—Y toda la mañana. El sol se está ocultando.

—Tengo que ir al salón y ver cómo están las cosas. ¿Han encontrado a Kara?

—No, pero deberías quedarte en la cama. Has estado muy enferma.

—Por favor, ayúdame a encontrar algo limpio que ponerme. Mis leggins están limpios. Creo que Nonie los ha lavado. Y la túnica. Quiero hablar con Jennet.

—He traído tu atuendo limpio. Te ayudaré.

—Muchas gracias a ti, querida prima. —Se movió por la recámara lentamente, pero una vez que se dio cuenta de lo débil que estaba, se aseguró de sujetarse a algo mientras se dirigía al baúl donde Tara había puesto su ropa—. Papá llegará pronto.

—Shaw ha dicho que recibieron noticias de un pequeño contingente dirigiéndose hacia aquí. Alrededor de una docena. Hombres y mujeres han sido vistos, así que deben ser tu madre y tu padre. Mi padre probablemente se reunió con ellos en la tierra Grant y está esperando allí. No puede seguir el ritmo del tío Logan. —Tara sostuvo los leggins para que Brigid se los pusiera por un lado mientras se sostenía del hombro de Tara.

—¿Jennet nunca se puso enferma?

—No, pero nos ha hablado de vuestro tonto acuerdo. Era arriesgado para las dos. Has tenido suerte de no estar más enferma. Mira cuántos han muerto por ingerir esa agua.

—Fue el más pequeño de los sorbos. Mi tía solía hacerlo cada vez que no podía descifrar la causa de una enfermedad. Y claramente, ha funcionado. Es el pozo, no una maldición. —¡Ya está, lo había dicho! Y desde que ella y Jennet habían descubierto la verdad, ya no había razón para considerar al clan maldito.

—Pero ese pequeño sorbo sí que te enfermó lo suficiente. Imagina si hubieras bebido más.

—Imagina si hubiera seguido bebiéndola como tantos de aquí. —Cuando terminó por fin, Brigid se pasó los dedos por los rizos y le pidió a Tara que hiciera lo imposible—. ¿Hay alguna forma de que me dejes el pelo presentable?

—Lo intentaré. —Tara trenzó los largos mechones de Brigid y luego ató las trenzas en un moño en lo alto de su cabeza—. Ya está. Por si vuelves a vomitar. Deberías ingerir un poco de caldo caliente. Nonie estaba preparando cebada con miel para nosotras. Yo también quiero un poco. Te ayudaré a acercarte a la chimenea.

A Brigid no le importaba su aspecto, pero tenía dos necesidades inmediatas. Una era caldo caliente, la otra era ver cómo reaccionaría Marcas ante ella ahora. Debió haberse disgustado al verla vomitar,

aunque ella había hecho todo lo posible por apartarse de él en la oscuridad.

Cruzaron el salón y ella pudo ver que la gente ya se estaba reuniendo para la cena.

—Supongo que sí he dormido un poco.

—Más que eso, pero lo necesitabas, obviamente. Aparte de tu cara pálida, te ves mucho mejor. Bajaré delante de ti por la escalera, y puedes apoyarte en mi hombro si es necesario.

Brigid obedeció y todos guardaron silencio en el salón, mirándola mientras bajaba. Jennet corrió a su lado.

—¿Estás mejor? Hemos sido tontas. Temí mucho por ti cuando enfermaste.

—Estaré bien, aunque todavía no correré ninguna carrera en los festivales.

Jennet sonrió y le dio un pequeño abrazo a su prima.

—Pero ahora sabemos cuál ha sido la causa. Hemos comprobado el pozo y Marcas lo ha cubierto con una lona para que nadie pueda usarlo.

—Pero necesitan agua para cocinar y lavar.

—Estamos hirviendo todo, y hay otro pozo cerca del bosque que siempre ha florecido y nunca se ha secado. Jinny está hirviendo e hirviendo e hirviendo. Y Alvery ha dicho que hará que los hombres caven un nuevo pozo pronto, tal vez detrás de la torre. —Jennet alisó algunos mechones del pelo de Brigid hacia atrás—. ¿Quieres caldo?

—Sí, aunque también me gustaría sentarme junto a la chimenea. ¿Dónde está Marcas?

—Él y Shaw han salido a patrullar, con la esperanza de encontrar a tu padre —explicó Jennet—. Quieren invitarlo a entrar antes de que ataque. —Luego desapareció. Brigid esperaba que hubiera ido a buscarle el caldo caliente.

Tara llevó a Brigid a una silla justo delante del fuego, cubriéndole el regazo con una gruesa piel. Jennet llegó rápidamente con una taza.

—Ten, esto está endulzado con miel. Te gustará.

Brigid bebió unos sorbos del humeante líquido y se sintió inmensamente mejor.

—No te precipites. Deja que se asiente antes de tragar más —dijo Tara.

Jennet frunció los labios y se cruzó de brazos.

—Necesita el líquido. Deja que beba lo que necesite.

Las dos se afanaron por ella como lo había hecho su madre hacía mucho tiempo. No le importó en absoluto. Brigid sonrió y miró de una prima a otra.

—Sería un reto teneros a las dos cuidándome mucho tiempo.

Tara hizo un gesto con la mano.

—Te dejo con Jennet. Tengo hambre, así que comeré en la mesa.

—Muchas gracias, querida prima.

Tara se inclinó hacia ella y la abrazó.

—Me alegra verte curada.

Jennet ni siquiera tuvo la oportunidad de sentarse cuando la puerta se abrió de golpe y entró Marcas. En cuanto vio a Brigid junto a la chimenea, se arrodilló a su lado, con preocupación evidente en su rostro.

—¿Estás bien?

—Mejor. Siento que hayas tenido que verme así.

—No te disculpes. Me alegro de verte mejor.

Tuvo que hacer la única pregunta que temía.

—De los que han muerto, ¿mejoraron primero y luego empeoraron?

—No. Por lo general, fallecían a los dos días de sufrir los vómitos, y nunca paraban. Mi padre duró más, pero fue uno de los pocos que mejoró, pensó que se había curado del todo y luego volvió a enfermar. Los que fallecieron rápidamente rara vez se sentaron a hablar de algo conmigo. Te curarás. Jennet ha dicho que solo diste un pequeño sorbo.

—Es verdad. Debería curarme del todo.

—Aunque ha sido una tontería, al menos hemos encontrado la fuente. Eso me complace enormemente.

—¿Has visto alguna señal de mi padre?

—No. Hemos buscado, pero no se le ve por ninguna parte. Se esconde bien.

Brigid sonrió.

—Sí, lo hace. No lo capturarás.

18

Logan se paseaba en círculo, esperando a que su grupo regresara después de atender sus necesidades. Estaba a punto de oscurecer y deseaba llegar a tierras Matheson esta noche. Habían pasado el castillo Tarradale, situado en la costa occidental de Black Isle, y habían encontrado un claro del bosque que él suponía que estaba a unas dos horas del castillo Eddirdale. No tenía ni idea de lo que encontraría en tierras Matheson. ¿Una batalla? ¿Tres sanadoras como rehenes, luchando por escapar? ¿Encerradas en una torre como había estado Elizabeth Grant?

¿O encontraría un clan plagado de muertes de origen desconocido? Ese pensamiento le hizo considerar detenidamente cómo se acercarían a este castillo. Después de todo, había tres de sus seres queridos dentro de la torre, presumiblemente.

Uno de ellos era su querida Brigie, la muchacha de la risita que siempre le alegraba el corazón. Juraba que ninguna otra sonaba como ella, que su risa brotaba de un corazón inocente lleno de amor y compasión.

¿Quién sería digno de casarse con una muchacha así?

Gwynie estaba de pie no muy lejos, con el arco en la mano por si surgían problemas, algo que hacía por costumbre después de tantos años. Su esposa seguía siendo una mujer hermosa, con el pelo recogido en una trenza que comenzaba en la coronilla. A veces se lo trenzaba como lo había hecho para el viaje, otras lo dejaba suelto, el favorito de Logan. Tenía algunas canas, pero seguía siendo de un sedoso color castaño.

Gwyneth nunca había engordado mucho como hacían otras mujeres al envejecer. Se mantenía ocupada, siempre entrenando a los jóvenes de su clan para utilizar bien los arcos. Y habían sido bendecidos con muchos nietos, algo que, según Gwynie, hacía su mundo aún más especial. Tenía que estar de acuerdo con ella. Molly y Tormod tenían cuatro, y Sorcha y Cailean dos. Gavin y Merewen aún no tenían ninguno, pero los tendrían. Maggie y Will acababan de tener el primero, una pequeña. Will adoraba a su hija más que ningún otro

padre que Logan hubiera visto. Gwynie recordaba todos los nombres y el día en que había nacido cada uno, algo que él no podía hacer, aunque siempre reconocía a sus nietos como la bendición especial que eran. Cailean había sido una sorpresa tanto para él como para Gwynie. A sus dos hijas las trataba como princesas. Will adoraba a su hija, pero ella se criaría en el bosque y viviría en cuevas como sus padres. Las niñas de Cailean no. A Sorcha le encantaba verlas juntas, sobre todo el día que las había sorprendido vistiendo a Cailean con los vestidos de su madre. Todos se habían reído mucho.

Cuando su familia empezó a regresar, Logan salió de sus pensamientos. Dejó de caminar para hablar.

—Nuestras muchachas están cerca, Gwynie, y no creo que les hayan hecho daño. Han sido robadas para curar. —Su mirada escudriñó los alrededores, algo que siempre hacía cuando estaba fuera de la tierra Ramsay.

—No voy a estar en desacuerdo contigo, Logan. Puedo sentir que no están lejos. Pero, ¿te molestará si mis viejos huesos desean una cama para dormir esta noche? No me importa si aún están vomitando. Necesito una cama.

Logan se acercó y le acarició la oreja con la nariz.

—A mí también me gustaría una. ¿La compartirás conmigo, Gwynie?

Un grito los sorprendió a ambos.

—¡Sorcha! —Gwynie salió disparada en dirección al grito, Logan justo detrás de ella.

—¡MacAdam, encuentra a tu esposa! —Su bramido atravesó los árboles para que los demás ayudaran allí donde estuvieran.

La pareja se abrió paso entre la maleza como un ciervo guiando a su pareja lejos de los cazadores, siguiendo el sonido de su hija luchando contra algún bastardo; sus maldiciones y patadas eran audibles desde la distancia. El tonto no sabía que su mujer estaba a punto de partirle las pelotas en dos.

—Gwynie, ¿puedes verla?

—No, pero los oigo. —Se acercó a él y señaló en otra dirección—. Por ahí, entre los árboles. Oigo a un niño, a una niña y a un hombre, como si dos estuvieran peleando y el otro estuviera mirando o siendo retenido. No estoy segura de qué voz es la de Sorcha.

Irrumpieron en escena al mismo tiempo que Gavin y Merewen

llegaban por el lado opuesto, con Kyle detrás de ellos. Cailean tenía a un hombre extraño en el suelo, con la rodilla en su pecho y su espada tirada a un lado, y una daga puesta en la garganta del hombre.

—Por favor, no me mates. No he hecho nada —dijo el hombre resollando, con las manos agitadas y los ojos desorbitados mientras miraba fijamente a su captor.

Logan escudriñó la zona y se sorprendió al ver a Sorcha abrazada a una muchacha de unos tres o cuatro años, sucia pero sana. La niña lloraba, con la cabeza apoyada en el hombro de Sorcha y el pulgar en la boca.

—Quiero a papá.

Logan no vio nada más en la zona, ningún otro extraño, así que se acercó por detrás de Cailean y miró por encima del hombro al hombre, quien seguía suplicando por su vida. El patán aparentemente pensaba que Logan lo salvaría, porque recurrió a él al instante.

—No he hecho nada malo. Él me pagó para que la vigilara durante unas horas. Es todo lo que he hecho. Él volverá pronto.

La voz de Cailean salió en un gruñido que sorprendió a Logan:

—Has tocado a mi mujer. Nadie la toca. —Logan casi suspiró de orgullo. Le había enseñado bien, pero por muy orgulloso que estuviera, sabía que primero tenían que averiguar la verdad.

—Muchacho, deja que se levante. Quiero saber lo que sabe antes de que lo mates y esparzas sus entrañas por toda la tierra.

El hombre gimoteó, pero Cailean apartó la mano de la tráquea de su cautivo.

—Muévete y te cortaré las pelotas.

El hombre, claramente intimidado por Cailean, sacudió la cabeza frenéticamente.

—Os diré lo que sea. ¿Qué queréis saber?

—¿Quién es la pequeña? —preguntó Gwynie.

—No lo sé. ¿Quizás del clan Matheson? Me han dicho que han estado vomitando. Yo viajaba de Inverness a Avoch, entregando una misiva, pero él me detuvo y me preguntó si deseaba hacer algo de dinero, que solo necesitaba vigilarla durante dos horas. Él podía volver en cualquier momento.

—¿Quién es él? —ladró Gavin.

—No lo sé. No soy de por aquí. Era una moneda extra, pero no sabía que ella sería tan joven. El bastardo la había atado a un árbol.

La desaté, pero no se movió.

—Déjalo ir, MacAdam.

—¿Estás seguro? —preguntó Cailean por encima del hombro.

—Si ves al bastardo que la ha atado, será mejor que mantengas la boca cerrada o iremos a por ti. Será fácil seguirte la pista porque irás dejando un rastro de orina por todo el camino.

Cailean lo soltó y salió corriendo, atravesando la maleza hasta que encontró su caballo y se marchó sin mirar atrás.

Gwynie se acercó a la muchacha.

—Hola, dulzura. El hombre malo se ha ido. Ya no te asustará.

Ella sacudió la cabeza enérgicamente.

—¿No? ¿Él no es malo? —preguntó Sorcha.

—Es *oto* hombre malo. Es malo conmigo. Me dolían las piernas por la cuerda, pero me la quitó. —Su dedo meñique señaló al hombre que acababa de irse.

Logan le levantó el vestido para mirar los tobillos de la pequeña, y no se sorprendió al verlos magullados y ensangrentados. También percibió un olor a orina que casi le dejó inconsciente.

—Estoy sucia. Él no me dejaba ir al bosque. He tenido que hacerme en mi vestido. —La expresión de remordimiento en su rostro hizo que Logan recordara a una muchacha llamada Gracie que había estado en la misma situación muchos años atrás.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Gwynie.

—Kara.

—Kara. Es un nombre precioso. ¿Tienes un segundo nombre? ¿Perteneces a algún clan?

Ella asintió ante esa pregunta.

—Clan Maphson. —Su pulgar volvió a su boca mientras tiraba de un mechón de su pelo.

—Bueno, dulce Kara. ¿Te gustaría jugar a saltar en el agua? —preguntó Logan.

Ella asintió, sacándose el pulgar de la boca.

—Quítale el vestido Sorcha. —Ella obedeció, y él cogió a la muchacha, balanceándola de un lado a otro hasta que soltó una risita. Volvió al arroyo que habían usado antes y, cuando encontró un lugar sobre una roca, él se inclinó y le colocó las nalgas en el agua. Al principio ella frunció el ceño, probablemente por el frío o por el escozor de las heridas abiertas, pero él la hizo girar y girar,

sumergiéndola hasta limpiarla. Ella soltaba una risita o fruncía el ceño, según lo que sintiera en ese momento, pero nunca lo soltaba, y sus grandes ojos marrones estaban clavados en los de Logan.

—Papá, podría haberlo hecho yo, pero eres tan bueno con los niños que prefiero mirarte. —Sorcha miró a su padre, disfrutando claramente de la risa de la niña, y luego a su madre, quien sacudía la cabeza mientras observaba sus payasadas.

—Él era mucho mejor que yo contigo, Sorcha.

—MacAdam, quítate la túnica.

—¿Qué? ¿Para qué demonios?

—Solo hazlo. La pequeña necesita algo seco que ponerse, y la tela escocesa es demasiado áspera para su trasero. A nadie le importará que no lleves túnica.

—Cailean, solo dásela. Tienes otra en tu alforja. La he empacado.

Cailean obedeció, entregándosela a Gwynie. Sorcha sonrió y guiñó un ojo al físico de su marido mientras Logan sostenía en alto a Kara, dejando a Gwynie espacio para envolver a la muchacha con la túnica y hacer un nudo detrás de ella.

Sorcha dejó por fin de admirar a su marido y dijo:

—Papá, no puedo creer lo bueno que eres con ella.

—Tu padre es excelente con los niños. Hizo lo mismo con Gracie cuando tenía dos años, y cuidó tanto de Torrian como de Lily cuando estaban enfermos.

—¿Mejor? —le preguntó Logan a la niña.

—Sí. *Gacias*.

—Merewen, ve a buscar el ungüento que tengo en mi alforja y yo vendaré un poco sus heridas —comentó Gwynie.

—¿Vamos a casa? —preguntó la niña.

—¿Quién es tu papá? —preguntó Logan—. ¿Cómo se llama, Kara?

—Se llama papá.

Logan dijo:

—¿Tiene otro nombre?

—Sí.

Logan se preguntó si su clan siquiera sabía que la muchacha estaba viva después de todas las muertes que habían tenido.

—¿Cuál es el otro nombre de papá?

Sonrió brillantemente a Logan y dijo con orgullo:

—Jefe. Nonie ha dicho que su nuevo nombre es Jefe Maphson.

Logan miró a Gwynie pero no dijo nada. Fue Gavin quien le susurró al oído.

—Elemento útil para negociar.

Eso era cierto. Si los Matheson querían discutir, ahora él tenía algo muy valioso.

La hija del laird.

19

Marcas se sintió mucho mejor después de ver a Brigid en una silla sorbiendo caldo.

—Te está volviendo el color a las mejillas —le dijo después de que Jennet los dejara solos unos instantes.

—Estoy muy avergonzada. No puedo creer que haya enfermado delante de ti.

Él no pudo evitar una risita.

—¿Sabes que hace un año podría haberme molestado por ello? Pero después de todo lo que he visto, lo tuyo ha sido bastante menor. Por la expresión de tus ojos cuando te diste la vuelta, me di cuenta de que deseabas convertirte en luciérnaga y marcharte, pero en lugar de eso te desmayaste y te golpeaste la cabeza. Mis disculpas por no haberte cogido.

—Creo que debiste hacerlo o mi herida habría sido peor. También podría haberme caído por los parapetos. —Dio otro sorbo de caldo—. Sé que he estado enferma porque este caldo de cebada es celestial.

—Jinny lo hace con amor. Por eso lo estás disfrutando. Sigue bebiendo. —Se inclinó hacia ella y le besó la frente—. En cuanto a caer por el borde del muro, yo nunca permitiría que eso ocurriera. Pero por ahora, me dirijo a buscar a tu padre. Me han llegado noticias de que hay un extraño grupo de hombres y mujeres en la zona, pero no hemos podido localizarlos. Se acerca el anochecer y sospecho que no tardarán en llegar.

—¿Extraños? ¿Alguien que no reconoces? Pero has dicho que el grupo incluye mujeres, lo que significa que mi madre probablemente está con él. —Brigid tuvo que admitir que esperaba que su madre estuviera con su padre. Había algo en el hecho de estar enferma que aún le hacía desear tener a su madre cerca.

—Digo extraño porque desaparece. Si alguna otra banda de guerreros viene de las Highlands, no intentan esconderse. He oído que el contingente Grant arrolla todo lo que encuentra a su paso. No es así con este grupo. Tampoco he podido rastrearlos. Tendré que hablar con tu padre y preguntarle cómo lo hace.

—Es un buen rastreador. No sé si te lo dirá.

Marcas se levantó y le apretó el hombro, deseando poder envolverla en un cálido abrazo, pero no lo hizo. Por mucho que odiara dejarla marchar, tenía que hacerlo. ¿Dónde había conocido a una mujer tan sabia como ella? Pero tenía que salir por las puertas.

Por si acaso.

¿Qué demonios planeaba hacer Logan Ramsay? ¿Atacaría directamente? Si era así, el pequeño número de hombres del clan Matheson no podría hacer mucho para contenerlos. Tenía que admitir que, aunque se había encargado de entrenar a sus hombres en las lizas antes del golpe de la maldición, había perdido a muchos de sus espadachines más fuertes. Shaw seguía siendo poderoso, pero Alvery era un anciano. Torcall era sólido, pero aun así, sabía que el resultado no sería bueno.

Y si entraban a hurtadillas con la posibilidad de recuperar a su hija, entonces Ramsay tendría que entrar directamente en el gran salón para hacerlo. Aunque nadie lo detendría si lo hacía.

Marcas se dirigió a la puerta y gritó a Torcall, quien ahora vigilaba la zona.

—¿Algo, Torcall?

—Puede que sí. Veo unos caballos que se acercan, y no creo que vayan a seguir el camino. Creo que vienen hacia aquí.

—¿El color de la tela escocesa? La de los Ramsay es azul oscuro.

—No sabría decirle, jefe.

Marcas subió la escalera hasta lo alto de la muralla y se asomó a la noche. No había ni una nube en el cielo, por suerte para ellos. La luna iluminaba bien la zona. Escudriñó y apenas pudo distinguir al grupo a caballo. Los dos primeros eran hombres, seguidos de tres mujeres. Un pequeño contingente de guardias rodeaba al grupo. Dos hombres venían detrás de las tres mujeres, y entonces su vista capturó algo que casi lo hizo ahogarse.

Un niño.

Juró que había un niño montado delante del primer hombre. Su mano le atravesaba el cuerpo, protegiéndolo, pero la persona era menos de la mitad de su tamaño.

Algo se alojó en su garganta que amenazaba con hacerlo vomitar por todas partes. ¿Podría ser Kara?

Susurró:

—Torcall, ¿hay un niño en el primer caballo? —Su mirada observó al resto del grupo, todos vestidos con la misma tela escocesa oscura, que él pensó que era azul, pero era difícil de distinguir en la oscuridad. La tela escocesa de los Matheson también era principalmente azul, pero era más turquesa con verde. Los hombres tenían un aspecto monstruoso, eran grandes y musculosos, sobre todo el que cabalgaba junto al hombre con el niño. Era rubio y parecía masticar ortigas para entretenerse.

—Podría ser un niño, jefe. O podría ser un truco, destinado a hacerte salir, destinado a hacerte pensar que podría ser Kara. Ten cuidado.

Una voz llamó mientras se acercaban a su puerta cerrada.

—Dile al jefe Matheson que tenemos términos que discutir. Tengo algo que quiere.

Eso era todo lo que Marcas necesitaba oír.

—¡Abrid la puerta! —ladró. Bajó volando la escalera justo cuando se levantaba la verja, se precipitó por la abertura y gritó antes de detenerse—. Diga su nombre y su asunto.

La espera se hizo interminablemente larga. Pero el hombre a la cabeza finalmente dijo:

—¡Ramsay! Tienes algo que quiero. Trae a mi hija ahora. Y a mis sobrinas.

Entonces, el siguiente sonido terminó con él.

—¡Papá! ¡Estoy en casa!

Marcas nunca escuchó otra palabra.

—¿Kara? —corrió, ignorando los gritos de los hombres Ramsay, ignorando al que desmontó y se interpuso en su camino, a los otros que desmontaron y le apuntaron con sus arcos—. ¿Kara?

No importaba. Arriesgaría la muerte para volver a abrazar a su hija.

—¿Kara? ¿Eres realmente tú?

Se le empañaron los ojos, pero se secó las lágrimas para ver si era su querida hija. Era a la que él solía canturrear, la que hacía estallar su corazón con solo una sonrisa, la que ahora lo miraba y le decía:

—Papá, te *quielo*.

—¡Kara! —Era ella. Verdaderamente ella. Echó un vistazo al hombre de pie frente al caballo, con los brazos cruzados y dispuesto a luchar, y levantó el puño en el último momento para darle un

puñetazo en toda la mandíbula. Nada ni nadie le apartaría de su dulzura.

El hombre era realmente un monstruo porque no se movió mucho, pero retrocedió cuando el hombre del caballo le dijo:

—Déjalo en paz, MacAdam. Él solo quiere una cosa.

—¡Hola, papá! —El hombre del caballo la bajó hasta Marcas, y él la cogió, abrazándola tan fuerte que tuvo que obligarse a ser menos duro con su pequeño cuerpo. Lloró y no tuvo vergüenza.

—¡Ah, demonios! —El hombre del caballo bajó y ayudó a la mujer que estaba a su lado a desmontar. Pero Marcas seguía sin poder hablar.

—Papá, estos son mis amigos. Me han alejado del hombre malo. No me agradaba.

—¿Qué hombre malo? —Marcas miró de nuevo al hombre que estaba frente a él, casi a la misma altura—. Mi agradecimiento por devolvérmela.

—Te lo contaremos todo una vez que me digas si mi hija y mis sobrinas están aquí. Soy Logan Ramsay.

Marcas asintió, con un nudo en la garganta que combatió, poniendo fin a sus lágrimas.

—Están aquí, todas sanas, y me disculpo. Yo necesitaba su ayuda. Os doy la bienvenida al castillo Eddirdale, hogar del clan Matheson. Por favor, acompañadnos dentro.

El hombre llamado MacAdam dijo:

—¿Qué hay de la maldición? ¿Estáis todos enfermos? ¿Están enfermas las muchachas?

—La maldición ya no existirá. Su hija, lord Ramsay, ha descubierto la causa: nuestro pozo de agua recién cavado. No he dañado ni encarcelado a ninguna de ellas, aunque Brigid probó voluntariamente el agua y enfermó un poco, pero ya está mejor. Todos sois bienvenidos a una comida y a pasar la noche. Tenemos mucho espacio en nuestro castillo.

—Le he dicho a esa muchacha que deje de hacer eso —dijo la mujer—. Esa niña aún me matará. —La mujer era delgada y hermosa, y Brigid se parecía mucho a ella, por lo que Marcas sospechó que se trataba de la infame Gwyneth Ramsay, de pie frente a él, con un arco en mano.

Logan dijo:

—Aceptamos tu hospitalidad. ¿Tienes establos?

—Sí, con un mozo que cuidará de vuestros caballos. Tenemos muchos establos, pero no quedan muchos mozos de cuadra. —Marcas guio el camino, llamando a Timm, quien los saludó enseguida.

Ramsay dijo:

—Kyle, envía a algunos de nuestros hombres para que ayuden con los caballos. Ellos dormirán aquí fuera, aunque agradecerán un pastel de carne o un plato trinchero de estofado si tienes suficiente.

—Tenemos bastante. Que vuestros hombres se reúnan con nosotros dentro de media hora.

Marcas aún no podía soltar a Kara, quien balbuceaba con voz calmada mientras asimilaba todo lo que la rodeaba. Tenía que preguntar qué le había ocurrido, pero por ahora se conformaba con verla bañada, alimentada y con ropa adecuada. Llevaba una prenda extraña que él nunca había visto, pero parecía estar de buen humor.

Un grupo salió por la puerta principal de la torre y bajó los escalones directamente hacia ellos, probablemente intuyendo que los Ramsay habían llegado o escuchando la voz de Kara. Jennet y Tara salieron gritando.

—¡Tío Logan! ¿Tía Gwyneth?

—¿Dónde está Brigid? —gritó la mujer que él supuso que era Gwyneth.

—Ya viene —respondió Jennet.

Marcas se había dado la vuelta y miraba hacia la torre. Se detuvo a observar todo lo que ocurría en su tranquilo castillo, y el ruido le recordó tiempos pasados. Tiempos más felices.

Brigid acababa de salir y se dirigía lentamente hacia ellos, como haría cualquier persona regia, con la cabeza en alto y un andar noble. Llevaba un vestido oscuro que Gisela debió haber encontrado para ella.

—Papá, es hermosa. Parece una reina.

—Lo parece, ¿verdad, princesa?

Brigid lo vio, y sus ojos se posaron en Kara, y se apresuró hacia ellos.

—¿La has encontrado? ¿Esta es Kara?

—Me llamo Kara y este es mi papá.

Brigid le besó la frente a la niña, miró a Marcas y susurró:

—Me alegro mucho por ti. Has recuperado a tus hijos y estarán

juntos. Una familia de nuevo, casi perfecta.

—Creo que tengo que agradecérselo a tu padre —dijo, señalando al grupo a sus espaldas.

Brigid lo miró con los ojos muy abiertos.

—Por fin lo han conseguido.

Su madre se acercó corriendo, dejando a Jennet y Tara con Sorcha y Merewen.

—¿No te han hecho daño? —Cogió las manos de Brigid y la estudió de pies a cabeza, como si temiera que se le estuviera escapando algo. Luego entrecerró los ojos—. Estás diferente. ¿Estás segura de que no te han hecho daño?

Kara, sin saber que Gwyneth hablaba con su propia hija, dijo:

—Sí, aún me duelen las piernas. —Levantó una para mostrársela a su padre—. ¿Ves, papá? El hombre malo me ha atado.

Marcas hizo todo lo posible por controlar la furia que se desató en su interior al ver el estado de la delicada piel de su hija, pero no dijo nada. Ya tendría tiempo de enterarse de todo.

Gwyneth se presentó y dijo:

—No le hemos hecho daño, ni estábamos seguros de quién era, pero te lo contaremos todo si nos llevas dentro. No estoy acostumbrada a cabalgar tan lejos. Me vendría bien una silla y una chimenea, si no te importa.

Logan se acercó y rodeó a Brigid con el brazo.

—¿A quién mato? —bromeó. Luego miró a Kara con cierta culpabilidad y dijo—: Quiero decir, ¿a quién le doy las gracias por cuidar tan bien de ti?

Marcas se presentó rápidamente.

—Marcas Matheson, laird del clan Matheson. Por favor, acompañadnos a comer y os explicaré. Si me permitís disfrutar del regreso de mi hija, podemos reunirnos en mi solárium mañana. Tenemos muchas recámaras para manteneros calientes, en camas en vez de en el suelo. Sé que os debo una compensación.

—Me parece justo. —Logan extendió el brazo y el grupo se dirigió al interior, dirigiéndose a la chimenea y algunos a las mesas de caballete mientras Jinny y Nonie lloraban al volver a ver a Kara.

Nonie dijo:

—Mi agradecimiento. El Señor nos ha bendecido este día.

Gwyneth dijo:

—Ella necesita un baño. La sumergimos en el arroyo cuando descubrimos el terrible estado en que se encontraba, y le he puesto un poco de bálsamo en los tobillos. Estaba atada con una cuerda a un árbol justo antes de que la encontráramos.

—Era un hombre malo, Nonie. —entonces Kara señaló a Gwyneth —. Winnie me ha salvado.

Nonie la llevó escaleras arriba mientras Jinny cogía a Tiernay para que la siguiera. Edda y Ethan aparecieron con bandejas de comida. Shaw dijo:

—Yo me encargo de la bañera, Nonie.

Después de las presentaciones, todo el grupo colaboró para que todos estuvieran cómodos, pero Brigid parecía agotada. Marcas se acercó a ella y le dijo:

—Si estás cansada, no dudes en buscar tu habitación. Prometo ser honesto, y Jennet estará aquí con Tara. ¿Necesitas algo?

—No, verte con tu hija ha sido suficiente para mí.

—Incluso te acompañaré a tu habitación, si quieres. Sé que estás un poco débil. Luego iré a ver a mis niños.

Él notó la mirada incómoda que ella dirigió a su padre, pero Marcas sintió que debía hacer lo correcto por esta muchacha que había arriesgado tanto para curar a su clan. Sorprendido de que finalmente asintiera, la condujo a las escaleras y la siguió.

—Brigid, ¿a dónde demonios vas? ¿Y por qué va él contigo? —El grito de Logan atravesó el salón lo bastante alto como para que todos dejaran de hacer lo que estaban haciendo.

Marcas lo miró a los ojos.

—Ya que ha estado enferma a expensas de la curación de nuestro clan, es mi deber encargarme de que llegue sana y salva a su recámara. La maldición la ha atacado un poco, y aún está débil por ello. No permitiré que se caiga en mi escalera. Una vez que me vaya, ella es libre de cerrar la puerta tras de sí si lo desea. Entonces atenderé a mis niños. Volveré enseguida.

Logan cruzó miradas con Marcas mientras se acercaba a la escalera, pero la mano de Marcas se dirigió de forma protectora a la espalda de Brigid. Se detuvo para dejar claro su punto de vista. Había oído hablar mucho de este hombre y respetaba su trabajo como espía y la fuerza de su clan, pero nadie más se haría cargo del clan Matheson.

—Con el debido respeto, porque es su padre, honro su posición, pero no me dará órdenes en mi propia casa. —Se apartó de Logan y dio un pequeño empujón a Brigid. Ella continuó subiendo la escalera.

—Papá, te prometo que él no estará en mi habitación. Gracias por venir a buscarme, pero estoy agotada. Necesito dormir.

—En eso estoy de acuerdo.

—Encenderé tu fuego —dijo, asegurándose de que Logan lo oyera —. Luego me iré inmediatamente.

Cuando llegaron a lo alto de la escalera, Marcas volvió a mirar hacia abajo y se dio cuenta de que su padre había retrocedido, aunque sus ojos seguían clavados en los dos. Marcas la siguió hasta la puerta de su habitación, entró y dijo:

—Echaré leños en tu chimenea para calentar el espacio.

—Mis disculpas por mi padre. —Se sentó en su cama con el cansancio escrito en su rostro.

Cómo deseaba poder hacer que todo fuera mejor para ella con un gesto de su mano. Pero ella era fuerte. Volvería a su estado habitual por la mañana. Solo necesitaba una buena noche de descanso.

—No hace falta que te disculpes. Él tiene todo el derecho. Yo haría lo mismo en su lugar. Pero tú eres mi primera preocupación ahora mismo y necesitas dormir. —Terminó con el fuego y se acercó a su cama, inclinándose para acariciarle la mejilla y besarla suavemente en los labios—. Que duermas bien.

—Espero que mi padre no te moleste demasiado, Marcas.

Se dirigió a la puerta y dijo:

—No será una molestia.

Qué equivocado estaba.

20

Brigid se despertó cuando Jennet y Tara entraron, aunque oyó a Tara susurrar:

—¡Shhh! Está profundamente dormida.

Se incorporó y sus ojos se adaptaron lentamente a la oscuridad.

—No, ya estoy despierta. ¿Cuánto tiempo he dormido?

—Un par de horas. Tuvimos que burlarnos de tu padre por retroceder ante Marcas cuando te acompañó a tu habitación. —Tara soltó una risita baja—. Ha sido perfecto. Puede que tu padre haya encontrado su igual. Es decir, si estás interesada en él. ¿Lo estás?

Brigid pegó las rodillas a su pecho antes de acomodarse las pieles.

—Lo estoy. Ha sido una sensación extraña. Una parte de mí se entristeció al ver a mis padres aquí. Al principio, estaba muy emocionada porque sabía que tendríamos escolta para volver, pero lo más extraño es que… —Hizo una pausa para ordenar sus pensamientos—. Aún no estoy lista para irme. ¿Vosotras lo estáis?

Jennet respondió mientras se desvestía y doblaba la ropa con cuidado antes de buscar uno de los camisones nocturnos que Nonie había dejado para cada una.

—Mi instinto me dice que nos quedemos hasta que estemos seguras de que nuestra teoría es correcta. Eso requeriría que permaneciéramos aquí al menos quince días.

Brigid bromeó:

—Y eso no tiene nada que ver con Ethan, ¿verdad? Vosotros dos haríais buena pareja. —Lanzó una rápida mirada a Tara para ver si pensaba lo mismo.

Tara aplaudió y dijo:

—Sí, lo harían. Y me estoy encariñando con Shaw, pero no sé si él piensa lo mismo.

Fueron interrumpidas por un ligero golpe en la puerta.

—Adelante —dijo Brigid.

La puerta se abrió de golpe y Sorcha se precipitó dentro, corriendo al lado de su hermana. Le dio un rápido abrazo y le susurró:

—Es perfecto para ti. No le hagas caso a papá.

Brigid esperaba que se refiriera a Marcas, pero había otros dos hermanos.

—¿Quién?

—Marcas, y lo sabes. Me encantó cómo puso a papá en su sitio. Pero necesito hablar en serio y preguntarte. ¿Estás interesada en él? ¿Ya hay algo entre vosotros? —Sorcha se sentó en la cama, cogiendo la mano de Brigid. Brigid adoraba a Sorcha. Estaba más unida a ella que a Maggie o Molly, sus hermanas adoptivas. Siempre había admirado a Sorcha por su corazón blando y su hermosa actitud, aunque muchas veces se habían burlado de ella por eso. El tío Quade a menudo se burlaba de ella diciendo que no podía ser hija de Logan porque era demasiado buena.

Brigid suspiró.

—Sí, hay algo. Pero no sé qué pensar. Acababa de perder a su mujer debido a los vómitos, así que pensé que era demasiado pronto, pero…

—¿De verdad la ha perdido? —preguntó Sorcha, frunciendo el ceño en señal de pregunta—. Yo podría estar equivocada. Mi instinto me dice que está tan interesado en ti como tú en él, pero quizá no. Pero, ¿qué? Por favor, termina lo que ibas a decir.

—Pero también me ha dicho que descubrió que, antes de que muriera, ella estaba interesada en otro. Seguía enamorada del hombre con el que había esperado casarse antes de su compromiso. Su padre la obligó a casarse con Marcas y no estaba contenta, pero cumplió con su deber. No debería decir más, pero él nunca estuvo enamorado de ella. Fue un matrimonio entre aliados. Por favor, no lo contéis.

—Odio la frecuencia con que eso sucede —dijo Tara—. Pero es bueno para ti. No pensé que tuviera sentimientos afectuosos por su esposa. Solo era algo que yo intuía.

Sorcha besó la mejilla de su hermana.

—Entonces ve a por él, Brigid. Sabes que tus opciones de encontrar hombres son escasas cuando papá está cerca. No hay muchos hombres Ramsay tan testarudos como Cailean que estén dispuestos a desafiar a nuestro padre.

—Lo pensaré. Estoy cansada. Necesito volver a dormir. —Brigid cayó hacia atrás, hundiendo la cabeza en la almohada. Luego sujetó la mano de su hermana—. Me alegra saber que estarás aquí por la mañana. —Sorcha arregló las pieles de Brigid y se dio la vuelta para

marcharse, agitando la mano antes de salir por la puerta.

Brigid estaba demasiado cansada para pensar en algo de ello.

La siguiente vez que se despertó fue en mitad de la noche. Se quedó tumbada pensando en todo, escuchando la respiración rítmica de sus dos primas, pero no pudo volver a dormirse. Se incorporó y se enjuagó la boca, bebiendo varios tragos del agua que sabía que había sido hervida. Poco después, cogió la piel más grande, se envolvió en ella y salió de puntillas por la puerta.

Avanzó por el pasillo y se deleitó con el silencio que reinaba. Todo el mundo debía de estar en la cama. Al llegar a su destino, tiró de la pesada puerta, disfrutó del aire fresco en la cara y subió la escalera hasta los parapetos.

Se inclinó sobre el muro para contemplar el hermoso paisaje. Incluso en la oscuridad, la zona era impresionante. Los espesos bosques y el reflejo de la luna en un estuario que parecía no tener fin era algo que no veía desde los parapetos Ramsay.

¿Qué iba a hacer? Sabía por qué se había despertado. Todo su ser estaba agitado por un hombre de pelo largo y oscuro, labios suaves y cálidos ojos grises. Verlo con su hija solo hizo que lo admirara más. La hacía sentir especial, algo que había faltado por completo en su vida: al menos por parte de un hombre al que ella admiraba.

Y eso le provocó otro pensamiento, algo en lo que no había pensado antes. Si se involucraba con Marcas, tendría dos hijos lo bastante pequeños como para considerarla su madre. Tiernay nunca recordaría a Freda.

¿Cómo se sentía ella al respecto?

Por extraño que pareciera, ser la madre de esos dos niños le producía una cálida sensación interior. Sin duda necesitaría ayuda, pero con Marcas, Nonie y Gisela no estaría sola.

Dio un respingo cuando la puerta se abrió a sus espaldas y avanzó dos pasos más hacia la pasarela, esperando a ver quién era.

Marcas salió al suelo de piedra y se quedó inmóvil al verla, arqueando las cejas.

—De haber sabido que estabas aquí, habría venido hace tiempo, muchacha.

—Acabo de llegar. He dormido unas horas, pero ahora no puedo.

—Hace frío aquí fuera. No debes enfermarte de nuevo. —Se acercó y la abrazó por detrás, envolviéndola con su calor. Luego la pilló por

sorpresa, acariciándole el cuello—. ¿Y por qué no puedes dormir? Parecías agotada. Aunque yo tampoco podía.

—Porque estoy confundida.

—¿Sobre qué? —le preguntó suavemente.

—Sobre cómo me siento ahora que mis padres están aquí. —Ella miró el paisaje—. Esto es más que hermoso, Marcas. Es impresionante.

—Me alegro de que puedas apreciarlo. Algunos lo consideran tierra oscura, y otros le dan connotaciones malignas. Se dice que hay tierras de hadas dentro de la isla, pero otros intentan ignorarlo. Te llevaré a pescar antes de que te vayas. Nuestros peces son los mejores. Pero me gustaría saber más sobre lo que te confunde.

Se dio la vuelta para mirarlo.

—He viajado un poco, pero solo a otros clanes que son familia. He visitado la tierra Cameron y la Grant, y algunas otras. Pero esto ha sido una aventura. Una vez que superé mi miedo a ti, vi todo el viaje como una aventura maravillosa, un lugar para ser yo misma sin que mi padre me juzgara o mi madre mirara a un hombre por el que yo tenía interés. Y para ser brutalmente honesta, no sé si estoy lista para irme todavía.

Él le cogió la cara y le dijo:

—Me alegra oírte decir eso. Yo también estoy confundido, pero de la forma más deliciosa que he experimentado jamás. Me gustas y me atraes, más de lo que me ha atraído nunca ninguna otra muchacha, incluida mi esposa. Quiero conocerte mejor; qué te hace reír, qué te hace llorar. Nada deseo más que tener la oportunidad de explorarnos mutuamente, nuestras mentes y nuestros cuerpos. Lo digo de forma respetuosa. No haría nada inapropiado hasta que estuviéramos casados, pero, muchacha, es una auténtica tortura estar cerca de ti y no poder tocarte.

Brigid levantó los ojos hacia él y cruzaron miradas. Ella sabía lo que deseaba por encima de todo.

—Entonces, por favor, tócame como deseas. Es lo que yo también quiero.

Gruñó por lo bajo y la besó, pero este beso era diferente. No era un beso tierno, ni una exploración suave, sino un beso de necesidad, de deseo. Un beso que le dijo cuánto la deseaba. Sus lenguas se batían en duelo y se apareaban en una danza que a ella le encantaba, y todo lo que quería era más. Se arqueó contra él con una necesidad que no

comprendía, y la mano de Marcas subió para acariciarle el pecho a través de la fina tela del camisón.

—Brigid, eres muy hermosa, muy suave. —Le besó el cuello, le acarició la oreja con la nariz y bajó hasta los finos huesos a lo largo de su cuello. Su pulgar le acarició el pezón a través del camisón y ella se estremeció, sorprendida de lo mucho que disfrutaba de ese simple contacto.

La boca de Marcas volvió a encontrar sus labios y la devoró, su respiración se volvió ronca, igual a la de ella, mientras se exploraban mutuamente, sus manos acariciando su cuerpo en una suave caricia que a Brigid le encantaba.

Pero entonces, él se detuvo y ella se preguntó por qué.

—Por favor, no pares, Marcas.

—Ah, muchacha, debo hacerlo. Eres inocente y no sabes lo rápido que esto podría convertirse en algo que no debería ser. Espero no haberte asustado con mi deseo por ti. Eres más de lo que jamás soñé, hermosa e inteligente, compasiva y apasionada. ¿Qué más podría querer en una mujer?

—Estoy aquí. —Brigid no sabía cómo decirle que nunca había compartido este tipo de intimidad con otro y que quería más.

—Es demasiado pronto. Me alegro de que desees quedarte y no te pediré nada más, muchacha.

El corazón de Brigid casi se rompió.

—¿No me quieres?

—¡Oh, sí, Brigid! Quiero cada parte de ti, pero no eres mía. Al menos, no todavía. Pero Brigid Ramsay, me estoy enamorando de ti. Que lo sepas. A veces, me asusta, pero me excita más. No me alejaré de ti a menos que tú me lo quieras.

Ella apoyó la cabeza en su pecho, aferrándose a las últimas palabras que dijo.

—Yo también te quiero, Marcas. Todo de ti. Nunca había amado a nadie, así que no sé qué esperar, pero no podría imaginar algo más fuerte que lo que siento por ti.

No podía ser más sincera, pero tenía la extraña sensación de que le romperían el corazón. Ahora que sus padres estaban aquí, ¿le arruinarían todo?

21

A la mañana siguiente, Marcas entró después de revisar la zona exterior de su muro. Pensaba en unos dulces labios rosados, pero se obligó a tener otros pensamientos. Había revisado los bosques, el estuario y la ruta principal desde Tarradale, y no había encontrado señales de guerreros escondidos o en tránsito. Había consultado con Alvery y Mundi, quienes le habían dicho que estaban avisados de que el clan Milton llegaría al día siguiente. MacHeth había enviado un mensajero que les informó de que habían oído el rumor y acudirían en su ayuda si era necesario.

Era el momento de hablar con Logan Ramsay sobre unirse a él para salvar la herencia de su clan. No sería una conversación fácil, pero lo haría. Y esperaba obtener la explicación completa sobre cómo encontraron a Kara. Esperaba conocer la verdad la noche anterior, pero después de la cena, Logan y Gwyneth se habían ido a la cama, prometiendo contar todos los detalles a la mañana siguiente.

Marcas entró en el gran salón, complacido de oír varias voces charlando sobre las gachas matutinas. Se había asegurado de que Nonie y Jinny solo utilizaran agua hervida en todas las preparaciones. También había enviado hombres a traer barriles de agua del pozo cercano al bosque.

Esperaba no volver a ver semejante tragedia caer sobre su clan.

Al entrar, su mirada se posó en Brigid, encontrándola fácilmente en el grupo por su sencilla belleza. Tara era más alegre, mientras que Jennet era callada, como Ethan. Pero Brigid conversaba y reía como si mereciera la noble sangre que llevaba. El clan Ramsay era uno de los mejores de toda la tierra.

Marcas sonrió y se dirigió hacia su grupo, pero fue interceptado por un bebé corriendo.

—¡Papá!

Kara se lanzó a sus brazos y él la arrojó al aire.

—¿Cómo está mi pequeña esta mañana?

—Estoy feliz de estar en casa, papá. Echo de menos a mamá, pero Nonie me cuida muy bien. Y tenemos muchas visitas. Me agradan

todos.

Encantado de verla sonreír, le besó la frente antes de que ella se escabullera de su agarre hacia el suelo.

—Ve a ver a Winnie. —Su apodo para Gwyneth Ramsay se había quedado, y él lo encontraba bastante adorable. Se dio cuenta de que Gwyneth tampoco la corregía.

Cuando llegó a la mesa donde Brigid estaba sentada, preguntó:

—¿Todo bien? ¿Las gachas os sientan bien a todos? Creo que tenemos miel de sobra para todos.

—Está deliciosa —dijo Tara.

Estaba a punto de hablar con Brigid cuando Logan lo interrumpió.

—Me gustaría reunirme en tu solárium, Matheson.

Marcas asintió.

—Por supuesto. Planeaba reunirme con usted pronto, como prometí anoche. ¿Quién más quiere usted que nos acompañe? Tendré a Shaw, mientras que Ethan estará en las puertas.

—Mi hijo Gavin se unirá a nosotros.

—¿Habéis comido? Puedo pedirle a Nonie que traiga una bandeja de pan y queso, si queréis.

—No, ya hemos comido. —Logan se dirigió hacia la puerta del solárium del laird.

Gavin dijo:

—Pero podría comer un poco más.

—No te preocupes, Gavin. Ya has comido suficiente para tres hombres. Tenemos asuntos que discutir.

Gavin puso los ojos en blanco y se rio cuando Merewen dijo:

—Él tiene razón. Solo vete por ahora.

Marcas se sentó detrás del escritorio, en la silla de su padre. Supuso que ahora le pertenecía por derecho. Su padre no había tenido muchas reuniones, ya que el clan siempre había funcionado bien por sí solo. No era un clan muy numeroso, normalmente unas cien personas. La mayoría pasaba el tiempo trabajando los fértiles campos, sembrando avena, cebada y hortalizas, o cuidando de los huertos. Cada familia tenía sus propias cabras para la leche, y cada una cuidaba su parte de los campos, se ocupaba de los suyos y se reunía en el gran salón y en el patio una vez a la semana para una gran comida. El clan rara vez combatía, aunque mantenían una veintena de hombres entrenándose en las lizas. Supervisarlos había sido el trabajo

de Marcas.

Ahora, su trabajo era reconstruir, pero primero, necesitaba que los guerreros de Logan Ramsay le ayudaran a conservar sus tierras, tierras que habían pertenecido a su familia durante décadas.

—Por favor, permitidme que os lo explique, y os pediré que guardéis vuestras preguntas para el final. Entonces tendré que pediros un favor.

Logan resopló ruidosamente. Gavin soltó una risita y se sentó junto a su padre, frente a Marcas. Shaw se les unió, acomodándose en una silla junto a su hermano.

—Mis disculpas por secuestrar a su hija y sobrinas. Debería haber preguntado. Pero decir que estábamos tristes por el dolor no es adecuado para lo que sentíamos. Yo había perdido a mis padres y a mi mujer. Mi hermana y mi hija estaban gravemente enfermas. Había visto morir a muchos miembros de mi clan, y no podía perder más. Hice lo que creí mejor. Planeamos traer a las sanadoras llamadas Brenna Ramsay y Jennie Cameron, pero fracasamos. Sin embargo, nos fue mejor con las tres que con las dos que habíamos previsto. No me di cuenta de la avanzada edad de las dos sanadoras. No me arrepiento de mi decisión, pero reconozco que le debo a usted y a las muchachas nuestras más profundas disculpas. Si podemos pagarle con carne de caballo o monedas, lo haré.

—¿Por qué demonios no preguntaste? —dijo Logan, con los labios fruncidos.

—El tiempo era esencial. Consideré preguntar, pero esperar hasta el amanecer para hablar con el laird podría habernos costado más vidas.

Gavin dijo:

—Me suena a una historia que oí una vez, papá.

A Marcas le extrañó el comentario, pero no preguntó.

Logan dijo:

—Guárdate tus comentarios de sabelotodo. Lo que hice era necesario y fue lo mejor.

Marcas dijo:

—No sé de qué habláis, pero yo también espero que toda esta situación se resuelva para bien. Podéis quedaros todo el tiempo que queráis. Cuando haya decidido cómo puedo compensarle por nuestro descuido, avíseme, por favor, y haré lo que pueda para apaciguarlo y

solucionar esto.

Logan asintió.

Marcas no podía esperar más para descubrir al bastardo que había robado a su querida Kara. Había apaciguado al grupo la noche anterior porque sabía que estaban cansados del viaje, pero necesitaba respuestas a sus preguntas.

—¿Podría contarme todo sobre la situación en la que habéis encontrado a mi hija? La habíamos buscado por todas partes en múltiples ocasiones. Se la llevaron de la torre después de que nos fuéramos, de los brazos de mi hermana, quien dormía con ella cerca de la chimenea. Kara no es capaz de abrir la puerta por sí misma, así que alguien la ayudó.

Logan respondió:

—Mi hija y su marido estaban haciendo sus necesidades cuando oí gritar a mi hija. Cuando la encontramos, estaba sujetando a la muchacha y un hombre se disponía a huir. Nos detuvimos y lo interrogamos, pero me temo que no podemos darte la información que buscas.

—Dígame qué aspecto tenía, a qué clan pertenece y cazaré a ese bastardo. —Marcas no pudo evitar que su voz se agitara—. Ató a mi pequeña muchacha con una cuerda. ¡Le desgarró la delicada piel de los tobillos! ¿Quién era?

—No tengo respuestas para ti. El hombre que la tenía era claramente un mensajero viajero. Afirmó que llevaba una misiva de alguien en Inverness a Avoch. Dijo que se le acercó un hombre para cuidar a una niña durante dos horas, y que le pagó una buena moneda. El hombre dijo que no tenía idea de que la niña estaría en las condiciones en que estaba.

—¿Y usted le creyó?

Logan asintió.

—Desató a la muchacha. Eso me dijo que tenía más consideración por ella que su captor. No llevaba tela escocesa, ni escudo, ni información que lo identificara. Creo en sus palabras. Le preguntamos por el otro hombre, pero dijo que vestía ropa oscura y que tampoco llevaba tela escocesa. Joven, pelo castaño claro, creo. ¿Algo más, Gavin?

—No, estoy de acuerdo contigo en todo eso. Casi se hace pis en los pantalones cuando Cailean lo sujetó. No llevaba espada, solo una

pequeña daga, y nunca la empuñó. No me pareció el tipo habitual de criminal. Lo dejamos marchar, y se fue tan rápido que estoy seguro de que decía la verdad.

La cabeza de Marcas cayó en sus manos. Esto no era lo que quería oír.

—¿Quién robaría a una niña de tres años?

—¿Le has preguntado a tu hija? —preguntó Gavin—. Tenemos un sobrino más o menos de su edad y él sería capaz de decirnos algo.

—Se lo he preguntado. Ella lo llama un hombre malo, eso ha sido todo. Ha dicho que le pegaba, que la hacía llorar. Y le dio una torta de avena. Eso fue todo lo que dijo.

—No la presiones para que recuerde más. Olvídalo —dijo Logan—. Ella ya ha sufrido bastante.

—Estoy de acuerdo. No se lo volveré a preguntar. —El corazón casi se le había partido en dos al ver la mezcla de emociones que cruzaron su rostro cuando ella contó la historia de su corta memoria. Lo que más recordaba era el dolor.

Mataría al bastardo con sus propias manos.

Shaw dijo:

—Había esperado que averiguáramos más cosas sobre el patán. ¿Qué hacemos ahora?

Logan dijo:

—Yo no haría nada. Cualquier cosa que quisiera, cualquiera que fuera su propósito, no creo que lo haya conseguido. Volverá. Tienes que estar preparado para él.

Marcas ni siquiera lo había considerado, pero Logan tenía razón. Quizá era tan listo como su reputación auguraba. Pero por mucho que lo pensara, no se le ocurría ninguna razón por la que alguien quisiera a una niña. A menos que hubiera estado planeando venderla a una madre que había perdido a su hijo, no tenía otras razones posibles.

—¿Tu favor? —preguntó Logan.

Marcas se aclaró la garganta, pensando en sus palabras.

—Hemos recibido información de que un clan planea atacarnos mañana. Tenemos una tierra fértil, muchos animales y una buena torre. Nos han informado de que otros estaban esperando a que se resolviera la maldición, que sabían que habíamos perdido a tantos de nuestro clan y guardias que seríamos fáciles de conquistar. ¿Estaría dispuesto a quedarse y ayudarnos a proteger a nuestro clan? ¿Tiene

suficientes hombres para ayudarnos a defendernos de dos o tres veintenas de guerreros?

—Eso es un insulto —se mofó Logan—. Tenemos cinco de los mejores arqueros de toda la tierra que acabarán con la mitad de ellos antes de que llegue el enemigo. Y tenemos algunos de los mejores espadachines de toda la tierra.

—Creía que Alexander Grant y su hijo eran los mejores espadachines de la tierra.

—Tal vez. Gwynie y Molly son las mejores arqueras, y los Grant pueden ser los mejores espadachines, pero Gavin es el único mejor en ambos. Con nosotros aquí, tendrás de sobra para ayudarte a vencer a cualquier clan local.

—Estaría en deuda con usted si nos ayudara, Ramsay.

—Vete, Gavin —dijo Logan—. Deseo hablar con el laird en privado.

Gavin se levantó y se fue sin hacer preguntas. Shaw miró a Marcas, quien asintió, y luego siguió a Gavin por la puerta, cerrándola tras de sí.

Logan se levantó y Marcas hizo lo mismo. Sus estaturas eran prácticamente iguales.

—¿Cuáles son tus intenciones hacia mi hija? No niegues tu interés. Lo veo en ti y en ella.

Marcas volvió a quedar impresionado por la franqueza de Logan. Sentía que no sería capaz de mentir a este hombre, quien lo sabría si lo hiciera. La sinceridad era lo mejor.

—Aún no estoy seguro. Su hija es una joven inteligente y con talento. Me impresiona su compasión y su dedicación a su tarea.

—Y la encuentras hermosa.

—Sí, no le discutiré eso, pero no es lo primero que he visto en ella. Es una muchacha admirable, la forma en que se comporta, la forma en que habla. Admiro todo de ella. ¿Está prometida a alguien?

—No, no lo está. Hará su propia elección, con la aprobación de Gwynie y mía. ¿No estás de luto por tu esposa, Matheson? ¿No acabas de enterrar a la mujer? Eso me parece bastante frío.

—Pregunta justa, Ramsay. Mi esposa y yo nos comprometidos para ganar una alianza entre dos clanes. Seré brutalmente honesto con usted, porque no creo que otra cosa sería aceptada. Nunca fue un matrimonio por amor, pero nos llevábamos bastante bien. Eso se

acabó cuando descubrí que me había sido infiel y planeaba volver a su clan tras el nacimiento de nuestro hijo.

Logan se rio.

—¿Le parece divertido? A mí no.

—No, esa parte no. Solo me parece una buena razón para que alguien intente envenenar a su mujer. ¿A ti no? ¿Has envenenado ese pozo para matar a tu mujer por su infidelidad?

Marcas nunca se había planteado semejante acusación. Cogió a Logan por el cuello y lo levantó del suelo, un poco más rápido que el hombre mayor. Tan indignado por la acusación de Logan, pondría fin a ese pensamiento antes de que el hombre saliera de su solárium.

—¿Cómo se atreve a sugerir que mataría a mis propios padres y a mi esposa y arriesgaría el bienestar de todos los demás de nuestro clan por celos? Ha abusado de su hospitalidad, Ramsay. ¡Por favor, váyase! —Marcas lo dejó en el suelo y se dio la vuelta, su ira era demasiado poderosa.

Logan abrió la puerta y se volvió para hablarle.

—Tenía que preguntártelo, Matheson. Creo que eres honorable. Pronto llegarán cincuenta guardias. Protegeremos tu castillo por ti. En cuanto a mi hija, aún está por determinarse.

Sin embargo, Marcas tenía la sensación de que Logan Ramsay no sería receptivo a su petición de la mano de Brigid en matrimonio. No después de acusarlo de planear la muerte de su esposa.

¿Cuántos otros pensaban lo mismo?

De todos modos, no pudo evitar mencionar la posibilidad.

—Espero que pueda considerar mi oferta por la mano de su hija. Si no es ahora, en algún momento en el futuro.

Logan no tuvo oportunidad de responder. Shaw apareció en la puerta y dijo:

—El clan Milton está en camino. Dos veintenas de guerreros.

Logan sonrió.

—Bien. Tenemos una batalla que resolver. Me encantan las batallas.

Marcas solo podía rezar para que Dios estuviera de su lado.

22

Brigid no tenía ni idea de lo que se había hablado en el solárium, aparte de lo que Gavin había dicho al salir. Le dijo que llevarían unos caballos a casa y que, después de haberle contado a Marcas cómo habían encontrado a Kara, aún no se le había ocurrido un posible nombre para el villano que había secuestrado a la pequeña.

—Entonces Pa me echó a patadas.

Brigid frunció el ceño y Sorcha sonrió, estrujando la mano de Brigid por debajo de la mesa, aunque Brigid no entendió por qué.

Lo siguiente que supo fue que habían recibido la noticia de que el clan estaba siendo atacado, y su madre la cogió junto con Sorcha, Merewen y Gavin, y dijo:

—Iremos a los árboles. Acabemos con unos cuantos antes de que sepan qué los ha golpeado.

Brigid corrió escaleras arriba y se puso los leggins y la túnica, contenta de volver a sentirse como siempre. Su madre le había traído un arco y un carcaj, que cogió en el salón y los siguió al exterior.

Marcas ladraba órdenes a sus hombres mientras el padre de Brigid iba tras sus guardias cerca de los establos. Deseó consolar a Marcas, pero estaba demasiado ocupado. Siguió a su madre y prometió ver a los Matheson triunfar sobre el enemigo.

Ethan guiaba el camino.

—Si salimos por esta puerta lateral a través del muro, podréis esconderos entre los árboles del bosque Gallow Hill. El clan Milton vendrá desde esa dirección, así que lo mejor sería que pudierais eliminar a varios cuando pasen junto a vosotros. Entonces el resto de nosotros luchará dentro del muro y algunos fuera. Una vez que pasen, podéis volver a colaros por la puerta y disparar desde los parapetos.

Brigid preguntó:

—Ethan, ¿estás seguro de que tienen intención de atacar? ¿Deberíamos disparar pase lo que pase, o esperar a ver qué hacen una vez que pasen?

—Al clan Milton le encanta la batalla. Si pasan a todo galope con las armas en alto, y lo harán, dispárales. Oirás su grito de guerra. Es la

señal más segura para disparar.

Ethan los dejó, y su madre se movió entre los árboles, estudiando cada uno junto con el ángulo y la vista del camino cerca del estuario. Luego comenzó a señalar, asignándoles los mejores lugares.

—Gavin, ayuda a Brigid a subirse a ese árbol. Es la posición perfecta para ella, pero un poco alto para que trepe, y no está en plena forma.

Su madre se movió con Sorcha y Merewen mientras Gavin ayudaba a Brigid a subir al árbol.

—Gavin, ¿Marcas le ha dicho algo a papá sobre mí? —susurró ella, no queriendo que su madre la oyera.

—No, pero papá me echó al final. Estoy seguro de que ibas a ser el tema de discusión. Es obvio que le gustas. La pregunta es, ¿cómo te sientes?

Encontró su posición en el árbol y se ancló, colocando sus flechas justo a la derecha, luego miró a su hermano.

—Él me gusta mucho, pero ¿cómo lo supiste, Gavin?

—¿Saber qué? —preguntó él, mirando a través de las ramas.

—¿Cómo supiste que Merewen era la indicada? He tenido muy poca experiencia con hombres, como sabes, gracias a papá, a ti y a Cailean.

—Brigid, solo tienes diecisiete veranos. No hay necesidad de precipitarse, pero si tienes que hacerme esa pregunta, probablemente él no sea el indicado. Lo sabrás cuando lo hayas encontrado.

—No estabas tan seguro con Merewen, por lo que recuerdo, ¿o me equivoco? No mientas.

—No miento, pero para los hombres es más fácil.

—¿Por qué? ¿Qué te hizo enamorarte de Merewen?

Se rio.

—Dos cosas. Su habilidad con el arco.

—¿Y?

Luego se rio y se fue, mirando hacia atrás por encima del hombro.

—Su culo en leggins. Vosotras las muchachas no sois tan simples.

—Gavin, ¡a veces te odio! —Su culo. ¿Qué demonios de razón era esa?

Esperó un tiempo interminable, observando a su madre y a los demás colocarse en posición. Podía ver la zona frente al castillo Eddirdale y juró que había un nuevo grupo de guerreros Ramsay. Su

padre había dicho que vendrían más. Tal vez habían llegado. Si era así, el clan Matheson tendría éxito.

De repente, un fuerte chillido resonó en la zona seguido de los gritos de su madre:

—¡Vienen con las armas en alto!

Brigid colocó la flecha en su arco y se preparó, disparando en cuanto vio que las flechas de su madre encontraban su objetivo. Uno cayó del caballo, luego otro, y otro más. Eran demasiados para los pocos arqueros que había, pero causaron algún daño.

Su madre bajó de un salto del árbol y corrió hacia la cortina gritando:

—¡Entrad! Dispararemos desde el muro.

Los demás bajaron apresuradamente. Brigid aterrizó con fuerza, pero no se cayó. Fue la última en llegar al muro y estaba casi dentro cuando oyó algo detrás de ella.

—Brigid, ayúdame. ¡Por favor!

No podía seguir corriendo con el temor de que alguien estuviera herido, así que se dio la vuelta para mirar. Sorcha estaba delante de ella, gritando:

—Vamos, Brigid.

—Un momento. Ya voy.

Pero no lo hizo.

En su lugar, fue golpeada en la cabeza, y cayó con fuerza al suelo.

Marcas sintió como si estuviera a punto de vomitar en diez direcciones. Salvar su castillo dependía solo de él. Dependía de él que esto se hiciera bien. Debían hacer retroceder al clan Milton.

Se dirigía a las puertas, ladrando órdenes, cuando Logan apoyó una mano en su hombro, haciéndole cruzar las puertas y mirar el número de guerreros Ramsay que se acercaban.

—Si no tienes mucha experiencia en batalla, yo dejaría que Cailean y Kyle te dijeran qué hacer. Son expertos, y nuestros guerreros tienen más experiencia que tus hombres.

Marcas se lo pensó un segundo, vio que Shaw le hacía un gesto suplicante con la cabeza y dijo:

—Estaríamos en deuda con vosotros si dirigierais la batalla.

Logan se acercó y habló con Cailean y Kyle. Marcas se dirigió a sus hombres de una docena y dijo:

—Los guerreros Ramsay asumirán el liderazgo. Alvery, te quiero en la cortina. Torcall, llévate a nuestros hombres y únete a Kyle, él dará las instrucciones.

Logan regresó y dijo:

—Es tu castillo. Deberías estar con Kyle y Cailean. Puedes seguir sus acciones. —Luego señaló la muralla—. Estaré allí arriba vigilándote. No te muevas hasta que mis arqueros hayan tenido la oportunidad de acabar con los líderes. Espera mi orden.

Marcas miró a ambos hermanos y dijo:

—Shaw y yo iremos. Ethan estará en la cortina con vosotros. —Cogió su montura de las manos de Timm, quien tenía los ojos tan abiertos que pensó que el pobre muchacho se desmayaría—. Todo irá bien, Timm. Tú y tu Pa estaréis bien.

—¿Y usted también, milord? —El muchacho lloró, mirando a Marcas mientras montaba.

Marcas a menudo olvidaba la inocencia de la juventud.

—Tenemos a los Ramsay aquí para ayudarnos. Puede que no te hayas dado cuenta, pero tienen algunos de los mejores arqueros de toda la tierra.

—Lady Brigid es una buena arquera. La he visto. ¡Buena suerte! —Luego corrió de vuelta a los establos para ayudar a los demás a ensillar y preparar los caballos para la batalla. La tensión en el aire era palpable, más en sus hombres que en los de Ramsay. Algunos de ellos parecían completamente aturdidos por la promesa de la batalla. El clan Ramsay tenía experiencia, pero sus hombres no.

Una vez montado, Marcas se dirigió a la parte delantera de la cortina, en dirección al clan Milton y, cuando se detuvo, la visión de la belleza entre los árboles lo paralizó. Con el pelo trenzado, vestida con túnica y leggins, y el arco preparado, Brigid parecía la reina guerrera más poderosa de toda la tierra.

Una voz lo llamó:

—¡Matheson, quítatela de la cabeza o morirás!

Giró la cabeza, sorprendido al ver a Logan Ramsay en la cortina mirándolo fijamente. Cailean se colocó a un lado de él y Kyle al otro. Kyle dijo:

—Dice la verdad. La emoción no debe estar en ti ahora. Necesitas

proteger a todo tu clan, no solo a Brigid.

Diablos, ¿cuándo se había vuelto tan obvio?

Cailean le guiñó un ojo con una amplia sonrisa en el rostro y luego se volvió en dirección a los caballos que se acercaban, palmeando el cuello de su propio caballo para prepararlo para la batalla, si Marcas tenía que adivinar. ¿Cómo se preparaba un caballo para la batalla?

Apenas habían tenido cinco minutos para prepararse antes de que el grito de guerra Milton llegara hasta ellos. Marcas puso su caballo en la dirección correcta con Shaw a su lado, listo para atacar. En el último momento, pensó en mirar a Logan, de pie erguido y sacudiendo la cabeza, todavía no.

Entonces Marcas vio por qué. Allí, entre los árboles, estaban el resto de los arqueros Ramsay, algo en lo que no había notado porque no podía apartar la mirada de Brigid. Era una vista de lo más inusual porque la mayoría eran mujeres. Pero su mirada volvió a Brigid, quie se movía con una fluidez que nunca había visto, disparando sus flechas una tras otra como si estuvieran conectadas. Merewen estaba en el árbol contiguo y hacía lo mismo con tanta gracia que lo asombró. Sus flechas acabaron con una docena de hombres antes de que el clan Milton supiera qué los había golpeado.

Y la que disparaba más rápido era Gwyneth Ramsay. Falló una, pero todas sus otras flechas dieron en el blanco. Todas las flechas de Brigid también habían encontrado un blanco.

Logan gritó:

—¡Ahora! ¡Atacad!

Los hermanos respondieron con el grito de guerra de los Matheson y cargaron contra el resto de los Milton, que claramente no eran expertos con sus espadas a caballo. Marcas se había empeñado en entrenar a sus hombres muchas veces a caballo, y valió la pena.

El choque de espada contra espada resonaba en Black Isle, los hombres gritaban al ser derribados de sus monturas, algunos pisoteados por los caballos, otros se ponían en pie y retrocedían. Los guerreros Milton siguieron luchando en el suelo, intentando herir a los hombres a caballo, pero fracasaron, y algunos cogieron una espada en su lugar. Marcas no estaba acostumbrado a los sonidos de gritos y muerte, y rezó para no volver a oírlos.

El segundo al mando de Milton estaba en la retaguardia de sus hombres, y su voz sonó:

—¡Retroceded! ¡Retroceded! —Los guerreros Ramsay se aproximaron, no dispuestos a dejar que los Milton desaparecieran tan fácilmente, aunque su poder con la espada había hecho correr a los Milton más rápido de lo esperado.

La batalla había terminado en cuestión de minutos.

Cailean había abatido a dos hombres con una ferocidad que Marcas nunca había visto, y los hombres que iban detrás de sus objetivos habían dado la vuelta a sus caballos y echado a correr. Marcas había derribado a dos hombres de sus caballos antes de darse cuenta de que los demás se retiraban, así que se había dado la vuelta. Estaba claro por qué se habían retirado tan rápido.

Los guerreros Ramsay, combinados con sus escasos efectivos, hacían que su caballería pareciera de tres o cuatro veintenas frente a las dos del clan Milton.

El clan Milton no tenía ninguna posibilidad, y lo sabían. Se correría la voz por toda Black Isle de que tenían ayuda. No volverían a ser molestados una vez que se supiera que los guerreros Ramsay apoyaban a los Matheson.

Marcas buscó a Brigid entre los árboles, pero todos los arqueros habían bajado y se dirigían al muro. El grupo a caballo empezó a celebrar, gritando y vitoreando su éxito, pero Marcas no podía unirse a ellos hasta que viera a Brigid.

Gwyneth fue la primera, luego Merewen, Sorcha y Gavin, pero ¿dónde demonios estaba Brigid? Segundos después, supo que algo iba mal. Los arqueros también la estaban buscando.

—¿Brigid?

Ese grito llamó la atención de Logan y ladró hacia su esposa.

—Gwynie, ¿dónde está Brigid?

—Estaba detrás de Sorcha. No lo sé. Iré a ver.

El corazón de Marcas se aceleró como si fuera a salírsele del pecho. Se bajó del caballo y corrió alrededor la cortina, hacia el bosque donde habían estado los arqueros, en busca de algún rastro de ella.

—¡Brigid!

El peor pensamiento que había tenido en mucho tiempo se apoderó de él, y no pudo quitárselo de encima. Sin embargo, se apoderó de él con tanta fuerza que sus manos empezaron a temblar mientras buscaba huellas, rastros de caballos, cualquier cosa.

Logan y Gwyneth buscaron con él.

—¿Qué demonios, Gwynie? ¿Nadie ha visto nada?

—Alguien la llamó, era alguien que ella conocía —dijo Sorcha—. Dijo que volvería enseguida.

En su corazón, sabía lo que había pasado. Era una treta. Una treta para alejar a Brigid ahora que había recuperado a Kara.

Alguien estaba tras él.

23

Cuando Brigid despertó, su vientre amenazaba con vomitar de nuevo. No había pasado tanto tiempo desde que había estado enferma y aún no había recuperado el apetito. Entonces comprendió por qué.

Estaba en un barco, con el olor del agua salada del mar flotando en el aire. El balanceo de la pequeña embarcación en el agua no aliviaba en absoluto sus náuseas. El bote apenas era lo suficientemente grande para los dos, así que ¿a dónde podían dirigirse en una embarcación tan pequeña?

Colocando las manos debajo de ella, se incorporó, mirando fijamente la espalda del hombre que se la había llevado, cuyos remos rugían furiosamente mientras se alejaban de la orilla y se dirigían hacia el centro del estuario.

Hacia las marismas.

—¿Morris? ¿Qué demonios haces conmigo? ¿A dónde me llevas?

Dejó de remar y dio la vuelta al bote para poder mirar la orilla que acababan de dejar. Luego se volvió para mirarla.

—Tendré lo que con toda razón merezco.

—Morris, te has vuelto loco.

—Deja de llamarme así. Me llamo Hamon, Hamon Dingwall, y he perdido tanto tiempo y energía para conseguir lo que quiero que casi he perdido la cabeza, pero estoy lejos de estar loco.

Hamon. Ella no había oído ese nombre antes. Le dolía demasiado la cabeza como para tener que pensar con mucho esfuerzo. Se llevó la mano al chichón en el cuero cabelludo. Diablos, menudo dolor de cabeza tenía ahora.

—¿Qué tiempo y energía? ¿Y por qué me has mentido sobre tu nombre? —Se frotó la sien, apartando la cabeza del sol, aunque había muchas nubes que la mantenían a la sombra. La ligera niebla era definitivamente más espesa cerca de la orilla, posiblemente ocultando la vista del barco a cualquiera que pudiera estar buscándola.

Como Marcas.

—¿Quieres la verdad? Muy bien. Te la diré porque ya no puedes hacerme daño. Yo amaba a Freda. Le rogué que no se casara con

Marcas, pero su padre forzó la boda. Freda me prometió dos años. Le daría un hijo y luego lo abandonaría. Teníamos planes para huir, vivir en Inverness o en el bosque, en algún lugar donde nadie pudiera encontrarnos.

Su enfado pareció disminuir mientras miraba por encima del agua hacia la desembocadura del estuario.

—Fueron dos años, tres años, luego cuatro. Finalmente, ella le dio Tiernay, y dijo que lo dejaría. Pero luego no lo hizo, dijo que esperaría otras seis lunas antes de irse. Así que decidí acelerar un poco el proceso. —Hizo una pausa y se volvió hacia ella, sonriendo—. Estuviste a punto de pillarme el otro día, pero fuiste demasiado tonta para entender lo que yo estaba haciendo.

—¿De qué estás hablando?

—Del pozo. Ponía leche de cabra agria en él cada vez que pasaba. Me convertí en mensajero de algunos clanes para que nadie me conociera como amante de Freda. Tenía que ver exactamente cómo estaba ella con Marcas. Era la única manera, y cuando los vi juntos, no pude esperar más. —La tristeza y el arrepentimiento en su rostro la sorprendieron. Realmente debió haber amado a Freda—. Hice lo que tenía que hacer. Era mía y quería recuperarla. Intenté convencerla de que se fuera, pero tenía alguna razón para posponer su partida.

—Pensé que ella le había dicho a Marcas que lo dejaría. Que su padre iba a llegar a calmar las cosas con el padre de Marcas. ¿Por qué no podías esperar un poco más? —No podía creer que él hubiera tomado una decisión tan precipitada cuando Freda había planeado dejar a Marcas para siempre.

—Eran los niños. Ella no los abandonaría. Su esperanza era convencerlo de que permitiera a Kara irse con ella. Ella le había dado el hijo que él necesitaba, el heredero que le había prometido a su padre que le daría, pero ella quería a Kara. Yo estaba cansado de esperar. Pensé en deshacerme de todo el clan. Advertí a Freda. Le dije lo que yo estaba haciendo, pero no me creyó. Entonces enfermó. Acudí a ella; le rogué que dejara de beber el agua, pero, al parecer, yo había puesto demasiada leche de cabra en mal estado. Todos empezaron a morir. —Se volvió de nuevo para mirar hacia el otro lado del estuario—. Los padres de su marido murieron y temí que ella fuera la siguiente. Intenté ayudarla, pero otros enfermaron y murieron. No sabía qué más hacer, así que me fui. Y cuando murió, sentí a mi

corazón partirse en dos.

Luego blandió el puño en el aire.

—Todo fue culpa de Matheson. Luego seguí tirando la leche en mal estado al pozo. ¡Quería que él muriera! ¡Se lo merecía! Así podría coger a Kara y Tiernay y criarlos como míos. —Sus siguientes palabras salieron en un aullido herido—. ¡Son todo lo que me queda de mi querida Freda!

Él se golpeó un lado de la cabeza.

—Pude ver que mi dolor era culpa mía. Me llevé a Kara y debería haberme ido a casa. ¿Por qué no podía conformarme solo con la hija de Freda? Podría haberla visto crecer hasta parecerse a mi querido amor, pero no. Lo quería muerto. ¡Él merecía morir! —Hamon volvió a golpearse la cabeza—. Así que seguí arrojando leche agria y contaminada al pozo, esperando que él enfermara, pero nunca lo hizo. Y llegaron los Ramsay, lo estropearon todo y recuperaron a Kara. Me puse enfermo. —Cerró los ojos y bajó la cabeza.

Brigid se recostó, conmocionada por todo lo que había averiguado. Hamon había causado todo. Este único hombre había asesinado a muchos por unos simples celos.

—¿Cómo has podido? ¿Cómo has podido matar a tantos inocentes?

Levantó la cabeza y lanzó un bramido.

—¡Porque tenía que hacerlo!

Entonces la cogió por el pelo, tirando de ella hacia él.

—Pero entonces, te conocí. Vi cómo te miraba él. He estado escondido entre los árboles, observando todos sus movimientos. Te vi en el bosque con él, besándolo. Él te quiere, así que te he cogido a ti en su lugar. Habría sido más fácil si hubieras aceptado reunirte conmigo para dar un paseo nocturno, pero te negaste. Entonces escuché que el clan Milton iba a atacar. Eso era perfecto. Me aproveché de la situación.

—Entonces, ¿qué vas a hacer conmigo? —La sensación de hundimiento en sus entrañas le dijo que su respuesta no sería buena.

Él soltó una risita.

—Verás, Freda me contó lo mucho que Marcas odia nadar, especialmente donde el estuario está lleno de maleza. No tengo por qué preocuparme de que nade hasta aquí para salvarte. Tiene demasiado miedo. Haré un trato con él. Cuando los vea buscando más tarde esta noche, remaré más cerca y pediré un intercambio.

—¿Qué intercambio?

—Tú por Kara. Él te elegirá. Y entonces tendré una parte de Freda para siempre.

Otro repentino impulso de vomitar la invadió. No sabía cómo decirle a Hamon que Marcas no la elegiría. Dada una elección imposible, él elegiría la única posible.

Se quedaría con Kara, porque era lo correcto. Si algo sabía de Marcas, era que era honorable y amaba a sus hijos.

El grupo se reunió en el salón, cada uno contando su versión de la última vez que vio a Brigid. Gwyneth y Logan discutían mientras sus hijos y sus cónyuges susurraban a cierta distancia de ellos.

En medio del caos de la torre, Ethan miró desesperado a Marcas y le dijo:

—Voy a los establos, jefe. Si me necesitas, envía a Shaw y volveré. —Luego miró al suelo con el ceño fruncido y murmuró—: Y espero que entonces todo esté más tranquilo.

La paciencia de Marcas se estaba agotando. Se habían visto envueltos en la batalla y no habían sido lo bastante cuidadosos. Debería haber insistido en que ella se quedara dentro de la muralla. ¿Por qué demonios había salido?

Shaw le susurró:

—No tiene sentido regresar al pasado para determinar dónde se cometió el error. Debes averiguar quién la robaría. ¿Quién te odia tanto como para robártela?

—¿Por qué alguien robaría a Brigid para vengarse de mí? Nadie sabía que yo estaba interesado en ella. —No había dejado que nadie supiera lo mucho que ella lo había afectado. Se había asegurado de mantener sus sentimientos en secreto.

Shaw resopló.

—No, nadie te veía con ojos hambrientos cada vez que la muchacha estaba cerca. Si ella hubiera silbado, la habrías seguido como el último cachorro de la camada.

Marcas miró a Shaw con el ceño fruncido, pero no dijo nada. Quizá no había logrado ocultar sus sentimientos tanto como había pensado.

Tras muchas vueltas y ninguna idea sólida sobre quién podría

habérsela llevado, se levantó para marcharse. En ese momento, la puerta se abrió y Timm entró corriendo.

—Jefe, Ethan me ha dicho que Brigid ha desaparecido. Estaba tan ocupado con los caballos que no sabía que ella ya no estaba.

—Sí, alguien la ha robado, pero no tenemos ni idea de quién podría haber hecho algo así.

—Pero yo tengo una idea.

—¿La tienes? ¡Dímela, por favor! —Logan y Gwyneth lo oyeron, y toda la sala se calló para escuchar a Timm, quien rápidamente perdió el valor para hablar—. Adelante, Timm —le instó Marcas—. Dime lo que sabes.

—Bueno. En dos ocasiones, Brigid estuvo sola en el patio, una vez estudiando el pozo y la otra practicando el tiro con arco… —Se detuvo y miró al techo—. Creo que eso era lo que estaba haciendo. O tal vez…

—Timm. Continúa.

Los ojos de Timm se abrieron de par en par, pero continuó:

—Ella me dijo que había conocido a un hombre y se preguntaba de qué clan era.

—¿Qué hombre? —Marcas tuvo que mantener la calma porque sabía que Timm estaba a punto de darle la única pista que necesitaba.

—Me dijo que se llamaba Morris, pero nunca lo he visto. Ella nunca dijo lo que él quería tampoco, pero subí a la cortina la última vez y vi a este hombre yéndose. Estaba solo.

—¿Quién era?

—No estoy seguro, pero por detrás, creo que era… —Hizo una pausa, sonrojándose y mirando a todos.

—¿Quién? —Marcas estaba perdiendo la paciencia.

Entonces Timm se inclinó y susurró:

—Creo que era el hombre que se colaba para ver a Freda. Hamon era su nombre.

Marcas estaba tan estupefacto que no podía hablar. ¿Todo el mundo se había enterado de la indiscreción de Freda? ¿Incluso el joven muchacho? ¿Qué querría ese patán de Brigid? Ni siquiera la conocía.

Timm giró sobre sí mismo y corrió hacia la puerta, luego se detuvo y volvió corriendo hacia Marcas.

—Disculpe, jefe. ¿Puedo marcharme?

Marcas asintió.

—Mantén los ojos abiertos, Timm. Buen trabajo.

Timm se dio la vuelta, pero luego se detuvo para mirarlo de nuevo.

—Ah, y casi se me olvida. Vi a Hamon poner un bote en el estuario justo después de la batalla, cuando trasladábamos a los muertos.

Marcas corrió hacia Timm, lo levantó y lo lanzó por los aires con un sonoro grito.

—Te doy las gracias, Timm. ¡Buen trabajo! —Miró al grupo Ramsay y dijo—: Iré al estuario.

24

Brigid miró por encima del agua, notando justo ahora al grupo que se reunía en la orilla del estuario, no lejos del clan Matheson. Afortunadamente, no había viento. Las voces se oían con claridad.

—¡Voy a por ti, Hamon! —bramó Marcas, y su voz se oyó muy fuerte a través del agua.

Brigid se volvió para ver la reacción de Hamon, quien sonrió.

—Ya era hora. —Luego remó un poco más; ella supuso que para asegurarse de que podían conversar con facilidad. Todavía estaban a una distancia de al menos diez botes cuando detuvo su avance—. La única forma de que la recuperes es que me traigas a Kara. Un intercambio justo. Una muchacha por una muchacha.

—¿Mi hija? No te daré a mi hija. Subiré a un bote y remaré hasta ti para darte una paliza, Dingwall.

—Si vienes aquí sin tu hija, ahogaré a Brigid. Podrás verla dar su último aliento.

La marea estaba empezando a bajar, pero Brigid no tenía ni idea de lo profunda que era el agua aquí. Era cierto que era buena nadadora, pero no tenía ningún deseo de nadar en el agua fría con su pesada ropa de lana, y menos en la zona pantanosa.

Criaturas, anguilas y peces que mordían. Diablos. Cerró los ojos y rezó una rápida plegaria para llegar sana y salva a los brazos de Marcas.

Miró el agua, centelleante a medida que el sol se ocultaba. Los rayos proyectaban un brillo sobre el estuario, como una última celebración antes de que cayera la oscuridad. Entonces vio algo por el rabillo del ojo. Entrecerró los ojos para ver mejor, el sol le jugaba una mala pasada. Marcas estaba subiendo al bote sin Kara. Para ella, ese era el mejor de los casos. No podía subir a Kara al bote porque era demasiado arriesgado. El razonamiento de Hamon había ido en la dirección equivocada. Era impredecible y peligroso, sobre todo con una niña. Cómo rezó para que Marcas se diera cuenta de que su mejor oportunidad de salvarla era usar a los arqueros. La distancia era lo suficientemente corta como para alcanzarlo, pero una vez que se

alejaran, la distancia podría ser demasiado grande.

Entonces algo la sorprendió. El hombre del bote no se parecía exactamente a Marcas. No estaba segura, pero siguió mirando. ¿Era su hermano? ¿O era Marcas? ¿Era Ethan como una treta? No dijo nada, suponiendo que Hamon no los conocía lo suficiente como para notar la diferencia. En cualquier caso, como no había ninguna muchacha en el bote, la perdición de Brigid no tardaría en llegar. No se ahogaría. Sabía luchar y su padre sabría cómo sacarla de allí. Él lo había hecho antes y lo volvería a hacer.

Tenía absoluta fe en sus padres.

Y en Marcas. Él tampoco permitiría que se ahogara. Después de todas las historias que había oído a lo largo de los años —de Cailean salvando a Sorcha en el acantilado, de su tío Quade salvando a su tía al subirse a su caballo y usar su arco, de su padre y su madre salvando a Bethia con Donnan haciendo el movimiento final—, ahora su acontecimiento heroico estaba a punto de suceder. Hamon iba a intentar matarla, pero Marcas no lo permitiría.

Entonces su instinto cambió y Brigid tuvo el repentino presentimiento de que pronto caería al agua.

Se le había acabado la suerte.

Marcas se volvió hacia los demás hombres: Shaw, Ethan, Logan, Gavin y Cailean.

—Tengo que ir allí.

Ethan dijo:

—Acaba de decir que si vas solo, la ahogará. No puedes ir solo.

Marcas miró a su hermano y dijo:

—Yo no voy a ir en el bote. Tú sí. Y vas a remar tan despacio como puedas para que me dé tiempo a adelantarte.

Shaw se frotó la mandíbula y miró a los demás.

—¿Qué demonios estás planeando, Marcas? Ya se nos ocurrirá algo. Podemos encontrar otro bote y atacarle desde otra dirección. Dos botes y lo dominaremos. La marea está bajando. Tendremos zonas planas de lodo para caminar en otras dos horas, o tal vez antes.

—No voy a esperar tanto tiempo.

—¿Qué harás?

—Nadaré hasta ella. Ethan puede ir en el bote, se parece lo suficiente a mí como para engañar a ese hombre con el sol ocultándose. Me meteré por la orilla, nadaré por el pantano y se la quitaré de las manos. Ramsay, cuento con usted y sus hombres para distraerlo con una cháchara constante. Su hija me dice que es excelente intimidando al enemigo. ¿Me ayudará? No quiero que Ethan diga una palabra. Shaw vendrá conmigo. ¿Puede hacerlo?

Logan soltó una risita.

—¿Cháchara? Nada me gusta más que eso. Tendré a ese bastardo rogando ir en la otra dirección. Cailean, ve a por los arqueros. Podemos acabar con él si se acerca lo suficiente. Los quiero escondidos en la orilla o en el par de árboles cerca de la orilla.

—Sabia elección —dijo Marcas, mirando al grupo—. Haré todo lo posible para que él sea un blanco claro. —Cailean partió hacia la torre —. ¿Alguna pregunta?

—Sí —dijo Ethan—. Yo tengo una. Marcas, odias nadar en la parte pantanosa del estuario.

Marcas suspiró. Demonios. Su hermano tenía toda la razón.

—Lo sé, Ethan. Pero, ¿tienes una idea mejor? Haré lo que deba.

Ethan miró a Marcas.

—La amas. Si no, no irías.

Marcas miró a los hombres Ramsay y luego de nuevo a Ethan antes de hablar. No había razón para mentir en este momento.

—Sí. La amo. Espero que algún día sea mi esposa. Pero primero, necesito llegar a ella, y no permitiré que un poco de pantano me detenga. —No admitiría que su amor era tan fuerte que no podía confiar en nadie más para ir a por ella. Era más importante que él estuviera allí para ella.

—Buena suerte —dijo Ethan, subiendo al bote—. Prometo remar despacio.

—Ethan, no debes mirarme o él estará sobre nosotros. Escucha los sonidos. Y mantente de espaldas a él. Queremos que piense que eres yo.

—Te lo prometo, Marcas.

Marcas y Shaw se alejaron de la orilla hacia el bosque hasta que estuvieron bien ocultos en la oscuridad. Luego bajaron por el estuario, asegurándose de estar ocultos por la maleza y los árboles, hasta el lugar que Marcas consideró más seguro para entrar en el agua.

Entonces le dijo a Shaw:

—Una vez que entre, prepara otro bote por si hay pelea.

—Lo haré, jefe.

Marcas miró a su hermano con extrañeza.

—Nunca me llamas así. ¿Por qué ahora?

—Porque estás actuando como un líder, tal como lo hizo Pa. Buena suerte. Ella lo vale. Te mereces algo de felicidad. —Estrujó el hombro de su hermano, luego se alejó—. Traeré el bote, tal vez dos. Torcall y Mundi también están deseando ayudar.

Marcas se dio la vuelta y se quedó mirando el agua, la maleza, los árboles que colgaban sobre la orilla y las ramas que se hundían en el agua. Era el único camino. Lo sabía.

Se quitó la tela escocesa y la túnica, las botas y los calcetines de lana, y se quedó de pie, solo con los pantalones. Podía hacerlo. Se sumergió.

Marcas tuvo que obligarse a no reaccionar ante cada grupo de hierbas o cada pez. Se recordó a sí mismo que las criaturas le tenían más miedo a él y que se irían por otro lado a menos que las atacara. Se comprometió a dejar que la maleza se le pegara al pelo para disimular. No podía dejar que el bastardo lo viera.

Amaba a Brigid con todo su corazón y la salvaría, pasara lo que pasara.

Una voz fuerte resonó sobre el agua.

—¡Bastardo estúpido, soy el padre de Brigid! ¿Quieres saber lo que planeo hacer cuando finalmente te ponga las manos encima? No será bonito de ver, te lo prometo.

Marcas sonrió y aprovechó la distracción para meterse de lleno en el agua, rezando una rápida plegaria para ser guiado en la dirección correcta. Entonces oyó un chapoteo cerca del bote. Cuando pudo mirar, lo peor había ocurrido.

Brigid estaba en el agua. Miró lo suficiente para asegurarse de que la cabeza de la muchacha volvía a salir y de que Hamon aún no intentaba ahogarla. Se le contrajo el estómago hasta que su cabeza se asomó y su mano sujetó firmemente al costado del bote. Brigid era fuerte y lucharía contra Hamon. Tenía que saber que había muchos intentando llegar hasta ella.

Marcas nadaba con los ojos por encima del agua, a brazadas lentas

y fáciles, girando la cabeza hacia un lado para coger aire y mantener la respiración lo más tranquila posible. Brigid se aferró al lateral del bote, sosteniéndose.

Sujétate fuerte, amor, voy a por ti.

Hamon le dijo:

—¿Quién demonios es tu padre para hablarme así?

—Mi padre era un espía de la Corona Escocesa. Mi madre también. Mi hermana y su marido aún lo son. Y todos son arqueros entrenados. —Su voz salió fuerte, desafiándolo, como si lo retara a pensar que él podía ganar—. Pueden matar con una flecha, justo entre los ojos, aunque eso te mataría al instante, y yo preferiría verte sufrir más. Una flecha en el culo sería mejor. Ten cuidado —dijo ella con una risita.

No podía estar más orgulloso de ella.

—Dice la verdad, pedazo de mierda. El lugar favorito de mi mujer para apuntar su flecha son las pelotas de un hombre. Clavó uno a un árbol por tocar a Brigid cuando era una niña. ¿Crees que ella te dejará ir solo porque Brigid es mayor? Eres idiota si lo crees. Brigid es la más joven, su pequeña desde hace mucho tiempo, y te sacará los ojos para salvarla.

Marcas hizo una nota para acordarse de dar las gracias al hombre por el entretenimiento que le hizo olvidar la maleza entre la que nadaba, con sus tentáculos ondulantes provocándole los pies. Creyó sentir la cola de uno o dos peces, pero no le habían hecho daño.

—No veo ningún arquero por aquí, viejo. Despídete de tu hija. El agua está fría y no sobrevivirá mucho tiempo. Si la quieres de vuelta, será mejor que busques a Kara y la envíes en otro bote. Me parece que Marcas está solo. Sujetaré la cabeza de tu hija bajo el agua en cuanto esté a menos de un bote de mí y pueda ver con certeza que Kara no está con él. Él me ha robado al amor de mi vida. Quiero a su hija. ¡Dámela!

—Nunca vivirás tanto, bastardo idiota.

Marcas nadó y nadó, escuchando el cotorreo entre Ramsay y Dingwall. Tendría que decirle a Brigid cuánta razón tenía sobre su padre. Cuando se acercó al barco, para su sorpresa, descubrió que la marea había bajado más de lo que había pensado, y encontró un lodazal donde podía apoyar los pies y mantener la cabeza fuera del agua. Estaba a unos cuatro botes de distancia, pero podía ver a Brigid temblando y sumergida hasta el cuello. Se aferraba al bote con las dos

manos.

Manteniendo la cabeza baja, él miró a su alrededor. Después de todo, había pescado en estas aguas toda su vida, y tenía la extraña sensación de que, incluso en la oscuridad, estaba cerca de un grupo de rocas. Avanzó, rezando para encontrar las rocas, porque, si no había otra opción, podría colocar a Brigid en una de las más fuertes y saber que no se hundiría. Ella no podría nadar muy lejos porque aún llevaba toda la ropa, incluido un manto que la arrastraría con facilidad.

¡Tenía que encontrar esas rocas! Una roca grande y plana solía ser la primera en aparecer cuando bajaba la marea y, como pasaba más tiempo fuera del agua que dentro, era la que menos limo tenía en el borde superior, lo que la hacía menos resbaladiza que muchas de las rocas del estuario.

Ya voy, amor.

El agua sí estaba helada, de las que calaban hasta los huesos, pero él la ignoró. Vio movimiento en un árbol de la orilla, un cuerpo trepando hacia él. No podía decir quién, pero el ataque era inminente. Si tan solo pudiera acercarse un poco más, saltaría sobre Dingwall y lo derribaría por el otro lado del bote.

Evaluando sus opciones, se dio cuenta de que Ethan se estaba acercando. Era el momento de actuar.

Pensó en la posibilidad de subir primero a Brigid al bote. Luego decidió que era más seguro llevarla a la roca y a la llanura de marea. Le daría al arquero un tiro más claro del patán, aunque la distancia era considerable, sobre todo en la oscuridad, incluso con el cielo casi despejado.

Marcas se echó unos mechones de hierba al pelo porque acababa de darse cuenta de algo que no había notado antes. La llanura de marea estaba más cerca de la superficie, cerca del bote. Tenía una oportunidad de pillar al patán completamente por sorpresa.

Por el rabillo del ojo, se dio cuenta de que Brigid por fin lo había visto. Se llevó el dedo a los labios, cogió más hierbas marinas y se las colgó sobre la cara, tomando por fin una decisión.

Tenía que moverse rápido. Dingwall reaccionó a algo que dijo Ramsay, y cometió su mayor error. Se puso de pie en el bote.

Marcas salió del agua con un rugido, con la cabeza cubierta de maleza, y se subió al lodazal, con los brazos extendidos a ambos lados. Dingwall se sobresaltó y llevó la mano a su daga, pero Marcas fue más

rápido. Se lanzó a través del agua y derribó al bastardo del bote, quien cayó en el estuario por el otro lado.

Cuando Dingwall se hundió, Marcas alcanzó a Brigid, la cogió por la cintura y nadó de espaldas, sosteniéndola por encima de él hasta que sus pies volvieron a apoyarse en el barro. Marcas nunca se había alegrado tanto de ver a nadie en su vida. Cuando consiguió ponerse de pie, ella le echó los brazos al cuello y gimoteó, pero tuvo que moverla. Dingwall venía hacia él.

—Mira, hay una roca. Ponte sobre ella y te mantendrá fuera del agua. Es plana. —Se apresuró a ponerla a salvo mientras los demás le gritaban. Ethan, Hamon, Ramsay… sus voces bramaban a través del agua, pero Marcas no entendía nada, pues estaba muy concentrado en llevar a Brigid hasta la roca. Ella fue capaz de sentarse en la piedra—. ¿Puedes aguantar ahí?

Ella asintió, con los labios temblorosos por el frío, pero era una luchadora. Lo conseguiría. Le dio un rápido beso en los labios y giró justo a tiempo para ver a Dingwall acercándose a él con un rugido. Marcas se apartó de la roca y se dirigió al lodazal para poder pararse y orientarse.

Ramsay gritó:

—¿A dónde has ido, baboso bastardo? ¡No puedo verte!

Brigid susurró:

—Acorrálalo. Papá te está diciendo que lo acorrales.

Marcas por fin comprendió. Necesitaba hacer un blanco para los arqueros. Retrocedió hasta que encontró una roca en la que podía apoyarse, y Dingwall salió del agua, yendo a por su cuello. Marcas luchó, dando toda su fuerza a sus piernas, sus brazos envolvieron al hombre, intentando contenerlo, y luego se puso de pie, girando la espalda de Dingwall a la orilla. Como si lo hubieran planeado, Ethan levantó uno de sus remos frente a la espalda de Dingwall, indicando a los arqueros dónde disparar.

En cuanto las flechas surcaron el aire, iluminando la noche con su sonido, Ethan se dejó caer en su bote. Dos flechas alcanzaron a Hamon, una arriba y otra abajo, pero este se quedó inmóvil, con la mirada fija en Marcas. El hombre intentó aferrarse a él, y Marcas luchó por empujarlo al agua. Ethan subió al lodazal y usó su remo para empujar a Hamon hacia un lado, y este cayó de cara al agua.

—Bien hecho, Ethan.

Marcas se arrastró hasta Brigid, se sentó a su lado en la roca y la rodeó con los brazos.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. Calada hasta los huesos, pero me curaré.

Él le besó la frente y le dijo:

—Te amo, Brigid Ramsay. Cásate conmigo. Por favor, di que serás mi esposa. No quiero perderte nunca.

Ella soltó una risita, el sonido atravesó el agua. Cuando pudo, dijo:

—Sí, me casaré contigo, Marcas Matheson. Sobre todo porque eres un monstruo del pantano que da mucho miedo.

Ethan señaló la orilla.

—Tu padre tiene un fuego encendido. Sube al bote y caliéntala. Shaw viene en otro bote y lo traeremos.

—Ven, mi dulce doncella del pantano. Vamos a la orilla.

Regresaron, con Ethan y Shaw directamente detrás de ellos y Dingwall boca abajo en el bote que remolcaban los hermanos de Marcas.

Marcas tuvo que reírse y ser sincero.

—Tienes razón, tu padre es un experto en provocar a los hombres. Tuve que obligarme a ignorarlo. Solo rezo para que acepte mi oferta y no me trate igual.

Brigid se rio, sentándose frente a Marcas mientras él remaba de vuelta a la orilla, y los vítores y aplausos se extendieron hasta ellos. Cailean tiró de ellos y Marcas la sacó y la colocó sobre un tronco junto al fuego.

—Tienes que dejar de tiritar. Voy a quitarme la maleza y a buscar algo para calentarte.

Torcall había traído su ropa, y Marcas encontró su tela escocesa y la envolvió sobre los hombros temblorosos de Brigid.

—Pronto te llevaremos dentro.

—Estoy bien junto al fuego. Me está secando un poco y me siento de maravilla. Haz lo que tengas que hacer.

Marcas se acercó a Logan, arrancándose hierbajos del pelo y tirándolos al suelo mientras se acercaba al viejo guerrero.

—Ha hecho un buen trabajo provocando al hombre. Estuvo a punto de volverse loco porque quería darle una paliza.

—Tampoco me importó. —Entonces Logan le estrujó el hombro y le dijo en voz baja—: Gracias por salvar a Brigie. Siempre será mi

pequeña muchacha.

Marcas juró que vio lágrimas en los ojos del anciano.

—La amo. Es todo lo que diré por ahora.

—Bien, porque deseo ver cuál de mis arqueros ha abatido al bastardo. —Ethan y Shaw saltaron de su bote, tirando de él hacia la orilla, mientras Cailean cogía la cuerda de remolque del de Ethan y tiraba seguidamente de ese bote hacia arriba.

—Creo que está muerto —anunció Cailean. Dingwall estaba girado de lado. Logan se movió para cerrarle los ojos, luego lo hizo rodar sobre el vientre, mirando las flechas en su piel. Se echó a reír.

—¿Qué, papá? —gritó Brigid.

—Logan, ¿qué demonios? —exclamó Gwynie—. Ya dilo.

Cuando por fin pudo controlar la risa, se volvió hacia Sorcha y le dijo:

—Sí que eres hija de tu madre, muchacha. Buen trabajo.

—¿De verdad? ¿Le he dado? ¿Mi flecha fue la que lo detuvo? ¿Dónde le he dado? —Se apresuró hacia el bote, pero el siguiente comentario de su padre la detuvo en seco.

—Merewen le ha dado en el costado, probablemente eso lo mató, pero tú lo has alcanzado mejor, Sorcha. Estoy orgulloso de ti.

—¿Dónde, papá? Cailean no me deja acercarme.

—Justo en su culo, muchacha.

El grupo estalló en carcajadas y aplaudió.

—Bien hecho, hija —dijo Gwynie, abrazando a Sorcha.

25

A la mañana siguiente, Brigid estaba sentada junto a la chimenea, todavía envuelta en telas escocesas y pieles. Lo poco que recordaba de la noche anterior la hizo sonreír. Lo mejor había sido sentarse junto al fuego después de salir del estuario. El calor de las llamas la había calentado casi tanto como el amor de todos los que la rodeaban. Su mirada había seguido las chispas que volaban con el viento, haciendo que la noche pareciera mágica.

Había sido mágica. Marcas la había salvado, su familia estaba allí para apoyarla, aunque momentos antes, en el frío del estuario, había temido lo peor. Un tronco cayó y lanzó otra serie de chispas al aire, como si estuviera de acuerdo con ella.

Había sido mimada por toda su familia y también por el clan de Marcas, y el calor del fuego la calentó lo suficiente como para que dejara de tiritar en el exterior. Una vez junto a la chimenea de la torre, se había quedado dormida en su silla y no podía recordar nada después.

Su madre y Merewen se reunieron con ella justo cuando Marcas entró, con su padre detrás.

—Estás despierta —dijo su padre—. Queremos oír todo lo que te ha dicho el bastardo.

Tara y Jennet se apresuraron a bajar la escalera justo a tiempo, cogiendo una copa de caldo de cebada caliente y acercando taburetes para unirse al grupo. Gisela entró de las cocinas, con una barra de pan fresco en la mano.

Marcas se acercó, besó la mejilla de Brigid y preguntó:

—¿Estás mejor? Anoche no parabas de temblar.

—Estoy bien, aunque todavía tengo un poco de frío —admitió—. Pero tengo mucho que contarte. Anoche no tuve fuerzas para ordenar todo en mi mente, pero esta mañana estuve casi una hora en la cama pensando en todo lo que me había confesado.

—¿Confesado? —preguntó Marcas, arqueando una ceja mientras acercaba una silla a la de ella—. Por favor, cuéntalo.

Una vez que todos se acomodaron, ella dirigió sus comentarios a

Marcas.

—Él lo hizo todo.

Shaw y Ethan entraron por la puerta justo en ese momento.

—¿Quién lo ha hecho todo?

El grupo se calló esperando su respuesta.

—¿Les cuento a todos lo de tu mujer? Es una parte importante de esto. Hamon me habló de Freda.

Marcas se frotó la barba incipiente de la mandíbula.

—Adelante. No quedamos muchos, y os considero a todos familia.

Brigid dirigió sus comentarios al grupo.

—Freda, la mujer de Marcas, estaba enamorada de Hamon Dingwall. Fue el hombre que me dijo que era Morris cuando se acercó a mí en el patio. Nadie lo vio nunca. Cuando lo conocí, estaba inclinado sobre el pozo, y yo no había pensado en la conexión. Me dijo que había parado a refrescarse.

Brigid se volvió para mirar a Marcas.

—Ella había prometido dejarte después de darte un hijo, así que Hamon se entusiasmó una vez que tuvo a Tiernay, pensando que te dejaría enseguida, pero ella no fue lo bastante rápida para él. Le había suplicado a Freda que te dejara y volviera a casa, pero ella le había dado largas. Así que quiso hacer más daño al intentar matarte, Marcas. Al parecer, había advertido a Freda de que iba a arrojar leche de cabra agria al pozo, pero ella no le creyó.

Jennet y Tara soltaron un grito ahogado, algo que Brigid esperaba, y se volvió hacia el grupo.

—Esto era un concepto nuevo para él. Cuando arrojó la leche agria al pozo, esperaba enfermar a unos pocos, pero no esperaba oír cuántos enfermaron realmente. Entonces Freda se enfadó con él porque tus padres estaban enfermos. Luego, por supuesto, ella también enfermó.

Brigid lo asimiló durante unos instantes y volvió a dar unos sorbos al caldo de cebada caliente. El frío del estuario seguía calando hondo en sus huesos.

Ethan habló, con los brazos abiertos como si no pudiera asimilar el asunto.

—¿Esto? ¿Todas nuestras muertes, la pérdida de nuestros padres, la desgracia de los numerosos miembros de nuestro clan, ha sido todo por la relación de Freda con otro hombre? ¿Todo esto por celos?

Brigid asintió, luego cogió la mano de Marcas y la estrujó.

—Nada de esto ha sido culpa tuya, Marcas. Nada. Él robó a Kara de los brazos de Gisela mientras dormía porque Freda le había dado una llave para entrar por la puerta del muro. Quería algo de Freda para quedárselo para siempre.

—¿Quería a nuestra hija? —preguntó Marcas, soltando la mano de Brigid y poniéndose de pie para pasearse. Después de dos vueltas, se detuvo y dijo—: Entonces, ¿por qué llevarte en el bote?

Le costaría oírlo, pero necesitaba la verdad.

—Me llevó porque vio tu interés en mí. Se subía a menudo a los árboles y observaba desde allí. Nos vio cuando salimos por la puerta y cuando me besaste.

—¿Te ha besado? —rugió su padre.

Brigid estaba a punto de decir algo, pero su madre fue más rápida.

—¡Oh, Logan! Para. Tu pequeña es una mujer joven y tienes que dejarla ir. Vivir en la tierra Ramsay no le iba a ayudar a encontrar un marido. Solo hay un MacAdam.

Su padre se cruzó de brazos y refunfuñó justo cuando Sorcha y Cailean se unieron a ellos.

—Pero, ¿el barco? —insistió Marcas.

—Me llevó al estuario porque Freda le contó que odiabas el estuario y nadar entre la maleza. Pensó que nunca intentarías nadar hasta el barco. Y nunca se dio cuenta de que Ethan no era tú hasta que saltaste del agua como un monstruo del pantano. Entonces casi se cayó del bote.

El grupo se dividió en conversaciones separadas sobre todo lo que había pasado y, en ese momento, Nonie llegó con una bandeja de porciones de gachas. Edda entró detrás de ella llevando a Tiernay; la barriga de la mujer era cada vez más grande.

Jennet preguntó:

—¿Cuándo es tu hora, Edda?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. No he visto a ninguna sanadora, pero estoy un poco preocupada.

—¿Por qué?

—Porque me duele la barriga. Mamá dice que podría tenerlo pronto. ¿Eso significa algo? —Frotó las manos por la amplia extensión de su vientre, como si pudiera detener lo que estuviera ocurriendo en su interior.

Jennet miró a Brigid con los ojos muy abiertos, una mirada que le decía que su querida prima se sentía frustrada por la ignorancia de los demás sobre lo que ocurría dentro de sus cuerpos. Parir un hijo era algo que duraba tantas lunas que las mujeres tenían una notable oportunidad de sentir curiosidad por el proceso, pero al parecer tal conocimiento no interesaba a Edda.

Brigid dijo:

—Ven, siéntate a mi lado, Edda. Tiernay puede sentarse y masticar un trozo de pan.

Edda se sentó y luego se cogió el vientre.

—¿Dolor? —preguntó Tara, acercándose.

—Sí —dijo Edda entre dientes apretados—. Espero que no empeore o no deseo tener a este niño.

Jennet dio media vuelta y se dirigió a las cocinas, mientras Brigid palmeaba la rodilla de la muchacha.

—Te ayudaremos a superarlo. Quizás deberías permitirnos revisarte ahora.

Jinny salió disparada de la cocina, con una palabra brotando de sus labios.

—¡Sí! Por favor, revisadla. Haced algo.

Edda notó en su madre la expresión de quien está a punto de echarse a llorar. Jinny normalmente controlaba sus emociones. Se acercaba un gran momento.

Edda se limitó a asentir, agarrándose el vientre mientras la consumía otro dolor.

Marcas estaba sentado en una gran roca, no lejos de la tumba donde habían enterrado a sus padres. Sacudió la cabeza como si alguien lo estuviera observando. Había venido aquí por una razón.

Tenía que hablar con su padre.

Las tumbas recién cavadas habían sido marcadas con las cruces más grandes hechas a mano, destinadas a señalar la tumba de los lairds Matheson y su familia. El padre de Marcas fue depositado no lejos de su padre, quien fue colocado cerca de su padre antes que él.

—Papá, lo siento mucho. Todavía estoy conmocionado por oír la verdad sobre Freda, sobre cómo deseaba dejarme por otro y que, por

no actuar con rapidez, su amado te envenenó a ti y a la mayoría de nuestro clan. Me enferma saber hasta qué punto es culpa mía.

La voz de Shaw le llegó desde la distancia.

—Diablos, ¿cómo puedes decir tal cosa? —Gisela estaba justo detrás de él.

Marcus se volvió hacia sus hermanos.

—De haber sido capaz de ganarme el amor de Freda, tal vez esto no habría ocurrido. Pero no pude satisfacer sus necesidades, así que buscó amor en otra parte.

Gisela dijo:

—Marcas, por favor, deja de reprocharte algo que no tiene nada que ver contigo. Si papá estuviera aquí, te diría que fue culpa suya por obligarte a casarte con Freda.

—Podría haberlo rechazado —murmuró Marcas.

Shaw replicó:

—No, nunca rechazaste a nuestro padre. Nada de esto ha sido culpa tuya.

—¿Cómo podéis decir eso? Era mi esposa. —Marcas se puso en pie, con las manos en las caderas.

—Porque ella no te convenía —dijo Gisela—. Ese tipo de razonamiento también podría utilizarse para culparme a mí. Debería haberte dicho algo. Freda era una farsante. Odiaba que estuviera contigo. Era una mentirosa y una malcriada y tantas otras cosas que no necesito decir ahora pero que debería haber dicho antes. La verdad es que te merecías a alguien mejor que Freda.

Shaw asintió con la cabeza.

—No podías obligar a alguien a amarte cuando ella solo se amaba a sí misma. Era un pobre emparejamiento. Hasta papá lo sabía.

—¿Qué? —Marcas se volvió para mirar la tumba, como si su padre pudiera responder—. ¿Pa? ¿Shaw dice la verdad?

Gisela se acercó a su hermano y entrelazó su brazo con el de él.

—Mamá también lo sabía. —Se quedó mirando los árboles, suspiró y dijo—: Me dijo que Freda había amado a otro, pero la madre de Freda le había dicho que se olvidara de Hamon, aunque nunca me dio su nombre. Pero ella nunca lo hizo.

—¿Mamá y tú hablasteis de esto sin decirme nada? —No podía creer todo lo que había oído en el último día. Todo el mundo sabía lo de Freda y su amante. Probablemente lo habían sabido antes que él.

Se sentía como un tonto.

—Sí —respondió altivamente Gisela—. Yo odiaba cómo te trataba esa zorra. Acudí a mamá después de que naciera Kara. Temía que la pequeña se comportara como su madre. Freda quería que todo el mundo la atendiera y rara vez era amable contigo. Ni siquiera amamantaba a sus propios hijos. Hizo que la sanadora encontrara a alguien que los amamantara cuando tú no estabas.

Marcas se quedó tan atónito que volvió a sentarse en la roca.

—¿No amamantó a nuestros hijos?

—No. Ellice encontró a otras madres que amamantaran a los niños. Bueno, lo hizo durante un tiempo. Luego con Tiernay, cuando la leche de la otra mujer se agotó, le dio leche de cabra y agua del pozo. Él nunca habría enfermado si solo hubiera bebido la leche de su madre.

Shaw añadió:

—Papá sabía que había cometido un error. Habló con el padre de Freda sobre el emparejamiento y le recordó que ella te había prometido un hijo. Y así lo hizo ella. Pero, ¿quién iba a saber el resto que vendría después? Fue una situación triste, pero los culpables están todos muertos. No veo qué se puede hacer al respecto.

Gisela sonrió satisfecha y dijo:

—Yo sí.

—¿Qué? —preguntó Marcas, levantando la cabeza.

—Cásate con Brigid. Hacéis una pareja maravillosa. Espero que le pidas que sea tu esposa.

—Y yo espero que ella acepte —añadió Shaw.

Marcas soltó una risita.

—Lo he hecho, y ella ha aceptado. Ahora solo necesito hablar con su padre.

Shaw retrocedió dos pasos y levantó las palmas de las manos hacia su hermano.

—¡No te ayudaré con eso!

26

Brigid estaba sentada en un taburete en la cabecera de la cama mientras Jennet y Tara comprobaban la evolución de Edda. Nonie y Jinny les habían preparado la recámara en cuanto Tara les había informado de que Edda daría a luz pronto.

Brigid tenía que admitir que estaba un poco emocionada. Amaba traer una nueva vida al mundo. Había acompañado tantas veces a la tía Brenna que probablemente podría atender un parto ella sola sin ninguna dificultad. La alegría que la llenaba cuando el pequeño respiraba por primera vez era algo que la hacía llorar.

¿Tendría algún día un hijo propio?

Brigid y Jennet habían ayudado a la madre de Jennet desde que tenían unos cinco o seis años. La curiosidad había sido la razón original de Brigid, aunque también le interesaba seguir a su prima. Siempre había ido detrás de Jennet, su mejor amiga, mayor por un año, pero Brigid había aprendido hacía mucho tiempo que su mente no era la misma que la de Jennet. Su madre le decía a menudo:

—Brigid, tienes tus propios talentos. Depende de ti encontrarlos. Están ahí. Haz lo que desees hacer.

Al principio, pensó que estaría dispuesta a suturar o mirar las entrañas de la gente como Jennet, pero no le había parecido interesante por mucho tiempo. Brigid prefería ayudar en los partos o cuidar de los más pequeños.

Tara realizó su reconocimiento y luego volvió a cubrir a Edda con una tela escocesa antes de hacer su anuncio a todos los presentes.

—Edda, creo que darás a luz a tu pequeño dentro de un día. Debemos asegurarnos de tener todo lo que necesitaremos para esta ocasión trascendental.

Brigid se levantó, pero Jennet le tendió la mano.

—Brigid, debes estar agotada todavía. Yo correré. Tú quédate aquí con ella. —Luego se inclinó para susurrarle al oído—. Siempre se te ha dado mejor traer niños al mundo que a mí.

Brigid se sentó y se quedó mirando a su prima. ¿Cuándo le habían dicho que era mejor que Jennet en algo?

Jennet soltó una risita, un sonido raro.

—¿No me crees? Claro que lo eres. Sabes que nunca me ha gustado esta parte de la curación. Pero hago lo que debo. ¿Tú? Eres mucho mejor calmando a las mujeres y motivándolas para que pasen por este ritual con la mejor actitud. Tienes el don de guiarlas a través de una fase difícil cuando la mayoría de las mujeres desean rendirse. Es una habilidad rara y útil que yo no tengo.

—¿Yo la tengo? —susurró Brigid, sin haberse planteado nunca lo que Jennet acababa de decirle. Sabía que le gustaba estar con mujeres en esta etapa especial, pero nunca se había imaginado a sí misma con talento para ello.

Entonces, su querida prima hizo algo de lo más atípico. Resopló.

¿Qué demonios quería decir eso?

—Es que yo no tengo paciencia, y tú sí —dijo Jennet—. Preferiría sacudirlas hasta que el niño saliera de ellas. —Volvió a reírse de su propia broma y se marchó.

Tara miró a Brigid y dijo:

—Nunca había visto a Jennet bromear así. Debe de hablar en serio. Sin embargo, su confianza dice mucho de ti. ¿Te apetece acompañarme? —Miró a Edda, quien se había quedado dormida, y señaló otro taburete al final de la cama.

—De acuerdo. Me lavaré y me pondré otro vestido. Me siento mucho mejor.

—Bien —dijo Tara—. Porque no creo que Jennet vuelva, y me vendría bien un par de manos extra.

Tara tenía razón.

Marcas había pospuesto lo único que necesitaba hacer durante demasiado tiempo. Cuando vio al padre de Brigid saliendo de los establos, se dirigió directamente hacia él.

—Milord, ¿puedo hablar con usted en mi solárium?

Logan estrechó la mirada hacia el hombre, pero luego asintió lentamente.

Marcas no se dejaría intimidar tan fácilmente. Podía ver que el viejo guerrero había practicado esa «mirada» que dirigía a cualquiera que quisiera intimidar.

Hoy no.

—Edda se acerca a su hora. He oído que las tres sanadoras están con ella, y estoy muy agradecido —dijo Marcas, haciendo todo lo posible por encontrar un tema que no inspirara duras palabras por parte del hombre. Le abrió la puerta cuando entraron en la torre y se dirigieron al gran salón.

Jennet estaba ocupada dando órdenes a Nonie, Sorcha y Merewen para que ayudaran, mientras Jinny se mantenía al margen e insistía.

—No, dame algo que hacer, por favor. No podré esperar sin nada que hacer. —Jennet también le dio algunas tareas y luego siguió su camino.

Marcas gritó:

—¿El niño está cerca, Jinny?

—Sí, tal vez mañana, dicen. —Su rostro se iluminó, pero se frotó las manos delante de ella antes de deslizarlas por el vestido—. Tengo tareas, laird. El estofado está hirviendo y el pan está hecho, pero debemos prepararnos para mi primer nieto. Por favor, discúlpeme, pero debo irme. —Sonrió y siguió su camino hacia las cocinas.

Una nueva vida llegaba al clan Matheson. Marcas tuvo que admitir que estaba encantado. Rezó para que el niño llegara sano y salvo, o los acusarían de tener aún una maldición sobre ellos. Guio el camino hacia su solárium con Logan tras él, pero cuando se detuvo para abrirle la puerta, una voz fuerte los interrumpió y un cuerpo los embistió.

—No, no lo harás. No sin mí, Logan Ramsay. —Gwyneth voló por el gran salón como si no tuviera más de diez años.

Marcas le sostuvo la puerta abierta y ella se adelantó a los dos. Logan sonrió satisfecho.

—Mi mujer nunca se pierde nada. —Luego le guiñó un ojo a Marcas.

No sabía muy bien qué pensar de todo el espectáculo, ni de que la mujer insistiera en participar en una conversación entre hombres, ni del hecho de que su marido lo permitiera, ni del guiño. Pero se sentó en el extremo opuesto de la mesa y les indicó con la mano que ocuparan los dos asientos de enfrente.

Gwyneth ya estaba sentada.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí, Marcas? —La mujer fue directa al grano.

Marcas pensó que eso era bueno. Tenían que sospechar por qué llamaba a Logan dentro de su solárium y a nadie más, ni siquiera a sus hermanos. Eso le decía que estarían de acuerdo, seguro.

O eso esperaba. Si tenía suerte, uno de ellos estaría de su lado.

—Estoy seguro de que ambos habéis visto que me he encariñado con vuestra hija —empezó Marcas—. Espero que hayáis tenido la oportunidad de preguntarle sobre sus sentimientos hacia mí. Creo que estoy dispuesto a ofrecerle ser mi esposa. Os pido su mano en matrimonio y…

—No. —Logan dio su respuesta y se levantó de su asiento, dirigiéndose hacia la puerta.

Gwyneth dijo:

—Sí, te doy mi permiso. Olvídate de él.

Logan se giró tan rápido que su tela escocesa se elevó en el aire.

—Gwynie, no me lleves la contraria. Ella no está preparada.

Gwyneth se levantó de la silla y se cruzó de brazos para mirar a su marido. Marcas tuvo que admitir que nunca había visto a otra mujer desafiar a su marido como esta estaba a punto de hacer.

—Logan, no hay tiempo suficiente en el mundo para que *estés* preparado, y eres tú quien verdaderamente no está preparado. Preferiría seguir viva para ver a nuestra hija casada. Ocúpate de Beatris y ayuda a encontrarle a Simone un marido de tu propia lista, pero Brigid ya ha encontrado el suyo. Da tu aprobación para que podamos quedarnos para la boda.

—Gwynie, ¿has perdido la cabeza? ¿Por qué quieres que Brigid se case con alguien que vive tan lejos? Nunca la veremos. Le encontraré a alguien en la tierra Ramsay. Sé que me has dicho antes que es hora de que ella encuentre a alguien, y admito mi culpa en esto. Me resistía a admitir que es mayor de edad. Ahora veo mi error. Iremos a casa y encontraremos a alguien para ella.

—No —insistió Gwyneth. Sus labios fruncidos indicaron a Marcas que había llegado su momento de hablar.

—Con el debido respeto, milord…

—Deja de llamarme así. No soy tu lord. —Logan negó con la cabeza—. Ves, Gwynie. Es tonto.

—Está siendo educado, mostrándote respeto. Yo no lo haría. Te diría que me besaras el culo. —La mirada asesina era muy poderosa, y Marcas se preguntó si Brigid podría hacer lo mismo.

Esperaba que no.

Logan sonrió y dijo:

—Esposa, sabes que es una de mis cosas favoritas. ¿Por qué me lo dices? Inclínate y te lo besaré en este mismo momento. Eso no me hará cambiar de opinión.

La mandíbula de Marcas estuvo a punto de caer, pero se controló.

—No he venido a provocar una discusión —les dijo a los dos.

Ambos se sentaron después de fulminarse con la mirada. Luego continuó, una vez que por fin tuvo su atención.

—Amo a vuestra hija. Creo que deberíais preguntarle qué quiere.

—No importa —dijo Logan—. Aún es demasiado pronto.

—Y una mierda que no importa, Logan. Creí que estarías más dispuesto a que esta hija se casara. —Gwyneth tiró de su trenza, haciendo girar el extremo en círculos, algo que Marcas le había visto hacer antes en un momento de tensión.

—Nunca tuve problemas con los otros matrimonios.

Gwyneth soltó un gruñido bajo.

—Tampoco querías que se casaran nuestras otras hijas.

Logan se negó a mirarla a los ojos.

—Ha habido algunos problemas. Pero no con Maggie.

—Hiciste prometer a Will que se casaría con ella antes de permitir que la sacara de la cárcel. —La mujer se golpeó los muslos con las manos con tal vigor que él se preguntó si golpearía algo más a continuación.

Marcas hizo todo lo posible por no arquear la frente ante esta revelación, una historia que aún no había oído, pero sobre la que se aseguraría de preguntar.

Gwyneth continuó explicando a Marcas:

—Will iba a pasar la noche con ella. Tenía que llevársela de Edinburgh, y no podíamos ser nosotros quienes lo hiciéramos porque el rey vendría a por nosotros.

Logan se cruzó de brazos, poniéndose a la defensiva ante sus palabras, pero no dijo nada, dejando que su mujer diera la explicación.

La atención de Gwyneth volvió a su marido, la expresión de su rostro decía a todos que no estaba contenta.

—Claramente era la única forma de que alguien la salvara, Logan. Nadie más que Will podría haberlo hecho. Si él no se la hubiera

llevado y hubiera pasado la noche con ella en una cueva, ambos habrían terminado en la horca antes del amanecer. Era la única forma de mantenerla con vida.

—Así que pagué el precio más alto.

—¿Y te arrepientes? —El tono de Gwynie se suavizó un poco.

—No, es un buen hombre. —Su voz salió en un gruñido bajo, pero seguía sin mirarla a los ojos.

—Y tuvimos que atarte antes de que Cailean pudiera llevarse a Sorcha de la boda. No volveré a pasar por eso, Logan Ramsay. Acepta este matrimonio o volverás a estar soltero.

Logan resopló.

—Gwynie, no lo dices en serio.

Su voz se alzó de nuevo.

—Bueno, si quieres volver a besarme el culo, aceptarás esta boda.

Marcas luchó contra el impulso de huir de esta conversación extremadamente privada. No sabía si alguna vez sería capaz de contársela a alguien.

Finalmente, Logan se giró para mirar a su mujer, y Marcas vio allí una cruda vulnerabilidad que no había visto antes. Ese hombre adoraba a Brigid como a todos sus hijos.

—Es un buen hombre, Logan —dijo ella, con voz más tranquila.

Marcas pensó que era el momento perfecto para hablar.

—Prometo protegerla con mi vida. ¿Duda de ello?

—No, sé que lo harás. Ya lo has demostrado en el estuario.

—Prometo que visitaremos la tierra Ramsay dos veces al año —ofreció Marcas. Notó que Gwyneth sonreía—. Y seréis bienvenidos a Black Isle cuando queráis.

Logan dio el suspiro más fuerte que jamás había oído, pero luego dijo:

—Daré mi aprobación. Pero debéis visitarnos dos veces al año, y estaremos aquí para visitaros a menudo.

—Sois bienvenidos a mudaros aquí, si queréis.

Gwyneth se levantó de su asiento y dijo:

—¡No! ¡No le digas eso!

Logan sonrió, echó la silla hacia atrás y salió de la habitación.

¿Qué demonios significaba eso?

27

Brigid y Tara se miraban fijamente, el sudor visible en la frente de Tara mientras el de Brigid resbalaba entre sus pechos. Se secó el ceño y se volvió hacia Nonie.

—Por favor, busca a Jennet y dile que la necesitan enseguida. —El parto estaba resultando más difícil de lo esperado, y los partos difíciles solían tener resultados desastrosos.

Edda gimió, inclinándose hacia adelante con otro empujón que sin duda la dejaría sin resolución. Empujó y empujó con todas sus fuerzas, con los brazos atados alrededor de sus propias rodillas como palanca, pero el bebé no salía. Jinny estaba sentada junto a su hija, limpiándole la frente y dándole palabras de aliento mientras intentaba completar la hazaña casi imposible de permitir que un bebé descendiera de sus partes íntimas.

Cuando cesó el impulso, Edda se dejó caer sobre la cama y gimoteó:

—¿Qué pasa? ¿Por qué no sale este bebé? No puedo seguir así mucho más tiempo.

Brigid se inclinó hacia adelante y cogió la mano de Edda.

—El niño no está girado en la posición correcta.

—¿Qué significa eso? —preguntó la pobre mujer, resoplando y jadeando por el duro trabajo que había estado haciendo.

La puerta se abrió y Jennet entró, encontrando rápidamente otro taburete al final de la cama. Cerca había sábanas limpias para coger al bebé cuando naciera y diera su primer aliento.

—¿Qué ocurre? —susurró Jennet.

—Es lo que acabamos de preguntar —explicó Jinny, estrujando con fuerza las manos de su hija—. Tiene que haber algo que podáis hacer.

Brigid continuó en su tono más tranquilizador.

—Sí que lo hay. Con Jennet aquí, ella y Tara van a empujar el vientre de Edda en cada espasmo, o cuando ella sienta la necesidad de pujar. Se supone que los bebés tienen que sacar primero la cabeza. Esta pequeño tiene su trasero primero, y es una posición difícil.

—¿Así que lo empujaréis fuera de mí? ¿No dolerá más? —Edda

miró de una cara a otra, esperando buenas noticias, o cualquier noticia que pusiera fin a este arduo proceso.

Brigid le dio unas palmaditas en la planta del pie.

—No, no creo que notes la diferencia. Lo que tenemos que hacer es mover al niño, girarlo para que salga primero la cabeza o los pies. Esperamos que sea la cabeza, pero si son los pies, también podemos hacerlo.

—¿Habéis hecho esto antes?

Tara dijo:

—Yo no, pero ellas sí. La tía Brenna ha recolocado niños muchas veces.

Jennet y Tara se movieron para inclinarse sobre el vientre de Edda. Brigid miró a Jennet para darle ánimos. La única vez que su querida prima tenía problemas era cuando un paciente estaba despierto y gritaba. No podía soportar la presión adicional que eso suponía. Jennet prefería a sus pacientes dormidos o al menos con un poco de ale en la barriga.

La tía Jennie tenía unos polvos especiales que le habían traído los monjes para aliviar el dolor de los pacientes, pero las muchachas sabían que nunca debían usarlos durante el parto. Necesitaban la ayuda de la madre, o el parto no funcionaría.

—Dinos justo antes de que sientas el tirón en el vientre, y podrás pujar desde dentro mientras Jennet y Tara empujan desde fuera.

Brigid palpó el vientre de Edda.

—Lamento si esto duele, pero estoy intentando determinar la posición exacta del bebé.

—No me duele —dijo Edda con un resoplido.

—Creo que esta es la cabeza —dijo, mostrando a Tara con sus manos—. Así que tenemos que intentar bajarla. O si no se mueve del todo, tendremos que intentar primero con los pies. Meteré la mano dentro cuando tenga la contracción e intentaré localizar un apéndice.

Los pies serían mejor que las manos, pensó.

Ya lo habían hecho antes en tres ocasiones, pero siempre con la experta guía de tía Brenna. En una ocasión, el bebé salió de cabeza después de mucha manipulación; en la segunda, nació con los pies por delante. Pero en la tercera ocasión, tanto la madre como el bebé murieron.

La tía Brenna había dicho llorando que habría deseado cortar el

vientre de la mujer y sacar al bebé, pero sabía que era demasiado arriesgado.

Brigid sabía qué más estaba en juego aquí. Si el bebé no nacía sano y salvo, la maldición de Black Isle continuaría.

—¡Siento que viene uno! —Edda se inclinó hacia adelante para pujar mientras Jennet empujaba en una dirección y Tara empujaba en la otra, los dos movimientos juntos pretendían hacer girar al bebé en el útero. Intentaban hacer girar al bebé como si fuera una rueda. Edda gruñía y gemía con todas sus fuerzas, pero no ocurría nada.

Jennet preguntó:

—¿Ves algo, Brigid? ¿Algún pie? ¿Pelo?

Había mirado tan cerca como se atrevió, sosteniendo la vela para iluminar la zona, pero Brigid no había visto nada. Tampoco había visto movimiento alguno. Colocó la vela en la mejor posición para iluminar la zona que necesitaba examinar.

—¡Ya viene otro! —dijo Edda.

Las dos mujeres le empujaron el vientre, mientras Tara preguntaba:

—¿Algo, Brigid?

—No.

Edda dejó escapar un fuerte suspiro cuando el espasmo terminó, y gritó:

—¿Por qué yo? ¿Por qué no funciona? Señor, por favor, ayúdame. ¡No puedo aguantar mucho más!

Jennet miró a Edda y luego a Brigid, con los ojos muy abiertos.

Brigid tenía que hacer algo.

—Edda, estás haciendo un gran trabajo. Si pudieras pujar dos veces más y con más fuerza, creo que podré hacerlo.

—Lo dices por decir. Yo no. Ni siquiera puedo traer a mi propio bebé al mundo. Soy un fracaso. Lo siento mucho, mamá.

Jinny empezó a llorar, murmurando palabras incoherentes a su hija.

Brigid no dejaría que Edda descendiera a un lugar del que no pudieran sacarla. Necesitaban su ayuda.

—Dime otra vez cuando sientas la presión a punto de llegar, Edda.

—¡Viene otro! —jadeó, casi de inmediato.

Tara miró a Brigid.

—¿Qué estás haciendo?

—Me meteré en busca de un pie. Por suerte, tengo las manos muy

pequeñas. —Brigid introdujo una mano en Edda tanto como pudo, sabiendo que la contracción presionaría con fuerza su propia muñeca, pero adivinando que, si la presión no hería el cráneo de un niño, no podría herirla a ella. Entonces lo sintió. Algo. Un brazo o una pierna, todo lo que tenía que hacer era averiguar cuál. Tirar de un brazo sería peor. Un bebé nunca saldría de lado, así que rezó para que fuera un pie.

La contracción se intensificó, rodeando su mano y, ante el firme empuje de Edda, o de Tara o de Jennet, se produjo un repentino cambio en el bebé, e inmediatamente pudo sentir un segundo apéndice junto al primero, lo que la convenció de que lo que había sentido era un pie, no un brazo. Cogió los dos juntos y dijo:

—Tengo los pies. ¡Empuja!

Edda empujó con todas sus fuerzas. Cuando la contracción disminuyó un poco, Brigid pudo sacar la mano y deslizar los dos pies por el orificio de Edda. Miró a Jennet y a Tara y asintió.

—Tengo dos pies, Edda. Un buen empuje más y creo que el niño saldrá. —Se secó el sudor de la frente con la manga mientras esperaban.

Jinny empezó a rezar una y otra vez.

Edda se levantó con un grito:

—¡Ya viene otra vez! —Empujó y empujó con la ayuda de Jennet, y Brigid cogió una manta justo a tiempo y sacó al crío de un tirón, poniéndolo boca abajo para que saliera el cordón umbilical, dejándolo caer sobre su brazo cubierto de manta y envolviéndolo rápidamente.

Todas vitorearon con asombro.

—¿Qué pasa? —chilló Edda.

Brigid y Tara miraron y anunciaron:

—Es una hermosa muchacha. —Brigid limpió el líquido de la boca de la cría y la sostuvo en alto como solía hacer su tía, abriéndole la boca hasta que soltó un sonoro chillido para anunciarse, con la cara roja como la manzana más brillante, rompiendo en un fuerte grito de furia por haber sido tan bruscamente molestada y arrebatada del reconfortante vientre de su madre.

Tara y Jennet se pusieron manos a la obra para ayudar a Brigid con todas las tareas necesarias después del parto. Limpiar a la cría y ponerla en brazos de su madre, ocuparse del parto que seguía a la cría, cortar el cordón umbilical, limpiar lo que podían… había mucho

que hacer. Era un baile finamente orquestado que Brigid y Jennet habían hecho muchas veces juntas.

Tara dijo:

—Brigid, has estado maravillosa. Me estaba preocupando.

Jennet dijo:

—Yo diría que tu trabajo ha sido brillante, prima. Eres mucho mejor que yo en esto.

Brigid casi dejó lo que estaba haciendo, deseando ofrecer una opinión diferente de lo que Jennet había dicho.

—Jennet, nunca he sido mejor curando que tú.

Jennet habló de forma realista, como si todos supieran la misma verdad que ella.

—No me refiero a ser sanadora, pero siempre has sido mejor comadrona que yo, Brigid. Tienes el tacto y la paciencia que yo no tengo.

La mente de Brigid estaba agitada con todo lo que Jennet había dicho y la tensión del parto. Edda estaba radiante con su pequeña en brazos, quien se acomodaba tranquilamente al pecho de su madre.

Pero Brigid no se sentía bien. Nonie la miró y le dijo:

—Milady, se ha exigido demasiado. Ha terminado con lo más difícil. Jinny y yo la limpiaremos y le pondremos un vestido limpio.

Jennet asintió y empujó a Brigid.

—Creo que necesitas comer algo. Nosotras terminaremos. Tú has hecho lo más difícil.

Brigid se lavó las manos, se quitó la bata ensangrentada que se había puesto y salió corriendo por la puerta. No podía salir lo bastante rápido, no con las repentinas ganas de sollozar que la invadían. Corrió por el pasillo, abrió la puerta que daba a los parapetos y suspiró al sentir la brisa fresca que le levantaba el pelo de la cara. Luego subió la escalera a ciegas.

Una vez en los parapetos, se topó con un pecho duro como una roca, cuyo calor fluyó hacia ella en el aire frío de la noche. Reconoció a Marcas solo por su olor. Brigid cayó sobre su pecho y sus lágrimas reprimidas estallaron.

Marcas la rodeó con los brazos y la acurrucó, apoyando la barbilla en su cabeza mientras ella sollozaba, agradecida de que le permitiera este tiempo para desahogarse.

—Una pregunta para ti, muchacha, y te dejaré con tus lágrimas.

Ella asintió contra su pecho.

—¿El niño está aquí y bien?

Ella asintió de nuevo, balbuceando las palabras:

—Una pequeña muchacha. —Luego volvió a sollozar contra su pecho y le rodeó la cintura con los brazos, aferrándose a él como si fuera el único barco en el agua.

Como lo había sido en el estuario.

—Entonces has hecho un buen trabajo, ¿no?

Ella asintió de nuevo, todavía llorando.

—Mi agradecimiento a ti y a tus primas. No sabía que necesitaríamos tu talento para esto, pero te agradezco que estuvieras aquí para ayudar a Edda y Jinny. No puedo esperar a conocer a la nueva criatura.

—No creía tener ningún talento especial, pero Jennet acaba de decir que soy la mejor comadrona —dijo lloriqueando un poco más.

—¿Eso te entristece?

—No, me hace sentir especial. Nunca lo supe. Ella siempre fue mejor que yo en todo.

Besó la frente de Brigid.

—No para mí —dijo. No volvió a hablar durante un largo rato, pero luego susurró—: Estás sana, ¿verdad? ¿Solo necesitas desahogarte?

Ella suspiró y giró la cabeza para poder hablar, aún incapaz de soltarlo.

—Hago esto a menudo después de una situación difícil, cuando intentamos ayudar a alguien. Mientras estoy en medio de ello, sigo adelante, pero una vez que todo ha terminado, lloro como una cría. Perdóname por mis lágrimas sobre ti, Marcas. Puedo parar ahora.

—Llora desconsoladamente si te ayuda, Brigid. Estoy aquí para ti. —Se sentó en un borde cerca de la pared para que estuvieran cara a cara—. Y siempre lo estaré, si me aceptas.

De algún modo, ella sabía la verdad de esa declaración. Pasara lo que pasara, Marcas siempre estaría ahí para salvarla de los males del mundo, ya fueran males mentales o reales. La consolaría, la tranquilizaría y la amaría para siempre. Tenía el corazón de un hombre leal. Había conocido la tragedia como pocos, y había salido fortalecido de ella.

Susurró contra su pecho.

—Me encanta todo de ti, Marcas Matheson. No quiero irme nunca de Black Isle. —Luego se inclinó hacia atrás para mirarlo fijamente a los ojos—. Recuerdo lo que me preguntaste antes. Si tienes dudas, quiero que sepas que me casaré felizmente contigo. Por desgracia, tienes que pedir la aprobación de mi padre. No será una tarea fácil para ti.

Le cogió la cara y le plantó un suave beso en los labios.

—Ya lo he hecho y él está de acuerdo.

—¿Ha aceptado? —preguntó, sorprendida, con el labio sobresaliendo en un evidente mohín—. Ah, entonces no me ama tanto como a mis hermanas.

—Te ama igual. Al principio me rechazó por completo. Fue tu madre quien lo amenazó. Después de forcejear un poco, consiguió su consentimiento.

—Oh, no puedo esperar a oírlo todo.

Marcas la miró fijamente, con los ojos desorbitados.

—Nunca lo contaré. No, no quieres saberlo.

28

Marcas salió del muro dos días después. Por fin la vida le deparaba esperanza y la promesa de mucha felicidad, ya que la boda estaba prevista para dentro de dos días. Había cenado con su clan y los Ramsay, y luego había salido a echar un vistazo a la zona. Cuando las muchachas empezaron a hablar de la boda y de lo que querían hacer para decorar el salón, supo que había llegado el momento de marcharse. Logan había ido con Gwyneth a Inverness para reunirse con otros miembros de su clan después de comprar en el mercado del burgo.

Por lo visto, a la madre de Brigid le gustaba ir de compras tanto como a ella y se había ido a buscar la tela más suave para su próximo conjunto de túnica y leggins. Logan había prometido a su hija que ayudaría a su madre a encontrar un vestido para la boda.

Gwyneth no había hecho tal promesa, sino que había fulminado a su marido con la mirada.

No se había alejado mucho de sus puertas cuando Cailean y Kyle se reunieron con él y lo detuvieron para hablar con ellos. Cailean tenía una sonrisa en el rostro y dijo:

—Te llevaremos lejos de aquí.

Marcas no sabía qué pensar de esa declaración, ni de la extraña sonrisa del hombre, pero miró a Kyle en busca de más explicaciones.

Kyle dijo:

—Sé cómo suena esto, pero debes confiar en nosotros. Brigid te espera en una cabaña escondida en el bosque.

Marcas arqueó una ceja inquisitiva hacia Kyle, la idea de Brigid sola en una cabaña era tentadora y aterradora al mismo tiempo.

—¿Por qué?

Cailean dijo:

—Mira. Estamos intentando ponértelo más fácil. Ha sido idea de Brigid y Sorcha porque conocen a su padre. Él está lejos, así que Brigid desea… ehhh… —Cailean se frotó la mandíbula, claramente incómodo con el tema. Marcas no tenía ni idea de a dónde se dirigía la conversación.

—Solo ve —dijo Kyle—. Tienes que hacerla tuya antes de que Logan regrese. Es el único argumento que funcionará con él. Tienes que hacer una ceremonia de unión de manos con ella y así no podrá impedir la boda. Es lo mejor para ti. Mantendremos a todos alejados de la cabaña. Tienes hasta mañana.

—¿Habláis en serio? ¿Él la detendría?

—Si no lo haces —dijo Cailean—, tendrás suerte de seguir teniendo tus pelotas después de la boda. Prácticamente tuve que morir para que me dejara en paz.

—Ve a la cabaña, al menos habla con Brigid —dijo Kyle—. Lo que hagas después depende de ti.

Marcas pensó que esta última sugerencia era la más sensata, siempre y cuando no estuvieran bromeando para alejarlo de sus propios guerreros. Subió a su caballo y los siguió, reflexionando sobre sus palabras a lo largo del camino.

Cuando llegaron, Kyle dijo:

—Ya has estado casado antes, así que sé que no necesitas consejos. Solo recuerda que estás rodeado de un gran número de guerreros Ramsay. En otras palabras, sin lágrimas de Brigid.

Luego los dos se fueron.

Marcas se dirigió a la puerta de la cabaña, llamó ligeramente y la abrió cuando oyó la voz de Brigid invitándolo a pasar. Entró y cerró la puerta tras de sí, aún curioso por todo lo sucedido.

Lo que vio al entrar le sacó todos los pensamientos de la mente. Brigid estaba de pie frente a la chimenea con un vestido transparente y una sonrisa nerviosa en su rostro, tan hermosa que no podía hablar. Se acercó hasta situarse frente a ella, dejando escapar el aliento que no sabía que había estado conteniendo. Contempló todo lo que había en ella: la sonrisa de su rostro, las ondas castañas que bajaban hasta sus caderas, la curva de su pecho visible a la luz de las llamas tras ella.

Miró sus ojos verde bosque y posó la mano en la curva de su cadera.

—Eres impresionante. ¿Estás segura de que esto es lo que deseas, muchacha? Sabes que no se puede deshacer.

—Sí —dijo ella, poniéndose de puntillas para plantarle un suave beso en los labios—. Deseo esto más de lo que puedas imaginar. Te amo, Marcas. Deseo que me ames.

—No hasta que hagamos la ceremonia de unión de manos.

Debemos prometernos fidelidad. —Usó su tela escocesa, un tono más verde que la Ramsay, y la envolvió sobre sus manos entrelazadas—. Prometo mi fidelidad a ti, Brigid Ramsay. Prometo amarte y protegerte para siempre. ¿Me prometes tu fidelidad?

—Sí, lo prometo. Ámame, Marcas Matheson.

Él gimió, y sus labios descendieron sobre los de ella con un gruñido que no pretendía que fuera tan fuerte, pero que esperaba que le hiciera saber cuánto deseaba esto también. La levantó en brazos y la tumbó en la cama, con la colcha ya echada hacia atrás. Alcanzando su tela escocesa dijo:

—¿Segura? ¿Quieres que me desnude debajo de las sábanas? —No quería molestarla, pues no era consciente de lo mucho que ella sabía sobre lo que estaba a punto de ocurrir.

Brigid le dirigió una mirada pícara, negó con la cabeza y se levantó la bata por encima de la cabeza, tirándola al suelo.

—No, quiero todo de ti, Marcas Matheson.

Se quitó la ropa y las botas y se deslizó bajo las sábanas junto a ella. La besó por todas partes, la acarició y le hizo el amor con todo su ser, tomándose su tiempo para asegurarse de que estaba lista para él.

Reclamar su doncellez lo intimidaba un poco, pero como a ella no parecía molestarle, se enterró profundamente en su interior, llamándola por su nombre mientras la conducía a su propio clímax, y se perdió en todo lo que era Brigid Ramsay.

Ella era su nueva esposa, la mujer que lo había llevado a un lugar en el que había esperado estar, un lugar de felicidad, serenidad y esperanza.

El día de su boda, Brigid estaba de pie en la recámara, Sorcha le arreglaba el vestido mientras Merewen y Molly se ocupaban de su pelo. Su madre estaba sentada en una silla en un rincón, peleándose con su propio vestido, ignorando a todas los demás.

—Mamá, sé que lo odias, pero solo debes llevarlo unas horas más. Si lo dejas en paz, estará más tiempo sin arrugas. —Sorcha miró a su madre. Ella siempre había preferido los leggins y solo se ponía vestidos para complacer a su querido hermano Rab.

—Solo por mi hermano haría esto. —El ceño fruncido de Gwyneth

les dijo a todas lo que sentía al desprenderse de sus leggins, aunque solo fuera por poco tiempo.

Rab, el tío de Brigid, era sacerdote, y había venido desde West Lothian para casar a la pareja, junto con el resto de sus hermanos y hermana, sobrinas y sobrinos, y muchos de sus primos.

Su madre se levantó de un salto y salió dando un portazo.

Sorcha cogió a Brigid del brazo y le susurró:

—Entonces, ¿no fue tan maravilloso como pensabas? —No habían tenido ocasión de hablar en privado después de la noche de Brigid en la cabaña.

Brigid miró a Merewen y Molly y soltó una risita.

—Oh, ha sido la noche más maravillosa de todas. Muchas gracias a vosotras por ayudar a que ocurriera.

—Todas sabemos cómo puede ponerse papá. Te merecías esa felicidad y ahora no te lo impedirá. —Sorcha siguió arreglando el pelo de Brigid, asegurándose de que cada mechón estuviera en su sitio.

Haberse prometido fidelidad en privado lo había hecho aún más especial. Había conocido a muchos en su clan y en el clan Grant que habían hecho la ceremonia de unión de manos, pero nunca había pensado mucho en el proceso hasta que Marcas había envuelto sus manos entrelazadas con su tela escocesa y prometido su fidelidad. Había estado a punto de sollozar de felicidad, pero se había controlado, prometiéndole lo mismo a él. Habían pasado juntos una noche completamente feliz, muchos de sus hermanos actuando como perros guardianes contra su padre, por si volvía antes de tiempo.

Se había calmado después de esa maravillosa noche, tan contenta de saber lo fuerte que era su amor y de que su padre no pudiera arrastrarla lejos como había amenazado con hacer. Ahora Brigid pertenecía a Marcas, y ni siquiera su padre discutiría eso.

Merewen se apartó cuando terminó de anudar la última cinta en la espalda del vestido de Brigid.

—Brigid, estás absolutamente impresionante.

Se oyó un rápido golpe en la puerta, que se abrió, y su madre regresó con Simone y Beatris detrás. Beatris soltó una risita y abrazó a Brigid mientras Simone la miraba asombrada.

Brigid dijo:

—Merewen, ¿te he dicho lo contenta que estoy de que Gavin y tú os quedéis en Black Isle al menos una luna junto con Tara y Jennet?

Realmente significa mucho para mí.

Gwyneth dijo:

—Al menos cuatro veces, Brigid. No tendré ninguna posibilidad de llevar a nadie a casa conmigo si sigues diciéndoselo.

Brigid se acercó para estrujar brevemente a su madre.

—Oh, mamá. Es solo por poco tiempo.

—Lo sé. Y todo tiene sentido, pero necesito volver con los niños. Es donde pertenezco ahora. Con mis nietos. Debo permitir que todas vosotras establezcáis vuestros propios caminos. Necesitan arqueros en el clan Matheson, así que Marcas hizo bien en pedirles a Gavin y Merewen que se quedaran a entrenar. Es necesario.

Molly dijo:

—Aún nos tendrás a Sorcha y a mí en casa. Maggie estará por aquí lo suficiente.

—Me sorprende que no eligieras quedarte, Sorcha —dijo Merewen —. También eres una buena arquera.

—Le estoy haciendo un favor a mi hermana. Llevarme a Cailean le dará un blanco a mi padre. Desvía la atención a Marcas.

—Pobre Cailean —dijo Molly.

Sorcha soltó un bufido indiscreto.

—A él le encanta. No dejes que te convenza de lo contrario. Basta de charla. ¿Estás lista para casarte, hermana?

Brigid asintió, estrujando a Beatris.

Mientras Sorcha arreglaba a todas, Simone miró a Brigid.

—El tono verde resalta tus ojos, y la forma en que Sorcha te ha peinado es impresionante. El tejido de las flores en la espalda es perfecto. Ojalá pudieras verlo.

Llamaron a la puerta y Bethia entró a zancadas, luego se detuvo y jadeó.

—¡Oh, Brigie, estás muy hermosa! Seguro que papá estará llorando. Sorcha, sigues teniendo el don de la aguja. Parece un ángel en medio del bosque con ese verde. Los tonos rosados de los lazos son perfectos.

Todas salieron, siguiendo a Brigid, pero cuando llegó al final del pasadizo, esperó a su madre, enlazando su brazo con el de ella.

—Mamá, ¿estás contenta?

Gwyneth le besó la frente.

—Mucho. Has sido la pequeña de tu padre durante tanto tiempo

que creí que nunca te dejaría marchar. Estoy orgullosa de él por aceptar.

—Espero que hoy no haya trucos —dijo Brigid—. Es decir, sin cuerda.

—No te preocupes —dijo, dándole una palmadita en la mano—. La tengo escondida por si la necesito.

Brigid bajó las escaleras y se detuvo a mitad de camino. Todos los presentes ocupaban un lugar especial en su corazón, pero fue la mirada de su padre la que la detuvo. Podía ver las lágrimas desde tan lejos.

—Papá, no voy a dejarte.

Su madre se acercó y besó a su padre, luego dijo a los demás.

—Id a la capilla. Dejad a Brigid y a su padre un momento a solas.

Una vez que la puerta se cerró, Brigid terminó de bajar la escalera.

—Papá, estaré bien. Lo amo con todo mi corazón. Intenté encontrar a alguien en la tierra Ramsay, pero no sucedió.

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas sin vergüenza, y una vez que estuvo frente a él, se puso de puntillas y le besó la mejilla.

—Te amo, papá.

Él susurró:

—Estás preciosa, Brigie. Supongo que ahora debería llamarte Brigid.

—Está bien. Sigues llamando a mamá Gwynie. Eso le dice que la amas. No me gusta que la llames Gwyneth.

—Muy astuta por tu parte, Brigie —dijo Logan con suficiencia, lo que detuvo sus lágrimas al dar énfasis a su nombre—. Te echaré de menos, pero no estás muy lejos de mí. Es un buen hombre el que has elegido, así que no puedo discutir. Contaré con él para que cumpla su promesa de visitarnos dos veces al año.

La puerta se abrió y Torrian asomó la cabeza.

—Os están esperando. Será mejor que os adelantéis a los nubarrones que se avecinan.

Su padre le tendió el brazo y ella lo cogió, apenas notando que Beatris se escabullía bajo el brazo de Torrian para entregarle un hermoso ramo de flores blancas y amarillas.

—Mi agradecimiento, cariño. Son perfectas.

Una vez fuera, dieron un lento paseo hasta la capilla, donde su tío Rab los esperaba con su vaporosa túnica. El patio estaba medio lleno

de miembros del clan, los que ella conocía y varios que eran nuevos, que regresaban al saber que la maldición había terminado.

El clan Matheson había vuelto a la vida. Un cerdo se asaba a un lado, a la espera de los festejos, pero ella solo tenía ojos para su apuesto marido. Ethan estaba de pie a un lado de Marcas y Shaw al otro. Gisela sostenía a Tiernay. Una vez que Logan y Brigid se acercaron a Marcas, la pequeña Kara se colocó entre Brigid y Marcas y les tendió una mano a cada uno, preparándose para escoltarlos al interior de la iglesia, con Logan detrás.

Brigid clavó la mirada en su marido. Creyó que su corazón estallaría de felicidad. Nunca había soñado encontrar a alguien que la amara tan incondicionalmente, alguien capaz de hacer cantar su corazón con una sola mirada.

Entonces hicieron lo que mejor se les daba juntos.

Se rieron.

Marcas nunca había sido tan feliz. La boda había sido encantadora, y habían conseguido sortear la tormenta. Todo el mundo se había reunido en el salón para festejar antes de que se abriera el cielo. Pero la lluvia había durado poco y luego había salido el sol.

El salón estaba lleno de mesas cubiertas con diversos platos, y algunos juglares cantaban y tocaban sus laúdes para bailar.

En un momento dado, Tara llamó a la nueva pareja e hizo un gesto con la mano hacia la puerta. Se unieron a ella en los escalones exteriores, dejando a todos dentro disfrutando de las fiestas. Tara señaló una zona entre los árboles sobre el estuario.

—Mirad, es muy especial. Creo que es para vosotros dos.

Un arco iris.

Tara dijo:

—Mamá cree que vuestra unión acaba de ser bendecida, así que yo quería que lo vierais.

Marcas estaba asombrado por los colores que abarcaban el cielo, no era que nunca hubiera visto un arco iris antes. Había visto muchos a lo largo de su vida, pero los colores de este eran tan brillantes que tenían que significar algo.

Miró a Brigid, cuyos ojos seguían clavados en el impresionante

despliegue de belleza de la naturaleza, y el brillo que proyectaba sobre el estuario mientras parpadeaba bajo la luz. Se desplazaron a un lugar que les permitiera a ambos verlo mejor.

Tara se paró detrás de ellos y dijo:

—Antes de dejaros solos para que lo disfrutéis, os diré una cosa. Mi hermana, que es vidente, os diría que es alguien que os dice que se alegra por vosotros. Yo diría que son tus padres, Marcas. Es su forma de estar aquí.

Luego, ella desapareció.

—¡Oh, Marcas! —dijo Brigid, estrujándole la mano—. ¿Crees que puede ser verdad?

Volvió a mirar la escena y susurró:

—Sí, porque espero que sea verdad. Los echo terriblemente de menos, pero en el fondo de mi corazón sé que te aprueban a ti y a nuestro matrimonio

Se oyó una vocecita detrás de ellos y ambos se giraron para ver a Kara de pie en lo alto de los escalones, con Gisela cogiéndole la mano con fuerza. La hermana de Marcas tenía lágrimas en los ojos y le hizo un gesto con la cabeza, diciéndole que lo había oído y que estaba de acuerdo con ellos.

Pero fue la voz de Kara la que lo sorprendió.

—Mira, papá —dijo señalando la orilla del estuario—. Es mamá. Hola, mamá.

Soltó una risita mientras miraba el arco iris y luego de nuevo a la zona de la orilla que había señalado antes. Marcas no tenía ni idea de por qué había dicho eso de Freda, porque él no veía nada. Miró a Brigid, quien se encogió de hombros, y luego a su hija, con la cara aún iluminada y el dedo meñique señalando.

Gisela, con la voz entrecortada por las lágrimas, preguntó:

—¿Qué más dice ella, Kara?

—Dice que no puedo ir a verla. Pero que me ama y que algún día volverá a verme. Y dice que desea decirle algo a papá.

—¿Qué? —dijo Marcas, casi temeroso de preguntar.

—Dice que se alegra por ti —entonces, Kara levantó la mano y se despidió—. Adiós, mamá.

29

Varias horas después, tras disfrutar de la compañía, la comida y el baile, Marcas miró a su mujer, y ella le hizo un pequeño gesto con la cabeza. Cogió a Brigid de la mano y la llevó hasta su caballo, ansioso por alejarse de la multitud y estar a solas con su querida esposa. Pero, al parecer, no iba a ser así todavía.

La voz de Logan se oyó entre la multitud y detuvo a Marcas en seco.

—¡Espera, Matheson! No te llevarás a mi hija a ninguna parte cuando solo pretendes agredirla. Ella se queda aquí.

Marcas se giró, sin sorprenderse al ver a Gwyneth con una cuerda en las manos, dispuesta a hacer lo mismo que le habían hecho a Logan en la boda de Sorcha. Pero Marcas no lo permitiría.

Levantó la mano hacia Gwyneth, Gavin y Torrian, todos con amplias sonrisas en sus rostros.

—Eso no será necesario.

Todos se quedaron inmóviles, mirándolo con los ojos muy abiertos, esperando a ver qué ocurría a continuación.

Logan sacó un poco más el pecho, si eso era posible. Podía ser un bastardo arrogante.

—Bien, me alegra ver que nos entendemos, muchacho. Suelta a mi hija. Brigie, ven aquí. —Agitó una mano en dirección a su hija y señaló un lugar a su lado.

Marcas se colocó delante de Brigid, empujándola ligeramente detrás de él.

—Es mi mujer, Ramsay, y viene conmigo.

—Y una mierda —escupió Logan con un gruñido—. ¡Brigid, ahora!

Marcas sacó su espada de la vaina y la arrojó al suelo.

—Es mi mujer y yo me ocuparé de ella. No te necesito en medio de nuestros asuntos.

—Eso es exactamente lo que me temía. No la agraderás.

Marcas dio un paso más cerca de Logan y dijo:

—No te tengo miedo, Ramsay, y la agrediré si ella lo desea. Ahora tienes que retirarte, ahora y para siempre. Si ella tiene alguna queja,

estoy seguro de que te lo hará saber.

—¿Que me retire? ¿Has estado durmiendo con hadas e inhalando su polvo? Yo no me retiro. —Logan se llevó las manos a las caderas y también tiró la espada al suelo—. Es mi hija, y siempre tendrás que responder ante mí.

—Tenemos que terminar con esto ahora. No voy a estar buscándote por encima del hombro mientras estemos casados. —Se acercó dos pasos e igualó la postura Ramsay, con la mirada clavada en la del padre de Brigid—. Da tu mejor golpe, viejo.

Marcas oyó los jadeos de la multitud. Ya había oído suficiente de todo lo que Cailean había soportado a manos de ese bruto, y él no lo aceptaría. Un paso más hacia adelante.

—Golpéame. No te tengo miedo.

Un grupo de emociones cruzó el rostro del viejo guerrero, pero la que más llamó la atención de Marcas fue el leve empañamiento en los ojos del hombre. Como él mismo tenía una hija, Marcas no podía culpar a Logan por preocuparse por la más pequeña, así que bajó el tono de voz y dijo:

—Te juro que siempre la protegeré. La adoro. Es mi vida. Nunca dejaré que le pase nada, así que no debes preocuparte.

Logan bajó los ojos al suelo y la multitud esperó en silencio su reacción. Marcas esperó porque tenía que hacerlo. No podía tolerar que este hombre se inmiscuyera constantemente en sus vidas.

Tras una larga pausa, Logan levantó la mirada hacia la de Marcas y una amplia sonrisa se dibujó en sus facciones antes de abandonar su postura y avanzar para estrujar el hombro de Marcas.

—Solo era una prueba, jefe. Quería ver si eres lo bastante hombre para protegerla. —Miró más allá de él y dijo—: ¡Brigie, has elegido bien! Si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme.

La multitud estalló en vítores mientras Marcas subía a Brigid a su caballo y montaba detrás de ella, despidiéndose ambos de la multitud. Solo habían recorrido una corta distancia cuando él oyó a Cailean decir:

—Ya no te tengo miedo, Logan.

Logan dijo:

—Bueno, será mejor que lo tengas. Eso solo funcionó conmigo una vez.

—Oh, papá… —arrastró las palabras Sorcha.

Brigid se dio la vuelta para observar las payasadas, mirando por encima del hombro de Marcas. Entonces, soltó una risita.

Sin volverse, él dijo:

—Tu padre nos está observando, ¿verdad?

—Sí, y probablemente siempre lo hará.

EPÍLOGO

Logan no deseaba hacer lo que Brenna quería que hiciera. No tenía deseos de volver a Black Isle.

Era cierto que hacía tiempo que no veía a su queridísima Brigid, pero no había pasado tanto tiempo, y lo más duro era la razón por la que estaba haciendo esta visita.

Su querido hermano mayor, Quade, anterior laird del clan Ramsay, había empeorado. Había estado enfermando cada día más, sin ninguna razón que su esposa pudiera entender… Brenna había mandado llamar a Logan inmediatamente.

—Tienes que ir a por Jennet.

—Brenna, también es mi hermano. Tal vez me gustaría quedarme con él.

—No hay nada que puedas hacer, Logan, y Micheil llegará pronto. Ya he enviado a Kyle con un mensaje para él, pero tú debes ir a Black Isle. Tráela de vuelta. —Brenna se limpió una lágrima.

—Me gustaría verlo primero. —Gwyneth se acercó por detrás y le susurró al oído. Él se volvió—. Lo sé, Gwynie, pero es mi hermano. No quiero volver a casa y que se haya ido.

—Ven, puedes verlo. —Brenna los condujo a la recámara de la sanadora, que había instalado justo después de casarse con Quade.

Su hermano había luchado contra el dolor de cadera durante tanto tiempo que prefería montar a caballo a cualquier otra cosa, pero esto, esto era demasiado. Verlo deteriorarse lentamente sin ninguna explicación era inaceptable. Siempre había confiado en Brenna para que su clan se recuperara, pero ella no tenía ni idea de cuál era la enfermedad de Quade ni de cómo había empezado.

Ella temía lo peor, que pronto pudiera estar muerto. Brenna colocó un taburete junto a la cama y se dirigió al otro lado, indicando a Logan que se sentara. Brenna se sentó al otro lado de la cama y su sonrisa apareció mágicamente, con un aspecto no muy diferente al de la muchacha que él había robado de la tierra Grant hacía mucho tiempo para salvar a Quade.

Era una muchacha hermosa con un gran corazón y la mujer más sabia que él conocía. Estuvo a punto de decirlo en voz alta.

Luego cambió de opinión con una sonrisa de suficiencia. A Quade le encantaría oírle pronunciar esas palabras, pero no lo haría en su presencia. No solo era la mujer más sabia que conocía, sino la persona más sabia que conocía. Él nunca sabría de dónde había sacado todo su talento y sabiduría, pero no solo lo había compartido con su clan, sino que también les había dado tres hermosos hijos con Quade: Bethia, Gregor y Jennet.

Tal vez incluso había dado al mundo a alguien más sabio que ella: Jennet.

Logan suspiró, mirando a su hermano, la mente de Quade seguía tan aguda como siempre. Eso sí que lo sabía. Cogió la mano de Quade, quien apenas se movió.

—Está demasiado débil para hacer gran cosa, Logan.

Logan no tenía ni idea de cuál era su problema, pero si alguien podía curarlo, esa era Brenna. Asintió y estrujó suavemente la mano de su hermano, sorprendido de que le devolviera el gesto con tanta fuerza que le dolió.

—¿Qué demonios, Quade? ¿Qué quieres que haga?

Los ojos de su hermano ardían de necesidad, y por fin habló, con voz áspera:

—Ve a por ella.

Logan se sorprendió del esfuerzo que le supuso a Quade hablar. Diablos, deseó gritarle a Brenna. ¿Cómo se mantenía tan tranquila ante todos los acontecimientos? ¿Cómo no le gritaba a su marido que se bajara de la maldita cama?

—Está bien —concedió—. Haré lo que pueda. ¿Quieres que traiga a Jennet a casa?

Quade asintió, sus ojos verdes más grandes de lo que Logan había visto jamás. Luego volvió a estrujar la mano de Logan.

—De acuerdo, iré a por ella, pero preferiría no hacerlo. —Logan se pasó la mano por la cara—. Preferiría quedarme aquí contigo. —Debía quedarse al lado de su hermano. ¿Y si Quade moría mientras él estaba fuera? Nunca se lo perdonaría. Era su deber estar al lado de su hermano, igual que sería su deber estar al lado de Gwynie cuando llegara su hora.

Su hermano le estrujó la mano con más fuerza y consiguió girar sobre su costado, lo que le permitió mover la mano hasta la garganta de Logan.

Casi.

Logan no era tan tonto.

—Ya me asfixiaste bastantes veces cuando éramos muchachos, Quade. Incluso ahora me doy cuenta de lo que haces. De acuerdo. Me iré. Tan pronto como…

—Trae a mi hija ahora, Logan. —Quade cogió la parte superior de la túnica de su hermano, levantándola lo suficiente como para moverlo fuera del taburete.

—¡Muy bien! —Cogió la mano de su hermano y la apartó de un empujón—. Quieres que vaya a buscar a Jennet y te complaceré, viejo miserable.

Quade asintió furioso, bajando la mano y dejándose caer de nuevo sobre la cama. Logan se levantó del taburete y se acercó a la ventana, apartando la piel y echando un vistazo al borde del patio, la única parte que podía ver.

—Pero debería quedarme contigo, Quade. No quiero dejarte.

Cierto, le encantaría ir a Black Isle para ver cómo le iba a Brigid y visitar a su nuevo hijo, Marcas. Se preguntaba cómo había crecido el clan Matheson. Incluso Gavin y Merewen se habían quedado.

Pero ahora no. Este era su hermano mayor, su mentor, su mejor amigo.

Era Quade.

Brenna se acercó y se colocó detrás de él.

—¿Recuerdas que hace mucho tiempo me hiciste una promesa? Te la estoy pidiendo. Dijiste que me lo debías.

Logan soltó una risita.

—Lo recuerdo bien. Robé el libro de curaciones de tu querida madre, pero lo devolví. Y como lo robé, te hice una petición. Dije que haría todo lo que me pidieras sin cuestionarlo. Mi memoria me funciona bien, Brenna, y ya la usaste cuando te protegí la noche de la ceremonia de la cama.

Gwynie solo pronunció una palabra.

—Logan…

Entonces su hermano dio una patada a la cama, echó a un lado las sábanas y se movió para ir tras él. En lugar de eso, cayó al suelo.

Gwynie arqueó una ceja hacia Logan mientras Brenna corría hacia la cama.

—Está demasiado débil para caminar. Ven, tenemos que volver a

meterlo.

Los tres levantaron al hombre alto de nuevo sobre la cama, sus ojos verdes seguían a Logan. Diablos, odiaba cuando su hermano hacía eso. Quade sabía exactamente cómo hacerlo sentir culpable.

—Sigo pensando que yo nací primero, viejo arrugado.

Sonrió con suficiencia a su hermano y, por primera vez, los ojos de Quade se iluminaron de risa.

Torrian entró.

—Si él no va, iré yo, papá.

Quade alcanzó a decir:

—No, Logan irá.

—Lo sé —replicó Logan—. Torrian pertenece aquí, con Lily y Brenna y su propia familia. Yo iré. Gwynie, tienes que quedarte aquí. Por favor. Sabes que iré demasiado rápido para ti.

Logan se dirigió hacia la puerta, dándose la vuelta al llegar a la abertura.

—Será mejor que tu culo esté fuera de esa cama cuando vuelva, viejo.

Luego cerró la puerta, justo antes de que algo se estrellara contra ella.

Al menos sabía que la mente de su hermano seguía allí.

FIN

POSTFACIO

Querido lector,

¡Gracias por leerme! Como puedes ver, esta es una serie nueva, ¡y aún no tengo ni idea de cuántos libros tendrá! Veré lo que dice mi musa a medida que avance.

Jennet es la siguiente.

Feliz lectura,

Keira Montclair

keiramontclair@gmail.com

www.keiramontclair.com

http://facebook.com/KeiraMontclair/

http://www.pinterest.com/KeiraMontclair/

OTRAS OBRAS DE KEIRA MONTCLAIR

Novelas de Keira Montclair

#1- RESCATADA POR UN HIGHLANDER - Alex y Maddie

#2 - CURANDO EL CORAZÓN DE UN HIGHLANDER - Brenna y Quade

#3 - CARTAS DE AMOR DESDE LARGS - Brodie y Celestina

#4 - VIAJE A LAS HIGHLANDS - Robbie y Caralyn

#5 - CHISPAS EN LAS HIGHLANDS - Logan y Gwyneth

#6 - MI HIGHLANDER DESESPERADO- Micheil y Diana

#7 - LA ESTRELLA MÁS BRILLANTE DE LAS HIGHLANDS -Jennie y Aedan

#8 – ARMONÍA EN LAS HIGHLANDS - Avelina y Drew

El Clan de las Highlands

Loki

Torrian

Lily

Jake

Ashlyn

Molly

Jamie & Gracie

Sorcha

Kyla

Bethia

Historia de Navidad de Loki

LA BANDA DE PRIMOS

Venganza en las Highlands

Secuestro en las Highlands

Castigo en las Highlands

Mentiras en las Highlands

Fortaleza en las Highlands

Resiliencia en las Highlands

Devoción en las Highlands

Fuerza en las Highlands

Magia Navideña en las Highlands

ESPADAS DE LAS HIGHLANDS

La Traición del Escocés

La Espía del Escocés

La Persecución del Escocés

La Búsqueda del Escocés

La Decepción del Escocés

El ángel del Escocés

SANADORAS DE LAS HIGHLANDS

La Maldición de Black Isle

La Bruja de Black Isle

El Azote de Black Isle

El Fantasma de Black Isle

El Regalo de Black Isle

ACERCA DEL AUTOR

Sobre la autora

Keira Montclair es el seudónimo de una autora que reside en Carolina del Sur con su marido. Escribe vertiginosos romances históricos, a menudo con niños como personajes secundarios.

Cuando no está escribiendo, prefiere pasar tiempo con sus nietos. Ha trabajado como profesora de matemáticas en un instituto, como enfermera titulada y como gerente de oficina. Le encanta el ballet, las matemáticas, los rompecabezas, aprender cualquier cosa nueva y crear nuevos personajes para que sus lectores se enamoren de ellos.

Considera que su trabajo está bien hecho desde el momento en que sus lectores derraman lágrimas con sus historias, ¡pero siempre hay un final feliz!

Su serie más vendida es una saga familiar que narra la historia de dos clanes de la Escocia medieval a lo largo de tres generaciones y que ya cuenta con más de treinta libros.

Ponte en contacto con ella a través de su sitio web, www.keiramontclair.com

